pim pam pum

Alejandro Rebolledo



Pim pam pum

Alejandro Rebolledo

Diseño de portada: Katya Yaemurd

ISBN: 978-84-941333-2-9

Edición digital de:
Angi Vásquez
info@angivasquez.net
Barcelona
2013

ACERCA DEL AUTOR

Alejandro Rebolledo nació en Caracas en 1970. Ejerció el periodismo durante una década en diferentes grados, medios y circunstancias. Fue Dj por más de 20 años. Ha escrito la novela *Pim Pam Pum* (Ed. Urbe, 1998; Ediciones Puntocero, 2010) y la colección de poemas *Romances del Distroy*.

Desde el 2004 divaga por el mundo. Actualmente culmina una investigación sobre Globalización en el contexto de un Doctorado en Psicología Social de la Universidad Autónoma de Barcelona y está escribiendo su próxima novela.

ÍNDICE

La **crudeza** de algunas de las escenas de esta novela no han querido dañar a ninguna persona o entidad y no pretenden otra cosa que contar las desventuras de unos seres, algunos más afortunados que otros, que existen en un tiempo y lugar cuyo devenir extrañamente se asemeja al nuestro. **Han sido la imaginacion y la casualidad,** y no la certeza, y no la verdad, las que ayudaron al autor a terminar este relato. Cualquier parecido con la realidad **ES PURA COINCIDENCIA**.

Tanto el autor de estas Memorias como estas Memorias mismas son, naturalmente, novelescos. No obstante, individuos tales como el autor de estas Memorias no solo pueden existir en esta sociedad, sino que por fuerza deben existir, si se consideran las circunstancias bajo las que, por lo general, esta sociedad nuestra se desenvuelve.

Fedor Dostoievski

Memorias del subsuelo

1

LIMBO

Julián, Caimán, Chicharra y Luis. De la pandilla de Los Palos Grandes sólo quedamos dos. Caimán en silla de ruedas y yo. A Chicharra lo mataron en el 87. De loco se fue con un BMW a controlar perico a Sarría y de allí no salió. Julián se despidió en el 92. Se pegó un tiro por culpa de Claudia, la puta esa, que lo dejó por Carlos.

Ya Los Palos Grandes no es igual, Caracas no es igual. Están aterrorizados con la violencia, los robos y esas mierdas, pero qué va, nadie me engaña, Caracas es más pangola ahora. Choros, muertos, asaltos y pobreza desde que tengo memoria existieron, pero en los últimos años, además de eso, la gente se ha vuelto paranoica, más moralista y conservadora. Antes había libertad, drogas y locura. No sé, o la gente anda en otra nota o yo me quedé en una. Hay una nube negra sobre este maldito lugar.

En los ochenta, los millonarios eran punketos. Punketos millonarios. Se compraban la droga más rica, se vestían mal y bailaban pogo en sus casas del Country. No sé, querían escandalizar a sus padres.

La gente más fuerte que he conocido estaba en esa década y en el bulevar de Sabana Grande. Eran unos raticas. Estaba El Negro Armando. También era punketo, pero de barrio, malandro. El tipo lograba lo que quería, tenía demasiada labia. Pim, pam, pum, un cuento chino y terminabas dándole 100 bolos, que en ese momento eran un billete; bueno, no tanto. Orlando embaucó a media Caracas. Hacía conciertos, fiestas y vendía coca chimba. Con esos reales se fue a vivir a Tenerife y montó una discoteca allá.

Babú, Babú era el rey. A los 14 años tenía un mohicano azul en la cabeza y vivía en la calle. Era hijo de inmigrantes polacos, pero de barrio también, de Coche. Ni en Inglaterra existió punk tan punk como Babú. Ahora es hippy y tiene sida.

Entre Sabana Grande y el Country Club estaban los bichitos de Chacao y Los Palos Grandes. Después estaban los de Los Ruices, La Urbina y La California Surf, sin olvidar a las joyitas de Prados del Este y Caurimare, burda de pavos. Ese era el circuito que completaba el universo del

Este. No éramos punketos, pero surfeábamos, nos drogábamos y robábamos repros. No había tantos peos por el dinero, todo lo hacíamos por diversión. Cero paranoias. Hasta los culos eran más resueltos.

Recuerdo cómo perdí la virginidad. Estaba con Caimán en el CCCT, paveando, porque también éramos pavos, ¿no? Tenía 13 años y Caimán me dijo: «Hoy nos tiramos a unas bichas, te lo prometo, Luis». Y así fue. No había mucha gente en el centro comercial aquel día. Era un martes y hacía poco que habían inaugurado la nueva etapa; estaba la fiebre. Nos fumamos un tabaco y empezamos a recorrer los pasillos de ese infierno. De repente, te lo juro, encontramos a dos perritas igualitas a nosotros, de la calle, fumonas, y que andaban, como decía Kiara, buscando pelea.

Fue amor a primera vista. Agarramos un autobús y nos fuimos a casa de Caimán. Vivía con los abuelos. El señor Fernando tenía como 90 años y estaba siempre borracho; no se daba cuenta de nada. Su esposa, la señora Josefina, tenía como 70 y estaba todo el día durmiendo. Caimán era un rey, hacía lo que le daba la gana. Sus padres lo habían abandonado y él era feliz. Cada vez que paso por la cuarta transversal de Los Palos Grandes y veo que la quinta Coromoto está toda picada y rodeada de edificios posmo, me dan ganas de llorar.

Subimos a la azotea con las perritas. Yo andaba con una rubia que me decía que se llamaba «Laquetira», como «la catira», ¿sabes? Y Caimán con una morena, María Teresa, que estaba ricarda. Nos fumamos un tabaco y comenzamos a meternos mano, divino. De repente, cuando la cuestión se puso candela y ya le había agarrado el chocho a Laquetira, la otra jeva, María Teresa, le dijo a Caimán que quería estar conmigo. A él no le importó, a Laquetira tampoco, y a mí menos. Nos cambiamos y reímos. Éramos muy jóvenes.

María Teresa era un ángel, olía a pipí de carajita. Besaba bien. Tenía unas teticas chiquitas, pero ricas y duras. Era una perra. Soy fanático de Ginger. Me lo mamó y yo a ella. No sé qué fue mejor. Rarísimo. No era como en las películas porno, o como cuando me masturbaba. No sentía el glande. Lo demás fue demasiado.

Cuando se lo metí, me dolió y a ella también. No supe qué hacer. Lo seguí moviendo y nunca acabé. Más nunca la volví a ver. A la otra, Laquetira, siempre la veo por ahí, vieja, fundida y fea. Quisiera encontrar a María Teresa. He pensado hasta en poner anuncios en el periódico o ir a la sección de desaparecidos de Sábado sensacional. La necesito.

Caimán y yo siempre hablamos de ese día perdido de los ochenta. No sé, metido en esa silla de ruedas no hace más que recordar, meterse perico y navegar por Internet. Se le van los ojos hablando del pasado. No es que yo esté mejor. Ahora anda loco y lo tengo que cuidar; es mi deber. Siempre me

dice: «Tú eres el próximo, Luis, viene tu turno», y yo no quiero pensar en eso, pero es cierto.

Hace un año, Caimán sufrió un accidente en la autopista de Valencia. Quedó paralítico del ombligo para abajo. Chicharra fue el primero, luego Julián, Caimán quedó jodido y ahora vengo yo.

Mi instinto de supervivencia me dice que me cuide, que me ponga pilas, que arranque. Estoy perdido. Mi viejo se murió hace un año y mi vieja está podrida en una cama y no me quiere ver. No hay dinero en la casa. Siempre utilicé el billete para rumbear y joder. Ahora estoy desesperado, quiero ser millonario, quiero irme a vivir a Miami, instalar a mi vieja en sendo apartaco en el Este, comprar una camioneta gigante. No hay dinero.

Ya casi no me meto perico, sólo marihuanita una vez al día: desde que me levanto hasta que me acuesto. Me cago de la risa.

Sé que es una tontería, pero ninguno de mis panas está mejor. Creo que estamos jodidos y que no hay lugar para nosotros en este mundo, que no hemos hecho nada, que nadie ha hecho nada, ni lo va a hacer.

No confío en nadie. Todos están jodidos, nadie es feliz. Ni Laudvan, que es pintor, intelectual y sabe hablar inglés. El tipo es burda de inteligente. Ahora escucha música techno, así, house y mierdas raras, y le entiendo poco, aunque es pana. Cuando estudiábamos juntos Filosofía en la Central, se metía burda de pepas y hablaba solo. Todo el mundo se burlaba de él o le tenía miedo. Yo lo defendía y aún hoy seguimos siendo panas.

André es gay y dicen que está en París. Hace tiempo que no sé de él. El panita André de Caricuao, el malandrito más desubicado de todos.

Los demás panas o están con un trabajito chimbo por allí o bien lejos, los que tuvieron chance de escapar de este infierno. Una vida sabrosa estudiando música en Boston o cine en Nueva York. Me dan arrechera todos esos mamagüevos que se fueron. Solicité la visa para Estados Unidos dos veces y las dos veces me la negaron con asco los maricos gringos.

Huele a pescado

Despierto y no me quiero levantar, no tengo nada que hacer. Alguna vez un pana me dijo que si no dormía aprovechaba la vida más, un 50 por ciento más. No creo. Hago más dormido que despierto. Además, el tipo era alto periquero.

Odio mi casa. Mi mamá no me habla y está toda deprimida. Creo que le enrolla que fume tanta marihuana, porque lo sabe. También le enrolla que sólo haya llegado hasta el segundo semestre de Filosofía y que no me graduara. Es que entré allí para que luego me dieran el cambio a Comunicación o Derecho; no lo conseguí y lo que hice fue ladillarme durante un año. Platón, Kant, Marx, me cago en todos esos mamagüevos. No aprendí nada. Qué ambiente más deprimente.

Odio la calle. Odio Los Palos Grandes. Ya la gente de la vieja guardia no está. No sé a dónde ir. Parece un pueblo fantasma. Puros recuerdos son los que quedan por ahí. Visito a los panas que no han desaparecido. Al Tufo, por ejemplo. Oigo sus cuentos con la policía, el jibareo, lo del secuestro del niño Vegas. De lo tripa que era la Caracas de los años setenta, de cómo se fumaba la yerba, de las rumbas de rock 'n' roll, las jevitas vueltas locas con la onda hippy.

Los tipos eran unos raticas. Secuestraron a un carajito que era primo de uno de sus panas, pidieron un rescate, lo cobraron y el chamo, no sé cómo coño, se murió. Detuvieron a todo el mundo y sólo metieron preso al más bichito. Desde ese día la policía no dejó de ladillar.

El Tufo es un buen quemado, un tipo quedado en la nota de los setenta, pero es pana y sabe cómo es todo. Es bien.

Hoy no quiero ver al Tufo. Es depinga, sí, pero también me deprime. Yo no quiero ser como él. Quiero tener dinero y olvidarme del pasado, no quedarme en la nota, pensar en el futuro. Tengo un año sin meter el pepino en ningún lugar. Estoy desesperado. Pero sé que hoy voy a tirar. El aire huele a pescado, a chocha, a cuquita rica. Tengo un sexto sentido para eso. Hoy todos los chochitos del mundo se derriten, y no por calor. Hoy voy a mojar el pepino.

Además, tengo una invitación para una discoteca, el Bar 3, o algo así. Mis panitas sifrinos, que todavía los tengo, me consiguieron una entrada. No sé si es porque siempre cargo monte y lo necesitan, o si es por compinches, no importa. Tengo una invitación para una discoteca y el aire huele a chocho.

La última vez que tiré fue sin condón y en Río Chico, con una negrita del pueblo. Olía a mierda, pero era una demonia. Yo no soy racista, pero llega un punto en que me enrollan las negritas. Yulitza, o como coño se llame la puta esa, no tenía muchos dientes y lo mamaba bien. Se lo metí por todos lados y no acabé. Al final me preguntó mi nombre y teléfono, «por si acaso una sorpresita», soltó. Le dije que me llamaba Ricardo Cisneros, que mi papá era dueño de Venevisión y le di el teléfono de un pana. Ojalá haya quedado embarazada la perra esa y haya llamado al pana. Me cago de la risa.

Eso fue en las vacaciones de diciembre del año pasado. El último año bueno de mi vida. Me tiré como a diez. La más rica: Andrea, una pollita de 18 años que vivía en El Marqués. Una rumbita, un tabaquito, una curdita y pim, pam, pum, me la llevé a un parque de Chuao. Allí, al aire libre, me la eché. Rico. Ella paradita apoyándose en un columpio y yo detrás metiéndoselo. Chochito apretadito. No paró. Quiso que le diera hasta las cinco de la mañana. Como no acabé, se arrodilló y, primera vez que alguien hace algo tan lindo, me lo mamó hasta que ya no pudo más. Jamás terminé. Debo reconocerlo, tengo un problema sexual, no eyaculo cuando tiro con las jevas, sólo cuando me masturbo. Estoy enamorado de Andrea. Ella no me quiere ver.

Sé que soy un rancho, un barranco y un desastre. Un quemado, lo sé. Pero las mujeres también han cambiado. Están sólo pendientes del billete, de los restaurantes caros, de los vestiditos de moda, de aparentar, de conseguirse un maridito que las saque de su casa y les monte un apartaco con tarjeta y carro. La he llamado más de una vez y siempre: «No está». Se hace la loca.

También hubo sus barrancos, cómo no. Además de la negrita, me cogí a una gorda y a una vieja. Yo le echo bola a todo. Las gorditas tienen un chocho inflado y gigante, un caparazón duro como el de las tortugas; eso excita. La viejita fue por puro queso en un hotel feo y barato. Una rubia oxigenada como de 50 años, birriondísima, que pillé en El León. Fue comiquísimo, y me lo tripeé. Me decía: «Yo soy tu niñita, soy tu niñita, métele el pajarito a tu niñita». Me cago de la risa.

Reflexión I: Lo que quiero es una jeva

Para qué me voy a caer a cobas, lo que me gustaría es tener una jeva legal, un culito con quien ir al cine los fines de semana, con quien hablar paja, con quien tirar todos los días. Nunca he tenido algo así en mi vida y de bolas que me hace falta.

Es algo más profundo. No sé si Platón, Sócrates o Fedón, porque esos maricos eran una cuerda de locas y ninguno asumía su barranco como es, decía que había que despegarse del cuerpo, de las pasiones, de lo que siempre cambia para aferrarse a lo absoluto, al alma, a la razón y a lo que permanece, ¿entiendes?

De repente eran evangélicos. No sé por qué decían eso. Debe ser que como eran sendos gays y famosos y tal, tenían un viaje de novias y novios y nunca sintieron la necesidad de ser amados. Yo lo necesito, quiero a alguien a mi lado, alguien que me recuerde que hay algo más allá de este barranco.

Ahora que lo pienso bien, el marico de Platón, o de Sócrates, no importa, tenía razón, si te aferras al cuerpo y a las pasiones no puedes vivir en paz, te quedas en un solo plano, te quedas en el de la jeva no me quiere o te quedas en el nadie me quiere, y hay que trascender, ¿o no?

A conciencia, hay que concentrarse en lo absoluto, en el alma y el conocimiento, si no, eres burda de fashion y superficial. Tienes que olvidarte de que eres un pobre bichín, insignificante y perdido en el universo, que jamás conseguirá amor ni nada parecido y un día se morirá sin más. Eso fue lo que hizo Sócrates justo antes de beberse la cicuta e irse para el coño, concentrarse en lo absoluto, donde no hay amor carnal ni un coño.

Que no sea marico nadie. Yo lo que quiero es una jevita.

Tiro por la culata

No tengo ropa. Si tuviera plata me compraría unas franelitas Armani bien legales. Unos pantaloncitos de vestir y unas boticas posmo. Hasta me pondría zarcillos en las orejas, me metería en un gimnasio y me pondría bien papeado. Me cago de la risa, ¿yo papeado?

Por ahora muero con mis Timberland gastados, mis Levi's sucios y mi camisa de rayas del año 93. Me veo legal, como cualquier pavo más. Soy flaco, tengo el pelo negro y la cara blanca. No voy a desentonar.

Controlé un buen pedazo de monte, verdecito con punticos rojos. Crema. También, como sé que voy a mojar el pepino, pillé un pelo de coca, una bolsita más o menos, para animarme y desinhibirme. Fumo, huelo, un roncito y me veo en el espejo. Todo bien.

El Bar 3 ese del coño queda cerca de mi casa, en La Castellana. Dicen que hoy un discjockey famoso va a poner música allí.

Supuestamente los panas me iban a esperar en la entrada, pero qué va, no están. Me quedo afuera y analizo la situación. Hay miles de personas, todas desesperadas por entrar. ¿Cuál es el peo, cuerda de mamagüevos? ¿Estamos en el cielo o qué?

El portero no deja pasar a nadie. A mí, jamás. Mejor ni me le acerco. Pasan como 20 minutos, no demasiado aburridos porque me morboseo a las mamis que se aglomeran frente a la puerta y gritan el nombre del dueño.

Escapo y me meto casi toda la bolsa en un rincón del centro comercial. Uf. Regreso y ya no me importa nada. Ahora la estoy pasando bien, jalado y con los músculos de la boca trenzados en una sonrisa.

Los tipos que están frente a mí, unos seis bichos, unos monos de mierda, inician una revolución para que los dejen entrar. Gritan y empujan. Rompen el cordón de seguridad y corren adentro.

Tras ellos, despacio, tranquilo, estoy yo. Nadie mira.

La seguridad detiene a los marginales y los bota a patadas. Tienen la cara ensangrentada y piden piedad. Paso al lado, pongo expresión de asco y listo, estoy a salvo. Las luces y el sonido explotan en mi cara. Eso es lo bueno de salir solo.

Un cogeculo. No se puede ni respirar por la cantidad de gente que hay. No veo a los panas que me invitaron, y mejor.

Está el loco de Alqui y sus secuaces. Parece un malo de Batman, como El Pingüino o alguien así. Es un peluquero de la vieja guardia, gay, posmo y periquero. El tipo es fuerte y me quiere. Usa cadenas, extensiones en el pelo, abrigos de peluche y gorras raras. Juntos recordamos los años ochenta. En esa época se hacía llamar Alqui Tran, ahora es Alqui no sé qué mierda. Me invita un pase que está mejor que la coca que compré. El Alqui siempre calidad. Lo acompañan un viaje de loquitas nuevas, porque Alqui es un vejete. Bailan y me miran. Yo, con los gays, a 20 metros de distancia.

Estoy bien gorila. Me mezclo con los pavos. Los odio. Les quiero poner 100 bombas y que vuelen en pedacitos a Miami. Maricones. Están tan jalados como yo. Es como verse en un espejo, es hasta más vidrioso.

Hay tremendos culos en el local. Pero todas las bichas están pendientes de un chuleo, de que les inviten un trago y esas cosas. Cuaimas. No hay ternura en sus caras. Sus tetas están allí más o menos, infladas con sostenes de algodón; sus culos, allí, medio parados. La celulitis, te lo digo, la llevan en el alma.

La experiencia me dice que hay que esperar a que las mujeres se emborrachen. Una vez prendidas no hay quien las pare.

Voy a donde está el discjockey famoso. Tiene pinta de posmo, o de gay, no sé. Es un gordo calvo con cara de culo, me parece conocido, creo que fue punk, pero del Oeste, que andaba con la gente de Desorden Público y el ska. La música que pone es como el house que le gusta a Laudvan, no la entiendo muy bien, es una changuita, un disco rebuscado, pero la gente se mueve más o menos, las carajitas menean esas nalgas fuertemente y eso es lo que importa.

Voy al baño y me meto otro pase encaletado. El que cuida la puerta me ve con odio; tiene pinta de querer llamar a la policía. Negro de mierda, te voy a dar una sola mano para que aprendas, como si en tu barrio de porquería no fumaran bazuko y crack, mamahuevo.

Hay una bichita, medio enana y gordita, pero vestida very nice, que está pagando, que baila sola en la pista y que mira hacia acá. Parece borracha. Me le acerco y le sigo el paso. Bailo al estilo Billy Idol 85, no he aprendido otro movimiento y, qué va, tampoco se me dan ni la salsa ni el merengue, aunque me vacilo al Héctor Lavoe.

Mira, coquetea, se hace la dura, me le acerco. Le rozo el huevo por las nalgas, se asusta, se aleja un poco, da una vueltica, sacude el pelo y la muy zorra regresa. Estoy listo, pienso. Como dije, no fallo: hoy olía a pescado. Cierro los ojos y me dejo llevar por la música, es una tripa. Me imagino quitándole la camisita de moda a la jevita, lamiéndole el perfume de moda, escoñetándole el peinadito de moda. Me excitaría muchísimo cogerme a una mariquita de estas. Darle duro, que sangre, que llore.

El techno ese, junto a la coca y los tabacos, me vuelan el coco, empiezo a tripearme cosas raras. Creo ver a Carlos Andrés Pérez, me gusta burda ese carajo, bailando house. Me imagino a mí mismo surfeando en el espacio como un superhéroe. Me olvido de la jeva. Y soy el papi, superpapi que todo lo puede, el Cometín que surfea en el espacio con Carlos Andrés Pérez y unos duendecitos verdes. Verga, estoy demasiado drogado.

La tripa no dura ni 20 segundos. Cuando despierto y abro los ojos, la mami no está. La busco por la pista y nada. La busco por la barra y nada. La busco por el discplay y nada. Mierda.

De repente siento una mano en la espalda que me hala con fuerza. Me engorilo, estoy a punto de soltarle una mano al güevón, pero entre tinieblas veo que es Alqui con una sonrisota. Me lleva a un rincón de la disco con sus panas locas, saca del bolsillo una bolsa y con una llave me sirve una montañita de perico en el pulgar. La esnifo con fuerza, con rabia, y me llega directo al cerebro, como un golpe de Jacky Chan. Pinnnn.

Arrimo el culo junto a ellos y empezamos a hablar de cualquier vaina. Nos reímos, Alqui invita los whiskies. Me siento ahora burda de bien. El house hace «tun, tun, tun», al ritmo de mi corazón, a 120 por hora. Estoy hasta el culo, pero el whisky me relaja. «La música es buena, pero nadie en este país la puede entender. Somos subdesarrollados culturalmente, estamos atrasados porque aquí nadie...». No, no, no, que se calle el marico de Alqui, no me calo una labia rara a estas horas. Que se calle o le meto una mano.

Mientras Alqui habla, pienso en otras cosas; en la muerte, por ejemplo. Él es el amo esta noche, a mí ya no me queda ni un pase y su bolsillo es infinito. Centro la mirada en la salida, cuento hasta diez y me trago el discursito del subdesarrollo. Necesito otro pase.

Mientras observo cómo la gente entra y sale del local, pillo a la jeva de la pista yéndose con otro viaje de cerditas. Maldición. Puta, zorra, calientagüevos. Empiezo a maltripear, me siento estúpido, solo, perdido, perdedor e incapaz de levantarme un maldito chocho, enano y regordete. Estoy maltripeando, me siento mal, la muerte acecha, necesito otro pase. Alqui, dame un pase. Hace que no me oye. Alqui, dame un maldito pase. Se para y se va a bailar. Eres una rata, pingüino de mierda.

Un flaquito pelón, amigo de Alqui, se arrima y con mano tranquila y suave me mete una montañita amarillenta en la nariz. Estoy verdaderamente agradecido; pero que no ladille.

Un espíritu maligno se apoderó de mi nota y ahora el universo entero es una poceta llena de mierda. Tengo que controlar esta sensación. La música me atormenta, es una máquina que perfora cerebros y almas, no la puedo oír. El flaquito se empuja a mi lado y pregunta con tono de jevita si me pasa algo. Nada, le digo. Mamahuevo. No quiero hablar.

Se queda igual. Me surte de perico dos veces más y no dice una palabra. Al cabo de un rato, Alqui da la orden de partida. Plan B: ir a su casa a terminarse las bolsas que les quedan. El flaquito me invita. Ya esta noche no puedo dormir, pensar o hacer otra cosa, lo único que no soportaría es el bajón de la coca, necesito más. Estamos en el infierno: las paredes arden y Alqui es el demonio.

Su casa está llena de fotos en blanco y negro de hombres en interiores. Sillas rosas, panfletos de fiestas de Nueva York. Un maniquí de un niño mutilado vestido de sadomaso. Tiran en una mesa de vidrio todo el perico sobrante y hacen como 1.000 líneas. Me meto seis de un tiro. La mala nota se me pasa un pelo, me siento mejor, ahora soy un zombi sin conciencia ni espíritu. Me dejo llevar.

Los buitres se dan cuenta. El flaquito me da besos en el cuello, me toca el huevo y no se me para, me quita la ropa y me pone en cuatro patas sobre un sofá. Me dejo llevar. No siento nada. Me excito un pelo. Lo mete, lo saca. Sólo oigo que cantan, que rezan algo raro que suena así: «Tururú, tururú». Me adormece y me dejo llevar. Soy una putica, una niña virgen e indefensa que ni siquiera puede gritar. Viene otro de la pandilla y hace lo mismo. Espero que no sea Alqui. No puedo hablar, soy incapaz de decir que soy hombre y que primera vez que alguien me mete nada por el culo. Maricones. «Tururú, tururú». Soy incapaz. Creo que alguien nuevo está montado sobre mí.

Lo dije, hoy olía a pescado, a chocho. Lo que no sabía es que era el mío.

El sol sale para todos

Me cago de la risa. Ahora sí que no me falta probar nada en la vida. Hasta me cogieron por el culo. Bueno, todavía falta experimentar la muerte y que yo mate a alguien, eso falta. Creí que el día que me pasara, que me dieran por atrás quiero decir, me iba a sentir peor, pero no, me cago de la risa. Ni siquiera le guardo rencor al flaquito de camisa plateada. Antes de llevarme a mi casa, me invitó a desayunar en el Manhattan de La Castellana y todo, un sitio lleno de actorcitos de televisión y bichitos de agencias de modelaje. El tipo seseaba, el flaquito mariquito, y les peloteaba a los actores de TV.

Fue una noche de copas, una noche loca, como dice María Conchita. Estas vainas pasan. Lo único que me enrolla es el sida, pero esos gays son más pilas con esa enfermedad que yo. De todas maneras, si me lo pegaron, me compro una metralleta y les vuelo la cabeza a todos, no sólo a los gays. Me duele el cuerpo y demasiado, tengo náuseas y sueño, eso es lo peor. Me tumbo en la cama el día entero, escucho radio y recuerdo.

FM

Habrá ¿qué? diez canciones nuevas, 15 porquerías atormentantes, eso es todo lo que pone la radio, además de los clásicos de los sesenta, setenta y ochenta.

Hay un clásico que me impresiona y es Men at Work. No importa lo que hayan hecho Bob Marley o Jim Morrison. Es más, no importa lo que haya hecho nadie en este puto mundo. El maldito Men at Work, con sus cuatro canciones de mierda, continúa sonando después de 15 años, por lo menos, diez veces al día en las FM venezolanas.

Me he preguntado una y otra vez cuál es el ingrediente mágico de este grupo de new wave chimbo de los ochenta, qué tiene que gusta tanto al público. Incluso, he pillado varias veces a panas con cintas encaletadas de esta bazofia en el carro. Pero no hay respuesta. Es inexplicable.

Estoy oyendo el corito de Who can it be now o como se llame esa plasta de canción y siento que la cabeza me va a estallar. Pun. Antes pusieron a Shakira, una gordita colombiana que me cogería con gusto, y primero el locutor habló de la crisis de liderazgo que vive el país. Mamahuevo.

Me encantaría organizar un movimiento armado que fusile a todos los imbéciles que hablan idioteces por la radio o la televisión. Que si Venezuela es un gran país, que vamos a salir adelante, que si la esperanza, que si el problema es éste o es el otro. A quién le importa. Yo lo que sé es que sólo me quedan 300.000 bolívares de la herencia que me dejó mi viejo y que no tengo trabajo. Mi peo es que las jevas se volvieron locas y que tengo un año sin mojar el pepino. Yo lo que quiero es que estos pajúos pongan buena música y se callen.

Es ese tal Johnny Mega, un bichito cuya gloria como locutor es tan inexplicable como la de Men at Work. Está en todos lados. En las vallas de la autopista, en la televisión, en la radio, en el periódico. La única cosa que le admiro es que ha hecho billete, y burda, el gallo ese.

Ahora pone Smashing Pumpkins y anuncia 40 cosas que no me sirven para nada. Lo que debería hacer este tal Johnny Mega es darme trabajo. Soy un tipo pilas que sabe cómo es todo y eso es lo que él necesita: gente de calle que le lleve noticias y nuevas ideas. Le voy a caer, de alguna forma. Lo voy a hacer. Me masturbo y duermo otra vez.

Rutina

Hoy es lunes, día de control. Me toca buscarme el pedacito y fumarme un buen troncho para empezar la semana.

Agarro el Metro a las diez de la mañana. Odio el Metro. Todo el mundo dice que es bonito y tal, pero a mí me parece horrible; me parece horrible porque me ladilla que todo el día me anden diciendo que es depinga. ¿Por qué? Hay que hacer cola, la gente te mira con cara de culo, te atropellan, te aplastan, hace calor, siempre están en huelga o se suicida un güevón a la hora pico. Además, parece decorado por un portugués. Es una mierda.

De todas maneras, bailo el chachachá Casio que pone el hilo musical de la estación y me meto en el vagón pensando en que a esta hora no hay mucha gente y uno va, más bien, cómodo. Comodín Martin. Las caras cambian siempre y Caracas acá abajo parece más grande; es como una verdadera ciudad.

Tengo 100 lucas en la cartera. No es buena idea cargar tanto dinero cuando se va para el barrio, pero es que hoy fui al banco y aproveché para sacar lo suficiente para vivir una semana. Me ladilla ir al banco. Me ladilla todo.

Me gusta el barrio y no sólo porque lo asocio con drogas. Alguna gente allá arriba es bien depinga. Sobre todo El Bróder. El tipo es malandro, pero de esos marginales inteligentes que te hacen un análisis profundo de las cosas con su lenguaje chaborro. El Bróder jamás ha salido de su barrio José Félix Ribas. No necesita hacerlo, allí es rey y todo el mundo lo quiere. No atraca, ni roba, pero sabe cómo es todo. Tiene más de tres muertos encima, o eso dicen. Allí, para mantener el poder, incluso para sobrevivir, tienes que batirte una como en las manadas de animales. No pasa de los 40 años y lleva 20 como jefe en la quebrada oeste de José Félix.

Todos los fumones serios de Los Palos Grandes le controlan al Bróder. Desde El Tufo hasta los más chamos. La cosa es ancestral, es un jíbaro familiar. Pura crema y a buenos precios.

Además de comprarle el pedacito, quiero pedirle un consejo a ver qué dice sobre mi vida.

José Félix es otro planeta, la gente no te entiende y tú no los entiendes. Miran, hablan, comen, oyen y se tocan de otra forma. Es la cosa más urbana que pueda existir con las cloacas, el hacinamiento, las pistolas y esas mierdas, pero también es burda de rural con sus gallinas, plátanos y sancochos dominicales a la puerta de la casa. Es horrible, feo, asqueroso. Eso no es Caracas, aunque allí vivan más de la mitad de sus habitantes. Da vértigo.

Camino hasta La Bombilla de Petare y agarro el jeep que sube cerros. Tardo como 25 minutos en llegar hasta las escaleras que conducen a la casa del Bróder. El tecnomerengue a 140 revoluciones empieza a sonar como si viniera del espacio sideral. Esa es la parte del camino que más asusta. Sientes 1.000 ojos que te observan, que te calibran, te encañonan y que esperan a que te resbales un poquito para comerte como hienas. Niños, viejas, perros, gatos, todos miran igual. Una bomba, esa es la solución para este país.

El Bróder y su pandilla, 40 carajitos, 55 mujeres, 80 hombres, 25 viejos, no sé, hay burda de gente y todos, al parecer, viven en el rancho. Adentro hay un televisor de 27 pulgadas último modelo con su correspondiente VHS.

Una vez le pregunté al Bróder que dónde alquilaba las películas y me llevó, como respuesta, a un rancho vecino que estaba mejor surtido que Blockbuster. En un rancho puedes conseguir lo que quieras, desde ametralladoras del ejército israelí hasta qué sé yo qué coño de madre.

El Bróder me recibe, como siempre, bien cariñoso. No sabe el nombre de ninguno de nosotros, para él todos los que venimos de abajo somos los gringuitos. «Ay, papá, ahí viene el Gringuito Criseado». Yo soy el Gringuito Criseado, El Tufo es el Gringuito Mayor y así. Ese es su saludo.

Entramos al rancho y el televisor muestra imágenes de una comiquita japonesa. «Hola. Yo soy Sailor Moon». Suas. Hay un viaje de cortinas de baño que dividen los espacios, esas son las paredes. Todo el mundo anda medio desnudo y huele burda a aceite quemado. Seguimos rumbo al jardín, un barranco lleno de plantas raras y olorosas. Lo mejor que tiene el rancho del Bróder es la vista. De ningún otro lugar de la ciudad se puede ver algo tan depinga.

Caracas parece, desde acá arriba, un parque verde, no la basura que realmente es. Los edificios imponentes. Para los que viven en José Félix, del valle perfecto vienen las telenovelas y Baywatch, toda la mierda. Desde aquí Caracas es igual a Beverly Hills, es igual a una ficción, otro planeta. Abajo queda el cielo y arriba el infierno. Me cago de la risa. Para mí todo es un infierno.

El Bróder me trae lo que le pedí, un pucho de 10.000 junto a una birra bien fría que invita la casa. Le digo: Bróder, brother, te quiero pedir un consejo. «Desembuche, panita Gringuito Criseado, aquí estamos para ayudar al prójimo», responde El Bróder mientras se sienta sobre unas piedras que apuntan hacia Parque Central.

Antes, comienzo a decir, vivía día a día sin preocupaciones, no me importaba el futuro No future, ¿entiendes? Ahora, panita Bróder, sólo pienso en la hora que vendrá, el minuto y el segundo. No tengo esperanza y sólo me quedan 200.000 bolívares para pagar los vicios y movidas de dos

semanas.

El Bróder arruga la expresión y lleva la mano izquierda a la barba que cubre su negro rostro. Lo piensa y, después de unos segundos, escupe:

—¿Tienes esas 200 lucas contigo, panita Gringuito Criseado?

Le respondo que unos 70.000. «Entonces, espérame aquí», suelta, para luego dirigirse al rancho. Al cabo de unos minutos, regresa con un objeto negro y pesado.

—Esta no es la solución de tus problemas, panita Gringuito, pero te lo digo de una: la vida te acorraló como a un becerro por achantado. Necesitas un buen hierro para cuando se te acabe el dinero. La melcocha se va empezar a derretir. Y aquí el pana Bróder te trae uno regalado, pues, a 60 lucas, y cinco más de balas. Te lo digo, Gringuito, tienes que estar pilas, algo va a pasar, algo se está cocinando en la calle y huele mal.

El accidente de Caimán

Madrugada del 22 de agosto. Los años 90.

Nada, nada, nada, nada.

Caimán agarró el carro y una botella de ron. Velocidad, velocidad.

Terminó en la autopista hacia Valencia. Aceleró, aceleró, aceleró y de repente... Perdió el control y se estrelló contra una baranda de seguridad.

Sangre, clínicas, llanto, 23 años, miseria, mierda...

Siempre dicen que todo tiene sentido en la vida, que las cosas no ocurren de gratis. No me jodan, no hay lógica en el universo.

Ricochet Rabbit

No sé para qué le compré el hierro al Bróder. Que si la melcocha, el corral, la vida, la muerte. Ahora estoy paranoico. Te sientes poderoso, así medio comando y todo, y lo que provoca es dispararle a cualquiera. A los mariquitos que te miran mal, a los motorizados que se te atraviesan, a los que atienden en McDonald's. Ayer estuve a punto de sacarla y caerle a tiros a un metropolitano que le entraba a coñazos a un huelepega, pero me contuve.

Lo que más tripeo de tener un hierro es la fantasía. Me imagino, por ejemplo, que asalto un banco y me llevo 20 millones, que asesino a la alcaldesa y a sus malditos policías y que luego me meto un tiro. Lo he pensado hasta con el Presidente. Me cago de la risa.

Nunca he votado, ni lo voy a hacer. Me parece que esa es la actitud. Si tuviera dinero, tampoco pagaría impuestos.

Me lo pongo en la espalda y se siente burda de pesado, se nota que cargo un hierro. Ando con chaqueta, así haga 34 grados. Parezco policía. Creo que este bicho me va a traer más problemas que beneficios. Voy de frente hacia la carrera criminal.

Pero no, tengo que ir por el camino recto y legal. Está mi vieja; se muere si además de marihuanero me meto a choro, si termino en la última página de El Guardián o incinerado en La Planta como un perro. Tengo que velar por ella, cuidarla. Voy a ir a hablar con Johnny Mega.

Nos subieron el alquiler, 400.000 bolos, y mi mamá no sabe de dónde sacarlos. Está pensando en la posibilidad de mudarnos al interior. Tenemos un apartamento en Barquisimeto. Yo no me quiero ir de Los Palos Grandes así. Ya verá, voy a producir billete.

Es que soy un idiota, allí está Johnny Mega, metiéndose burda de dinero. Allí están los hermanos Suave, de mi edad también, los únicos que han hecho algo en esta ciudad. Hace diez años andaban igual que tú o yo, ruleteando, jodiendo y rumbeando por allí. Y de repente, los tipos se perdieron. Comenzaron a traficar coca a Europa. Regresaron, montaron un poco de discotecas. E invirtieron fuertemente en la bolsa. Ahora tienen todo el poder del mundo. Admiro que jode a esos carajos.

Juan Pipa, el tipo que tiene el récord mundial de piedritas de crack consumidas en una hora, me lo contó. Les tiene arrechera porque él viene de una familia tradicional y piensa que los hermanos Suave son unos nuevos ricos. Ellos están depinga, mientras que el papá de Juan, que era dueño de un banco y todo, está exiliado en Miami.

Juan Pipa me invitó el miércoles a bajar a La Guaira en su camionetota Toyota. Estuvo bien depinga el viaje, aunque un poco gorila. Fuimos hasta La Punta a surfear y no había nadie. Nos tiramos unas buenas derechas y nos fumamos unas cuantas piedras. Me dice que sus padres se están divorciando, que su mamá está esperando que los marcianos la vayan a buscar a La Gran Sabana y que su papá está con una carajita buenísima instalado en Miami. A Juan le dejaron los carros y la casa y no se queja.

Subiendo de regreso vimos algo que nos friqueó. Íbamos por Macuto y notamos de repente a un viejo que corría desesperado hacia la playa. Detrás de él iban dos metropolitanos con las pistolas en la mano. Quién sabe lo que hizo. Los pacos empezaron a disparar y le dieron en la espalda. Juan frenó y nos quedamos viendo la vaina. El viejo temblaba y botaba sangre por la boca. Creo que el tipo se murió. Igual, no esperamos a saberlo y arrancamos hacia Caracas. Antes de dejarme en la casa, el panita Juan me invitó el viernes a la despedida de su prima, una mami buenísima, según él, que estudia en Boston y que el lunes se regresa. A ver si mojo el pepino.

Ángel de la guarda

Me iré entonces sin ti, ángel, convencido de que nunca hubo ni habrá guardia.

Hora cero

Tiene razón El Bróder, en esta etapa de mi vida cualquier mierda puede pasar. Por un lado siento que la muerte está cerca, que vigila. Y por otro, tengo la intuición de que algo bien chévere está por llegar.

Me pongo los Levi's menos escoñetados, las boticas más limpias y la franela más nueva, me cago de la risa, una del comandante Chávez que me regaló Caimán en navidad. El toque maestro del look lo da una chaqueta negra de cuero que era de mi viejo, burda de sesentosa. Y, por supuesto, el hierro, como siempre, encaletado atrás. Me siento burda de guerrero. Llueve, desde hace meses llueve sin parar, y tengo el atuendo adecuado.

El programa de Johnny Mega comienza a las cinco de la tarde. Son las tres y La Sónica queda en Las Mercedes. Tengo que agarrar un viaje de carritos para llegar hasta allá. Pateo la calle con arrechera. Miro a la gente con mi cara de culo, me morboseo a las monas que se suben al carrito y llego a la estación.

Me enrollo un pelo, no sé qué decirle a la secretaria. Es burda de ilógico pero verdad. Me meto en una tienda de discos que está al lado. Me provoca fumarme un buen troncho, para calmarme y hablarle bien cool al Johnny Mega. De güevón dejé un tabaquito que tenía enrolado y todo en la casa. Pura mierda es lo que vende la tienda. Que si Salserín, que si Men at Work. Hay una vaina que se llama Los Amigos Invisibles. ¿Qué mariquera es esa? Debe ser otra porquería como Zapato 3.

«¿Le puedo ayudar en algo, señor?». Le puedo ayudar en algo, le puedo ayudar en algo. Puta, cállate, déjame en paz, ¿no ves que estoy nervioso, mona de mierda? Salgo de la tienda y voy directo a un kiosquito que queda cerca a tomarme una Frescolita. El vicio por las colitas me lo pegó Chicharra; decía que la Frescolita era un manjar de dioses. Le encantaba ponerse hasta el culo de monte y tomar colita, una tras otra, con burda de hielo. Esos coñodemadres que lo mataron no saben lo depinga que era el Chicharra. Si lo hubieran conocido ni de vaina lo matan. Lo extraño.

Qué más, pana, tú no me conoces. Me llamo Luis Lapiña y escucho todos los días tu programa. Bien bueno. Estudié Filosofía en la Central. Estoy desempleado. Tú sabes lo difícil que es que le den trabajo a un filósofo y, bueno, como tu programa es de noticias y de comentarios así sociales y filosóficos, yo me preguntaba si tú no necesitabas a alguien que te ayude a montarlo. Además, pana, yo me muevo en la calle, sé cómo es todo allí. ¿Ves? Te puedo conseguir noticias, gente interesante que está haciendo vainas nuevas, ¿no? Tú sabes.

Nadie está haciendo vainas nuevas, nadie tiene ideas, no hay nada interesante, no sé qué puedo conseguir. Qué va, esta labia no va a funcionar, tengo que tripearme otra cotorra para caerle al Johnny Mega. Estoy frito.

Camino un pelo más y encuentro un café así bien nice, lleno de carros último modelo y gorditas con lentes oscuros que comen tortas de chocolate a 3.000 bolívares. Es como entrar a Disney World. Me doy un lujo y pido un marrón grande. Tengo un primo que se metió a krishna. Le hicieron un lavado de cerebro y todo el día anda en un peo con la vida material. Vive en el templo con ellos y, por lo menos, comida no le falta. Esa es otra, llamar a Ernesto y meterme a krishna para olvidarme del mundo material y odiar más a estas gorditas.

Johnny, pana, tú no me conoces, soy un bichito, el más bichito de todos. La mayoría de mis panas están muertos o quemados. No sé hacer nada. No tengo futuro. ¿Te interesa? ¿No? Cambia la nota, abre los ojos. Soy tu audiencia.

El café sabe mal y está demasiado caliente, no sé cómo pude pagar 500 bolos por esta mierda. Salgo a la calle otra vez, un poco más decidido y optimista. Suas. Un carajito con patines en línea me pasa por el lado volando, va demasiado chola. Cruza la calle sin darse cuenta de que un Honda negro va directo hacia él. Pan. Qué feo. El Honda le destripó la pierna.

Me siento criseado, necesito un tabaco. Sudo y las manos me tiemblan. Estoy lleno de odio. De rencor. No hay destino. ¿Pedirle trabajo al mamahuevo de Johnny Mega? Estoy loco. Lo voy a hacer.

Camino hacia la estación.

Verga. Mmmm. Pinnn. Qué jeva más buena, digo al ver a una catira que está afuera de La Sónica metida en un Mitsubishi rojo. Qué jevón. El pecho me arde, la cabeza me da vueltas, nunca he visto una mami así. Tengo suerte, no joda, quizá esa es la jeva de mi vida y por eso vine aquí. Un coño Johnny Mega. Le voy a caer. Luis, valor. Una sonrisota. Extiendo, todo superhéroe, los brazos hacia el techo del carro.

Salto y digo:

¡Holaaaaaaaaaaaaa!

Un segundo.

Una mirada.

«Ahhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhh», un grito.

¿Qué le pasa a esta jeva? ¿Se volvió loca? ¡No grites, tranquila, no te voy a hacer nada! ¡Maldita sea! ¡Tranquila, tranquila, ya, cálmate! Volteo nervioso a los lados.

¡No sujetes la cartera, no te voy a hacer nada!

No le quiero hacer nada a esta jeva, sólo quería saludarla. Yo, yo, yo...

¿Qué pasa, qué pasa? Yaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa. Puta. ¿Qué te pasa? ¿Estás loca? ¡Coño, cálmate, cálmate, ya, yaaaa; para de gritarrrrrrrrrr!

Cállate, cállate, cállate.

¿Qué haces, te volviste loca? Maldita, no prendas el carro, no toques la corneta, tranquila, la gente se está asomando, coño, allí viene el guachimán, ¡saca la pistola, coñodemadre! Coño de la madre, coño de la madre, me apunta... Me va a matar.

¡El hierro!

2

Perra vida

Llovía. Manuela se acurrucó en las faldas de la cama de Ana Patricia mientras su ama se preparaba para un baño tibio. Le gustaban los baños tibios, sobre todo en los días lluviosos. La bruma procedente de El Ávila se introducía en el cuarto y ella, como si se tratara de una cascada termal en medio de un bosque lejano, se sumergía bajo la ducha y veía la montaña desde la ventanilla.

Manuela era una perra fea, descendiente de una mezcla espantosa: chihuahua con pequinés y algo de salchicha. Tenía 12 años y había sido el regalo de la tía Esther en la navidad más calurosa del último cuarto del siglo XX. Gorda, lenta, perezosa, igual se las había arreglado, a pesar de las ásperas críticas de Isabella, para dormir al lado de su ama. Y es que nada existía en el mundo que la niña amara más.

Nadie sabe de dónde sacó la tía Esther a Manuela. Sospechaban que era la hija bastarda de Ifigenia, su leal perra pequinesa, y de un callejero mitad salchicha, mitad chihuahua, de la cuadra. Esther jamás lo había querido reconocer. Era una perra sortaria, eso sí, pero también, como buena mascota sin pedigrí, se las ingenió desde el principio para cautivar el corazón de sus dueños.

De cachorra, Manuela era tierna, juguetona y fiel, y eso compensaba su fealdad. Cuando cumplió los dos años ya no había esperanza: además de horrible, se transformó en una mascota malcriada, chantajista, desobediente y perezosa, pero para entonces no había remedio, todos en la casa la querían. Salvo Alejandro.

La acostumbraron a las mejores comidas, dormía donde le placía y no tenía ninguna obligación aparte de no cagarse en la sala, cosa que la perra no entendió demasiado rápido. Cada vez que lo hacía, de todas maneras, Ana Patricia la protegía de los gritos y amenazas de Berta; claro, a la pobre le tocaba limpiar las porquerías de Manuela.

Allí estaba, tirada junto a la cama de Ana Patricia. Doblada sobre sí misma en la posición más cómoda y caliente que ese cuerpecito arrugado y viejo podía procurar.

DESTINO

—Bruta —y la «a» se mantuvo un buen rato atrapada entre las paredes de la casa en Altamira.

—¿Qué? No me hables así, hazme el favor. ¿Yo soy la culpable? ¿Qué me dices de ti? Revísate a ti mismo antes de juzgar a los demás. A mí no me estés culpando de nada... —chillona y descarnada, la voz de Isabella producía un eco profuso en las paredes de la quinta Mis Encantos.

Era la segunda vez que Alejandro regresaba de la clínica de rehabilitación en Cuba. Esta vez hizo un esfuerzo mayor, tardó nueve semanas y media en volver a engancharse con el crack. La primera crisis, desde su llegada, la financió con sus ahorros; la segunda con préstamos de la tía Esther; a la tercera se robó la licuadora, la platería de la casa, 50 dólares de Berta y el reproductor del carro de su hermana. A la cuarta, ya no había nada que robar en la casa, porque lo que no estaba bajo llave ya había sido intercambiado por crack. Y le explotó la locura.

Agarró un cuchillo. Amenazó con matarse. Luego, con matar a la pobre Berta. Después, con matar a Ana Patricia.

Ni Federico ni Isabella soportaban esa clase de escenas. Los destruía. Le dieron 20.000 bolívares y lo vieron partir.

—Ten la bondad de sacarte ese chicle de la boca, Isabella, sabes que no soporto oírte mientras masticas esa cosa.

—¿Quééé? Yo no soy tu hija, Federico, ten cuidado con lo que dices, respétame, por favor —respondió la esposa con la inmensa bola sabor a frambuesa atascada en el paladar.

—Eres una niña, realmente, una inmadura. En vez de estar todo el día fuera de la casa, masticando chicle y pendiente de tus terapias para renacer, deberías estar aquí en tu casa, preocupada por tus hijos, ocupándote de ellos.

—¿Yo una inmadura? Ja, mira quien habla, Míster Viejo Verde en persona, el que jamás desperdicia una oportunidad para engatusar a alguna de las pasantes del periódico, el que se viste con ropa deportiva apretada así tenga una barriga de dos metros, el que anda pidiendo presupuestos por toda Caracas para una liposucción... Si te viera tu padre, Federico, sinceramente, si te viera.

Isabella sabía que «padre» era la única palabra que en aquella discusión no se podía mencionar. Como presintió, Federico, vomitando su alma entera, le soltó un puño directo en la nariz y luego, con desespero, escapó.

Tirada sobre la alfombra vio cómo los zapatos Nike de su esposo se marchaban de la habitación. Oyó el BMW del 95 arrancar de la quinta Mis Encantos y se echó a llorar.

Esa era la parte que Ana Patricia odiaba más: los llantos. Detestaba oir a su mamá llorar. Le incomodaba.

Sin embargo, era la hora del programa de Johnny Mega. La voz del locutor la tranquilizaba. Pocos lograban ese efecto. Se quitó la ropa, encendió la radio, se sentó en la poceta y lo oyó decir:

«Con la ternura de Light Cola. 2 x 1, la tienda de lujo. Celtel, porque tienes que tener un celular. Video Color Chamín para que te quedes en tu casa. 111, lo que toma un verdadero venezolano. Caramelox, full emoción. Papichips, qué ondas. Jamón Sualo, ultra suave, full de color. Y ahora a escuchar a Men at Work con su clásico 'Who can it be now', aquí en La Sónica a las 5 y 45 de la tarde».

«Está loco y es peligroso. ¡Intentó matarme! Comprarle un millón de bolívares en crack, para que se muera y lo disfrute: eso es lo que hay que hacer. Dejarlo morir. No sirve para nada. Regalarle un pasaje a Nueva York, buscarle 80.000 dólares y que se los fume con los yonkies neoyorquinos. O meterlo en un manicomio y tirar la llave, eso es. Que se muera, que se pudra bien lejos de nosotros», maquinó Ana mientras el coro de Who can it be now llegaba a su punto más emocionante.

Estudiaba Administración en la Universidad Católica, estaba en tercer año, tenía 22 años, una larga y rizada cabellera dorada y una gran insatisfacción.

Los dos únicos hombres que le atraían eran Johnny Mega y el Padre Willem, del que en la universidad decían que era gay, aunque a ella le parecía masculino. ¿Amor? No. Más bien admiración y conexión intelectual, era lo que la estudiante argumentaba a favor del profesor de Ética.

Con Johnny Mega era diferente. Cuando lo oía, sentía su entrepierna erizarse y sus pezones crecer lentamente hacia el sur. Esa voz, ¿qué tenía? No lo podía explicar. Natural y modesta, quizás era la combinación especial. No sólo eran sus dulces y pausados tonos. Qué próspero, joven y suspicaz se mostraba. Las cosas que decía. Qué inteligente, oportuno y astuto era. Su imagen, la que salía en las cuñas de la tele y en las vallas de la autopista, era la de un niño precoz y guapo: pelo oscuro, ojos marrones, nariz perfilada, quijada marcada y más bien delgado.

Había llorado un par de veces con sus palabras. Nadie, pensaba Ana, sentía y entendía a Venezuela como él, a nadie le dolía tanto, ni nadie estaba tan claro.

Pero había algo más. En ocasiones, mientras la retórica de su ídolo hilvanaba una Caracas libre de indigentes y contaminación, se había sorprendido con la mano en el clítoris. Era un impulso, no lo podía contener.

«Past Dedientest, para darse full besitos. Sacks, grill, restaurant and bar, para gente bella como tú. Third World, ropita de moda para las chicas in de la ciudad. Easy Rider, seguro te alivia el dolor. Miami, el lugar de moda para bailar y comer. Ahora a escuchar a Shakira y sus 'Pies descalzos'».

El cine, la televisión, la radio, ser modelo... No sabía exactamente lo que quería. Que la viniera a buscar un héroe galáctico y, juntos, viajar al fin del mundo. Quería vivir con intensidad y además darle un sentido a una existencia que consideraba opaca. Se creía superior a la mayoría de la humanidad, y con los hombres, además de lujuria, había sentido a lo sumo compasión y ternura, nada más.

Estaba aburrida de sí misma y de lo que la rodeaba, y ni la universidad ni su familia le deparaban grandes satisfacciones. Cuando se levantaba en las mañanas intentaba con ahínco darle una explicación a su tedioso vacío, se preguntaba una y otra vez qué podía hacer, miraba a las paredes y al techo, pero nunca encontraba respuestas. Al contrario, se hinchaba de frustración y odio.

Toc, toc: «Ana, abre la puerta, mi amor, tengo que hablar contigo, ábreme, por favor», suplicaba Isabella con los mocos aún húmedos en la nariz, con la voz reseca y débil. Manuela ladraba, Ana las oía pero no quería abrir. Shakira, el sonido del agua golpeando la bañera, los ecos de Mega y el orgasmo que experimentaba después de unos lentos y eficaces masajes sobre su clítoris se lo impedían.

Piedras

Con los 20.000 bolívares arrugados en el bolsillo, Alejandro se dirigió ya algo más tranquilo a casa de su jíbaro, João, en Santa Rosalía. Sabía perfectamente que era un adicto, y sin remedio. Su cuerpo y, sobre todo, su mente, simplemente necesitaban crack. No existía ninguna alternativa seria para su adicción y nadie era culpable de eso, ni siquiera sus padres.

Ese era el problema que experimentaban los psiquiatras que lo trataban en Cuba, y no sólo pasaba con él. «Nihilismo», esa era la conclusión del director de la clínica, el doctor Rojas. «Nihilismo capitalista».

João lo esperaba con una gran sonrisa y diez piedritas de crack. Alejandro las pagó gustoso y le invitó unas caladas al jíbaro. Esos eran los momentos que más le gustaban, el ritual de la primera pipa, el rush bestial del primer jalón de crack, el mareo siguiente y el palpitar violento del corazón. Luego tumbarse en las sillas grises y acolchadas de la sala de João, qué cómodas eran, y ver a los serafines rubios aparecer.

Sentir paranoia, sudar, pensar que la policía o sus padres vendrían era desagradable, sí, pero, en compensación, Alejandro podía percibir el mundo, abrirse a él, oír, ver y oler como no lo hacía en la sobriedad.

Allí, los demonios alados conducían a Alejandro a tierras inimaginables. Podía saber lo que pensaban o sentían otras personas. Sus alas artificiales lo trasladaban a miles de kilómetros de distancia. Podía ir al pasado o al futuro. A otros planetas. Imágenes, sonidos, voces, letras, pensamientos, venían a su cabeza en una tormenta galáctica. Y, lo más importante: una idea, una idea que le daba sentido a todo, una idea que, pensaba Alejandro provenía de Dios, se encendía con el voltaje suficiente para iluminar su cabeza, Ciudad de México, São Paulo y Chicago juntas.

Incluso, en varias oportunidades, las neuronas de Alejandro habían manipulado frases que resumían el significado de la vida, el universo y la existencia. Pero, como siempre ocurría al acabar los efectos de las piedras, olvidaba y regresaba a la normalidad, si se puede decir.

Mientras estaba en Cuba, lejos de la droga y de Caracas, simplemente no existía.

Se instalaba en esa sala a maquinar ideas que jamás encontrarían realizador, vidas prestadas y sueños que no eran suyos.

Podía pasar su existencia entera en esa sala, pero, invariablemente, João nunca dejaba que sus clientes reposaran en su casa ni un minuto más después de las seis de la tarde, hora a la que regresaban sus dos hijos de la escuela. Alejandro tenía que salir y, como siempre, agarrar el carro y dar vueltas por la Cota Mil hasta que se hiciera lo suficientemente tarde para regresar a su cama, prender el televisor sin que nadie lo notara. Y no dormir.

Aquella noche, cuando volvió, Isabella y Federico lo esperaban en la sala.

Reunión familiar

—Tu madre y yo tenemos algo que decirte. Alejandro, siéntate por favor —soltó Federico con esas caras serias que nunca le salían.

Alejandro maltripeó. Pensó que lo llevaban de vuelta a Cuba. Comenzó a gritar y a mover la cabeza, sabía que esas reacciones ahuyentaban a sus padres. Sin embargo, entendía de la misma manera que, tarde o temprano, si continuaba actuando como un demente, iba a terminar en un manicomio, así que reaccionó:

—Yo estoy bien, estoy bien, se los juro. Sólo me estoy adaptando, de verdad. Llamen al doctor Rojas en Cuba y les dirá eso, que paso por un momento de transición y que es lógico que al estar aquí regrese a la droga. Pero es sólo momentáneo, mami, en serio.

—No, hijo, me duele mucho decirlo, pero esto ha sucedido varias veces y jamás has cambiado. Ahora no sólo te destruyes a ti; también a todos en esta casa y, de verdad, no podemos continuar así —dijo Isabella al tratar de no caerse por el barranco de su conciencia.

—Lo que queremos decirte, Alejandro, es que te vamos a dejar en paz, vamos a dejar que hagas tu vida, Quizás la soledad te haga reflexionar. Sobre todo quiero proteger a tu madre y a tu hermana de este sufrimiento; si no te has dado cuenta, ya no tienen vida...

—¿Me están botando? Lo sabía, lo sabía. Hoy vi que iba a morir, me vi a mí mismo flotando en el espacio, desnudo. Dios me lo dijo, ¿lo ven? Créanme, hablo con Él...

Alejandro corrió por las escaleras y se encerró en su cuarto. Se echó en la cama a llorar. Como un niño. Luego prendió la última piedrita que le quedaba junto al televisor.

PARANOIA

Del llanto pasó a la histeria. Las piedritas lo habían fundido y ahora el problema con sus padres había hecho explotar de nuevo la paranoia. Empezó a sentirse acorralado, solo y perseguido. Ellos lo odiaban y lo querían ver muerto. Era una trampa, una trampa para matarlo. Flotaba, otra vez, desnudo en el espacio.

Pero todo eso, pensaba Alejandro, era culpa de Ana Patricia. Ellos siempre la quisieron más, porque era bella e inteligente, sana y educada. Los caballos alados lo condujeron hasta la mente de Ana.

Viajó al pasado. Allí estaba, horas antes, envenenando a su madre, en su cuarto, junto a Manuela, la perra esa, con una blusa azul y cara de ángel. Ana Patricia, demonio. Ella era la culpable. «Es malvada, diabólica, perversa. Jacinto, Erick, suamm, 155, 88, 1290. La voy a matar».

Ana estaba junto a Manuela, tirada en la cama king size con edredón de flores, boca arriba. Leía un libro sobre los efectos malignos de la globalización en Latinoamérica, cuya lectura había sugerido el padre Willem.

El cuarto de Ana Patricia era casi tan grande como el de sus padres. Tenía una terraza y todo. Una pequeña biblioteca y un escritorio de madera que perteneció al abuelo Kai. Equipo de sonido, televisión, computadora, peluches, flores y un baúl en el que guardaba sus recuerdos personales: basura de la infancia, la verdad.

Llovía. Ana Patricia quería estar sola y abstraerse tanto como pudiese de lo que sucedía afuera. Sabía que sus padres habían botado a Alejandro de la casa, pues fue su sugerencia. Oyó la discusión y también cómo su hermano se había encerrado en el cuarto tras un estruendoso portazo. Pero estaba harta, estaba harta de todo, no quería saber nada de ellos, de Isabella y sus llantos, de Federico y sus intentos esporádicos de ser buen padre, de la locura y drogadicción de Alejandro. Prefería estar con un librito, con el clima, Manuela, la luz de la lámpara, con el olor a madera vieja del escritorio del abuelo Kai y, sobre todo, con la esperanza de que algún día saldría de allí para jamás regresar.

Bum

Pak. Isabella y Federico escucharon un ruido sospechoso en la parte superior de la casa. A trote subieron las escaleras y, al llegar, encontraron a su hijo en el cuarto de Ana, con el revólver de Federico apuntando al equipo de sonido.

—¿Qué pasa, qué pasa en esta casa? Dios, Dios, Dios. ¿Cómo es posible, Federico, que Alejandro tenga tu revólver? ¿No lo guardas con cuidado?

—No lo sé, Isabella, no sé cómo lo consiguió. Estaba guardado en mi closet, detrás de los zapatos y... ¡Alejandro!

—Cállense, paren ya de pelear, no ven que me va a matar. Agárrenlo, controlen a este loco... Por favor, hagan algo —imploró Ana Patricia.

—¡Hijo, suelta el arma! —ordenó Federico con un grito poco autoritario.

Bum: los circuitos del equipo de sonido volaron hasta la terraza. Bum: al televisor se le abrió un hueco en la pantalla. Bum: la computadora.

Ahora Alejandro apuntaba a la cabeza de Manuela. La perrita se arrinconó con la cola entre las piernas bajo los escombros de la tele. Sabía que iba a morir.

No lo pensó dos veces, dispararle a Manuela era como matar a su hermana, sabía el sufrimiento que le iba a causar, sabía que con eso vengaría la mezquindad de su hermana.

Bum. Manuela ahora era puré. El disparo se hundió justo en el abdomen, tras un sonido seco y espumoso que estuvo acompañado de un leve aullido, leve, sí, como si sólo se hubiera tratado de una patada o algo así. La perra estaba tan vieja e hinchada que la bala había actuado como una aguja sobre un globo, pluf, y se desinfló. Por un lado las costillas, por otro los riñones, y más allá el pulmón.

Alejandro arrojó el arma sobre la cama y se dirigió a la puerta donde sus padres permanecían con mirada de estupor.

—Me voy, dame 70.000 bolos en efectivo y cuanto puedas en un cheque —dijo Alejandro, ya rumbo a su habitación.

4:12 AM

—No tengo 70.000 bolívares en efectivo, sólo 30.000, y el cheque te lo hago por un millón —susurró Federico con asco, rabia y temor.

—¿Ah? Okey —respondió Alejandro, mientras sacaba del closet algunos bluyines y camisas de rayas horizontales.

Una vez hubo recogido sus pertenencias, el cheque y el efectivo, Alejandro salió disparado a Santa Rosalía en su Toyota gris.

Adiós, Manuela

Alguien tenía que recoger los restos de Manuela y a todos les daba asco. Isabella le tocó la puerta a Berta, la despertó y ordenó que subiera con trapo, escoba y bolsas de basura. Berta obedeció de mala gana.

Para Ana Patricia era un conflicto mayor ¿Qué hacer con los restos de Manuela? ¿Enterrarlos? Claro, ¿pero dónde? ¿En el patio de la casa? No, qué tétrico ¿Qué hacer entonces? ¿Qué hacer, qué hacer? Qué situación más engorrosa.

—Mamá, dame la bolsa donde está Manuela, que me voy a enterrarla... ¡Sola! Voy sola.

—Mi vida, déjame acompañarte, estás alterada, ¿a dónde vas a ir? No entiendo, quédate tranquila en tu casa, ya veremos mañana qué hacemos con Manuela.

—No, mamá, no sabes lo que esto significa para mí, déjame en paz, necesito salir, necesito respirar, no aguanto más.

—Pero, ¿a dónde, Ana? ¿A dónde vas a ir?

—No lo sé. Lo único seguro es que luego seré yo la que va a matar a Alejandro. Lo denuncio a la policía por intento de homicidio. Algo le tengo que hacer, de verdad, me las va a pagar.

Eran ya casi las cinco de la mañana. Manuela estaba envuelta en dos bolsas de plástico negro tamaño extra large. Ana tomó a su querida mascota y la metió en la maleta del carro, con cuidado de no derramar ninguna víscera.

No pensaba. En un reflejo tomó la autopista como si fuera a la universidad. Cuando fue consciente de nuevo, ya estaba más allá de los límites permitidos para una chica del Este: había pasado Antímano y, para el próximo retorno, tenía que atravesar Caricuao.

«¿Rabia? ¿Tristeza? ¿Miedo? ¿Qué es lo que sientes? Ganas de irme de aquí y jamás volver, ganas de ser otra persona, ganas de tener otra familia, ganas de estar sola, ganas de ser una comiquita, de ser una Sailor Moon y no existir. ¿Ahora qué vas a hacer sin Manuela? ¿Qué vas a hacer con tu vida? ¿Seguir estudiando esa porquería de carrera? ¿Sacar notas mediocres hasta conseguir un título que no te va a servir para nada? ¿Vivir en esa casa maldita sin poder respirar? ¿Matar a Alejandro? ¿Casarte con Guillermo? ¿Convertirte en un ama de casa?... ¿Carretera Vieja de Los Teques?».

Bienvenido

También por instinto, Alejandro se dirigió a Santa Rosalía. Estacionó frente al edificio de su jíbaro y caminó hasta toparse con el hotel El Sordo —«Sólo para caballeros»—. Alquiló una habitación y se echó en la mugrienta cama, víctima de convulsiones y terribles remordimientos. El único consuelo que tenía era que estaba cerca de João y que, apenas se hicieran las nueve de la mañana, iría a comprar más crack. Faltaban tres horas.

El hotel El Sordo era una casa antigua rodeada por dos bloques obreros de algo más de 20 metros de altura. Por eso las habitaciones no necesitaban persianas, allí siempre era de noche. De todas maneras, las habitaciones tenían sus ventanitas y los huéspedes podían ver el sótano y los primeros pisos de sus vecinos.

Mantenía permanentemente un olor húmedo y una temperatura más bien fresca, aunque en los días de agosto podía llegar a los 32 grados centígrados. La manta de la cama era gruesa y peluda; picaba si Alejandro se movía demasiado. Con los ojos en lo que suponía era el techo, pues no había más que oscuridad, se mantuvo pensando, pensando, pensando.

Era un monstruo, eso lo reconocía, pero más le atormentaban las contradicciones de su alma: hablar con Dios a través de una droga tan destructiva como el crack, obrar de una forma tan malvada guiado por las revelaciones de un ser que suponía justo y benévolo... Nada de eso era fácil de asimilar. «Estoy loco, estoy loco», se repetía una y otra vez. Ese Dios podía ser muy bien el diablo o, mucho peor, Dios era un ser caótico y burlón, que no reconocía las fronteras entre el bien y el mal, que jugaba con su vida al permitirle ver y oír una realidad que les era negada a otros.

Lo cierto del caso es que, con drogas o sin ellas, Alejandro era un ser conflictivo. Hermético e introspectivo casi al punto del autismo, su vida social siempre fue un asco. No sabía comunicarse y, mucho menos, asimilar el mundo exterior.

Las terapias curativas en Cuba sólo fueron el final de una larga cadena de tratamientos y sesiones psiquiátricas que desde niño lo único que hicieron fue recalcar su condición de enfermo y diferente. Considerado poco menos que un idiota en la escuela, sólo hizo amistad con otros desadaptados, como José Vargas, que era, al contrario que él, demasiado extrovertido, tanto que nadie lo soportaba. Igual, los dos eran autodestructivos y se cayeron bien. José fue el de la idea de las drogas.

Allí estaba ese cuerpo de 1,80 metros y dos intentos de suicidio, tirado en la cama del hotel El Sordo con las dos pupilas azules encendidas en un vano intento por iluminar el universo. Con su bluyín roído y su camisa de rayas horizontales, con sus zapatos deportivos sin marca y con esa aura inocente

que sólo los ángeles deben emanar.

Algo en el polvo de las sábanas, algo en la humedad de la habitación, algo en esa oscuridad acalló los pensamientos de Alejandro. Poco a poco sus ojos se fueron cerrando y la tortura se desvaneció.

A la dos y cinco de la tarde despertó. Tenía hambre y poco quería recordar de la noche anterior. Le dieron ganas de orinar, se paró y no encontró baño o algo parecido en el cuarto, así que salió. Lo primero que le vino a la mente fue la Vecindad del Chavo. ¿Cuántas veces vio El Chavo del Ocho? «Fue sin querer queriendo», «Tenía que ser el Chavo del Ocho».

Estaba en una suerte de patio interior, y aunque el cartel de la entrada decía «Sólo para caballeros», la gente allí se parecía a doña Florinda. La sorpresa fue igual del lado contrario: se hizo un silencio abismal y las doñas lo vieron caminar indeciso hacia ellas. Alejandro se acercó a una que, con guardacamisas y rollos en la cabeza, lavaba ropa en un tobo plástico azul. Le preguntó dónde quedaba el baño.

En la curva de Jacinto

«Esto parece otra ciudad, jamás he estado por aquí. ¿No tienes miedo? Sí, un poco, tengo miedo, esto está oscuro y hay demasiados ranchos. Me pueden matar o violar. Pero qué importa. Sigo, sigo, sigo hasta el infinito. Quizá llegue a algún lugar maravilloso, a algún lugar en el que nadie me conozca y en el que me esperen. Quizá, al final de este camino, aparezca un césped verde y limpio, un lugar donde pueda enterrar a Manuela... Ya va, espera un momento, ¿cómo vas a enterrar a Manuela? ¿Tienes pala, tienes pico o qué? ¿Cavarías un hueco con tus manos? No, claro que no, eso no lo haría. ¿Y entonces qué? ¿La dejarás por ahí botada? No, tampoco, eso no lo haría. Todo esto es por culpa de Alejandro. Cómo odio al mongólico ese ¿Y qué vas a hacer entonces? Quizá un río, un río limpio y bonito. ¿Pero no es horrible contaminar un río con un perro muerto? Además, a la pobre se la comerían las ratas y los rabipelados. Sí, verdad, es horrible. Seguro Berta se encargaría de esta situación de la manera más sana. Yo le daría la bolsa y ya, seguro haría con Manuela algo inteligente y en lo que yo no tendría nada que ver. ¿Por qué no regresas a la casa, le das la bolsa a Berta y te acuestas a dormir? No, no, está todo destruido y lleno de sangre, le tengo pánico a mi casa, la odio, no quiero regresar... A veces quisiera tener un novio, un hombre que me defienda y se encargue de estas cosas, alguien que me represente, pero son todos tan estúpidos... Está Guillermo. ¿Por qué no te gusta Guillermo? Está bueno, es educado, relativamente inteligente, te adora... No me gusta y punto. ¿Serás lesbiana? He tenido sueños con mujeres y reconozco que algunas me atraen, que cuando veo los desfiles de las modelos en la televisión me intrigan y me excitan un poquito. Sí, pero eso es normal, ¿no? Nunca has amado a un hombre. Pero he hecho el amor con muchos y me ha gustado. No soy lesbiana, me fascina que un tipo me toque y me bese las tetas, que me agarre el culo y yo le agarre el güevo y... ¿Y por qué nunca te has enamorado? Me gustaría enamorarme, sí, claro que sí, cómo me gustaría, pero soy una enrollada. No sé, pero ningún hombre me ha hecho sentir nada fuerte. Creo que hay alguien por ahí que es el hombre justo, el indicado, el que es, ¿entiendes? No me voy a empatar con Guillermo sólo porque estudia conmigo y no hay otras alternativas, ¿no? Espero el amor, un amor fuerte, capaz de cambiar el curso de la historia. No sé, estoy medio loca. ¿Y el padre Willem? Me muero por él, me parece inteligente y atractivo. ¿Dejarías que te lo metiera? No, no, lo veo como una figura paterna o algo así, y ya basta, ya basta, es un cura. A mí el que me gusta es... Espera... ¿Qué... es... eso?».

Los primeros rayos de sol se proyectaban en los charcos de agua que la lluvia había dejado en la estrecha carretera. Por eso, al principio, Ana Patricia pensó que se trataba de un espejismo. Frenó un poco, por si acaso, y luego, ante la inminencia de lo que veía, tuvo que dar un frenazo en seco que deslizó el carro a lo largo de la vía.

Un grupo de recogelatas, más bien una manada de hombres forrados con bolsas de plástico y que a su vez cargaban enormes bolsas de plástico repletas de latas de cerveza, barrían la pista en una cadena humana que impedía el paso a los automóviles.

Una vez Ana Patricia se detuvo y recuperó el control del carro, trató nerviosamente de poner el retroceso y salir a toda velocidad de allí, pero, por estúpida y torpe, dejó que los recogelatas rodearan el carro. Luego le dio miedo atropellar a alguno; así que no le quedó otra que subir el vidrio, pasar el seguro y rezar.

«Lampituvirán, lampituvirán, lampituvirán».

Del lado izquierdo de la carretera, lleno de ranchos y pequeñas casas encumbradas en un precipicio, aparecieron más personas. En shores, sin camisas y con caras malignas, se unieron al círculo.

Repentinamente, el conductor de un camión, también detenido por la cadena, bajó de la cabina para acercarse al carro con la misma naturalidad de los otros, como si todo aquello estuviera planeado y obedeciera a una suerte de rutina.

Fue muy confuso, tocaban los vidrios, le hablaban, le decían cosas que no entendía, cantaban algo como: «Tururú, tururú, tururú, tururú». Todos, los recogelatas, los vecinos en shores y el conductor del camión bailaban alrededor del carro y rezaban con grandes sonrisas en sus bocas: «Tururú, tururú, tururú». Parecían indios de comiquita en la danza de la lluvia. A Ana Patricia se le crispó el alma, jamás había oído, ni visto, algo tan desprovisto de sentido. ¿Qué querían decir con eso, por qué lo hacían? Imposible de responder. Sólo sonaba a infierno, a burla, a ¿sagrado? Era fantasmal, iba a morir: «Tururú, tururú».

Cuando creyó que la iban a sacar del carro a golpes, que cada uno de ellos la iba a violar, el conductor del camión abrió con sus manos el círculo de vecinos y recogelatas y, en un gesto de «vete tranquila, mi amor», le indicó que se fuera. No lo pensó dos veces, cerró los ojos y aceleró sin voltear atrás.

Achicopalado

Al salir del baño, notó que las doñas Florindas lo miraban con ojos que nunca había sentido en su vida. Simplemente no le molestó que aquellos hombres, con rollos en el pelo y cejas depiladas, se le quedaran viendo de esa forma. El sexo, de todas maneras, no le interesaba. Su asunto era ir a comprarle algunas piedras a João.

Tuvo que caminar dos cuadras y mojarse un poco antes de llegar al edificio de su jíbaro. Cuando estuvo enfrente, quién sabe por qué, recordó que había parado su Toyota al lado del edificio. Descubrió, sin mucha sorpresa, que a su carro le faltaban los cuatro cauchos. Igual, siguió su camino.

Tocó el intercomunicador: «João, es Alejandro».

João, João. Tenía 27 años, dos más que Alejandro y era jíbaro desde los 20. La primera vez que Alejandro le controló fue en el colegio, porque João, al que le decían El Portu, se paraba siempre en una esquina a las afueras del liceo a hablar con la gente, a vender, a caerles a las pimpollas de 16.

José hizo la transacción, un pucho de marihuana que costó 250 bolívares, nada. João, que era hijo de una pareja de portugueses que vivían en San Fernando de Apure, estaba solo en Caracas y hablaba todo el día de fútbol. Aquel día platicaron sobre el Milan o algo así y a Alejandro le llamó la atención.

El Portu era un galán. A pesar de ser un jíbaro, siempre lograba convencer a las de tercer año para ir a comer helados, así que ese primer día no conversó demasiado y se fue con una quinceañera llena de acné a comer uno de chocolate. Sin embargo, después, no faltó tarde de ese último año de bachillerato en la que Alejandro, con la excusa de comprar marihuana, no se parara a oír a João hablar de fútbol.

Llegó un día en que João no habló más del Milan. Se casó, se compró un celular y entró en el negocio de la coca. Así fue como Alejandro probó el crack y João consiguió su mejor cliente.

—Chamo, Alejandro, coño, carajito, tú estás loco, estás viendo tu carro, le faltan los cuatro cauchos. ¿Cómo pasó eso? Coño, carajito, qué vaina contigo.

—Me botaron de la casa.

—¿Y entonces?

—¿Y entonces qué?

—Coño. ¿Que cómo te robaron los cauchos? ¿Sabes cuánto cuesta cada uno?

—No sé, lo dejé parado allí anoche, no sé.

—¿Lo dejaste parado allí anoche? ¿Y dónde dormiste?

—En el hotel El Sordo.

—Qué vaina contigo, carajito. ¿Qué vas a hacer?

—Tengo dinero.

—Sí las hay. ¿Cuántas quieres?

—Diez.

—Ya te las bajo, pero tienes que mover ese carro de allí. Te lo van a desvalijar, güevón.

—¿Ah? Okey.

Profecía

Llegó a Los Teques, quiso hablar con su mamá y, después de tratar infructuosamente de encontrar un teléfono público que funcionara —con el apuro dejó el celular en su casa—, estacionó en una panadería y pidió un litro de agua. Lo bebió lentamente y luego regresó a Caracas. Echó gasolina y, de nuevo sin pensar, dio vueltas por la autopista durante tres horas. Era ya casi la una de la tarde y todavía el corazón le latía fuerte.

Las últimas 24 horas habían sido las peores de su vida. Pensó en comprar un boleto en el aeropuerto e irse a Londres, pero otra idea sobrevino y la retuvo: Johnny Mega. Ir a la radio y hablar con él: Era descabellado, demasiado, pero más inverosímiles eran estos días caóticos, miserables, cuando el mundo parecía precipitarse hacia un fin inevitable. Caracas era la capital de esa profecía y Ana, por alguna extraña razón, su protagonista.

No era simple intuición lo del fin del mundo, pensaba la chica, se veía en el color rojizo del cielo. Pero, por eso, tenía que luchar y debía ser valiente, muy valiente. Debía reconocer que por años se había sentido atraída por Johnny Mega, que lo había convertido en una esperanza, en un sueño. Él era el hombre de su vida e iba a ir a la radio, se le iba a parar enfrente y le iba a decir: «Te amo».

Una línea de 245.000 carros y tres horas la separaban de su determinación. Estaba en La Urbina y tenía que llegar a Las Mercedes, la autopista estaba trancada, llovía.

«Sé que estoy buena, aunque ahora estoy medio gordita. Los hombres se vuelven locos por mí, debo tener confianza. Él tiene que mirarme a los ojos, ver mi alma, observar lo frágil que soy y el tesoro que le espera después de mi cuerpo. Nada, no le voy a decir nada, lo voy a ver fijamente a los ojos para tratar de descubrir también su alma, aunque me la sé, la conozco de memoria; esos ojos que salen en la tele no pueden mentir. Una vez nuestros espíritus se toquen, le voy a decir ‘te amo’ y él me amará también».

Ana era víctima de ese estado embriagante que produce el desvelo. El amor es muy parecido al trasnocho. Por tanto sus acciones y pensamientos carecían de gravedad. El mundo era poco menos que una película, más bien un videoclip.

«La primera vez te vi bailando el rock ‘n’ roll y la cabeza me sonó ban, ban. Yo no supe qué decir, no supe qué pensar y la cabeza me sonó ban, ban. Tararara. Me enamoré, de tu forma de bailar y tu dulce sonrisa me enamoré, y aunque tú no lo creas, nena, tengo que buscarte, nena, entre las ondas. Por eso bailo y canto en la televisión, por eso canto rock en la televisión, porque quiero que te fijes en mí. O

algo así, ¿no? Esa es la canción más genial de Menudo. Por eso bailo en la televisión, porque quiero que te fijes en mí, porque aunque tú no lo creas, nena, tengo que buscarte entre las ondas... Esa es la historia de mi vida».

Prendió la radio y aún no era la hora de Mega: «Hace apenas unos minutos se acaba de producir un derrumbe en el barrio La Esperanza del sector Rómulo Gallegos de la Urbanización San Agustín. Aunque aún no hay cifras oficiales, se calcula que por lo menos 30 viviendas se vinieron abajo debido a los fuertes diluvios que han caído en las últimas 24 horas sobre la capital y que, como resultado, han dejado diez personas muertas y 50 heridas de gravedad». Ana apagó la radio.

«Con razón», pensó Ana, «se oyen tantas sirenas. Qué mierda de ciudad». El programa de Mega era a las cinco y ya Ana se encontraba en la entrada de Las Mercedes. Había tráfico, pero, con suerte, en media hora estaría allí, frente a su héroe, y esta centrífuga trágica en la que la ciudad y el universo entero se hundían pararía de una vez.

Estacionó el carro a unos cinco metros de La Sónica, se vio en el retrovisor, acomodó su pelo y bajó segura, aunque sabía que tenía ojeras y unos cuantos granos mínimos en la nariz. Entró directo a la sala de recepción. Como si fuera la ejecutiva de ventas de Nabisco o de Pepsi, miró a la secretaria y le ordenó: «Johnny Mega, por favor».

—¿De parte de quién?

—De Ana Patricia Mendoza Goldberg —lo dijo como si de su boca salieran oro, haciendas de café en Altamira y ancestros que se remontaban a Bolívar. La secretaria procedió, llamó a Johnny Mega inmediatamente, no sin antes decir un muy dulce y cortés: «Un segundito, por favor».

—Johnny, aquí te solicita la señorita Ana.... —y la secre se quedó lela, tratando de recordar el nombre completo.

—De Ana Patricia Mendoza Goldberg —más oro y haciendas de café, esta vez con un tono autoritario.

—De Ana Patricia Mendoza Goldbard. Okey, Johnny —dijo la secretaria después de unos segundos —. Señorita, si puede esperarlo, va a entrar al aire y sale dentro de 15 minutos. Siéntese allí y espérelo.

La sala era pequeña y horrible, decorada con colores pasteles y baldosas de vidrio, el aire acondicionado estaba algo fuerte y la secre tenía demasiado One de Calvin Klein. Era asfixiante.

—No, gracias, yo mejor lo espero afuera. Dile que estoy en el Mitsubishi rojo.

Algo temblorosa se subió en el carro, prendió la radio y lo encontró: «Light Cola, 2X1, Toyota, IBM, Gatorade».

Ya no estaba tan segura. ¿Y si todo salía mal? No iba a ser como en las películas, él no la iba a besar hoy, ¿o sí? Él se cortaría y ella también. «El amor es siempre espontáneo, ¿no? Los besos salen, las caricias también; salen porque sí, porque tienen que ser. No puedes llegar y decirle a alguien que no te conoce: 'Te amo, ámame también'. Pero, ¿por qué no? Debería ser así. Ámame, ámame y ya... ¡No! Jamás, nunca sucede así. ¿Qué hago yo aquí? Debería estar leyéndome el libro que mandó el padre Willem, estudiar y sacar esa maldita carrera. Mejor me voy y me quedo con mi soledad, tranquila. ¿Qué hago? ¿Qué hago? El corazón me late, estoy mareada, tengo náuseas. Siento que se lo tengo que decir, decirle que le amo, pero, ¿y si todo sale mal? Tengo miedo, mucho miedo. Tururú, todo va a salir mal, el mundo es un infierno. ¿Qué voy a hacer? Dios, dame una señal».

3

Señal

¡Holaaaaaaaaaaaaa!

Un segundo.

Una mirada.

«Ahhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhh», un grito.

¿Qué le pasa a esta jeva? ¿Se volvió loca? ¡No grites, tranquila, no te voy a hacer nada! ¡Maldita sea! ¡Tranquila, tranquila, ya, cálmate! Volteo nervioso a los lados.

¡No sujetes la cartera, no te voy a hacer nada!

No le quiero hacer nada a esta jeva, sólo quería saludarla. Yo, yo, yo...

¿Qué pasa, qué pasa? Yaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa. Puta. ¿Qué te pasa? ¿Estás loca? ¡Coño, cálmate, cálmate, ya, yaaaa; para de gritarrrrrrrrrr!

Cállate, cállate, cállate.

¿Qué haces, te volviste loca? Maldita, no prendas el carro, no toques la corneta, tranquila, la gente se está asomando, coño, allí viene el guachimán, ¡saca la pistola, coñodemadre! Coño de la madre, coño de la madre, me apunta... Me va a matar.

¡El hierro!

Muévete, pana o te pego un tiro, te lo juro. Ya no me importa nada, muévete.

«Párate, ladrón, ladrón, auxilio», le oigo decir a la secretaria. El guachimán de La Sónica me apunta. Johnny Mega sale corriendo y pone cara de idiota. Cámara lenta. No estoy asustado, más bien confundido. Los carros se paran, la gente de la tienda de discos se asoma, me miran. Soy el centro del mundo. Voy a morir.

Abro la puerta del carro y arrimo la catira a un lado. Ella llora. Quito el freno de mano, prendo el carro y arranco llevándome de por medio una montañita de basura que está frente a La Sónica y que huele burda de mal.

Volteo y veo papeles en el aire, al guachimán con pose de película tirándoselas de que va a disparar, güevón, a Johnny Mega corriendo detrás del carro tipo héroe, marico, y a la secre con las manos en la cabeza, puta. Un segundo después ya no están.

Cruzo en la calle París y le pongo la pistola en el estómago a la jeva. No sé qué hacer. Nunca había manejado un carro tan lujoso, ni tampoco apuntado a nadie con una pistola. Tuve un Lada hace dos años, pero me lo robaron, y antes aprendí a manejar con el Caprice Classic de mi viejo. La verdad es que los Mitsubishi son otra cosa, pura crema y calidad, ¿ah?

Tiemblo, no lo puedo controlar. Tengo la boca seca al punto de asfixia. Sigo por toda la París y paso por los cafés de moda. A la gente se le ve feliz, los tipos hablan paja con las mamis, se toman una birrita, un cafecito, una tortica, y yo con este infierno encima, maldita sea. Ahora sí que siento el corazón, me late burda de duro y rápido, pero no es como cuando malandreaba y robaba repros por ahí; ahora sí estoy cagado. Tengo náuseas y el mundo parece estar a millones de kilómetros de distancia. Es como una nave espacial que me conduce a otro universo, siuzzzzzzzzzz.

La catira está congelada y gris. Parece muerta. Menos mal que el carro de la jeva es automático, porque si no, me hubiera costado una bola apuntarle y hacer los cambios de velocidad a la vez. Ya la policía debe estar siguiéndonos. Los maricos de la Policía de Baruta, unos ñeros.

Me meto vía autopista y aprieto el acelerador a fondo; voy como a 140 por la avenida Principal de Las Mercedes. Quítate, güevón, mueve ese culo, Chevette de mierda, arranca. No sé cuánto tiempo ha pasado: ¿Un siglo? ¿Un segundo? La jeva ahora comienza a hablar y a decir vainas que no entiendo. Entre ella y yo hay como un túnel del tiempo, no la entiendo.

Al fin en la autopista. Vía Prados del Este. Hay cola, coño de la madre, maldita sea, me van a agarrar. Si la jeva grita estoy jodido. Te lo digo: la solución para este país es una bomba, una bomba enorme y nuclear que acabe con estas colas de mierda. Allí está Calvin Klein, gigante, bajo la lluvia, iluminado como Dios; me dice que use One. Más allá está Marlboro, con su vaquero. Es más grande que el universo, y es rojo; me dice que fume. Después el ron 111 con sus morenas, 111.

Cállate, güevona, si dices «ñe» te mato. Tranquilita. La gente, de todas maneras, no mira, todos están amargados metidos en su mundo. Lo único que quieren es llegar a la casa, ver televisión, ponerse su One y fumar Marlboro.

Prendo la radio. El marico de Johnny Mega está echando el cuento, da la descripción del carro, de ella, de mí. Estoy frito. ¿Y si le meto un tiro y luego me suicido? Sería mejor; me tienen pilladísimo. Qué malatripa.

«Estamos seguros de que todo va a salir bien. Le pedimos al secuestrador que se comunique con nosotros y que nos haga saber cuáles son sus peticiones. Que apele a la razón. Hemos llamado al Fiscal General de la República y ya se encuentra en camino. Te aseguramos tus derechos constitucionales. Tenemos una línea especialmente dispuesta para eso: 94-19-94. Repito: llámanos al 94-19-94. Como veníamos diciendo, hace apenas unos minutos un hombre armado irrumpió en nuestros estudios y tomó como rehén a Ana Patricia Mendoza, hija del conocido editor y dueño del diario 'El Guardián', Federico Mendoza. ¿Ahhhh? A las cinco y 32 minutos de la tarde seguimos con más música...».

¿Qué? ¿Secuestrador? ¿Derechos constitucionales? ¿Peticiones? ¿Hija de Federico Mendoza? ¿Qué mariquera es esta?

La cola comienza a avanzar. Me tranquilizo un pelo. De repente, no sé, la autopista es mía otra vez. Qué rico es correr con estos carros; uno se siente Dios.

Ella

Temblaba. No entendía nada. Un tipo se le lanzó encima: «Hola», con una sonrisa de sádico, una cara de ido, una pistola gigante en su cintura, y la asustó. Gritó, por los nervios y la sorpresa, y el tipo comenzó a insultarla y a aullar. Luego sacó la pistola y la empujó. Le puso el arma en su estómago, no demasiado fuerte, más bien con cuidado, y empezó a correr por las calles de Las Mercedes. Esto no podía ser más que una pesadilla, un sueño terrible que no tenía final.

«Este es el fin del mundo, este es el fin del mundo. No me vayas a matar», le dijo una y otra vez a su captor, sin que éste volteara siquiera.

Cuando el tipo prendió la radio y Johnny comenzó a hablar sobre un secuestro y unas peticiones, le sorprendió. Permaneció quieta. La voz de Johnny Mega la tranquilizó; por lo menos sabían quién era, se acordaron de su nombre y lo conectaron con el de su padre, Federico. Él se encargaría de todo, llamaría a la policía o a sus amigos del ejército. Estaba cansada, ya casi no tenía mente para aterrorizarse más.

El tipo era un individuo joven, algo bien parecido, sólo que tenía cara de loco, con las pupilas grandes y secas perdidas en el infinito, las cejas gruesas que caían sobre unos ojos envueltos por grandes ojeras, los labios grandes e inyectados de sangre. Era nervioso, no paraba de moverse y de echarse el pelo hacia atrás con la misma mano con que manejaba el volante. Se notaba que tal reacción era normal en él. No era sólo por lo tenso de la situación; era un sujeto acelerado por naturaleza.

Ahora que lo veía bien, no parecía un delincuente común; era otra cosa que Ana no podía definir. Parecía un niño muy tremendo que se había metido sin querer en un gran lío. Pero eso la asustó más. Este tipo tenía cara de psicópata y no tenía idea de lo que hacía.

Un secuestro no podía ser. Aquel individuo no podía haber estado siguiéndola por toda Caracas y mucho menos haber previsto que iba a ir a La Sónica. Este bichito era un sádico, un violador o un drogadicto que iba a robarle el carro. Seguro que en un rato se iba con el carro a algún lugar apartado y la dejaba por ahí tirada luego de una buena violación y unos cuantos golpes en la cara, tal cual le pasó a otras amigas.

Aunque, también, podía ser parte de ese caos terrible que se había ceñido contra ella, una tormenta de sufrimiento, un infierno que bajó a la tierra para apoderarse de su cuerpo y llenarlo de dolor. Quizás este era el fin del mundo. Tantas calamidades juntas no podían ser obra del azar. Iba a morir,

o ya estaba muerta. Quizás Alejandro no le disparó a Manuela sino a ella, y Ana en el infierno soñaba que habían matado a Manuela.

No paraba de llover y Ana comenzó a llorar. Más que miedo, una horrible nostalgia, un terrible sentimiento de que estaba maldita y de que la poseía una fatalidad divina. No paraba de llover. Ella todo lo que quería era un abrazo de Johnny Mega.

SUSHI

Federico estaba en el Kaito y había ordenado un plato mixto de sushi y sashimi cuando su teléfono celular sonó. Quería impresionar a Yetzibell Berba La Rosa, una joven y relativamente atractiva periodista, graduada en la Universidad del Zulia, que se acababa de incorporar al equipo de El Guardián. La típica provinciana.

La verdad, Federico estaba harto de la comida japonesa. La descubrió en California en el año 87 y no había parado de comerla desde entonces. Los restaurantes japoneses, sobre todo los de Caracas, eran hace unos años tan zen y yuppies, tan clasistas. Cómo le gustaban. Pero ahora veía la comida japonesa como un lujo vulgar y hasta insípido. Apostaba más por la nouvelle cuisine vegetariana.

—¿Quién habla?

—Buenas tardes, doctor Mendoza —contestó la secretaria de Federico.

—Ah, Niurka. ¿Qué quieres?

—Es que, doctor, acaban de llamar de la redacción para decir... Esteeee... Cómo le digo... Doctor, que a su hija, Ana Patricia, la... Esteee... La secuestraron, doctor. También llamaron de la Disip para informarle, doctor...

—¿Qué? —lo primero que le pasó por la cabeza a Federico era que alguno de sus enemigos la había secuestrado por venganza o mecanismo de presión. Tal vez los de la Causa, que eran unos comunistas guerrilleros. Incluso, gente de la competencia. Un rotundo ataque contra su persona.

—Doctor, que a su hija la acaban de secuestrar. Estaba en la estación de radio Sónica 83 cuando...

—Ya voy para allá. ¿Hay alguien del periódico cubriendo la radio?

—No, doctor, estaban esperando que usted llegara para que...

—Conmigo está Yetzibell y estamos en Las Mercedes; la mando para allá.

Cortó la comunicación y ordenó la cuenta con un gesto violento de manos. Yetzibell, extrañada y tímida, se atrevió a preguntarle en voz baja qué sucedía.

—Secuestraron a mi hija. Vete inmediatamente para La Sónica, eso queda cerca de la calle París.

La Trinidad

Le miro las piernas a Ana Patricia. «Ana Patricia», qué nombre más bello. Tiene puesta una minifalda de florecitas rojas y una camisita finita y azul que le marca los pezones burda de fuerte. Um, qué rico. Las piernitas están depiladitas. Es medio gordita, pero está divina. Su perfume es suave, tierno, provoca tumbarse allí en la minifalda y que la jeva te acaricie por siempre.

«No me mates, no me mates, te lo ruego. No me hagas daño, por favor, por favor», dice la mami mientras manejo a 180 por la autopista.

No me mates, no me mates, no me hagas daño. ¿Qué piensa esta jeva que soy? ¿Un choro? ¿Un mono? ¿Un asesino? Qué bolas tiene.

El mamahuevo de Johnny Mega sigue poniendo música chimba, que si Fey y tal, echando paja como siempre. Que si soy blanco, de mediana estatura, que traigo puesta una chaqueta negra y bluyines, que si el carro es un Mitsubishi rojo, que si soy un chorro y tal, que si la jeva es rubia como de un metro con 70 centímetros, que cualquier información comunicársela inmediatamente a la policía. Marico.

Ah no, mami, deja la lloradera, no te portes como una mariquita.

¿Qué voy a hacer? Piensa, Luis, piensa, estás metido en sendo paquete. Piensa, güevón, porque te van a joder. Está bien:

Punto A. Acabo de secuestrar a una jeva y de robar un carro con una pistola que tiene antecedentes policiales. Eso es por lo menos diez años de cana.

Punto B. Si me entrego como un güevón me van a meter de una para La Planta y allí me van a coger.

Punto C. Si me paro aquí, le dejo el carro a la jeva y me voy, me quedo a pie en medio de la autopista y en dos segundos la jeva echa paja y tengo a 100 pacos encima.

Punto D. La dejo a ella botada y después me piro con el carro para algún lugar bien lejos de aquí. Esa puede ser, lo único es que la mariquita esa es bien pesada, todos creen que se trata de un secuestro y debe haber 1.000 alcabalas en cada esquina.

Punto E. Mira, pana, yo lo que necesito es un tabaco y ya estoy en La Trinidad, Laudvan vive en El Hatillo y de aquí hasta allá son cinco segundos. Encaleto el carro en su garaje, me fumo un tabacote y, pim, pam, pum, con él, que es burda de inteligente, me tripeo una solución. ¿Depinga?

Mis Encantos

«Qué infierno», pensaba Isabella, «Alejandro drogadicto e indefenso, perdido por ahí, quién sabe dónde, y ahora Ana Patricia secuestrada».

Ya la ciudad entera lo sabía y el teléfono en la quinta Mis Encantos no paraba de sonar. Isabella andaba por su cuarto Lexotanil y le había ordenado a Berta no pasar llamadas a menos que se tratara de su padre, Kai, que había quedado en telefonearle de vuelta.

El viejo Goldberg, un hombre de 86 años de edad, conservaba muy buenos vínculos con los organismos de seguridad del Estado, o eso le había dicho a su hija.

Cuando ya la baba le salía de la boca y estaba a punto de quedarse dormida, Berta le avisó que su padre estaba en la línea.

—Mija, Isabella, hablé con Duarte, un general de la Guardia Nacional, y con el director de la Policía Nacional —cantaba Kai con su fortísimo acento germano—, y me prometieron que iban a mover cielo y tierra hasta encontrar a mi nieta. Ahora, mija, prepárate para lo peor, los secuestradores deben estar al tanto de la fortuna que representa esa niña, imagínate, Mendoza Goldberg.

—Padre, pero, ¿usted cree? ¿No sería más bien que le querían robar el carro? ¡Como están las cosas en Caracas últimamente! —el techo daba vueltas.

—Sí, mija, puede ser, pero con el bochinche que está armado en la radio, por culpa de ese tal Mega, ya los secuestradores deben saber quién es mi nieta. A propósito, mija, ¿qué hacía Ana Patricia allí?

—Qué sé yo, padre. No controlo la vida de mis hijos.

—Bueno, Isabella, es tiempo de reflexionar, mija. Uno drogadicto y la otra secuestrada por estar en una estación de radio sabe Dios haciendo qué. Te lo dije hace tiempo, mija, Caracas no es un ambiente sano para la crianza de esos muchachos. Debieron quedarse en Londres a vivir o ir a casa de mi hermana Annette en Frankfurt.

Fresa, uva, parchita, melón, albaricoque, piña, frambuesa, cereza, mora, limón. De pronto los sabores que explotaban en la lengua de Isabella fueron lo único que existió en el universo. Cerro los ojos, respiró con calma y allí estaban sus dientes rebotando contra el eterno y magnífico chicle, sin que existiera pensamiento, angustia o dolor.

—¿Aló? —intervino Kai al cabo de unos segundos.

—Padre, no, no es hora de reproches. Lo que quiero es tener sana y salva a mi hija aquí en la casa —pronunció Isabella alternadamente.

—No te preocupes, que nos estamos moviendo en ese sentido, mija. Tú tranquila y no tomes tanta pastilla. Se te oye atontada, ¿ah?

—Está bien, padre, hasta luego.

Después de años de terapias para renacer, de sesiones hinduistas y regresiones, Isabella se dio cuenta de que no tenía respuesta para ninguna de las preguntas que la angustiaban y mucho menos para los problemas que padecía.

Fue al gabinete de las medicinas y se llevó a la boca los dos últimos Lexotanil que quedaban en la casa, con la promesa de que si sus hijos regresaban sería la mejor madre que podía haber.

La muerte de Chicharra

Chicharra, Chicharrita. Les tumbaba el carro a sus viejos, el BMW, y nos íbamos a rumbear. Éramos unos pelaos, no teníamos ni licencia ni nada, no pasábamos de los 16, pero rodábamos. En aquella época no había policías de Chacao, ni de Baruta ni de un coño de madre, sólo PM y Disip. No sé cuáles son peores.

Nos metíamos un poco de pepas, que si Ativan con café, y llegábamos a las fiestas punketas los cuatro, Julián, Chicharra, Caimán y yo, en aquel carrote. La gente se quedaba loca, éramos burda de famosos, parecíamos los Sex Pistols. Uf, un cassette de Dead Kennedys en el repro de un BMW. ¿Te imaginas eso a los 16 años? Qué bolas esos días.

Recuerdo cuando íbamos a las fiestas de Carlos Toro, que era hijo de un cineasta y tenía una casa abandonada en Los Chorros. En el sótano tocaban siempre Los Panchitos sin Futuro, y todo el mundo, sifrinitas incluidas, unas mamis que las ves hoy y no te lo crees, se daba duro con el slam.

Un día, me cago de la risa, llegaron unos pavos así bien papeados y tal, buscando peo como siempre, ¿no? Los Panchitos sin Futuro tocaban Diarrea podrida sobre Venezuela o como fuera que se llamaran sus canciones de mierda, y los pavos se arrecharon y que porque querían que Los Panchitos tocaran una de Soda Stereo. Le tiraron una botella de cerveza al Pincho, el cantante. ¡Verga! ¡Pin! en la cabeza y el tipo se fue para atrás.

Puf, luego los del grupo se lanzan sobre los pavos con sus guitarras como espadas, pim, pam, pum, y con la coñaza y el peo se levanta un polvero en el sótano, se apagan las luces y nadie puede ver nada.

Igual, la coñaza sigue, todos contra todos, como en una de vaqueros, qué vacilón. Yo agarro un ladrillo y empiezo también a repartir coñazos. En una de esas se me atraviesa un tipo con un palo en las manos, que también andaba rompiendo cabezas por ahí, y antes que me diera, ni que fuera gafo, voy de frente, estilo samurai, y ¡pin! le pego el ladrillo en las cejas. Cuando prenden las luces y veo aquel poco de bichos desmayados, sangrando y tal con las cabezas rotas, descubro que el joe del palo es Chicharra. El pobre, lo había dejado pegado contra el piso y sin conciencia. De todas maneras, ni se dio cuenta, estaba burda de drogado. Me cago de la risa.

Los padres de Chicharra eran millonarios. No sé cómo el hijo les salió tan dañado. El bicho estudiaba en un colegio de curas y todo, en La Salle o el San Ignacio, no recuerdo. No todo eran punketerías, también Chicharra se robaba el be-eme y nos íbamos a las fiestas de las carajitas del

Merixi y a bailar merengue. Nos poníamos nuestras Polos de colores, los Levi's de pana, los Sebago, y llegábamos en aquel carro. Se volvían locas las jevas. Bueno, no por mí, por Caimán sobre todo. Yo nunca he tenido suerte con las mujeres, hasta en esos días de chamo las cosas me salían mal.

Allí está la jeva que me gustaba, una niñita blanquita y burda de sifrinita y tal. Me le acerco, me tropiezo con un escalón y, suas, le derramo el trago en la blusita rosada. Qué cagada. Después, veo a otra que me gusta, una catirita de ojos azules más sifrina todavía, camino hacia ella, se me cruza y, no sé cómo coño, termino quemándole el brazo con el cigarro que llevo prendido en la mano. Me mira con asco y rabia. Qué cagada. Chicharra desvirgó a unas cuantas zorritas de esas. Por lo menos gozó un pelo antes de irse.

No estuve con él ese día que lo mataron. Se fue a controlar con un pana del Tufo, Rafael, un viejo quemado burda de periquero que sí andaba metido de frente en el negocio de la coca. No sé por qué carajo Chicharra se fue con él a controlar a un barrio; me imagino que porque le gustaba la aventura. No sé, en aquella época nos sentíamos invencibles. Chicharra no era enfermo, así que más que en una de control andaba en una de sabor del peligro. Digo yo.

Eso fue un viernes. Mi vieja me despertó el sábado como a las ocho de la mañana diciendo que me llamaban por teléfono. Era Julián. «Pana», me dijo, «mataron a Chicharra». Yo no sentí nada al principio; morirse era otra travesura del Chicharra, una nueva droga que había descubierto, un nuevo culo. A los 17 años andas todo el día experimentando y cualquier vaina la haces por curiosidad. La muerte la sentí así, como otra de las muchas cosas que probaba en esos días.

Fue luego, como al año, que empecé a sentirme mal, a extrañar al pana. ¿Sabes? Al principio endiosamos al Chicharra: morir antes de los 18 era algo burda de punk, burda de rockstar y tal, pero uno nunca extraña a Sid Vicious, uno simplemente oye sus discos de mierda y se caga de la risa. Un día te levantas y quieres llamar al Chicharra y tomarte una Frescolita con él y no está. Se fue de viaje, lleva siete años de viaje por ahí y no escribe. Empecé a sentirme mal, a reflexionar, a pensar que era injusto que un tipo joven y depinga como él se fuera tan pronto y así. Me di cuenta de que el universo también tenía un lado oscuro, desconocido y maligno, y empecé a sentir miedo y a maltripear. Después de eso nunca más fui invencible, más bien vulnerable. Caracas no era Londres y la vida tampoco una tomadera de pepas y ya; había algo más.

Luego, esa misma tarde del sábado, fuimos al funeral. Qué fuerte. Un poco de viejas llorando, la mamá destrozada, el viejo por el piso y nosotros chismeando. Rafael estaba detenido, pero antes le había echado el cuento al Tufo, que fue al primero que llamaron y el que les avisó a los viejos de Chicharra y a la policía. Existen dos versiones, la oficial para los pacos, y la versión real, que tampoco me la creo.

Nadie sabe la verdad. Rafael les dijo a los policías que Chicharra y él andaban dando vueltas por La Castellana, que sí, Antonio, ese era el nombre real de Chicharra, le había robado el carro a sus padres y que él le estaba enseñando a manejar. De repente y tal, se estacionan en La Sifrina y que para comprar cigarros y llegan unos monos en un Nova azul, los encañonan y se los llevan para Sarría. Allí los amenazan, Chicharra se pone bruto, le pegan un tiro, coñacean a Rafael, agarran el repro del carro y lo dejan con el be-eme y un cadáver allá arriba tirado. Una cotorra chimba que los pacos se creen porque la bala que encuentran en la cabeza de Chicharra pertenece a un arma utilizada en otros atracos parecidos, es decir, con gente de Sarría involucrada.

La versión supuestamente real y tal, la que Tufo nos cuenta en el funeral, es que Chicharra, de loquito, se ofreció para llevar a Rafael a controlar unos gramos de coca. Llegaron a Sarría, el jíbaro estaba burda de jalado y bruto, vio el be-eme, a Chicharra catirito y tal, enloqueció, empezó a llamarlo sifrinito, mariquito, burgués y, pim, pam, pum, de gratis, le dio un tiro en la cabeza. ¡Pan! Supuestamente, como en la otra versión, Rafael sí salió coñaceado y el repro del carro también desapareció. Igual, nadie está preso. Quién sabe cómo fue la vaina. Para mí el Rafael tiene más que ver en ese asunto de lo que cuenta. De repente y todo, él mismo le disparó para ahorrarse los míseros gramos que tendría que darle a Chicharra. Maldita sea, es lo único que puedo decir.

Desde ese día, la muerte es una presencia que me acompaña, que me persigue. Luego vino Julián. Y hoy la siento cerca. Falta poco para llegar a casa de Laudvan y la mami ésta huele demasiado rico. Ojalá fuera mi jeva y esto fuese sólo un viaje de novios a la Colonia Tovar.

Pesquisas

—Reportan los vecinos que como a eso de las tres de la mañana se escucharon disparos en su casa, doctor Mendoza —el comisario Bermúdez trataba de pronunciar correctamente cada palabra. No le gustaban para nada los casos que involucraban gente poderosa; jamás se resolvían.

—Sí, es cierto, inspector, pero eso nada tiene que ver con el secuestro de mi hija. A mi hijo se le escaparon unos tiros. Lo que yo quisiera saber es qué están haciendo exactamente ustedes, qué resultados concretos tienen, cuál es el operativo, el plan que van a seguir para que mi hija salga sana y salva. Yo no quiero ni policías metropolitanos, ni de Chacao, ni de Baruta en un bochinche. Quiero a mi hija viva, quiero hablar con tu superior, quiero a la Disip metida en esto y....

—¿A la Disip? ¿Sospecha de alguien? ¿Cree que el secuestro de su hija tiene implicaciones políticas? —el comisario comenzaba a sentirse nervioso, reconocía que no había nada peor para la psicología de un policía que alguien que no le temiera.

—No, no sospecho de nadie, pero en la Disip están mejor entrenaditos que ustedes o cualquiera de esas policías nuevas. Yo no quiero una mamarrachada, inspector, voy a hablar personalmente con el Presidente para que se tomen las medidas pertinentes...

—¿Sabe usted de dónde venía su hija? ¿Qué hacía antes de llegar a la radio?

—Salió muy temprano de la casa, imagino que fue a la universidad.

—No, no fue a la universidad. ¿Sabe usted qué hacía en la radio?

—No lo sé, inspector, y, si me disculpa, debo encargarme de unos asuntos importantes, como se imaginará. Así que...

—Buenas noches, doctor, gracias por su cooperación.

«Maldito viejo prepotente, a ver si es que puedes recuperar a tu hija sin nuestra ayuda, arrogante de mierda»: esos fueron los pensamientos del comisario Bermúdez antes de abandonar la oficina.

Una vez estuvo solo, Federico comenzó a hacer una lista de sus posibles enemigos. Luego convocó al director del periódico, al jefe de Redacción, al jefe de Información y a los directores de las páginas de Sucesos, Política y Farándula, para una reunión urgente en su despacho.

Se paró en medio de su oficina, alineó su mono de tela sintética color fucsia y dijo:

—A ver, ¿qué me recomiendan que haga?

—Federico, creo que hay que ser discretos en el asunto —Xara Torres, la jefe de Redacción, siempre intentaba darle a cualquier asunto una visión ética y moral que en algunos casos, sí, resultaba prudente, pero en otras oportunidades era más bien perjudicial para los intereses del periódico—. Editorialmente no me parece correcto que utilicemos El Guardián para presionar a las autoridades y mucho menos para vender. Creo que hay que ejercer presión entre líneas. Este asunto, como ha pasado otras veces, se nos puede ir de las manos y tu hija, bueno, es la que va a salir perdiendo.

—El asunto ya se nos fue de las manos. ¿No has visto la televisión? —Fermín González, el director del periódico, era algo más osado y realista, le gustaba vender miles de ejemplares—. Todos los canales están en La Sónica, salieron a perseguir al ladrón por la autopista y se fueron a la universidad a preguntarles a los amiguitos de Ana Patricia cómo era, qué hacía. Creo que no nos queda otra que sumarnos a esta ola. El problema aquí es que nosotros, quiero decir El Guardián, también somos parte de la noticia y eso puede confundir un poco al lector; bien se puede solidarizar y sensibilizar, bien puede sentir que somos unos monstruos sin escrúpulos. Yo diría que tomemos partido, noticia central de primera página: «Secuestrada hija de nuestro editor».

—Estoy de acuerdo con Fermín —el director de las páginas de Farándula, Laureano Sánchez, era el más joven del equipo—. Somos las víctimas. Hasta la hija del dueño de El Guardián es víctima del hampa, ¿a dónde va a llegar este país? ¿Dónde están las autoridades? Hay que sensibilizar al lector. Además, ya Johnny Mega se ha encargado de que hasta en Marte conozcan la noticia.

—Yetzibell llamó —dijo Miguel Zacarías, el director del cuerpo de Política— y dice que no se sabe nada, que el secuestrador no se ha comunicado, que la policía no tiene idea, pero que está reunida con Johnny Mega y que, por lo menos, el cuento del asalto lo tiene completo.

—Eso sí: quiero a mi familia fuera de esto, no quiero declaraciones ni de mi esposa, ni de Kai, ni de Alejandro, ni de nadie...

—Doctor, ¿sabe que en el canal 7 los reporteros dicen que su hija sostenía un romance con Johnny Mega? —se atrevió a decir Laureano.

—Eso es mentira, desmiéntanlo inmediatamente. Quiero que el propio Mega lo diga.

Laudvan

Ana se adormeció un tanto. Los ojos se le cerraron. No era sólo por el desvelo, también los nervios. El día del segundo intento de golpe de Estado, el 27 de noviembre, cuando los aviones rebeldes sobrevolaron Caracas y las explosiones se oyeron cada dos segundos, también se había quedado dormida. Un efecto catatónico como consecuencia de la angustia; le pasa a mucha gente.

De repente llegaron a una casa pequeña en medio de una montaña desolada. Ana sabía que habían pasado por El Hatillo, pero de resto no recordaba nada, se quedó dormida. Suponía que estaban en Las Marías, pero, igual, podía ser Oripoto.

«Bájate del carro y mosca con una vaina, Ana Patricia», le soltó el tipo al tiempo que le abría la puerta y la halaba con una mano hacia la entrada de la casa. Él tocó la puerta: Tuc, tuc. «Laudvan, mamahuevo, abre, apúrate, rata, es Luis».

Una voz, lenta y gruesa, contestó: «Ya va, coño. Ya va». Hacía frío y una neblina pertinaz los envolvía. Luis, el tipo se llamaba Luis.

—Chamo, qué bolas, lo que está pasando, ya va, espérate un pelo que estoy buscando la llave. Qué bolas, secuestraron a la hija del dueño de El Guardián, y la televisión la anda buscando por la autopista, qué bolas. Ya va, espérate un pelo, Luis. Verga, qué bolas, la jeva era novia de Johnny Mega. ¿Qué haces tú aquí, ratica? Coño de la madre... ¿Dónde están las llaves? Ya, ya, las encontré. Ya voy, pana, espérate. Qué más. Ajá.

Luis estaba nervioso y comenzó a moverse más, a echarse una y otra vez el pelo hacia atrás, a sacudir la pierna compulsivamente: «Coño de la madre, coño de la madre», se lamentaba. Pobre. Ana empezaba a sentir lástima por él, era un bichito. El tipo por fin abrió la puerta. Detrás de él, un rap, con bajo repetitivo y poderoso, se escapó. Ana casi se ríe.

Estaba vestido con una pijama de Los Pitufos, tenía el pelo crespo, enroscado en pequeños cachos que se distribuían por toda la cabeza, los dientes volados, los ojos chinos y unos lentes de pasta negra y gruesa. Los tres se analizaron extrañados, pero la cara de Laudvan mostró, además, estupor y pánico:

—¿Qué vaina es esta, Luis? ¿Por qué coño de madre estás armado y apuntando a esta jeva? ¿Quién es?

—Tú tranquilo, Laudvan, ábreme el maldito garaje para meter el carro, que después te explico.

—Qué, mamahuevo, dime qué coño de madre pasa aquí o no te abro un coño de madre.

—Ya lo viste en la televisión —dijo ella.

—No entiendo.

—Coño, cabezón, esta es Ana Patricia Mendoza y yo soy el maldito secuestrador, ábreme esa puerta de una puta vez.

—¡Estás loco! Arranca de aquí.

—Coño, Laudvan, déjate de mariqueras, ¿tú no eres mi pana, pues? ¿Vas a arrugar cuando más te necesito? No me dejes así...

—Mamahuevo, arranca de aquí. No te conozco.

—Laudvan, pana, por favor, brother, no me dejes así.

Los churlitos de Laudvan se movieron de izquierda a derecha, su cara se asomó afuera de la puerta, sus ojos negros recorrieron el universo entero, sus dientes nunca estuvieron tan salidos y finamente agregó:

—Yo sí soy idiota. Soy un cabezadegüevo. Uno es pana con la gente y los amigos no hacen más que meterte en sendos paquetes. Date chola, mamahuevo, mete el carro, pero cuando puedas, arrancas de aquí y si te he visto no te conozco.

—Bueno, no te quedes allí, abre la puerta, pues.

La tomó de nuevo por el brazo y la metió en el carro. Las manos de Luis estaban frías, y cada vez que tenían que tocar alguna parte de su cuerpo se sentían tímidas y cariñosas. No eran manos de violencia, más bien de seducción.

Apenas entraron en la casa, se mareó: el olor a trementina, a acetona, quizás. El rap a todo volumen, los cuadros de vírgenes con cascos de astronautas, los Hombres Araña crucificados, todo aquello era demasiado extraño. Se sentó en un pequeño sofá forrado con una tela de Los Ositos Cariñositos y apoyó su cabeza contra la pared.

—Sí, siéntate un pelo, Ana. Uf, qué bueno lo que suena, Laudvan, ¿qué es?

—Es el último de Druggy Doggy.

—Tum, tum, tum, qué malandro.

Le dieron ganas de vomitar. La televisión prendida. Su foto, la de un carnet viejo de la universidad, una en la que salía horrible, no tenía maquillaje, estaba en la pantalla. Ahora, Johnny Mega aparecía también, declaraba. Sueño. Alejandro. Su padre, su madre.

—¿Tienes monte? Necesito urgentemente un tabaco.

—Un pelo, sí.

Más olor a trementina, más rap pesado y a todo volumen. Subió la mirada y, de repente, frente a ella, un cuadro: Mickey Mouse gigante y rojo, con cachos, cola y sonrisa de diablo. Se desmayó o eso creyó.

Gurú

—¿Cómo estás, gatica? —preguntó Frank, con tono paternal, a Isabella—. Me enteré de la noticia. ¿Quieres que nos veamos? ¿Que conversemos?

—Sí, por favor, Frank, necesito hablar contigo. ¿En tu casa?

—Claro, ven cuando quieras, que estoy ya casi llegando.

Al llegar, Frank arrojó su celular y la chaqueta peluda de cuero marrón sobre el sofá. Prendió un incienso de jazmín y, antes de meterse en la ducha, oyó los mensajes que había recopilado la contestadora durante el día. Sólo había cinco. Frank se sintió un tanto desolado y decepcionado: «¿Cinco mensajes solamente?». Le encantaba regresar a su casa y que hubiera 15, 20 mensajes recordándole que existía, que la galaxia lo amaba y que no podía vivir sin él.

Piii: «Hola, Frank, es Maya, hoy es jueves y son las cinco de la tarde, llámame cuando puedas. Chau». Maya no le interesaba. Le aburría.

Piii: «¿Frank? Es Isabella, llámame al celular, por favor». Sin duda, Isabella era su mejor alumna. Dedicada, esmerada. ¿La amaba? Un tanto, sí. Era tan débil y frágil, tan vulnerable, tan dependiente de él. A pesar de sus 41 años, se mantenía bien. Una flaca que tenía en elegancia y dinero lo que le faltaba en juventud.

Piii: «Qué hubo, es Víctor González. Te llamo para recordarte que ya es 20 y no has pagado el alquiler. Por favor, comunícate conmigo lo más pronto posible al 0149...». El alquiler, el alquiler, tenía que pagar el alquiler. Hoy, de alguna forma, conseguiría esos 250.000 bolívares.

Piii : «¿Qué dice el Frank? Es Laudvan. ¿Cuándo se te ve por ahí? Sigo pensando en la luz, mi pana, la luz. Bien».

Piii: «Hola, Frank, son casi las diez de la noche. Yo no quiero ser una ex esposa fastidiosa, pero, bueno, soy mamá también. Mañana hay que pagar la inscripción de Rodrigo en la escuela de natación y yo no tengo dinero. Son 45.000 bolívares...».

Se echó un baño, peinó su cabello 1.000 veces hacia atrás, vistió de mono blanco y preparó té verde. Isabella llegó a la media hora.

—No me digas nada, gatica. Hay té verde.

—Quiero hablar, Frank...

—No, no, primero relájate, tómate el tecito...

—No, es que...

—Había pensado en hacer una terapia diferente hoy, nada de regresiones, Isabella, respiraciones para relajarte y...

—Ya tomé demasiados Lexotanil, Frank, lo que quiero decirte es...

—Respira hondo...

—¡Frank!

—Respira, respira, concéntrate en el color azul.

—Está bien —dijo Isabella, para luego tomar un largo y profundo aliento.

—Ahora, expulsa —ordenó Frank mientras colocaba la mano en el estómago de su alumna—. Vas a botar tus karmas, las energías negativas, los pensamientos recurrentes, vas a dejar tu mente en azul, sólo hay azul. Respira.

Otra bocanada de aire. «Respira». «Expulsa». «Respira». «Expulsa». «Más rápido». «Respira». «Expulsa». «Respira». «Expulsa».

—Ahora voy a colocar mi mano en tu vientre, vas a concentrar todas tus energías allí, en el vientre, sigue pensando en azul, y siente el calor.

Isabella sintió un calor sofocante en el cuerpo, sofocante, sobre todo en sus nalgas. Sudaba y respiraba rápido. El color azul fue sustituido por la imagen del pene de Frank, grande, erecto, lleno de venas. Isabella no esperaba excitarse hoy, justo hoy, pero a veces ocurría; la libido se encendía con las respiraciones y la voz de Frank. Tomó la mano del gurú espiritual y la clavó en su entrepierna al tiempo que le soltaba un jadeante «cállate».

Isabella vestía una falda larga de algodón. Frank la bajó. Isabella abrió las piernas y, de nuevo, ordenó: «Chúpame». Lo hizo, una y otra vez. Los labios de Isabella tenían sabor a sabor artificial, a tienda de golosinas, a cosmético de adolescente. Frank siempre había querido saber si Isabella ponía

perfume allí, justo allí, pero jamás se lo preguntó. Si no era eso, era que se bañaba 100 veces al día o, quizás, que era tan millonaria y estirada que su cuerpo emitía naturalmente esos olores.

De todas maneras, dos minutos siempre fueron suficientes para que los labios de Isabella se convirtieran invariablemente en un chicle mascado, elástico, sin otro sabor u olor que el de la tenue fragancia del camarón.

—Métemelo, Frank, mételo.

Se quitó el mono e introdujo su pene no demasiado hinchado dentro de la goma de mascar de su amante. Adentro, afuera, adentro, afuera. Respira, expulsa, respira, expulsa, respira, expulsa y de repente: azul. Los dos estaban en azul.

—Frank —dijo, al rato, Isabella—, lo que venía a decirte es que...

—Isabella —contestó Frank desde la pequeña cocina—, no tienes que decir nada, yo comprendo, sé lo que le pasó a Ana Patricia, prendamos unas velas y unos inciensos y oremos por su bien.

—No, no es eso... Venía a decirte que no quiero seguir viéndote. ¡No! Espera... Ni como amante ni como profesor. Tú sabrás entenderme. No quiero ofenderte, pero eres un karma en mi vida, he mentido por ti, me he ocultado y vivido en el lado de las sombras y tú eres el primero que dice que hay que pararse en la luz y ser transparente... No, ya va, déjame terminar. Federico no tiene nada que ver. Quiero luz, Frank, quiero luz y transparencia, ¿entiendes? Mis hijos, mi familia...

—Comprendo —Frank sintió pesar, y eso le sorprendió, no sólo porque no iba a tener los 200.000 bolívares que tanto necesitaba, sino también porque ya extrañaba a Isabella, sentía nostalgia por el Chanel.

—Adiós.

—¿Gatica?

Reflexión II: No sé quién coño de madre soy

¿Qué soy? No lo podría responder. ¿Dónde estoy? Tampoco. ¿A dónde voy? Menos. Nací en Venezuela, me cago de la risa, en 1972. Mi viejo era español y mi mamá caraqueña. Suramérica, Latinoamérica, ¿qué coño es eso? A nadie le importa.

De chamo te cagas en esas mierdas, crees que porque naciste en una ciudad y tal, ya tienes una identidad, la de la urbe, ¿no? Oyes rock 'n' roll, malandreas, surfeas, patineteas, ves televisión, compras, vendes, robas, te roban, eres igual a cualquier bichito de Londres o Nueva York, ¿no? Entonces un coño de identidad latinoamericana. La ciudad y ya.

«Me encontré una vez más en la ciudad sepulcral, sin poder tolerar la contemplación de la gente que se apresuraba por las calles para extraer unos a otros un poco de dinero, para devorar su infame comida, para tragar su cerveza malsana, para soñar sus sueños insignificantes y torpes».

De repente volteas un día y te das cuenta de que lo que hay a tu alrededor no se parece a las películas que ves en la tele, que esto no es California, que lo que hay es un poco de ranchos, gente que oye merengue y desayuna gatos, ¿sabes? Y comprendes que un coño de identidad de la urbe, que los bichitos como tú, los que escuchan Sex Pistols y patinetean, son minoría, que la cultura que es es otra, y que vives en un sueño, en una burbuja. No sabes si amar u odiar a esa gente, a los que son mayoría. Tu alma se contrae.

Después vas a la universidad, lees al marico de Marx y empiezas a maltripear, a darte cuenta de que la contradicción de la que eres víctima obedece a un plan maestro, a un plan maestro trazado miles de años antes de que nacieras y que nadie te preguntó si era depinga. Un plan maestro racial, económico y social que le da poder a los que tienen el capital, el dinero, la cultura, unos mamagüevos que construyen y procuran reproducir este mundo de mierda donde hay unos pocos que están resueltísimos y burda de gente que no tiene nada.

Pero un coño, a la mañana siguiente piensas: Tengo que sobrevivir, los demás que se jodan o que se pongan pilas, cada quien que haga su destino, coño, y déjenme dormir. Te conviertes en capitalista, de nuevo en el bichito cosmopolita y dices: Listo, brother, yo apuesto por MTV, y te vas a la embajada gringa y haces la cola con el sueño de olvidarte de los contrastes y tal y ser burda de universal y feliz en Miami.

Cuando llegas a la taquilla, te miran con cara de culo, te ponen un sello de reprobado en el pasaporte y, suas, pillas que eres lo que eres, un bichito dividido, sin identidad, sin destino, sin pertenencia y sin futuro. Estás en el limbo.

Te paras bajo el sol, con la cabeza que te da vueltas. No tienes plan, la vida te dejó varado, a la deriva, sin rumbo, sin perspectivas. No tienes una misión que cumplir, te gustaría ser el capitán de un barco, un rockstar o el Che Guevara, el Mesías al que Dios le da una señal, pero qué va. Te bajas los mocos hasta la boca, los saboreas un rato, ummm, qué rico, escupes con fuerza contra la embajada y, qué más, te cagas de la risa.

CAOS

—Ya va, mamahuevo. Antes del tabaco me tienes que contar qué coño pasa aquí —dijo Laudvan en dirección a la cocina.

—A dónde vas, préndete ese tabaco de una vez —refutó Luis con la cabeza metida dentro del televisor.

Se despertó. Sus secuestradores hablaban. La televisión gritaba y el equipo de sonido y su rap también. La habitación era una mancha uniforme de sonidos e imágenes y Ana no la podía asimilar. Cerró los ojos.

—Voy a hacer café. Estás metido en sendo paquete, mariquito, y lo que necesitas es estar pilas y consciente.

—Qué consciente ni qué coño, enrólate ese joint de una vez. Verga, brother, no puedo creer que todo este peo que está parado sea por mí.

«Nuestro partido había advertido ya hace unos meses que Venezuela iba en camino a la colombianización. Este secuestro es obviamente una copia del modus operandi de la narcoguerrilla colombiana. Gravísimo, gravísimo. El Estado ya no tiene control, ni poder; vamos a la deriva. En Caracas, a plena luz del día y a la vista de todos, secuestran a la hija de un importante editor venezolano. No puede ser. La narcoguerrilla...», declaraba aquella noche el secretario general del partido Copei.

—El monte está en la cajita negra sobre el televisor. Enrólatelo.

—No sé, pana, no sé lo que pasó —explicó Luis, mientras dejaba la pistola sobre el televisor y tomaba la caja con la marihuana. Se sentó en una silla frente al análisis del secuestro que emitía el canal 53 y agarró una buena porción de monte con sus dedos—. La vi, a Ana Patricia, ¿no te parece bella? Y me provocó decirle: «Hola».

—¿No está oyendo?

—No creo. Está guindadísima, tiene la boca abierta y la baba se le sale, y, si no, que se entere de una vez. ¡Jeva, yo no soy un maldito secuestrador! —colocó el monte dentro del rolling paper—. Sentí, de verdad, pana, que esa jeva era para mí. Fue como un impulso, una reacción que no pude contener, que Dios me dijo: «Es tuya». ¿Ves?

Luis encendió el tabaco, le dio una calada y habló tratando de no expulsar el humo de sus pulmones, lo que producía una voz ronca y entrecortada.

—No entiendo. Viste a la jeva, te gustó y tal, y decidiste llevártela a tu casa y guardarla en el closet. ¿Es eso? —Laudvan, casi gritando.

—No, no, pana, no entiendes...

—¿Cómo coño terminas secuestrando a esta jeva entonces? Cabezadegüevo. Dilo de una vez —Laudvan, irritado—. Y rueda ese bicho.

Luis extendió la mano y siguió con su cuento.

—No sé, marico, la jeva, cuando me vio, empezó a gritar, a tocar la corneta, prendió el carro, y el guachimán me apuntó y tal, y yo dije: «Nada, si no arranco de aquí me matan». Así que saqué el hierro, empujé a la jeva, me metí en el carro y arranqué.

—¿De dónde coño sacaste ese hierro?

—Esa es otra historia, Laudvan.

—¿Cómo que otra historia? Échame el cuento como es, si quieres que te ayude.

—Nada, se la compré a un pana, a un malandro de un barrio y no me preguntes, no sé por qué.

—¿Estás atracando, Luis?

—¿Estás loco, mamahuevo?

—Intentaste robarle el carro a la jeva, ¿verdad?

—No, pana, de verdad, te lo juro, créeme —el tabaco ya le quemaba los dedos a Laudvan, así que se lo devolvió a Luis.

—Bueno, si es verdad lo que dices, cuéntaselo a la jeva y dile que todo fue una confusión, que agarre su carro y se vaya para el coño, que no ha pasado nada.

—¿Y si echa paja? —otra vez Luis, ronco y entrecortado.

—No sé, güevón, no sé, voy a ver si ese café de mierda está listo.

«Hasta ahora, la policía desconoce el paradero de Ana Patricia Mendoza», seguía gritando la televisión. «Podría tratarse de un secuestro perpetrado por el Movimiento Bolivariano, informan fuentes policiales». Ana intentó asimilar la habitación: «¿Movimiento Bolivariano?», y vio la boca de Luis, quien seguía pegado al televisor, encendida y roja. Supuso que era marihuana y decidió bajar los párpados otra vez.

—Tómate este café; le puse canela —sugirió Laudvan al tiempo que le pasaba la taza de peltre a su amigo—. Por lo menos tienes buen gusto, la jeva está demasiado rica, un poco gordita pero divina igual —susurró.

—Pero es como todo, pana, estoy condenado, estoy maldito, todo en mi vida sale mal, no puedo ni decirle «hola» a una jeva sin que se prenda un peo y tal.

—¿Estará bien?

—Uf, qué bueno está este café, Laudvan...

Era como ser Penélope Glamour y estar secuestrada por los Hermanos McKana. Nada tenía sentido. Si hiciera un pequeño esfuerzo, sin embargo, y hablaba. Si simplemente saliera del estado embriagante en el que estaba y les dijera a los secuestradores que juraba no contar nada y que se olvidaba de todo, seguro la dejaban ir. Todo saldría bien. Calma, calma. Pero no, abrió un tanto los ojos y encontró que la habitación estaba al revés: «¿Un poco gordita?».

—Ya, me ladillé de ese maldito rap de mierda. ¿Qué quieres oír, Luis? ¿Alguna vaina que te tranquilice? ¿No? Andas como loco.

—Un house, un house así todo psicodélico como los que tú oyes. Tum, tum, así, brother, así, tum, tum —Luis explotó en una risa histérica y, al poco tiempo, comenzó a sacudir la cabeza y patear el desgastado cemento de la sala de su amigo.

Ana hizo una mueca terrible mientras volteaba la cabeza para ver mejor el baile de su captor. Laudvan se quedó frente a él con los brazos cruzados y una evidente señal de desaprobación en la sien.

—¿Qué te pasa, mamahuevo? Ahora sí que te fundiste, ¿no? Acabas de secuestrar a una jeva, la tienes allí medio muerta y no se te ocurre otra cosa que ponerte a bailar. Concéntrate, güevón, concéntrate.

—No jodas.

Laudvan, molesto, apagó de un golpe el equipo de sonido para dejar que fuese la televisión la que ambientara la habitación. Ana, por su parte, se acurrucó sobre sí misma, mordió sus labios y emitió luego una sonrisa que bien pudo ser de desesperación.

Necesitaba un asidero, y lo primero que encontró fueron los ojos de Luis. Eran profundos, infinitos, tanto como un abismo. Su mirada era perversa. Sentía miedo. Casi podía imaginar aquellas pupilas en su cara, acosándola, violándola, penetrándola. Trató de adivinar, de saber.

—¿De qué te quejas, cabezón? A pesar de todo tienes suerte. ¿Sabes lo que es secuestrar a la hija de Federico Mendoza y atravesar la ciudad entera sin que nadie te pille? ¿Con 100.000 tombos detrás? Luis, pana, tienes un don natural para el choreo.

—¿Tú crees, güevón? —dijo Luis, con tono más solemne, y ahora congelado en uno de esos pasos de Billy Idol que tanto le gustaban. Como un ninja que tantea el terreno antes de disparar las flechas, atravesó el cuarto con la vista y encontró a Ana—. ¿Estás despierta?

No supo qué decir. Le hablaban. Luis se dirigía a ella y levemente comenzó a existir:

—¿Ah? —contestó Ana sin fuerzas.

—Puede ser, Laudvan —continuó Luis, haciendo caso omiso a la vigilia de su encantadora rehén—, que lo que digas sea verdad. Estos días han sido tan raros que, si me dices que tengo un don natural para el malandraje, me lo creo, me creo que ese es mi destino, brother, porque esta semana no ha sido más que eso, buscar mi destino y, de repente, compro un hierro y termino secuestrándote, Ana, todo sin querer. ¿Será eso, pana, será eso, que nací para ser choro y Dios me está dando una señal? Me cago. Si me lo dices, me cago, se me erizan los pelos...

Su captor gesticulaba graciosamente con las manos, unas largas y delicadas manos que Ana detalló bien. Eran descuidadas, un tanto sucias, pero estilizadas. Las vio rodeando su cuello, golpeando sus mejillas, agarrando con fuerza su cintura. Intentó ordenar sus pensamientos y actuar. Debía actuar, hablar con los secuestradores.

—¿Estás bien? ¿Necesitas algo, Ana? —Laudvan se esmeró en sonar atento.

—Lampituvirán, lampituvirán, lampituvirán —susurró y después alzó la mirada—. Mira, Luis, así es que te llamas, ¿no? Sé que todo esto es un error, que tú no quisiste hacer nada —soltó, abrumada—. Vamos a arreglar esto, déjame ir y te prometo que no va a pasar nada, que no le diré a la policía dónde estuve y con quién...

—Sí y tal, además de malandro crees que soy un ñero, ¿no?

—No, te lo juro. ¿Ves otra forma de solucionar esta situación? ¿Me quieres secuestrar de verdad? ¿Quieres ir preso? —la voz de Luis le sonaba tan familiar, la había oído en otro lugar. A su vez, Ana tuvo la impresión de que su propia garganta la engañaba con nuevos y desafinados sonidos. Era todo tan irreal.

—Mejor te estás tranquilita allí, Ana, hasta que nosotros le encontremos una solución lógica a esto. ¿No es así, Laudvan? Las jevas como tú, las sifrinitas y tal, son unas traicioneras. Te veo yendo directo a la policía, echando paja y llorando en el hombro de tu papá. ¿No es así?

—Ana, Ana, tranquila, déjamelo a mí. Escúchame, Luis. ¿Te he contado alguna vez cómo empecé a pintar?

—Miren, no entiendo, no sé lo que quieren, pero... —Ana intentó hablar cuando se topó de nuevo con el Mickey Mouse satánico. Calló y lo observó ahora con un poco más de atención. Tenía un lado angelical. Una ligera expresión jovial como la de la Mona Lisa.

—De repente, Laudvan... Pero, ¿qué coño de madre tiene eso que ver? ¿Te volviste loco? Qué ladilla, nadie entiende... ¿Tú no eres mi pana? Ayúdame a buscarle una solución a este peo.

—Escucha, escucha, marico, que te va a interesar.

—Qué ladilla eres —interrumpió Luis, ya algo molesto—. Mira, marico, no te pongas a darme lecciones ahora.

—Laudvan... Luis... Tan simple como que me voy y ya. Más nunca vuelven a saber de mí.

—Tuve un sueño, Luis, un día después de infinitas pesadillas, pana, un día... ¿Te acuerdas de cuando estudiábamos Filosofía y yo era un tipo burda de negativo y confundido, que no sabía para qué coño de madre estaba en la tierra, que criticaba todo?

—Qué fastidioso eres, Laudvan, chamo, no quiero oír tu cuento de mierda, por favor, estoy nervioso, marico...

—¿Qué quieren de mí? Por favor, díganme qué quieren. Podemos solucionar esto, de verdad. Si lo que quieren es dinero, díganme cuánto.

—Ese sueño vino luego de miles de noches de rumbas y de destrucción, de cientos de líneas de coca, de millones de rones y discotecas malas. Era la época del Pigmalión. ¿Te acuerdas del Pigmalión?

—Claro, uf, qué nochecitas aquellas, Laudvan, pero, pana, te lo ruego —respondió Luis, agotado—, ¡cállate ya!

—Cecilia me había dejado —apuntó Laudvan, imbuido en su relato—. La muy perra se había ido a vivir a Berlín con un cineasta portugués. Andaba como loco por allí, deprimido, destrozado, intentando conseguir otra mujer y nada, lo único que hacía era rebotar. Como tú, me sentía condenado, perdido. No creía en nada, no sabía qué hacer, estaba vacío, nada me llenaba.

Prefirió callar. Sus captores parecían estar interesados en cualquier cosa menos en solucionar el secuestro. Estaban drogados y sus ojos se habían puesto chinos y muy rojos. Era extremadamente difícil para Ana Patricia imponer un nuevo tono en la conversación, focalizarla y desprenderla de su naturaleza etérea.

36

—Claro que sé de lo que hablas, brother. ¿Tuviste una alucinación que te sacó de esa mierda? Qué depinga. ¿Podemos continuar con nuestro peo? —se apresuró a decir Luis.

La noche había caído y ahora la pequeña sala de Laudvan estaba iluminada por una lámpara plástica de Popeye. El olor a trementina había sido sustituido por el de café y los sentimientos y las emociones se revolvían.

—Ya va, espérate, Luis, oye, güevón. Una noche, agotado, desvelado, me quedo dormido después de beber una botella de ron. Me tumbo en la cama y entro en un sueño pesado y profundo. Empiezo a caer por un precipicio, a bajar, y a bajar, me iba a morir. De repente, ya no estaba en la tierra, te lo juro, estaba en un lugar sagrado, o eso era lo que sentía. Un sitio burda de iluminado y azul. Un tipo gigante aparece y se acuesta en un jardín lleno de flores blancas, me fijo bien en él y descubro que es el Hombre Araña. Todo está en cámara lenta. Luego, del cielo comienzan a caer naranjas, es una lluvia de naranjas. Las montañas son rojas y el cielo fucsia. El Hombre Araña se para, se dirige hacia mí y me dice: «36».

—¿36? —preguntó Luis.

—¿36? ¿El Hombre Araña? —repitió Ana.

—Sí, 36, ¿qué te parece?

—¿Qué me parece? No sé, güevón. ¿Qué pasa luego, qué otra cosa dice el Hombre Araña?

—Nada más, eso es todo.

—¿Eso es todo? Es la historia más frita que he oído en mi vida. ¿Qué coño de madre tiene que ver esto con lo que veníamos hablando? —preguntó Luis, indignado.

—Hay cosas que no se pueden decir con palabras, Luis. Capta la energía, la intensidad de la imagen que te describo, métete en el cuadro. Me acosté en el infierno y desperté en el cielo, ¿entiendes? Pisé lo sagrado o eso sentí: luz, y me di cuenta de que ni el universo, ni la galaxia, ni Dios o lo que sea tienen sentido. ¿Entiendes?

—¿Y entonces? Eso lo sé, güevón, nada tiene sentido. ¿Por qué crees que estoy aquí?

—Así es, pana. La diferencia es que para ti esta circunstancia es negativa y para mí es positiva,

¿ves? No hay límites, el mundo puede ser fucsia, verde, el Hombre Araña existe, llueven naranjas, todo es posible. ¿Entiendes? No hay destino, tú lo haces, tú lo pintas. La vaina, en vez de negra y oscura, puede ser azul y transparente.

Luis se sentó en el piso, llevó sus manos a la cabeza y, mientras la movía, comenzó a recitar el mantra: «No entiendo, no entiendo».

—Luis, Laudvan, ¿ustedes quieren secuestrarme de verdad? ¿Complicar más las cosas? Todavía podemos solucionar esto por las buenas...

—Al día siguiente de ese sueño, Luis, mamahuevo, quise construir otra realidad que no fuera trágica y lúgubre. La mejor forma que encontré para hacerlo fue agarrando un pincel y empezando a pintar lo que vi en el sueño, ¿entiendes? Quería cambiar mi entorno, mi contexto, mi visión de la vida.

—Me cago de la risa, Laudvan, me cago de la risa, lo que dices es un chiste. Tú no eres un coño de pintor ni un coño de madre, eres un piche vendedor de ropa de jevitas, no te mojonees, lo que haces es vender ropita marica en Plaza Las Américas. Así que no me des lecciones. Tu vida está igual de escoñetada que la mía.

Nivel Cristal

—Dímelo, Sandro, dímelo de una vez —mascullaba Benjamín con la cabeza entre las piernas, sus fornidos brazos sobre las rodillas y su musculoso culo encima de la escalera de metal que conducía al depósito de la tienda Mysteria—. ¿Ya no me amas?

—No es eso, no es eso, Benjamín, es sólo que estoy nervioso... —respondía Sandro con un evidente tono de indiferencia y frialdad mientras arreglaba los zarcillos en la vidriera y respiraba el chicloso aire acondicionado de la tienda—. Nos va muy mal, Benjamín, muy, muy mal, no hay dinero, ¿no entiendes? Estoy tenso, me tengo que ocupar de las cuentas, de la aduana, de la compra de dólares, de todo... Y el mamahuevo de Laudvan que no llega.

Laudvan estaba en el Metrobús. Ya casi era mediodía y sabía que iba tarde y que, de seguro, Sandro estaría molesto. Su mente se concentraba, sin embargo, en las ondas de bajo que había compuesto la noche anterior en casa de su amigo Carlos. Habían logrado una suerte de trance que, junto a cientos de tabacos de marihuana, rones y pases de perico, los había mantenido —a Laudvan con el bajo y a Carlos con la batería electrónica— bastante entretenidos, o, más bien, sumidos, hasta las diez de la mañana.

Laudvan intentaba sincronizar las líneas melódicas de su canción sobre las imágenes que transcurrían frente a él en la ventana del Metrobús. Compuso un rap y luego editó el video también. Era triste, oscuro, depresivo.

Recordó el sabor de los besos de Cecilia y sus intentos de ser un gran hombre. Un gran rockero: a principios de los noventa había dedicado tres años de su vida a un grupo llamado Metralla. Un gran filósofo: llegó hasta el cuarto año de Filosofía en la universidad y luego lo dejó. Y por ser un gran pintor. Todo lo que era, sin embargo, era vendedor de ropa hecha en Hong Kong.

Pero la pintura, pensaba, lo conducía a nuevos caminos, a horizontes más esperanzadores y personales que con constancia y esfuerzo lo llevarían algún día a tener éxito y, como acto seguido, a escaparse definitivamente de la prisión de Plaza Las Américas.

No sabía si sus obras eran realmente buenas, pero estaba seguro de que provenían de un lugar único, por lo menos, aunque los dueños de las galerías opinaran lo contrario.

Recordó los besos de Cecilia una vez más y Astroboy, Mickey Mouse y Don Francisco comenzaron a bailar al ritmo de su canción por las calles de Chacaíto.

—Sí, ¿estás preocupado y eso te impidió ir a dormir a la casa por tres días seguidos? ¿No? Dime la verdad, Sandro, por lo menos eso me debes después de diez años: la verdad —Benjamín aparentaba ser un hombre fuerte, sus músculos, su corte de pelo militar y su ropa algo sobria daban esa lectura, pero la verdad es que era extremadamente débil.

—¿De qué hablas, Benjamín? —Sandro, al contrario, aparentaba ser la parte sumisa de la relación. Era flaco, tenía el pelo largo, usaba ropa chillona y ajustada, miles de zarcillos, y se expresaba de una forma más bien afeminada. Sin embargo, era tan determinado, frío y, a veces, cruel que hasta sus más cercanos amigos le llegaron a temer.

—Por Dios, Sandro, ¿crees además que soy idiota? No me trates como un imbécil. Dime, ¿quién es?

—¿Quién es qué, chico? Diez años, diez años juntos, Benjamín. ¿Crees que siempre estoy de ánimo para verte, para amanecer a tu lado, para soportar tu tono de voz? A veces lo que quiero es irme y no ver a nadie, estar solo, perderme. ¿No puedes entender eso?

—Eres un maldito... Un coño de madre, mentiroso y traicionero, no sé cómo pude pasar tanto tiempo al lado de una persona como tú...

—¿Qué te pasa, Benjamín? Deja de llorar, ¿quieres? —intentó hacer un ademán de cariño y tocarle el pelo a su amante pero éste lo evitó con un rotundo y fuerte golpe. El problema ahora no era Benjamín, en verdad. Ni siquiera la tasa de cambio, o las importaciones; al contrario, la tienda estaba llena. Sólo que las niñas de El Cafetal no compraban ni una falda desde julio. Ya no compraban nada.

—Te vieron en Tifanny's agarradito de manos con Cero, bailando y cayéndote a latas en la pista con él —Benjamín temblaba—. Con Cero, Sandro, con Cero. ¿Por qué?

El rostro de Sandro se tornó gris y no dijo una sola palabra hasta que Laudvan atravesó la puerta de la tienda con su habitual sonrisa punzopenetrante.

—¡Estás despedido! —fue lo que dijo. O lo que gritó, más bien.

Pitufolandia

—Me despidieron, Luis, hace un mes. El marico de Sandro me despidió... —soltó Laudvan algo apenado—. Pero, ¿sabes qué? No me importa, pana, para mí Plaza Las Américas era una cárcel, un infierno, y tenía que escapar, tenía que irme de allí.

Ana sintió una tremenda angustia, y se dio cuenta de que el mundo le daba claustrofobia. No había sitio seguro. Los colores, los olores, las palabras tenían un matiz diferente, otra gravedad.

—Verga, pana, lo siento, no sabía. ¿Cómo estás haciendo para pagar la casa? Allí ganabas un billete, ¿no?

—Tranquilo. Vendí mi primer cuadro hace dos semanas. Este pana Frank me conectó con una vieja y tal a la que le gustó una de mis pinturas y me la compró, 350.000 bolos, y con eso sobrevivo.

—¿Y por qué te botaron?

—No sé. Ese Sandro es senda cuaima, pana, descargó su arrechera conmigo, nada... Llegué tarde.

Pasaron unos 22 segundos de silencio.

—¿El 36 qué coño significa, Laudvan? Aclóralo de una vez.

—Nada, no significa nada, Luis. Pero luego le conté el sueño a Frank, tienes que conocerlo, y me dijo que había salido del mundo de las sombras y me había parado en la luz. Uno se para donde quiere. Si deseas que las cosas sean oscuras y que duelan, si necesitas que todo te salga mal, siempre dibujarás un universo trágico, ¿entiendes?, en el que eres la víctima. Mírate, cabezadegüevo, eres un perdedor porque en el fondo lo deseas...

—¿De qué hablas? Si yo tuviera la suerte o el dinero de otros no estaría aquí y ya, pana, deja esa cotorra chimba de intelectual, que lo que haces es enrollarme más...

—Mírate, gay, ahora eres un secuestrador y si no te pones pilas vas a terminar muerto o en la cárcel. Párate en la luz y prográmate, deja que la jeva se vaya, confía en ella, todo va a salir bien.

—Estoy confundido, Laudvan, muy confundido. No sé qué hacer. A veces yo...

—Me da arrechera, Luis, me da arrechera que te portes así, que seas tan imbécil, pana. Lo tienes bien fácil. Déjala ir.

—¿Sabes por qué coño estaba en La Sónica? —preguntó Luis alterado, la voz se le quebró—. Huía de la muerte, güevón, huía de la muerte. Le iba a pedir un trabajo al marico de Johnny Mega. Nada de luz y mariqueras de esas. Quería trabajar, ganar billete para pagar el alquiler de la casa y ayudar a mi vieja. Y voy de lo más buena nota a pedirle un trabajo al marico de Johnny Mega y tal, me encuentro con esta jeva y, pin, la secuestro. ¿Por qué, güevón? Yo no quería eso.

—No seas marico. ¿Para qué coño te compraste una pistola? Te lo voy a decir: también apuestas por la muerte. Estás lleno de odio, cabezadehuevo.

—Tengo mala suerte, eso es, pana. Tengo mala suerte, todo me sale mal, pana, todo. Estoy condenado. Si dejo ir a esta jeva, me denuncia, pana, me denuncia, y voy preso, pana, seguro que voy preso —Luis golpeó el suelo y comenzó a sollozar—. ¿La muerte? Pana, yo no apuesto por la muerte, Laudvan, de verdad. Si fuera por mí, sería un héroe galáctico, güevón, y salvaría al mundo, y tendría una jeva y tal, pero no, marico, soy un bichito perdido...

—Eres un idiota, pana, eso es lo que eres. Haz el intento —continuó Laudvan, más bien agresivo—, imagina lo imposible con fe y se hará realidad, te lo prometo, Luis, sólo hazlo. Conviértete en un superhéroe o en lo que te dé la gana, deja que la jeva se vaya y ya, no seas mamahuevo, no la cagues más. Chamo, das lástima...

—Yo, pana, yo... ¿Sabes qué? No aguanto más.

Luis estalló en llanto, se acurrucó sobre sus rodillas y dejó escapar sonoros lamentos al tiempo que evitaba que sus interlocutores le vieran la cara. Estaba avergonzado, hundido y perdido. Daba lástima, realmente daba lástima. Laudvan, incluso, quiso acercársele y darle un abrazo. Ana se sintió confundida al sintonizar el canal de la compasión y no el del odio.

Luis volteó la cabeza hacia el sofá y se sorprendió al encontrar a Ana Patricia con una sonrisa nerviosa. No supo qué hacer o decir. Un viento fuerte y sonoro entró sacudiendo las persianas y los dibujos del Pato Donald. Laudvan, preocupado, fue a la cocina a calentarle otro poco de café.

Alzó sus ojos rojizos y fracturados en dirección a Ana, la miró detenidamente e hizo un intento por recomponerse y parar de llorar.

—Estoy loco, ¿no? —preguntó el secuestrador aspirando sus mocos y secándose las lágrimas.

—Sí —contestó ella.

—Vete si quieres, Ana, vete, ya no me importa nada, haz lo que quieras.

—Tranquilo, Luis. Cálmate, todo va a salir bien, no llores más, por favor. Todo va a salir bien... ¿Qué hora es? —soltó la chica con un tono algo dulzón.

—¿No estás molesta?

—No lo sé.

—Son como las nueve.

Silencio.

Amor

Eres como ir a 1.000 por hora, como inyectarse una nueva droga, como caer. Caer de un edificio, tus ojos son el pincho, la autopista, el abismo.

Caer. Quiero caer.

Eres como caminar en la cuerda floja, como para el cuello la soga, como estar a punto de morir. Morir en tus senos, beber tu veneno, yacer en tu falda, besar tu boca.

Morir. Quiero morir.

Ana, eres como el viento sobre las rocas, como la lluvia sobre las olas, como el silencio. El silencio, allí te observo, muero, caigo y exploto por dentro.

CARACAS, CENTRO DEL UNIVERSO

Nubes fucsias comenzaron a venir del norte. No sin dificultad atravesaron El Ávila y bajaron sobre el valle en una violenta danza que envolvió a la ciudad entera. Venían de Puerto Rico, impulsadas por una combinación de vientos y presiones atmosféricas que convergieron en el Caribe pero que, quizás, tuvieron su origen en algún lugar remoto, lejos de la tierra.

Aunque no tiene nombre exacto, algunos libros de meteorología se refieren a este fenómeno natural como Turu-Rú. Denominación tomada de antiguas leyendas indígenas de la Guajira Occidental que dan cuenta de una suerte de huracán que «construye en vez de destruir» —aunque la traducción exacta es «construye y destruye»— y que describe la extraña trayectoria de una tormenta que comprime los vientos y la presión atmosférica hasta paralizar en su centro todo movimiento alisio.

Pasó por Venezuela ya una vez en el siglo XX. Fue en las costas de Falcón, en el año 85, y sólo un grupo de surfistas adolescentes pudo apreciarlo en toda su magnitud. Estaban estos cinco chicos en una playa llamada Los Cocos, esperando olas sin mucha fortuna. Este punto no era demasiado bueno para correr olas, pero eso es lo que había en Chichiriviche para aquel entonces y poco podían hacer aquellos surfistas para convencer a sus padres de comprar una casa en Hawai. El mar era confuso. De todas maneras, estaban allí y oraban por olas en un rito surfista de golpear el mar y tararear canciones de Bob Marley.

De repente, del norte, justo allí donde termina la plantación de cocoteros y comienza el infinito, una mancha fucsia se pintó en el cielo. No eran unas nubes normales, como esas de colores que salen en los atardeceres de postal; éstas tenían vida. En una marcha veloz y constante, fueron ocupando la dimensión del horizonte. Subían, bajaban, chocaban y explotaban.

Los cinco surfistas quedaron atónitos, sin tiempo siquiera de remar hasta la orilla y salir corriendo de allí. Simplemente, permanecieron sentados sobres sus tablas a la espera de que aquel tornado los arrasara. Estaban muertos, aquel viento que parecía infernal se dirigía con voracidad hacia sus pequeñas cabezas.

No hubo sol, sólo un gris metálico en el universo. No hubo tiempo, ni espacio. Las nubes fucsias llegaron hasta ellos, arriba, a los lados, como si efectivamente se hundieran en un nuevo e inesperado océano. No hubo sonido, ni movimiento, el mar se paralizó, el viento cesó, las palmeras interrumpieron su permanente abanicar. Estaban envueltos en una cápsula hermética que lo detenía todo. Sólo existía una sensación: el mundo jamás volvería a ser igual.

Poco a poco, las nubes fucsias se desplazaron hacia altamar, dejando a su paso una leve llovizna. De pronto, la tormenta ya estaba sobre Cayo Borracho y luego de nuevo en el infinito. No estaban muertos. El mar permaneció quieto, pero, como trazadas por un pincel, enormes olas en perfectos sets comenzaron a precipitarse sobre playa Los Cocos. Era mejor que Hawai, izquierdas y derechas de cuatro metros en toboganes armónicos y gentiles. Surfearon hasta las ocho de la noche y luego fueron a celebrar; primero jugo de piña con ron y luego jugo de piña con aguardiente. Esa noche ninguno de ellos pudo dormir.

El jueves 20 de noviembre, a las nueve y media de la noche, regresaron a Venezuela. Después de atravesar El Ávila, las nubes fucsias se posaron sobre Caracas. Nadie las vio, estaban demasiado ocupados para mirar al cielo. Igual, el universo se paralizó, el tiempo y el espacio. La lluvia cesó con los vientos, los ríos volvieron a ser pequeños arroyos y una extraña calma sobrevino. De nuevo, el mundo no era igual.

Orden

Tranquilidad, una gran tranquilidad. Armonía, equilibrio, paz.

La miró y miró, con un ardor capaz de producir llagas y erupciones en las entrañas. La angustia y la desesperación se habían transformado en un canal, en una vía, una puerta para el encuentro y no había tiempo para volver, pensar o escapar.

No supo cómo reaccionar. Se dejó atraer, apuntó sus ojos también hacia él y descubrió un orificio por donde entrar. No había tiempo, ni espacio, sólo aquellos ojos negros, tan turbios y profundos como los secretos que guarda la existencia misma.

Obedeció, eso fue lo que hizo, a un impulso, a una fuerza que se originaba en algún lugar de su cuerpo o de la galaxia.

Después del infinito, Ana se lanzó sobre Luis, ¿o él sobre ella? No lo podía recordar.

De alguna forma, se habían encontrado en el medio de la sala envueltos por aquella manta de sombras producida por la lamparita de Popeye y su amarillenta luz.

Y se abrazaron, como dos hermanos que se encuentran, como se abraza lo que se extraña y no lo que es nuevo y se desea. Calor, calor.

De la ventana provenían susurros de viento. Él la besó, o ella a él, no lo podría decir, y se produjo otro hueco en la eternidad.

Laudvan salió de la cocina con la taza de café en sus manos y los observó por un rato.

No daba crédito a lo que veía. «Es un milagro», fue lo que se atrevió a decir.

4

Memorias

Estaba deslumbrada por Caracas en aquel entonces. Poco tiempo pasó para que me convirtiera en una caraqueña más y aspirara a irme a Nueva York, como efectivamente sucedió.

Me acababa de graduar de periodista en la Universidad del Zulia y conseguí trabajo en El Guardián, el diario más influyente de Venezuela. Era el sueño hecho realidad para una ilusa como yo. Poco menos que llegar a Hollywood o triunfar en Broadway.

Mi primera y última pasión periodística fue investigar el secuestro de la hija de Federico Mendoza, el dueño del periódico donde trabajaba.

Eran las seis y media de la tarde y cenaba con Federico Mendoza en un restaurante japonés de Las Mercedes. Tanto lujo y exotismo a mis 23 años me ofuscaban. Creo incluso que me sentía atraída por el señor Mendoza, un hombre mayor, más bien gris, que gustaba de seducir a las niñas de mi edad. No llegué a tener relaciones sexuales con él, sólo porque el periodismo se interpuso.

De repente, el teléfono celular de mi jefe sonó. Su cara cambió inmediatamente, su ceño se arrugó y su mirada se apartó definitivamente de mis piernas. Al rato, me informó lo que sucedía: «Secuestraron a mi hija», y ordenó que me desplazara hasta el lugar de los acontecimientos, una FM juvenil muy de moda para ese entonces.

Llevaba apenas dos meses en la capital. Me costó encontrar la estación de radio. Quedaba cerca del restaurante, pero, para mí, el este de Caracas era tan inmenso y desconocido como la selva Lacandona, así que me perdí.

De Cabimas, que era un pueblo petrolero, horrible y desolado, pero a la vez mi hogar, mi dulzura, mis cariños y recuerdos, me fui directo a Santa Rosalía, al apartamento de mi tía. Santa Rosalía queda cerca de La Candelaria, donde estaba El Guardián. El centro de la ciudad era para mí el universo.

Tuertos, mancos, cojos. Saqueos, protestas, violencia. Dominicanos, chinos, portugueses, árabes, españoles. Olores a yerba, a mostaza, a parrilla. Smog. Vendedores de plátanos fritos, ofertas de dos por uno. Robos, muerte, pistolas. Frustración, resentimiento, borracheras. LTD, Nova, Caprice.

Mendigos, locos, huelepegas. Santeros, evangélicos, hare krishnas. Ruidos, mucho ruido.

Ciertamente Caracas, más bien su centro, era, no sé si sigue siendo, la capital del caos y la miseria. El lugar más espantoso y, a la vez, mágico sobre la Tierra.

Lo reconozco

Deseaba la galaxia y tenía la loca esperanza de ser mundialmente conocida antes de los 26. Aunque no lo conseguí, utilicé todo lo que estuvo a mi mano para ese fin, incluidos el culo gigante y el par de tetas hermosas que ostenté por esos años. Por lo menos me divertí.

Después de muchas vueltas, luego de atravesar cientos de restaurantes de hamburguesas, miles de heladerías y cafés con nombres en inglés, llegué a la radio. Una veintena de periodistas, antes que yo, intentaban entrar.

Además, el locutor de moda, Johnny Mega, era uno de los testigos del secuestro. Los periodistas se aglomeraban a su alrededor, las preguntas lo avasallaban, no podía responder. «¿Tienes una relación amorosa con Ana Patricia Mendoza?». «¿Sospechas de alguien?». «¿Cómo era el secuestrador?».

Los periodistas son una raza horrible y estoy segura de que el problema no es genético. Gordos, despeinados, mal vestidos, torpes, eso es lo que enseñan las escuelas de Comunicación Social: a descuidar la apariencia.

¿Periodismo? Tenía una blusa lo suficientemente desabotonada como para que se vieran mis senos, y un pantalón de lycra que hacía ver mi trasero del tamaño de un autobús. Me paré sobre las enanas, sus grabadores, cámaras y escrúpulos socialistas, y por fin tuve al chico más afortunado del planeta frente a mí. Lo miré fijamente y no pregunté nada, sólo procuré que sus ojos apuntaran a la dirección correcta.

Dos horas después estábamos solos en su apartamento. Nunca había visto nada así. No era tanto el lujo, sino el estilo de vida que llevaba el locutor. Simple pero caro. El mejor equipo de sonido, la mejor vista al Ávila, la cama más grande, la mayor colección de discos. Era vulgar y excitaba. Nadie con su edad vivía así en Caracas para aquel entonces. Ya era una hazaña tener menos de 26 años y haberse mudado lejos de los padres.

Había modificado su apartamento para que aquellos 250 metros fuesen un solo espacio. La cocina, el cuarto, la sala, el estudio y una terraza bellísima con balcón. Lo único que tenía puertas eran los baños, y luego, en el transcurso de la conversación, entendería por qué. Johnny había recorrido media Caracas en búsqueda de un apartamento que tuviera bidé; le obsesionaban los baños.

Aquello tenía que ser mío.

Era un chico afortunado, pero tenía el alma envenenada; algo lo hacía estar incómodo con el mundo. Sus ojos estaban secos, me imaginé que se debía a la falta de buen sexo. Era una presa fácil, así que me dispuse a proporcionarle a Johnny el mejor polvo que mujer alguna le haya podido dar. Programé mis músculos para ello. Él tenía que ser mío.

Antes, descubrí que lo que Mega sabía del secuestro no era demasiado, pero, muchas veces, y creo que esta fue la primera lección de periodismo que aprendí, más importante es lo que desconocen los protagonistas que lo que conocen. Las dudas que se le generan al lector, y no las certezas, son las que venden periódicos.

Johnny no sabía qué hacía Ana Patricia Mendoza en La Sónica, primera vez que la veía en su vida. Sospechaba que era familiar de Federico Mendoza, pero nada más. Apenas la pudo detallar, a la distancia, y sólo cuando se alejaba en el carro con el secuestrador. Igual sucedía con el conductor del vehículo, el Mega no lo podía describir. Las vendedoras de una tienda de discos que queda al lado de La Sónica, el encargado de un kiosquito en la esquina y las clientes de un café en la calle París eran quienes aportaban la mayoría de los datos importantes para las primeras conclusiones del caso.

El sujeto estuvo alrededor de una hora cerca de la estación de radio, indeciso, nervioso, dubitativo. Era evidente que le interesaba algo allí. ¿Johnny Mega? Quizá. Primero se acercó a la puerta de La Sónica e hizo ademán de querer entrar; así lo atestiguaron el guachimán y la secretaria de la radio. Posteriormente, se dirigió a la tienda de discos y permaneció allí aproximadamente 15 minutos, el tiempo suficiente como para que las vendedoras se hicieran una idea clara de él.

Individuo como de unos 25 años, estatura mediana, tez blanca, cejas pobladas, pelo negro, vestido con chaqueta de cuero, una reveladora franela del Comandante Chávez, pantalones de bluyín y botas montañeras.

Después se desplazó hasta el kiosquito y pidió un refresco. El dueño del local afirmó que el secuestrador parecía desesperado. Tomó la bebida con sabor a cola y luego se dirigió a un café, donde pasó otros 20 minutos.

Lo demás pasó de una forma rápida y confusa:

Un accidente ocurre en su camino de regreso a La Sónica —un niño, en circunstancias que nunca fueron explicadas, es atropellado por un auto— y aprovecha la distracción de los transeúntes para asaltar a Ana Patricia Mendoza, que, asustada, comienza a gritar y a tocar la corneta.

El guachimán apunta al individuo, la secretaria ve el asalto y le avisa a Johnny Mega. El secuestrador hace caso omiso de las advertencias y saca un revólver, empuja a la chica dentro del Mitsubishi rojo, se sube y arranca hacia la calle París. Inmediatamente después de este hecho, el locutor estableció contacto con El Guardián y confirmó sus sospechas con el equipo de redacción: Ana Patricia Mendoza Goldberg era, efectivamente, la hija de Federico Mendoza.

Una vez obtuve esta información, llamé al periódico y, en voz baja y emocionada, la transmití. Luego continué con mis tareas de araña.

Comenzó a hablar de lo solo que estaba, de su vida y pasiones, de su ex novia, de lo que sintió por mí apenas entré en el estudio. Distraída, me paraba de la mesa e iba a la terraza para ver El Ávila y dejar que Johnny se regocijara en mis nalgas. Al regresar extendía mi cuerpo hacia él con la intención de que mis olores lo penetraran. Quería enervarlo, acorralarlo, que se sintiera león y que viera en mí a un cordero. Aunque en este caso era al revés.

Sirvió vodka con aguaquina.

Mega era un hombre atractivo. Tuve que contener mis impulsos para no atragantarme con él; creo que quería apropiarme de su alma y por eso no me precipité.

Llegó un momento en que creí que jamás se atrevería a dar el primer paso, que era un cobarde, y, para calmar mi vientre, me fui de la mesa en busca de una bocanada de aire. Recosté mi cuerpo contra la baranda del balcón, con mis nalgas frente a su cara, con mi cara sobre la ciudad, y le di la última oportunidad. Era en ese momento o nunca. Lo pensó 1.000 veces. Temió ser rechazado. Bebió su vodka de un trago, se armó de valor y fue hacia mí.

Sentí sus manos firmes en mi cintura, después su boca tenaz en mi cuello; no me moví. Cerré los ojos y me convertí en pluma. Dejé que sus brazos me voltearan hacia él, que su boca se acercara a la mía y que su lengua abriera mis labios. Luego lo besé.

De un tiro desabrochó mi blusa, mordió mi sostén, y cuando mis tetas estuvieron afuera, se vio en su cara que no lo pudo creer. Grandes, redondas, alineadas hacia el cielo. Sólo cuando un hombre se excita con mis senos, es que les siento el peso. ¡Qué pesadas son! Las lamió y mordió en un intento vano por succionarles su miel y, enloquecido, remontó la cuesta de mi piel hasta encontrarse de nuevo con mi boca.

No lo rocé. Permanecí de pie, casi levitando. Que tocara, que me viera, eso me hacía sentir hermosa.

Bajó mis pantalones, lentamente, posándose donde le interesó. Olió mi pubis, extendió sus manos sobre mis muslos y los apretó con tanta fuerza que aún hoy guardo las marcas de su pasión.

Colocó mi culo frente a sus ojos, como para comprobar las dimensiones que anunciaba el tacto. Torcí un poco mi espalda hacia abajo y Johnny, alarmado, descubrió que en aquellas nalgas se escondía el universo mismo.

Lamió y lamió mis labios, dos horas, tres horas, no recuerdo, hasta que mi vientre se convirtió en mar y el pobre, allí perdido, estuvo a punto de naufragar.

Con calma lo desvestí, desabotoné su camisa y acaricié su pecho. Con cuidado y atención, le quité el pantalón. Tomé su pene, de tamaño más bien conservador, entre mis manos, suavemente, para dejarle sentir la diferencia de pieles y le di sólo un beso. Sus ojos se desorbitaron, su presión sanguínea bajó y, cuando lo vi indefenso sobre el suelo, arremetí contra sus orejas y cuello.

No resistió demasiado, de un golpe me incorporó sobre mi cadera, abrió mi entrepierna e introdujo su miembro hasta el fondo, sin dolor ni esfuerzo. Comenzó a meter y a sacar su pene de una manera tan violenta que no tardó mucho en perder las fuerzas.

Abrió los ojos, extasiado, miró mis senos y cintura, suspiró y con un doloroso gemido sacó su miembro y acabó.

Salíamos del reino animal para adentrarnos de nuevo en la civilización. Él volvió a ser el locutor y no el salvaje que había descargado sus instintos en mí. Y yo no fui más el deseo y la pasión. Me convertí de nuevo en la provinciana morena, con una cara medio fea, con un culote, unas tetotas, acento y una ropita allí, pasada de moda y algo marginal. Ya no quería ser así. No quería llamarme más Yetzibell Berba La Rosa, qué horrible, ni haber nacido en el estado Zulia, ni siquiera en Venezuela; todo sonaba espantoso. Soñaba con ser sofisticada, vestirme con ropa cara, vivir en Los Palos Grandes, después en Nueva York, manejar un Mercedes y mirar con cara de asco.

No hablé. Tomé una actitud lacónica y nostálgica, arrepentida en apariencia. Regresé al balcón ya vestida y fumé un cigarrillo. Sabía que este tipo de actitudes despierta la sospecha en los hombres. Normalmente, son ellos los que actúan ariscos y recelosos, mientras que las chicas, más bien, esperamos atención. En este caso fue Johnny Mega quien se acercó preocupado y atento, y fui yo quien lo rechazó.

Sólo le dije: «Le temo al dolor, le temo al amor, no estoy preparada para una relación». En ellos resurge el espíritu de las cruzadas cuando te transformas en un imposible, en una meta, en una batalla; por eso hay que evitar la palabra relación o compromiso, hay que dar la primera estocada y despreciarlos antes de que ellos lo hagan por ti.

«Yo no quiero una relación», respondió Johnny en un intento por sonar despreocupado. «Qué bueno que lo entiendas», sonreí. Hablamos de cualquier cosa, se vistió, hizo una llamada telefónica y me llevó a casa de mi tía en su Cherokee azul.

Antes de bajarme, me preguntó qué hacía al día siguiente. Sugirió que saliéramos a cenar. Le expliqué que no podía porque tenía que trabajar. Luego quiso besarme en la boca y lo rechacé. «No».

En sus ojos vi el temor; supe que ya el pobre sentía nostalgia por mi cuerpo. Así fue como conquisté a Johnny Mega. Y hoy, cuando recapitulo y trato de leer mi vida, me arrepiento. En aquellos días no había dolor, pero en tardes de invierno como esta, sí. Inevitablemente miro hacia atrás.

Peluquería Travoltina

Era viernes y también era, además del segundo día de secuestro de Ana Patricia Mendoza, la antesala del fin de semana. Me sentía bien. Sabía que Johnny Mega me llamaría. Intuí de inmediato que aquel 21 de noviembre sería un día especial y que algo magnífico ocurriría. Quería estar bella e imponente.

Me levanté a las seis de la mañana, me bañé y me vestí con lo primero que encontré, una falda hippy, un top negro que decía Calvin Klein en letras cursivas y unas plataformas blancas. No tenía demasiada noción estética por esos días. Sin embargo, al verme en el espejo, por lo menos, reconocí que mi peinado era un desastre. Crespos negros y húmedos caían sobre mi cara en un desafortunado corte asimétrico. Lo único que pude hacer al respecto fue quitar el par de zarcillos largos que llevaba a los lados y jurar por La Chinita que iría a la peluquería en la tarde.

Solía desayunarme en la panadería Madonna, que quedaba justo en la planta baja del edificio de mi tía. Tomaba religiosamente un café y un pastel de jamón y me quedaba largo rato observando a la gente. Me impresionaban los tipos raciales que se podían apreciar en esa esquina.

A las siete de la mañana llegaban los portugueses. Se iban y, a las siete y quince, aparecían los peruanos. Luego, y en mayor cantidad, los gallegos, después los italianos. En la panadería Madonna todas las comunidades de inmigrantes se reunían, bebían un café y se devolvían a algún rincón secreto que los ocultaba hasta la mañana siguiente.

La mañana del 21 de noviembre fue especial; la torre de Babel amaneció feliz. El mundo era tan liviano, tan perfecto y energizante que provocaba pararse en la mitad de la calle y gritar: «¡Estoy viva!».

Quizá sólo fue que, después de semanas enteras de torrenciales lluvias, por fin escampaba y había sol, un sol gentil y lejano que no calentaba demasiado pero que le daba a la realidad un color exacto, sin brillo ni sombras. El cielo estaba azul, casi transparente, y ninguna nube se entrometía en su camino. Sin esfuerzo se podían ver, desde Santa Rosalía, las flores que crecían en los árboles del Ávila, las cascadas que bajaban de sus cumbres y las guacamayas que lo sobrevolaban.

Estuve unos 15 minutos deleitada en eso, bebí mi café y marché hasta El Guardián remontando la cuesta de razas que se empinaba en el camino.

«Hola». «Buenos Días». «Qué tal». Todos saludaron. A pesar de que se trataba de una fecha por lo menos tensa, si no trágica, para la comunidad de El Guardián, a nadie le faltó una sonrisa en la boca.

Hasta mi jefe, Miguel Zacarías, director del cuerpo de Política y un tipo más bien parco, me saludó con una inusual felicitación por la información que había conseguido de Johnny Mega.

Me metí en mi PC del año 86 y redacté, por orden de Miguel, una noticia sobre un derrumbe en un barrio de nombre horrible que no me interesaba para nada. Tenía la cabeza en otro lugar, en el secuestro de Ana Patricia Mendoza. Era mi oportunidad, la ocasión perfecta para demostrar mis virtudes, para convertirme en la gran periodista, investigadora y escritora; pero el periódico no pensaba igual, había asignado el caso a otros reporteros más veteranos que, estaba segura, no iban a hacer más de lo que sabían: ir a la policía de vez en cuando para preguntar cómo iba la investigación y hacer uno que otro artículo de opinión sobre la inseguridad en Caracas. Yo quería resolver el caso.

La redacción completa creía, como afirmaban ciertos políticos en la televisión, que era un secuestro perpetrado por la narcoguerrilla colombiana o por el Movimiento Bolivariano. Qué errados estaban.

Para mí siempre estuvo claro que Johnny Mega tenía cierta relación con la presencia en la radio tanto de Ana Patricia como del secuestrador. Tarde o temprano tendrían que regresar a él. Después del dinero y el apartamento en Altamira, eso era lo que más me gustaba de Johnny.

La angustia y la incertidumbre se fueron apoderando de la redacción. No había señales de Ana Patricia y los captores no daban indicios de querer establecer el diálogo, ni con los familiares ni con la policía. Los periodistas iban y venían, siempre con malas noticias, aunque en verdad no se sabía nada. El lindo día enrareció y como a eso de las once de la mañana sonó el teléfono.

—¿Cómo estás? —dijo Johnny Mega, nervioso—. Me quedé toda la noche pensando en ti.

—Johnny, ¡por favor! —contesté—. Ya hablamos de eso anoche.

—Sólo quiero hablar contigo, estar en tu compañía. ¿Te puedo invitar a cenar?

—No lo sé, estoy muy ocupada, Johnny.

—Conozco un restaurante vietnamita en El Hatillo. Podemos ir, y así te distraes un poco.

—No.

—Por favor.

—Está bien. ¿A qué hora?

—¿A las ocho y media te parece bien? ¿En tu casa?

—Okey, pero recuerda lo que te dije: «No quiero una relación» —finalicé, más bien con alegría.

Nunca había oído acerca de la comida vietnamita, sólo sobre Ho Chi Minh City, y eso en las clases del profesor Barbosa, en la Universidad del Zulia.

Tuve que entrevistar a un grupo de damnificados por las lluvias que se acercó al periódico a eso de las dos de la tarde. Terminé la nota, la entregué y fui al baño para verme en el espejo. De nuevo no me gustó lo que encontré. Apresuré mi partida del periódico para llegar a tiempo a una peluquería que quedaba dos cuadras arriba de la casa de mi tía y que no sabía qué tal era, pero que se llamaba Travoltina.

A las cinco y media estuve de nuevo en Santa Rosalía. Mis vecinos salían a la calle a esa hora, se metían en los pequeños abastos, iban a la panadería a comprar su Pepsi de un litro y su canilla.

Entré a la Travoltina, miré las paredes forradas con páginas de revistas que exhibían cortes de diez años atrás y me ordenaron que esperara. Al cabo de un rato, me senté en una de esas sillas rojas que estaban frente al espejo. Me tocó una estilista llamada Carolina que tenía el rostro torcido y la mirada perdida. La pobre padecía una suerte de parálisis en la cara y, aunque, por lo tanto, le costaba gesticular, era más bien parlanchina. Comentó el secuestro de Ana Patricia, me preguntó sobre mi vida, o eso creí, y sugirió, sin que le entendiera una palabra, un peinado que era «muy bonito», o por lo menos eso intuí. Asentí con la cabeza y deposité mi vida en sus manos.

Mientras hacía su trabajo, me distraje con la conversación que las otras clientes y peluqueras sostenían en torno a la inmortalidad.

—Mami, esta mañana me paré en el medio de la calle y cuando miré al cielo estaba tan transparente y claro que creí ver a Dios allá arriba montado —argumentó una joven morena con largos crespos amarillos, entregada a la manicura—. Mami, ¿cómo algo tan hermoso como esto se va a acabar aquí?

—Mamita, entiende. Lo que te quiero decir es que no hay nada que nos garantice que haya algo después —contestó una mujer algo mayor, mientras su estilista la hundía en la ponchera para lavarle el cabello—. El cielo está en la tierra, y el infierno también.

—En el templo nos dicen que el fin del mundo está cerca —refutó una de las estilistas desde su esquina—. La Comunidad Económica Europea, las Spice Girls, la computadora y las tarjetas de crédito son los Jinetes del Apocalipsis. ¿Cómo no van a creer que existe Dios y que hay vida después

de la vida? ¡Mamita, hay que orar por la salvación eterna!

—¿Qué es eso de la qué-sé-yo europea? —volvió a intervenir la chica de los crespos amarillos.

—Es cuando España se apodera del mundo, conquista otra vez América y se enfrenta en una guerra nuclear contra Estados Unidos —explicó la estilista evangélica.

—Guair fyuertem no, sí, flaquitis, masmamert —concluyó mi peluquera.

Caracas, en esos días, estaba llena de profetas. En cualquier esquina se anunciaba el fin del mundo. Lectores de caracoles, de tabaco, de cartas, manos y pies, evangélicos, hare krishnas, budistas, creyentes de extraterrestres y judíos coincidían en apuntar que Venezuela era el centro de una corriente negativa que multiplicaba la mala suerte. Esa era la única teoría posible para explicar que un país rico se encontrara en una situación tan desafortunada.

En un principio se creyó que la infelicidad de la población y la fatalidad económica se debían a la mala gerencia y a la corrupción derivada del oficio político, pero, después, pocos fueron los que no se sumaron a la teología del desastre.

Yo, de cualquier forma, vivía mis mejores años y, a pesar de la ansiedad, el mundo me parecía fascinante. Aquel flirteo entre la gloria y la penumbra, entre la magia y la zozobra, entre la infelicidad y la armonía, producía una tremenda energía vital en mi estómago.

Algo parecido, aunque un tanto más eléctrico, fue lo que sentí cuando mi peluquera dijo «jum, da, ajá» y, con un gesto de manos, ordenó que me viera en el espejo.

No era yo. Me costó asimilar lo que había en el espejo. Era una mujer morena con el pelo corto, en pequeños crespos y pintado de fuerte rojo. Por un segundo dudé, pero luego, cuando me vi por tercera vez, lo entendí. Era otra y hasta más atractiva. Mi rostro se veía exótico, mi pelo anunciaba modernidad y peligro. Sólo faltaba mudarme a casa de Johnny y cambiarme de nombre.

Le di las gracias a Carolina, le dejé una generosa propina de 1.000 bolívares y me despedí sonriente.

En la calle otra vez, me sentí liviana, poderosa y rozagante. Miré directo a los ojos a todo aquel que se me cruzó en el camino, como para humillarle. Caminé segura, con la cabeza en alto y los pies en el aire.

Eran ya casi las ocho e imaginaba la ropa que luciría en el restaurante. Moderna, muy moderna. Una minifalda azul, una camisa naranja y unas plataformas rojas. No, más bien, unos Levi's azules, una franela verde manzana y unas botas negras, rectifiqué de nuevo. Consecutivamente me creí nazi, guerrillera, militante.

Llegué al apartamento. «Mija, en el horno tienes comida», saludaba mi tía, siempre desde su cama y con la tele encendida. «Bendición, tía», y entré a mi cuarto a hurtadillas. Me vestí como lo había planeado y, sin hacer demasiado escándalo, telefoneé a Johnny para avisar que ya podía pasar por mí. «Bendición, tía, regreso tarde», y bajé a esperarle.

Rayos azules

Algo supe, sí. El corazón comenzó a latir sin sentido aparente. Fue la única vez que me pasó en la vida. Inquieta y nerviosa, comencé a moverme de arriba abajo, alrededor de la esquina de mi casa. Comí uñas y experimenté una sensación de nostalgia y fragilidad insoportable.

Revisé mi cartera en busca de cigarrillos y no los encontré. Lo único que había abierto a esa hora en Santa Rosalía era un restaurante de comida china, unos metros más abajo.

Caminé hasta el Fu To Chaw International, fui directo a la barra donde estaba el único chino que hablaba un poco de español y le ordené que me diera una caja de Belmont.

Pagué y me dio los vicios. Fue apenas un segundo. Antes de irme volteé, no sé por qué razón, y miré al fondo del restaurante. Fue apenas un segundo.

Allí, entre docenas de borrachos con bigotes, sentado en una pequeña mesa de mantel blanco, salpicado de manchas de salsas exóticas, estaba él. Fue apenas un segundo. Lo miré y de sus ojos salieron disparados dos rayos azul turquesa que fulminaron mi alma.

Casi dejé el cuerpo allí, derretido y agonizante.

Inerte, enderecé la mirada para hacer que mis piernas reaccionaran y me llevaran hasta la salida del Fu To Chaw.

Era joven, rubio, alto, parecía un ángel, pero estaba destrozado, harapiento y cabizbajo. Me conmoví. ¡Aquellos ojos azules lucían tan desolados! Su única compañía era una cerveza, creo que Polar. Tenía que conocerlo, saber de él, pero ya era tarde, existían otros planes antes de conquistar a un ángel.

Regresé a mi esquina, aún con el palpitar en mi corazón. En un segundo había conseguido el amor de mi vida, y en un segundo lo había dejado ir. Me fumé un cigarrillo con la esperanza de que aplacara mi ansiedad.

Johnny llegó. Me subí en la Cherokee y se sorprendió al encontrarme con una apariencia diferente: «Te ves bellísima», afirmó. Sonreí falsamente y continué electrizada por los rayos azules de mi querubín.

Comenzó a hablar de lo peligroso que encontraba a Santa Rosalía, de que temía que le robaran su valiosa camioneta, qué sé yo.

En el fondo, el pobre, lo que intentaba era pintarse como un salvador: sus palabras sugerían el metafórico rescate de una doncella marginal que vivía en una zona pobre de la ciudad. Yo me reía y lo dejaba soñar.

En el reproductor estaba puesta una música que aún hoy intento descifrar. Teníamos los vidrios arriba y el aire acondicionado me helaba los huesos. Estábamos en una burbuja espacial, y cuando por la autopista pasamos por encima del CCCT, recuperé mi sangre fría y de nuevo ocupé todas mis energías en dominar aquella ciudad.

Me miré en el espejo y me di cuenta de que me sentaba bien tener el pelo rojo y estar en ese carro junto al chico más afortunado de Caracas. Era la protagonista de la película, viajaba sobre el concreto con el chico de la suerte. La luna y las estrellas eran la promesa.

Los anuncios de la autopista brillaron más que nunca aquella noche y los autos que por allí pasaron jamás fueron tan caros. Así de feliz fui alguna vez.

Más y más autopista. Más y más velocidad.

Apenas llegué al restaurante quise reír y emborracharme. Johnny se percató y pidió una botella de vino que esta vez casi bebí sola. Como siempre, Johnny, esa noche, era afortunado: yo tenía ganas de comérmelo de nuevo, y él lo sabía.

Tomé y tomé, hablé, fui la estrella. Hermosa, poderosa, con los Levi's apretados y tensos sobre mi trasero, con mi franela verde que transparentaba los senos, con el pelo rojo que me hacía lucir radiante y mordaz.

Comimos alimentos picantes, pescados bañados en coco y miel, ranas con merey, no lo sé. Llegaron más botellas de vino y los ojos del restaurante se posaron más tiempo en mí que en él.

Una que otra vez, alguien se acercaba a nuestra mesa y, con tono estúpido, decía: «Full emoción, ¿no?» y los dos explotábamos en una sola carcajada, como drogados. Ebria y eufórica como estaba, no podía resistir demasiado las emanaciones eróticas del locutor. Le agarré fuertemente el miembro bajo la mesa, intenté acariciarlo y hasta chuparlo, pero en vista de las dificultades, le ordené que pidiera la cuenta y arrancáramos.

Aquella noche no hubo estrategias. Toqué, lamí y tomé lo que quise del Mega. Igual que él: dejé que hiciera con mi cuerpo lo que le viniera en gana, y todavía aquí, durante estas noches de Nueva York, pago las consecuencias de tanto placer.

AMANECÍ

Amanecí junto a él y la ciudad estaba gris de nuevo. Llovía y hacía frío. Me pregunté una y otra vez si volvería a ver a mi ángel. Si existía de verdad o si era sólo un sueño.

Johnny se levantó también y prendió el televisor. Me dio un beso cariñoso y una sonrisa. Me di cuenta de que era hermoso pero que no lo amaba. Fijé la mirada en el canal 53.

Más expertos y analistas discutían sobre el secuestro de Ana Patricia Mendoza. Sospechaban que podía estar muerta.

Apareció uno de los golpistas del 92. Quería desmentir cualquier implicación que vinculara a su movimiento con el rapto de la hija del editor de El Guardián. Habló cerca de una hora, recitó un poema sobre Simón Bolívar y retó a la policía para que diera pruebas de su supuesta complicidad en el crimen:

«Que el secuestrador portara una franela con la imagen del comandante Chávez no quiere decir nada. Tenemos miles de simpatizantes por toda la República que no militan en nuestra organización. Lanzo este llamado a la opinión pública venezolana para que haga caso omiso al evidente complot que este gobierno de la oligarquía corrupta quiere tejer sobre nuestro movimiento. Lanzo un llamado...», y el zapping de Johnny no lo dejó seguir.

—¿Tú qué crees, Yetzibell? —me preguntó Johnny, al tiempo que dejaba en mis manos una bandeja con un desayuno de tostadas y té.

—No lo sé, no lo sé, pero no creo que esto tenga algo que ver con política. Me muero por saber la verdad —contesté, mientras revolvía mi té—. Haz memoria, Johnny, de algún detalle que te hayas olvidado de contarme, de alguna pista que el secuestrador haya podido dejar. ¿Estás seguro de que nunca lo habías visto en tu vida?

Se quedó mirando mis senos, hizo una negativa con la cabeza, infló las mejillas y expulsó un agotado y rotundo «no».

—Me importa un coño Ana Patricia Mendoza, tengo ganas de ir de compras y de almorzar japonés. Me siento feliz —proclamó Johnny. A su lado, yo me vestía y arreglaba un poco su enorme cama.

DECLARACIÓN

Tardamos casi una hora en llegar al centro comercial y eso que era sábado, pero una avioneta se había estrellado en la autopista y la mayoría de las vías estaban congestionadas. Tomamos un atajo por Macaracuay.

Nunca antes había ido a Plaza Las Américas ni visto gente tan rara.

Me tomó de la mano y me condujo emocionado por los pasillos de ese laberinto lleno de ropas psicodélicas y enanos con el pelo pintado de azul. Me obligó a que me probara todo tipo de atuendos y yo complacida aprendía mis primeras lecciones de moda occidental.

Johnny era amigo de muchos de los vendedores de ropa que trabajaban allí; se saludaban con cariño pero también con algo de recelo. Un tipo con el pelo rapado llamado Cero, que era el encargado de una de las tiendas, hasta le dio un abrazo que pudo ser efusivo.

Luego, quizá para tranquilizarme, me contó que había pertenecido al underground caraqueño, que había tenido huecos en la nariz y en el ombligo, piercing en la boca, el pelo teñido de rosa y que también, en algún momento, se había enganchado a la coca. Pero dejó esa época atrás cuando iniciaba su carrera como locutor y un día, sorprendido, descubrió que sus amigos le volteaban la mirada y lo tachaban de vendido y comercial.

«Llevo la rebeldía en el alma, Yetzi, no en el pelo», argumentó mientras me probaba un pantalón de satén. «Esta gente vive todo el día quejándose, pero no mueve un dedo para mejorar nada. Yo escogí el camino duro: cambiar las cosas desde adentro y no en la periferia».

Me costó encontrar el alma alternativa que había detrás de esos Levi's viejos y esa franela de surf que decía Puerto Escondido '87, pero total... Compré, o mejor dicho, me compró cuanta cosa me antojé. Zapatos, botas, faldas, zarcillos, pañuelos. En la escalera mecánica me dio un beso largo y luego me dijo: «Te amo».

Pobre Johnny. Salí del centro comercial con su brazo en mi cintura, con unos pantalones fucsias, una camisa de satén oscura y unas botas militares, todo puesto en su lugar, con tres bolsas colgando del brazo y con los ojos de mi ángel grabados en la sien.

Después fuimos a comer anguilas crudas a un restaurante japonés de nombre Ávila y Tal, o algo así, nos besamos de nuevo y hasta le juré amor.

De regreso a casa de mi tía, me tiré en la cama, algo cansada y deprimida, y dormí.

Cabimas y el universo quedaban demasiado lejos.

Domingo

A eso de las nueve de la mañana, me despertó una luz que, de golpe, mi tía había hecho entrar a la habitación con una rápida y ruidosa sacudida de persianas. Quería que fuera con ella al hipódromo para apostar 5.000 bolívares a un caballo llamado Erick.

La convencí de buena forma para quedarme en casa, argumentándole que no estaba de acuerdo con los juegos de azar. Ella se limitó a encoger los hombros y salió feliz del apartamento. Me quedé en la cama imaginándola con su vestido de gala, rumbo a La Rinconada en un carrito por puestos, y cerré los ojos. No me podía levantar.

Hay dos tipos de dolor: uno es el del vacío, cuando se pierden las esperanzas, no hay más en el horizonte que un precipicio y Dios se hace relativo. Es la soledad. Y está el dolor del desamor, cuando se cree haber encontrado esa esperanza de vida en algo o alguien que prematuramente se aleja o nos deja. Es la nostalgia. Claro, hay un tercer y terrible dolor que es el del aburrimiento.

Yo, por supuesto, era presa del segundo tipo de dolor, el de la nostalgia. Creía haber perdido a la única persona capaz en el mundo de apagar en mí los apuros y la ansiedad. Esta sensación, aunque más intensa que la primera, tiene, sí, algo de alegría. La melancolía es telúrica, la sentimos pasar por las venas y, aunque duela, es vida.

Lloraba no sé si de felicidad o de dolor. Gracias a la ausencia de mi amado descubrí que no estaba sola en el universo. Las sábanas me tragaban y el frío me carcomía.

Me levanté, por fin, de la cama, para toparme con el gris que entraba por las ventanas. No había color que describiera mejor el estado de mi espíritu. Fui al baño, me miré en el espejo y me animé un poco porque me encontré de nuevo bella.

Traté de encontrar refugio en mis proyectos y en los futuros éxitos que, creía, estaban bien encaminados. Recordé la noche del viernes junto a Johnny Mega en el restaurante, me vi hermosa y triunfante, y entendí que más valía la vida que prometían mis ambiciosos proyectos que un amor platónico por un hombre que se había aparecido y esfumado en un segundo.

Me vestí con una tela larga que, como falda, me cubría de la cintura para abajo, una franela blanca que decía Cauliflower Power y unas sandalias azules transparentes, todo obsequio de mi amante, y bajé a la panadería a ver a mis inmigrantes y tomar café.

Los domingos eran especialmente etéreos en Santa Rosalía. Nadie parecía existir. Con calma, los gallegos tomaban su café, y los ecuatorianos vendían con más parsimonia sus repuestos mecánicos robados. Todos oían la radio, atentos a los resultados de las carreras de caballos.

En ese ambiente pude retomar mis pensamientos sobre el secuestro de Ana Patricia Mendoza. Tenía la intuición de que Johnny me ocultaba algo. Había un detalle insignificante al que no le había prestado atención pero que comenzaba a preocuparme.

En la tarde del primer día del secuestro, Johnny había mantenido una reunión privada en la radio con el Fiscal General de la República y, como cosa rara, al salir y enfrentarse a los periodistas que estábamos allí, se negó a dar declaraciones. Lo normal era que alguno, o ambos, dijera cualquier bobería con tal de salir del paso y aplacarnos. Pero no, preocupados, se dispersaron: el Fiscal dentro de su limusina y Johnny junto a mí.

No sé, había algo que me decía que ese detalle era importante, que Mega no me había dicho toda la verdad. Pero lo iba a averiguar.

Había otra incógnita, El Guardián no hablaba de eso, pero otros medios sí: los disparos que se oyeron en la casa de Federico Mendoza la noche antes del secuestro y la misteriosa desaparición de su hijo mayor, Alejandro.

No dejo de asombrarme al recordar ese día. Era como si tuviera una máquina para hacer cubitos de realidad.

Como a eso de las once de la mañana, sin embargo, la tranquilidad dominical se había evaporado. Todas las policías y los organismos de inteligencia del Estado recorrían las calles de Santa Rosalía en interminables rondas que consistían en detener a todo aquel que se moviera para pedirle documentos y, si su ánimo salvaje lo requería, golpearle en las piernas o en la cabeza con cascos, bastones y espadas. Los más afectados fueron los dominicanos, los colombianos, los ecuatorianos y los jóvenes basketbolistas sin otra nacionalidad que la de esos barrios de donde bajaban para comprar Pepsi en la panadería.

Era uno de esos déjà-vu militares que sufríamos tan frecuentemente. Éste se debía, me imaginé, al secuestro de Ana Patricia. Varios políticos de la oposición y figuras notables de la sociedad civil, los pocos que había para la época, habían creado un clima casi insostenible de presión contra el gobierno. Ese era ya el cuarto día del secuestro y nadie podía responder ni por la investigación ni por la vida de la hija del editor.

En fin, aquellos policías no me molestaron. Con mi cachito de jamón y mi café en las manos, me mantuve quieta en el mostrador de la panadería observando lo que ocurría alrededor.

La Guardia Nacional, con sus enormes fusiles, barría de esquina a esquina toda Santa Rosalía, golpeaba a unos basketbolistas y encerraba a otros en sus camiones enjaulados. Parecía alguna clase de deporte marcial, como la caza del zorro inglés.

Pero de repente: «No, no, no», mi cachito y café fueron a parar a la basura, «no lo toquen, no lo toquen», corrí y grité, «espérense», mis sandalias modernas apenas me permitían caminar, «soy periodista», la hermosa tela que cubría mis piernas terminó encharcada.

Mi ángel había salido de un hotel desprevenidamente, como si la vida fuera nueva para él. Flotando se asomó a la calle, y levitando fue interceptado por un piquete de guardias. Le inquirieron violentamente a las puertas de aquel alojamiento.

No tuve tiempo de pensar, yo era una leona, y mi ángel un pequeño cachorro indefenso. Fue puro instinto y velocidad.

—¡Soy periodista! —rugí, mostrando el carnet de El Guardián a aquellas bestias— ¿Cuál es el problema?

—Buenas tardes. Primero que nada, ciudadana, ¿conoce usted a este individuo? —preguntó el agente más gordo y blanco de la manada.

—Por supuesto. Es mi hermano —mentí sin problemas, mientras los ojos azules de mi ángel parpadearon con lentitud.

—No tiene documentos, señorita, y usted sabe que andar sin documentación es un delito mayor. Hasta yo cargo la cédula —dijo el mismo agente, ahora con el carnet de El Guardián frente a su desconfiada mirada.

—Lo entiendo, oficial, pero es que mi hermano está enfermo y ayer le robaron la cartera con la cédula y el dinero...

—Usted, que es periodista, señorita, debería saber que es un delito grave andar sin documentos y que es nuestro deber llevarnos al respectivo ciudadano detenido para hacer las respectivas averiguaciones. ¿Me entiende?

—Claro, oficial, lo entiendo —años de redadas en Maracaibo, de allanamientos a discotecas en mi adolescencia, me habían enseñado cómo tratar a esos zamarros—, pero entienda usted que este es un caso especial, que soy periodista. Si quiere anote mi nombre, cédula y número de teléfono. Mi hermano está muy enfermo, tiene leucemia, oficial, y necesito llevarlo mañana a la clínica —me sentí mal al decir esto y él, mi ángel, se mostró un tanto sorprendido, aunque su carácter estoico y silencioso ya me tenía deslumbrada—. Por favor, agente...

—¿Leucemia?

—Sí, se encuentra grave —asentí, fingiendo preocupación.

—Está bien, vamos a hacer una excepción con usted, ciudadano, pero tiene que ir a la Prefectura a notificar que le robaron la cartera.

—¿Ah? Okey —fue lo único que dijo mi ángel.

Una vez se fueron los uniformados, empujé a mi ángel dentro de su hotel —El Sordo, si mal no recuerdo— y, ya en la sombra, muy cerca de él, le regañé con ternura: «¿Cómo sales a la calle sin la cédula, loquito?». «No lo sé», me respondió confundido. Yo, por mi parte, casi perdía la razón. Qué bello era, qué diferente a cualquier tipo de hombre que existiera. Hermoso y desgraciado: esa era la combinación más sexy e inusual de los noventa para un individuo de esa edad. La belleza y la juventud lo eran todo en esos días y parecían suficientes para el resto de la vida. Bueno, ¿cuándo no ha sido así?

No sólo por eso él era especial; poseía otra rareza. Parecía tan despegado de la tierra, de la mundanidad, del cuerpo, de la ropa, de los objetos, de lo que permanentemente cambia y de todo lo que al resto de los seres humanos, especialmente a mí, nos obsesionaba. Era un ángel y su luz oscura, su presencia, me derretía.

Estaba vestido con una camisa de rayas verticales amarillas y grises a la que le faltaban tres botones, un bluyín desteñido y un par de zapatos deportivos que no parecían ser de marca. Medía algo más de un metro con 80, tenía los dientes amarillentos, un frondoso pelo rubio que le llegaba a los hombros, un cuerpo delgado pero esbelto, una nariz aguileña y un rostro curtido y algo envejecido, aunque se podía ver claramente que no llegaba a los 30 años.

—¿Quién eres? —le pregunté justo cuando estuve a punto de caer en sus brazos.

—¿Yo? —dijo, con una voz suave y un tanto ronca.

—Mi nombre es Yetzibell.

—¿Ah? Okey.

—¿Cuál es el tuyo?

—¿Mi nombre? Alejandro.

5

Felicidad

Vestido con un traje de submarinista, con máscara y chapaletas, pero sin el tanque de oxígeno, Napoleón Bravo entrevistaba al Fiscal General de la República frente a la Plaza Bolívar de Caracas.

Eran las siete y media de la mañana del viernes 21 de noviembre y, para sorpresa de todos, en especial del reconocido periodista, había parado de llover. En todo caso, el programa versaba —pauta de última hora— sobre el secuestro de Ana Patricia Mendoza y no sobre las inundaciones, aunque de vez en cuando saliera María Teresa Chacín, con un cuatro en las manos y los ojos entrecerrados, entonando una canción sobre el clima y las frutas tropicales de la costa oriental venezolana.

El cambio de planes no inmutó al animador; cuando el periodismo es espectáculo, el espectáculo es la improvisación. Con cara circunspecta interrogaba al Fiscal, mientras lanzaba contra el gobierno ásperas críticas a las que la careta de buzo daba un tono nasal: “Ayer en la tarde los venezolanos tuvimos que presenciar una vez más cómo el hampa y las mafias que operan libremente en nuestro país hicieron víctima de sus fechorías a una familia honesta y trabajadora. ¿Usted, doctor, nos podrá explicar por qué?».

El Fiscal se aprestó a sentenciar con todo aplomo, aunque no podía darse cuenta de cómo los rayos catódicos de la TV distorsionaban feamente su camisa naranja: “Sinceramente, creo que nos apresuramos en catalogar este acto vandálico como una acción de la narcoguerrilla, el narcotráfico o las mafias. Hemos venido efectuando eficaces reformas legislativas para erradicar de una vez por todas esa plaga que, efectivamente, como usted afirma, ha...».

La primera en abrir los ojos fue Ana Patricia. Se despertó alegre, aunque algo alterada por los gritos del Fiscal General. Se sentía exactamente como si viniera de atravesar una distancia increíble en una nave y, por fin, después de meses de travesía, hubiera llegado a tierra firme.

La sensación era definitivamente como la de viajar. Como la de levantarse en un hotel de 50 dólares en una ciudad extraña, sin saber exactamente qué deparará el destino.

Caminó, algo mareada por el inesperado jet lag, hasta una ventana de la casa y abrió las cortinas. Al encontrarse con aquel día azul eléctrico, lleno de esperanza y de vida, suspiró.

Napoleón Bravo continuaba repitiendo su nombre: “Ana Patricia Mendoza, Ana Patricia Mendoza». Ya comenzaba a irritarle, así que se acercó al televisor y de un golpe lo apagó. Encima del aparato estaba todavía el revólver que Luis había dejado para recibir el monte que Laudvan le ofreció.

Ana tomó el arma en sus manos y apuntó a su secuestrador, que permanecía desnudo y dormido en el sofá. Casi presionaba el gatillo cuando recordó que existía la posibilidad de que lo amara.

Era todo tan confuso: por su cabeza pasaron cientos de imágenes y sensaciones. Tenía que ordenarlas alrededor de la más clara y nítida, la de ella junto a él, unidos en un abrazo. ¿Cómo había sucedido?

Estaba allí en esa sala alumbrada por la luz de Popeye y él la miraba. Entonces él la besó, o fue ella quien lo hizo, no sabía. No entendía cómo habían ido a parar al sofá, ni cómo se habían despojado de la ropa, pero se veía claramente desnuda ¡y junto a Luis! encima del mueble de Los Ositos Cariñositos. Él continuaba besándola y acariciándola apasionadamente, y la sensación que le quedaba a Ana era tan rara, como si Luis en aquellas caricias hubiera tocado cada célula y átomo de su cuerpo y de su alma. Ahora Ana tenía un sabor en la boca, algo acre y dulce a la vez.

Bajó el arma y la devolvió al tope del televisor. No podía decir cuántas horas habían pasado en aquel delirio, ni si Luis la había penetrado, pues no recordaba haber visto nada claro en su entrepierna, aunque sobre la falda había unas manchas amarillas y plastificadas que se le extendían a lo largo del muslo izquierdo y que supuso de qué eran.

Caminó al baño, se quitó la falda —sin encontrar ropa interior debajo— y la expuso al leve chorro de agua que salía del grifo. Mientras restregaba las manchas de semen, un fuerte corrientazo recorrió su espina dorsal. No lo podía creer, había acabado dos veces, dos orgasmos, uno-dos. Sólo había tenido anteriormente un orgasmo con un hombre y ahora hasta dudaba seriamente de su legitimidad. ¿Luis la había penetrado?

Volvió a la sala y al verlo dormir se enterneció. “Pobre», pensó. “En que lío está metido». Había algo tan mágico en esa mañana, no sólo era él; hasta el Mickey Mouse satánico parecía darle los buenos días.

No había culpas, no había remordimientos, sólo luz, como decía Laudvan. ¿Laudvan? ¿Laudvan? ¿Qué había pasado con él? Se había perdido en medio de la noche y Ana no lo podía visualizar luego de aquel discurso sobre la luz, las sombras y Plaza Las Américas. Su memoria había capturado y compuesto un universo en el que apenas cabían dos cuerpos. Lo demás era oscuridad.

Abrió la puerta del cuarto de Laudvan y fisgoneó. Allí estaba sin los lentes, todavía con el pijama de Los Pitufos y dormido profundamente. Algo magnífico había activado aquel vendedor de ropa. Había hecho un cuadro inverosímil, había dibujado un amor irreal, más bien otra realidad, que hacía factible que Ana y Luis se encontraran. Y esto, en otras circunstancias, hubiera sido improbable. Luz.

Ana hacía ejercicios para imaginar lo imposible, para ser feliz por siempre, cuando una nube negra tapó el sol de sus ensueños. “¿Qué voy a hacer?».

Por ahora le gustaba vivir en el cuadro psicodélico de Laudvan, pero, en el momento en que eso se esfumara, ya no le quedaría nada para amar. Este mundo y aquel de donde provenía no eran compatibles; o era el uno o era el otro, jamás los dos. Era un viaje, lejos de sus padres y de la realidad que le atormentaba. Tenía que extender esta situación tanto como se pudiera, al infinito si era capaz. Quería estar secuestrada para siempre, pero, ¿cómo? ¿Cómo?

Fue a la cocina. La nube negra le trajo recuerdos horribles y de un soplo la alejó para seguir con el cuadro. Encendió la hornilla y puso a hacer un poco de café.

De nuevo sintió el sabor acre y dulce en la boca, de nuevo el corrientazo, de nuevo el calor, de nuevo, ¿amor?

Qué bien

Qué grande, qué gigante, no puede ser que sueñe esto por primera vez, estuve en esta playa antes, sí, aquí, al final de Chichiriviche, en Los Cocos, donde están las casas abandonadas... Yo iba, o venía, de vacaciones cuando era chiquito...

Surfeo en unas olas más o menos y en la orilla hay una vieja gorda con un traje de baño antiguo y con gorro, viene una tormenta...

¿Qué hay del otro extremo de la costa? Un mar bravo, olas grandes, pero no desde la visión de un surfista, olas grandes que dan miedo, un mar profundo y azul oscuro. Es un mar peligroso, enfrente hay más casas abandonadas, nadie vive aquí... Sólo las rocas.

Tengo una pistola, mosca, mosca, mosca, que te mato, cabezadegüevo, quítate de allí, Alqui, quítate o te pego un tiro...

Epa, Julián, vamos a montar patineta al parque, ¿te vienes?

¿Um, um? Verga, coño, ¿dónde coño de madre estoy? ¿Qué pasó? No recuerdo nada. ¡Ah! Estoy en casa de Laudvan. ¡Mierda! Secuestré a una jeva, me perseguía la policía, me iban a meter preso y el marico de Johnny Mega echaba paja en la radio.

Verga. Anoche me cogí a Ana Patricia Mendoza. Anoche me cogí a Ana Patricia Mendoza.

Qué bella.

Eres mejor que ir a 1.000 por hora o que inyectarse una nueva droga. Hay unas pepas que se llaman Ecstasy. Nunca las he probado, pero dicen que son lo mejor del mundo.

¿Dónde está? Allí. La miro, está en la cocina, le veo las piernas, son las piernas más hermosas que he visto en mi vida. Gordita y todo, está divina. Está en la cocina, frente a la hornilla, tiene el pelo revuelto y se lo recogió en un moño.

Sé que me la cogí anoche, pero no sé cómo. De repente, nos quedamos paralizados uno frente al otro, con las manos que temblaban, con sus ojos que quemaban, con el piso que se movía.

Por mi cabeza pasaron cosas extrañas, poesías, raps, imágenes de tormentas, rayos y centellas. No recuerdo haberle dicho nada ni que ella me haya dicho algo.

La abracé, me abrazó, la besé, me besó. Soy afortunado. Me cago de la risa... Y pensar que ayer en la tarde me quería pegar un tiro. Sabía que Ana era para mí, lo sabía.

Pim, pam, pum, y estábamos en la sala jamoneándonos rico. Pim, pam, pum, y de repente estoy desnudo, montado sobre ella en el sofá. Pim, pam, pum, pasan tres horas o yo qué sé qué, y se lo meto. Pim, pam, pum, pasan dos horas más y acabo. ¿Acabé? Más me vale.

Pero me tengo que poner pilas, tengo que enseriarme con esta jeva, quiero que se quede a mi lado para siempre. Es como dice Laudvan: me tengo que programar. Le voy a decir que se vaya, que no diga nada y que después nos veremos encaletados hasta que todo el mundo se olvide de esta mierda del secuestro. Necesito organizar mi vida y con Ana Patricia al lado soy capaz de llegar a Presidente.

Allí está, me ve, viene hacia acá, me sonríe, sus ojos son chinitos, es la jeva más linda de la tierra, la cosa, la energía más poderosa y perfecta. La amo, la quiero, estoy feliz, sonrío, estoy desnudo y ella mira mi cuerpo, ¿le gustará? Qué importa, ella me ama, ¿no? Lo que sentimos anoche no existe, no conozco ni a un pana que le haya pasado algo parecido. Una energía que te impulsa hasta otra persona, tirar con una jeva y que te olvides de ti mismo, que te conviertas en gas, eso no sucede...

“Buenos días», dice ella. ¿Qué más?, le respondo, un pelo apagado. Estamos cortados, lo que pasó anoche es demasiado sollado y nadie sabe ahora cómo reaccionar. Ponte pilas, mamagüevo, ponte pilas, dile algo bonito. Nos miramos como ayer, siento un precipicio en el pecho, un ancla que hala mi corazón hacia abajo; no sé si podré resistirlo.

Arriba las manos, le digo sonriendo, y ella las sube, siguiendo el juego.

—Qué raro lo que pasó anoche, ¿no? —dice ella y huele a canela, el aire huele a canela y no a chicle de frutas y no al maldito Calvin Klein, ¿entiendes? El corazón me late burda de fuerte.

Sí, jamás me había pasado algo así, ¿y a ti?

—Tampoco. ¿Viste lo bonito que está el día? —vuelve a preguntar.

No lo he visto. Veo el planeta Tierra, una bola hermosa, redonda, azul y a mí allí, con una sonrisa y mirando hacia la galaxia.

—Asómate a la ventana —lo hago y es tal como lo imaginé. Nunca antes hubo una mañana tan depinga. No hay policías, Los Palos Grandes no existe, no quiero marihuana.

Vamos afuera, al jardín, le digo, tomándola de la mano. Detrás de la casa de Laudvan hay una montañita, un cerrito con grama, y allí nos sentamos. Es tan irreal, es tan loco. Miramos el cielo, no importa que venga nadie, ni los tombos de Chacao, ni el ejército, ni las medidas económicas, nada nos puede pasar, ¿sabes?

—¿Cómo ocurrió esto?, Luis, ¿cómo pasó? —pregunta y sé que no puedo hablarle malandro.

No sé, quizá todo empezó por un juego infantil, creía que era víctima de una condena, una condena que ya había matado a dos de mis mejores amigos y había dejado paralítico a otro, pensaba que si no me ponía pilas iba a terminar como ellos, desesperado. También porque no tenía trabajo y en mi casa no había dinero. Decidí ir a pedirle trabajo a Johnny Mega, por loco y ciego, aunque no tanto, porque te conocí a ti...

—Ya, ya. Para. ¿Así que eso hacías en la radio? Mi historia es parecida, pero me da pena contártela.

¿Por qué? Cuéntamela. Cuéntamela. ¿Cómo vas a tener pena?, le digo, mientras pienso que estoy resuelto; tenemos la típica conversación de novios.

—Es qué no sé... Me da pena.

No seas tonta. Cuéntamela.

—Bueno, pero no te rías: estaba enamorada de Johnny Mega. Platónicamente, porque no lo conozco y ese día, de loca y de desesperada como tú, fui a la radio con el propósito de conocerlo.

Pienso en sus tetas, qué redondas son. Pienso en su sabor, el de Ana y sus tetas, que es salado y floral. Pienso en su cintura, en sus ojitos chinos.

No puede ser. ¿Qué le ves a ese mariquito? ¿Por qué gritaste cuando te fui a saludar?, le pregunto a la jeva en el tono más dulce que puede salir de mí.

—No sé, qué extraño es todo, es como si estuviera programado. Yo estaba nerviosa, dudando si iba a hablar con Johnny Mega o no.

Ese mariquito.

—Y llegaste tú, con esa cara, con esa sonrisa, y me asusté. Venía de una situación difícil en mi casa, y llegaste tú y grité no sé por qué.

Me mira fijamente, luego nos tumbamos en la grama que aún está húmeda y vemos hacia el cielo como si fuéramos Adán y Eva en el maldito paraíso.

Cuatro guacamayas pasan volando sobre nuestras cabezas. Son amarillas, verdes, rojas, azules, y cantan: “Tururú, tururú, tururú». Ahora beso a Ana y le acaricio el pelo.

Es demasiado sollado, es demasiado depinga, le meto la lengua en la boca, la agarro por la cintura y... Me doy cuenta de que estoy desnudo allí, en medio de la nada. Sólo falta un tabaquito para completar la felicidad.

Quemado

Laudvan se levantó de la cama con los pelos que le llegaban al techo, colocó sus lentes sobre la nariz, ya que sin ellos apenas lograba distinguir un objeto de otro, calzó sus pantuflas de cuero de chivo y salió de la habitación.

Olía a quemado y siguió el rastro con su nariz hasta llegar a la cocina. Apagó de un golpe la hornilla y, visiblemente molesto, maldijo cuando se asomó a la olla y vio el café convertido en una pasta gruesa incrustada en el metal.

Jamás pensó que existiera una contraparte femenina para Luis, pero la había y era Ana Patricia. Por lo que había presenciado esa noche, estaba tan desquiciada o más que su amigo.

Le parecía increíble la forma en que se habían encontrado y, luego, unido en el más pasional de los abrazos. De un momento a otro, sin decirse una palabra, Ana dejó de ser el rehén y Luis el secuestrador para convertirse en los más fogosos amantes. No lo habían visto o no quisieron oírlo, pero hicieron el amor frente a él; pobre Laudvan.

Se tuvo que masturbar tres veces en la noche y también había tenido que pensar. Le costaba trabajo asumir la responsabilidad de aquel inesperado encuentro entre su amigo y Ana Patricia. Era buen orador y la Teoría de la Luz era eficaz, pero tampoco era para tanto. Le atribuía los hechos, más bien, a la locura de ambos y a una suerte de energía en el ambiente que había abierto un hueco en el curso lógico y monótono de las cosas para permitir, por un segundo, que cualquier idea que pasara por la mente, como le había dicho a Luis la noche anterior, fuera posible. Se rió sonoramente y le provocó hacer alguna acción descabellada, pero no supo cuál.

Se sirvió un plato de Speedy Loops con poca leche y se preguntó a dónde habían ido a parar los tórtolos. Estaban tan desquiciados, ellos y el universo, que, seguro, se habían ido a comer un helado a Las Mercedes, a pasear por el Parque del Este, a ver una exposición en el Museo de Arte Contemporáneo o a hacer cualquiera de las cosas que hacen los novios en sus primeros días. En dado caso, ¿por qué no? Era factible.

Salió, de todas maneras, con su plato de Speedy Loops al patio que quedaba detrás de su casa a ver si los veía. “Qué increíble», pensó.

Ella estaba de espaldas a él y Luis, desnudo, dormía plácidamente, tomándola de la cintura. Se veían hermosos los dos, bajo el cielo azul y sobre la grama verde. Parecían la promesa final, el sueño anhelado por cualquier humano.

No le importó. Se acercó. Llevó un poco del cereal a su boca y los saludó: “Hola».

Ellos le respondieron con los cachetes un tanto sonrojados y permanecieron quietos.

—Qué día más bonito, ¿no? —comentó Laudvan, mientras devolvía la cuchara al plato con leche.

—Sí, bellísimo —dijo ella al echar la cabeza hacia atrás y contemplar nuevamente el universo—. ¿De qué te ríes?

—De que todo esto es una locura, ¿no te parece? —preguntó el rey Pitufo con una pequeña carcajada que, inmediatamente, transformó en cara seria—. Dejaron la hornilla con el café encendida y se vinieron para acá... ¡Pilas, pana, pilas!

—Te vas a poner con esas —contestó Luis, recuperando un tanto su agresividad—. Tú fuiste quien empezó todo, quien dijo lo de imaginar un nuevo mundo, pintar, luz y no sé qué más... Qué coño importa el café.

—De bolas que importa, güevón, es mi olla, es mi café, marico, y soy yo el que tiene que quitarle las manchas. Pero ya, güevón, olvídalo. ¿Qué van hacer? —soltó con naturalidad y esperando, naturalmente, una respuesta.

—No había pensado en eso —respondió Ana—, o se me había olvidado, no sé.

—Chamo, Laudvan, hace un rato pasaron unas guacamayas, azules, verdes, amarillas... Las tenías que ver —habló Luis.

—Sí, por aquí pasan burda de pájaros y vainas raras todos los días... Yo digo que inventemos algo imposible —y se río dando un tanto de descrédito a sus palabras—. No sé, ir a La Carlota y robarnos un avión, irnos a Hawai, qué sé yo... Pedirle unos millones a tu viejo de verdad —y Laudvan volvió a reír.

—¿Pedir un rescate de verdad? —murmuró Ana.

—¿No tienes hambre? Ana, yo sí —interrumpió Luis.

—Un pelo, sí. ¿Pedir unos millones? Mi papá los tiene y, no sé, empezar una nueva vida es una posibilidad... ¿Lo harían? ¿Lo harían?

Luis y Laudvan no contestaron, sus rostros cambiaron y lo meditaron con aparente preocupación. La chica hablaba en serio.

—¿Qué les pasa? —Ana reconvino.

—¿De cuánto dinero hablas? —preguntó Laudvan.

—Qué sé yo, unos 50 millones, unos 100 millones de bolívares —propuso la chica.

—¿Están locos? Qué ladilla, pana. ¡Ahora que más o menos salimos del peo, la vamos a cagar así! Vete a tu casa, Ana, dile a la policía y a tus padres que no tienes idea de quién soy, y nos vemos encaletados hasta que todo el mundo se olvide de esta vaina.

—No quiero regresar a mi casa, no quiero, no quiero... ¿Entiendes? Esto más nunca va a ocurrir en nuestras vidas, esta sensación de libertad; si la dejamos ir, más nunca volverá. Piensa, imagina: tú y yo en San Francisco, en Hawai, qué sé yo, donde quieras... Río de Janeiro.

Luis y Laudvan lo meditaron de nuevo.

—Es burda de dinero, Luis, es dinero que jode. ¿Esto es en serio, Ana? —repuso Laudvan—. La policía anda perdidísima, todo puede pasar, ¿o no?

—Cállate, Laudvan, pana, ¡ya! No conozco ningún secuestro que haya terminado bien. No digas más idioteces.

—¿Ah, no? ¿Y los de la guerrilla colombiana? Se la pasan secuestrando gente en la frontera y todo les sale bien... —argumentó Laudvan.

Qué va

Empiezo a maltripear, no me gusta para nada esta sensación, estoy más acorralado que antes. No voy a seguir a esta jeva, no voy a dejar que me escoñete la vida. Que se joda, ya estoy ladillado de ella, que arranque. No voy a pedir un rescate ni un coño. ¿Qué pasa?

Y el Laudvan, marico, alcahueteándola.

Estoy asustado, el estómago me arde, me mareo otra vez. Estar tan enamorado y tan cerca de una persona tampoco es agradable, es extraño, me siento vacío, irreal, necesito un tabaco.

«¡Son 100 millones, güevón!», vuelve a decir Laudvan, el marico ese. Que se calle, yo no quiero 100 millones de bolívares, que me dejen en paz, nada va a resultar.

La jeva me agarra por el pelo, me lo acaricia, me mira con pertenencia, con amor, y yo estoy que floto. Frito. Nadie me había mirado como si fuera suyo. La amo.

«Son 100 millones de bolívares».

Verga, no sé qué hacer, no sé, estos carajos se volvieron locos. Me levanto, camino hacia la casa, y no importa que me vean las nalgas.

Entro, me pongo mis Levi’s, mi franela y mis botas, agarro la cajita de monte, un rolling paper y me facho un tabaco.

Regreso. Me ladillan, no me gusta depender de nadie, me gusta estar solo. Prendo el joint, le doy dos patadas y se lo ruedo a Laudvan, pero no quiere y se lo pasa a Ana. Ella no fuma y me lo devuelve.

Nos quedamos callados y nos metemos de nuevo a la casa a ver televisión.

¿Hawai? ¿Hawai?

Kentucky Frank Chicken

Sonaba Santana en las cornetas y Frank recordó el beso que Nicole le había dado en el recital que el chicano realizó en Caracas en 1972. Ahora las circunstancias parecían tan diferentes.

Estaba frente al mostrador del KFC de Sabana Grande y pedía un jojoto y una Pepsi justo cuando el coro de Oye cómo va entró. Era budista, vegetariano, miserable, y hasta el coronel de los pollos lo miraba desde la pizarra con mala cara.

Tantas respiraciones para renacer, tanto equilibrio existencial no habían impedido que a los 43 años terminara solo y con el dinero justo para comprarse una mazorca y un refresco.

Se sentó con la bandeja en una mesa que tenía vista panorámica del bulevar y le dio vértigo imaginar las vueltas que daba el mundo. ¡Cómo había cambiado Caracas! ¿Dónde estaban las personas que alguna vez habían existido? ¿Sus amigos? ¿Sus novias? ¿Cómo había terminado el mundo así?

Una pareja discutía en la mesa contigua. Eran más o menos de su edad, pero no podía evitar verlos mayores, ya que aún conservaba cierta psicología adolescente. Él estaba vestido con corbata gris y chaqueta de cuero marrón y contaba algo acaloradamente. Ella, muy maquillada, exhibía un conjunto asimétrico y ornamentado con pedrería sintética de colores. Cuando le tocó el turno de hablar, hizo un segundo de pausa, soltó un suspiro, parpadeó, y con voz temblorosa y los ojos vibrantes le dijo: «Te tengo que confesar algo».

—¿Qué? —contestó él, visiblemente alterado.

—No sé cómo explicarlo —inició ella, mientras le tomaba la mano y se mordía los labios—. He tratado de buscar una respuesta, de saber qué ocurre, pero no sé, me quedé sin palabras...

—Dilo de una vez, mujer, dilo.

—Desde hace seis meses salgo con otro hombre.

Él se derrumbó sobre su pollo frito y ella, llorando, se le quedó mirando con tanta culpa que, por instantes, inspiró más compasión que su esposo desengañado.

Qué deprimente era todo aquello, el mundo, las rupturas, el amor, las traiciones, el olor a pollo frito, la música de Santana, la gente que caminaba por el bulevar, el aire acondicionado, los pedazos de maíz alojados en los dientes, el aceite que le rodeaba la boca.

Por años, Frank había creído ciegamente en una suerte de correspondencia universal. Si se obraba bien, si se resistía el dolor, si se hacía un esfuerzo extra, si no les hacías a los demás lo que no quieres que te hagan a ti, si no se acumulaban karmas, si se era generoso, paciente, fiel, virtuoso, recto, si se escogía el lado de la luz y no el de las sombras, quizás sólo así, la vida correspondía y premiaba.

Pero no. Conocía unas cuantas personas que se habían comportado como verdaderas ratas y que ahora, además de dinero, tenían familias estables y cierto grado de felicidad. Sabía de individuos que habían traicionado, mentido y engañado y que, aun así, ostentaban una mirada segura y cristalina. Había visto personas cuyo único valor espiritual era el comercio y el poder y que, a pesar de ello, se sentían orgullosas de su aberrante moral.

No podía esperar más por una recompensa divina. Había que pagar el celular y la gasolina, quería una familia y ya había perdido una; era el momento perfecto de corregir. Si sólo Isabella no lo hubiera abandonado, pero qué carajo...

ALMUERZO

Federico e Isabella tomaban su almuerzo en la mesa redonda de la cocina. Berta había preparado caraotas con tropezones de chorizo y jamón serrano, arroz blanco con ají y pollo, salsa de malta y Coca-Cola.

Al ver todo aquello, Isabella sintió una patada en el estómago. Tenía las entrañas resecas y deshidratadas. Apartó su plato de caraotas a un lado y vio a su esposo comer.

De la calle procedían ruidos de sirenas, ambulancias, policías, estruendosos frenazos de carros, cornetas de camiones, gritos de niños.

—¿Cómo te sientes, Federico? No has dicho ni una palabra —inició Isabella.

—Mal, Isabella, mal, ¿cómo crees? —respondió él, más agotado que otra cosa. Con un impulso que le sorprendió, le tomó la mano a su esposa, la apretó fuertemente y miró su cara.

Así permanecieron algunos segundos.

AVERIGUACIONES

El comisario Bermúdez condujo al sospechoso hasta el cuarto de interrogatorios. Le quitó las esposas y le ofreció un cigarrillo que el detenido aceptó, algo dudoso. Bermúdez sacó su yesquero del bolsillo y encendió el Astor Rojo.

Después de sonreírle, extendió la mano lo más que pudo y, llevándola primero hacia atrás, la estrelló sonoramente en la mejilla del sospechoso, haciendo que este soltara el cigarrillo de la boca.

Luego Bermúdez le pidió perdón, en apariencia muy arrepentido, y volvió a darle otra bofetada en el mismo lugar y con idéntica fuerza.

A pesar de la negrura de la piel del detenido, sus cachetes se tornaron rosa. Bermúdez y sus compañeros habían irrumpido en su casa en la madrugada del sábado y lo detuvieron sin más. De él se sabía que decía pertenecer al Movimiento Bolivariano, que era jíbaro y que vivía en un barrio. Algo tenía que saber. Lo apodaban El Bróder y, aunque no se podía comprobar su vinculación con el secuestro de Ana Patricia Mendoza, su expediente criminal justificaba una detención.

Bermúdez practicaba una metodología de investigación relacionada con las casualidades y el azar. Por eso se había comprado, al principio también por azar, varios libros sobre la Teoría del Caos y con ellos se había convertido en el investigador más exitoso de la policía.

Era increíble la cantidad de veces que había resuelto un caso sólo con escoger a un individuo X, como quien juega bingo, e iniciar una proyección casuística a partir de él. Luego desarrollaba atractrices, curvas de posibilidad y fractales que, por lo general, no eran más que la detención de los conocidos y familiares del individuo X y los conocidos y familiares de los conocidos y familiares del individuo X hasta que, bingo, daba con uno que directa o indirectamente estaba relacionado con el tema de investigación.

Caracas, además, se prestaba enormemente para este método, ya que, tarde o temprano, los hechos y las historias de sus pobladores estaban conectados. No había secreto que se pudiera ocultar, no había vida que no se hilara de alguna manera con otra. «El aleteo de una mariposa en Chacaíto puede producir un tornado en Coche», parafraseaba Bermúdez, orgulloso.

El Bróder era ese individuo X. Un individuo X que, por lo demás, tenía más probabilidad que otros de saber sobre el caso. Sus atractrices con el mundo de la droga, de la subversión política, lo convertían en una X ideal.

El fiel aliado de Bermúdez, Rubén Changuerotti, entró en el cuarto de averiguaciones con una vela gruesa y encendida que colocó sobre la mesa.

—¿Sabes qué vamos hacer con esta vela, Bróder? —preguntó Bermúdez.

—No —respondió aterrado El Bróder.

—Si no nos dices lo que sabes del secuestro, te la vamos a meter toda por el culo.

Los ojos del Bróder se convirtieron en dos esferas grandes y blancas y su cabeza comenzó a hacer pequeños círculos de negación.

—No sé nada, no tengo nada que ver...

Rubén sacó del escritorio un retrato hablado del secuestrador y se lo mostró al Bróder.

—¿Conoces a alguien con esta pinta?

—No sé, no sé, agente, puede ser... Déjame ver.

—Alguien que te compre droguita, Bróder —dijo Bermúdez, mientras derramaba cera caliente sobre los hombros del detenido.

—Bueno —contestó El Bróder, temblando—, hay unos carajitos sifrinos que me compran marihuanita y que se parecen a éste, pero no sé cómo se llaman. Yo les digo los gringuitos. Está uno, el Gringuito Criseado, que se parece al chamo de la pintura...

—¿Ah, sí? ¿Y cuándo fue la última vez que viste a ese Gringuito Criseado?

—No sé, hace como una semana.

—¿Y dónde vive? ¿Cuál es su verdadero nombre?

—No lo sé, no lo sé, de verdad.

—Para mí que nos estás cayendo a cobas, Bróder, para mí que sabes más y que Chávez dio órdenes de que no se dijera nada, ¿no es así?

—No, no, no, el chamo este, el Gringuito Criseado, se parece burda al chamo de la pintura, además... Me... Me compró un hierro la última vez que lo vi y me dijo que estaba desesperado y que no tenía real.

—¿Así que tú vendes armas también? ¡Ay, papá, diez años de cana! Dinos cómo conseguir al tal Gringuito Criseado y sales de esto, Bróder...

—No lo sé, de verdad, no lo sé, tiene un pana que a veces va con él que yo le digo Gringuito Mayor, porque es el más dañado de todos. No sé, son burgueses, sifrinitos, yo no sé un coño de ese mundo, no sé cómo coño se llaman... Sólo les vendo droguita.

Le encadenaron las manos otra vez, le bajaron los pantalones, le introdujeron la vela por el ano y lo encerraron en el calabozo.

El comisario Bermúdez sabía que El Bróder decía la verdad, estaba satisfecho, tenía una pista. El Gringuito Criseado, el Gringuito Mayor, sifrinos, droguita. Allanamientos en Las Mercedes y La Castellana, como en los buenos tiempos. La Teoría del Caos jamás fallaba.

La muerte de Julián

La pasión y el amor matan, pana. Por eso tengo que estar pilas.

La verdad es que la Claudia, la perra esa, estaba demasiado buena y era inteligente y tal, estudiaba Letras y todo, pero de allí a que el Julián se pegara un tiro por su culpa, no... No, pana, no.

Era un chamo burda de callado y depinga, burda de puro y buena nota, todos lo querían. Era hijo de un comunista y una hippy, burda de sesentosos, pero que estaban divorciados y tal. Julián vivía con su vieja en la tercera transversal y de chamo era mi mejor pana, lo conocía desde que teníamos ocho años o así. Patineteábamos juntos, nos fumamos el primer tabaquito juntos, no sé, lo quería que jode.

De los cuatro, fue el que se tomó la nota punketa más en serio. En el 86, mientras nosotros andábamos ya en una de controlarse un culito en un colegio de monjas, ir a una verbena o pavear en el CCCT, él estaba todo el día en una de «soy producto de la sociedad, soy una porquería» en el Burger King. No obstante, era penoso y le costaba levantarse los culos. Aunque era un tipo más bien bonito, pero con algo de acné en la cara.

Del grupo, fue el último en perder la virginidad. Lo hizo a los 16 con Teresa, una bicha fea de El Cafetal. Sí que lo chalequeamos el día que lo contó, pero no se lo tomó a mal. Nos compramos unas birras, nos emborrachamos y nos fuimos en el be-eme de Chicharra a ruletear.

En el año 91 conoció a Claudia en un bar burda de depinga que se llamaba El Molooko. Tenía 19 años, igual que yo, y aquello era otra nota, otra música, otra gente. Tocaban banditas, ponían Donna Summer, Doors y Sex Pistols, todo junto. Empezaban los 90, ¿entiendes?

Era un hueco, cabía poca gente, pero siempre entraban como 300 personas, vueltas locas, ¿sabes? Por la música y esos días que eran tan depinga.

Bailábamos, nos controlábamos perritas, un periquito también, pero todo hasta la una de la madrugada porque el marico del alcalde había puesto una ley y tal. Pero eso nos engorilaba más a todos, no sólo a mis panitas.

Un día me resolví con la que atendía en la barra y todo, una catirita, coño, no recuerdo como se llamaba. Depinga, sí. ¿Dónde anda toda esa gente ahora? ¿Qué se hicieron? Qué bolas, a veces me siento como de 100 años.

Total, que un día vamos para la mierda esa y entre los culos que había esa noche estaba la Claudia. Con su pelo negro y en rulos, su pinta medio ñángara, bailando Keicí and de-no-sé-que-güevonada. Sola, bella. A mí también me gustó.

Julián se enamoró apenas la vio. No se le acercó ni nada, porque era burda de penoso, pero fue a donde los DJ, que eran panas de él, y les pidió, como conocían a todo el mundo allí, que se la presentaran.

Los tipos, qué va, no sabían quién era la jeva, pero para joder al pana la llamaron y le dijeron: «Él te quiere conocer» y tal, me cago de la risa.

El pobre de Julián se quedó todo timbrado, friqueado, allí mirándola, muerto de pena. Creo que a la jeva le conmovió esa actitud porque, ya lo dije, brother, el panita Julián era un ser puro y transparente, ¿sabes? Unos ojos marrones grandotes, una cara medio redonda, una naricita, unas pequitas, no sé, a la jeva le gustó.

Luego pusieron salsa y Claudia sacó a bailar a Julián, que era más muerto que yo en eso del baile, pero el tipo le echó bolas, pana, y bailó como Oscar D'León.

Me perdí, no los vi más, me imagino que se resolvieron y que se fueron a uno de los hoteluchos que había por ahí. Esos detalles no los sé.

Desde ese día, Julián empezó a andar menos con nosotros. Se empepó, ¿sabes? Se empató de frente con la jeva y todo el día estaba oliéndole los peos a la puta esa. Ni el Caimán ni yo le caíamos bien, ¿entiendes? Las jevas son burda de coñodemadres, siempre te quieren separar de tus panas, hablan paja y tal, pero te digo, más importante que los amores con las jevas son los amores con los panas; los amigos de verdad son fieles e incondicionales y no andan por ahí preguntándote a dónde fuiste y por qué andas con el dañado de Luis. ¿Sabes lo que quiero decir?

Eso fue lo que no entendió Carlos, ¿ves? Por eso no tiene ni un pana y está solo, el mamahuevo ese. A los amigos se les respetan las jevas, pana, primera ley. Porque las jevas se van con cualquiera, sin importarles quién coño de madre sea tu papá, tu abuelo, tu hermano, tu tío. No les interesa el dolor que te puedan causar.

Bueno, Carlos era el compinche de Julián, más que de Caimán y mío, y vivía en una casa en la segunda avenida. Ruleteaba y jodía con nosotros desde siempre, hasta que hizo lo que hizo. En eso, Julián y Claudia llevaban saliendo como un año.

El Carlos comenzó a caerle a la jeva de Julián en sus narices, a darle poemas, a aterrizar por su casa a medianoche, y el pobre de Julián se quedaba todo friqueado sin saber qué hacer, porque sabía lo que pasaba. Era un tipo sensible y estaba demasiado enamorado de Claudia, la perra esa.

Fue como en enero del 92 cuando María Aguacate hizo una fiesta en su casa para celebrar qué sé yo qué mierda. Todos estábamos felices, menos Julián. Era tan obvio que entre su jeva y el marico de Carlos había algo.

Tomábamos un roncito y oíamos una salsita —Arranca de aquí, piraña, mujer, que todo lo daña—, y yo trataba de controlarme a la gordita de la Aguacate que estaba pendiente.

De repente, Claudia y Carlos no están. Nadie sabe dónde coño se metieron y María quiere irse a dormir, que yo deje la ladilla y que nos vayamos todos para el coño. ¿Dónde están? Todo el mundo empezó a buscarlos. Julián con la cara gris, temblando porque sabía que nada bueno iba a encontrar.

Las diez personas que estábamos en la casa de la Aguacate, después de revisar la casa de arriba a abajo, nos vamos para un jardincito que había atrás y qué bolas, los muy banderas estaban allí bajo un faro verde.

Ella, agachada, le mamaba el güevo, y él, con los ojos cerrados, gemía. El tipo estaba a punto de acabarle en su cara. Qué heavy. Julián salió corriendo y empujó a la jeva que, sorprendida, cayó al suelo, y luego le soltó una mano en la cara al marico de Carlos, que se le quedó mirando con una sonrisa cínica. Luego le dio un golpe con el puño cerrado en el pecho, burda de fuerte, y se le volvió a quedar mirando con indiferencia. Qué bolas, pana, era su amigo, su compinche de la infancia y tal, cómo le hace eso.

Se devolvió y le dije: «Tranquilo Julián, esa perra no vale la pena, vámonos», y le di la cola en mi Lada, que todavía lo tenía.

«Puta. Me juró que me amaba, que me quería. Cómo me hace esto», y tal, eso fue lo que dijo el pobre de Julián en el carro mientras le tiraba la cola. Deprimido, humillado, tu jeva allí mamándole el güevo a un güevón delante de tus panas. Pobre.

A la semana lo volví a ver. Se había rapado el pelo, tenía un suéter azul y unos Levi's nuevos, estaba contento y nos contó al Caimán y a mí que había comprado un pasaje para Nueva York y que en marzo se iba a vivir para allá. Quería recorrer el mundo, ver a Red Hot Chilli Peppers en concierto,

tomarse un ácido en Londres, cogerse a una modelo en París, qué sé yo. A nosotros nos gustó verlo así, ya todo el mundo sabía que la perra de Claudia se había empatado con Carlos, y nos pareció que el tipo se lo tomaba bien. Qué va.

A las nueve de la noche del 3 de febrero, la noche que empezó el primer intento de golpe de Estado, se pegó un tiro. No lo pudimos ver, había toque de queda y tal, y la familia de Julián tuvo que enterrarlo al día siguiente con un permiso especial. A veces me imagino la situación: Julián muerto en su casa y las explosiones afuera, en La Carlota, que se oían clarito en Los Palos Grandes, qué heavy, ¿no? Te imaginas a la vieja, pobre. Aunque el Julián se merecía eso, un día loco, un día sollado y destroyed para morir. Nadie se olvida de esa fecha.

El 2 de marzo, Caimán y yo nos fuimos al Cementerio del Este con un poco de birras, nos emborrachamos frente a su tumba y le brindamos una. Era el gran pana Julián.

Caimán y yo nos miramos las caras y nos cagamos. Sólo quedábamos dos.

—¿Yo? —dijo con una voz suave y un tanto ronca.

—Mi nombre es Yetzibell.

—¿Ah? Okey.

—¿Cuál es el tuyo?

—¿Mi nombre? Alejandro.

—¿Alejandro qué? —pregunté aterrada. No podía ser.

—Alejandro Mendoza —dijo con miedo. Definitivamente, yo tenía que ser el centro de aquella historia o algo peor.

—Todo el mundo te anda buscando. ¿Qué haces aquí? —continué.

—¿Yo? Nada, estoy aquí ¿Mi papá te mandó a buscarme, o qué?

—No, no. Trabajo para él, pero esto es casualidad, te lo aseguro. ¿Tu papá sabe que estás aquí?

—¿Y por qué me ayudaste así? No entiendo. Trabajas en El Guardián, ¿no?

—Sí, sí, pero... ¿Cómo explicarte? Te vi el otro día en el restaurante chino y, bueno, no sé, me llamaste la atención, y cuando los policías te molestaban te vine a ayudar. ¿Te molesta?

—¿Mi papá sabe que estoy aquí?

—No, no por mí. Es casualidad, de verdad... ¿Has tenido noticias de tu hermana?

—¿Mi hermana? No entiendo.

Alejandro no sabía absolutamente nada sobre el secuestro de Ana Patricia. Le informé y me impresionó que no se mostrara asombrado; ni siquiera un gesto de sorpresa, sólo parpadeó.

—Me tengo que ir —me dijo, y no lo pude resistir; tenía, debía estar con él.

—Oye, Alejandro, te invito a comer, ven conmigo, allá arriba hay un restaurante, Los Gallegos...

—Pero si ni siquiera son las 12...

—No sabes lo importante que es que yo hable contigo, de verdad, por favor...

—¿Sí? No sé, no sé... ¿Por qué?

—Por favor —le tomé de la mano y se lo dije por última vez—. Por favor.

—No sé... Tengo que hacer algo urgente.

—¿Nos vemos allí a las 12 y media? ¿A la una?

—¿Ah? Este... Umm... Okey.

Tomé cuatro cervezas y temí que jamás llegara. Aquellos ojos azules se fueron difuminando hasta ser tan tristes como el color del día.

Como a eso de la una entró al restaurante un individuo de piel oscura, con el pelo largo y pintado de amarillo, que lucía una esvástica tatuada y marchita en la frente.

Se sentó en la barra y comenzó a hablar con uno de los mesoneros que atendía allí. Parecía un cliente habitual. Y también un buen reportaje: me imaginé las historias que podía ocultar un tipo como ese. Quizá Los Gallegos era la fachada de un movimiento nazi venezolano-gallego, quizá detrás de los chorizos y jamones serranos estaba un nuevo Hitler. Quizá...

Alejandro atravesó la puerta alzando el largo cuello y, buscándome con afán, torció su cabeza como una tortuga. Sus ojos pinchaban y su boca era un trazo dibujado por un niño.

Se sentó en la mesa bruscamente y pidió una cerveza con la voz reseca. Era otro.

—Lo acabo de ver todo —sentenció de una manera tan segura que me abrumó.

—¿Acabas de ver qué?

—No voy a comer, no tengo hambre, ¿okey? —qué raro estaba, qué diferente.

—Está bien, como quieras, yo tampoco tengo demasiada hambre, acabo de desayunar.

—Sé lo que pasó con mi hermana. Lo acabo de ver.

—¿En la televisión?

—No, no, no entiendes... Es algo extraño, es un juego, es peligroso.

—¿Me podrías explicar cómo fue eso de los disparos en tu casa? —aposté.

—Hay un nombre, ¿sabes? Tengo un nombre.

—¿Sí, de quién?

El mesonero le trajo la cerveza y mi ángel se la bebió de un tiro, ordenó otra y continuó.

—Maté a la perra de mi hermana y me fui de la casa, eso fue lo que pasó aquella noche.

—¿Por qué? —pregunté ansiosa.

—Porque ella, Ana, me odia —dijo al estirar el rostro.

—¿Qué fue lo que viste entonces?

—Mi hermana, el destino, Dios, una encrucijada, comedia, revelación, desgracia, un nombre...

Comencé a sospechar.

—¿Te pasa algo? —le dije, y puse una mano preocupada sobre la suya para tratar de calmarlo.

El individuo con la esvástica tatuada en la frente volteó sobre sus hombros y nos miró fijamente, luego rió, dejó dinero en la barra y se marchó. Pasaron unos segundos en los que sólo escuchamos una canción de Luis Miguel que sonaba en el hilo musical. Mi ángel se mostró cada vez más ansioso e incómodo y después de un rato dijo:

—Lampituvirán —qué, me pregunté—. Escucha, me tengo que ir, pero el nombre... Toma, aquí tienes los 1.000 bolos de las birras, me siento un pelo mal, tengo un bajón... El nombre, el nombre que está en mi cabeza, el nombre que vuela es: El Tufo.

—¿El Tufo? —pregunté desconcertada—. Espera, no te vayas. Ya va, Alejandro... ¿Te puedo ayudar en algo? ¿Te sientes bien?

Me costó entenderlo en un principio. Me destrozó verlo partir, ya no me importaba el secuestro, mi ángel me había dejado tan intrigada. Pobre, estaba mal, necesitaba de mi ayuda, de mis caricias y de mi comprensión.

Matemáticas

Llevaban media hora sentados frente al televisor y ninguno se atrevió a pronunciar palabra. Ana se sentía como una estrella de Hollywood y esto no le resultaba desagradable. La nombraban tantas veces, le importaba tanto al mundo. Hasta el padre Willem, con su cara seria y afligida, había salido en la tele diciendo que era una de las mejores alumnas, «que era responsable y buena compañera». Se rió. Era como morir. La fama, a fin de cuentas, es como la muerte, dejas de existir en algún grado. Sólo decían adjetivos generosos y agradables sobre su persona. «¡Qué increíble!», pensó, «nada de perra pretenciosa, holgazana, arrogante».

Guillermo había salido con lágrimas en los ojos y todo. «Qué risa», masculló, incrédula ante lo que sucedía. Era magnífico estar secuestrada, definitivamente.

Sin embargo, no todo estaba resuelto. Sus secuestradores no parecían igual de convencidos al respecto, más bien estaban algo turbados y molestos. No les atraía en la misma forma lo que se desenvolvía frente a ellos.

Luis: quería juguetear con él, revolcarse, halarle el pelo, morder su cuello, hacerle cosquillas, reír, viajar, ser felices. Pero su secuestrador y, de repente, amante, ya no parecía tan entusiasmado. Ana se cohibió. Incluso se irritó un tanto. Deseaba poder tocarlo cuando quisiera y aún no era así. Se desilusionó al percibir que ya no estaban conectados en la misma onda y que sus mentes construían y atravesaban mares diferentes. Le gustaba la valentía que había demostrado antes, le gustaba la valentía en general, sobre todo en los hombres, y la actitud escrupulosa e indecisa que mostraba ahora la desencantaba.

Quedó de nuevo sola con la tele, llena de ansiedad y observó, esta vez cabizbaja, cómo una compañera de clases daba otra opinión favorable sobre ella.

Laudvan: ese se comía las uñas. Se estiraba los rizos una y otra vez como para procurar un peinado mucho más alto de lo que era posible. También estaba nervioso y confundido. No obstante, era el que más convencido estaba sobre la posibilidad de que la vida fuera un sueño que obedecía con algo de entrenamiento.

No había vendido ningún cuadro. La vieja amiga de Frank se había mostrado interesada, sí, pero todavía no le pagaba.

Todo era posible, y la vida, pensaba Laudvan con dos uñas en su boca, le estaba dando esa oportunidad, la oportunidad de irse por fin de Venezuela, de existir, de intentar la carrera de pintor en Milán. La oportunidad de hacer por una vez lo que quisiera, de tener dinero, de ver, de pensar, de poder soñar y de participar en el devenir del mundo sin depender de Plaza Las Américas. «Son 100 millones de bolívares. ¿Cuántos dólares? Más o menos 200.000 dólares. Eso no es nada para el papá de Ana Patricia; para nosotros es una nueva vida».

—Verga, pana, no aguanto más este silencio —soltó Laudvan estirando sus churlitos hacia el cielo—. ¿Nos vamos a quedar todo el día aquí? ¿Sin hacer ni decir nada? Voy a apagar ese maldito aparato y a poner una musiquita.

—No. No lo apagues, Laudvan... —refutó Luis.

Laudvan se acercó igual y le bajó el volumen al televisor para luego dirigirse al equipo de sonido y colocar un compacto.

—Es Stevie Wonder, Ana, ¿lo conoces? ¿No? Bueno, hay que recuperar la energía positiva, pana —explicó Laudvan—. Shoo-Be-Doo-Be-Doo-Da-Day.

Reflexión III: Nada importa un coño de madre

El Federico Nietzsche. ¿Qué es el bien? ¿Qué es el mal? La genealogía de la moral y tal, ese fue el único libro de mierda que me gustó leer en la universidad y no fue porque algún marico profesor lo mandara a leer, no; ellos lo único que mandan a leer es a Marx. Fue porque un pana, más bien medio ñángara y hippy y todo, me dijo que me lo iba a tripear. Y así fue.

¿Y si la vaina es al revés? Tripéatelo. ¿Y si lo que es bueno es malo? ¿Y si lo malo es bueno? ¿Y si Dios es más bien malo o, peor aún, es el padre de lo bueno y lo malo? ¿Y si un día nos podemos desprender de la culpa, brother, de esta maldita culpa y hacemos lo que nos dé la gana?

El punto es que, ¿a qué coño de madre le temo? ¿A la muerte, a la muerte? ¿Por eso no me atrevo a echarle bolas y pedir un rescate por esta jeva? ¿Es por eso? ¿Por esa mariquera? ¿O es por una vaina moral de haz el bien, obra correctamente y tal, que me persigue en el inconsciente? Si es así, bien güevón que soy.

De cualquier forma me espera la muerte, y obrar como un mariquito aterrado es demasiado deprimente. Sin Ana, la vida sosa y aburrida que me espera vale igual que una tumba en el Cementerio del Este.

Por qué no sueño y me dejo llevar, hago de mi vida lo que quiera sin importar lo que los demás puedan pensar. Está ese cielo azul, está Ana y está Hawai, Hawai, Hawai, Hawai, Hawai, Hawai, Hawai...

Si pudiera, de verdad, si pudiera, pero no hay manera, no hay forma, ¿o sí?

A SURFEAR

—Shoo-Be-Doo-Be-Doo-Da-Day.

Laudvan deslizó un poco los pies sobre el endeudado y resbaladizo cemento.

—Shoo-Be-Doo-Be-Doo-Da-Day... 200.000 dólares, brother, 200.000 dólares. ¿Te imaginas lo que podemos hacer con ese dinero? —dijo el rey Pitufo.

—Es lo que se gana la gente con un loto, ¿no? —respondió la rehén.

—Eso no es nada —murmuró Luis—. Un apartaco de cuatro habitaciones en Altamira, o tres y media Cherokees... Nada.

—Son tres pasaportes con nombres nuevos, tres pasajes a donde quieras en el mundo, ropa depinga, el alquiler de un apartaco... —sugirió Laudvan.

—Lo dudo, Laudvan, lo dudo.

—Pidamos más, entonces —dijo Ana.

—¿Cuánto más? No hay dinero suficiente para salir de este peo, cómo conseguirías pasaportes nuevos, la visa gringa, cómo saldrás del aeropuerto, cómo cruzarás la frontera y todo lo demás, güevón. ¿Me vas a decir que te metiste a mafioso y que tienes ahora burda de contactos y tal?

—Tengo una idea —interrumpió Ana.

—Claro que sí se puede, Luis. ¿Qué te pasa, brother? ¿Vas a empezar de nuevo con tu malatripa? De bolas que tengo contactos, pana, de bolas que sí.

—No es malatripa, marico, es realismo...

—Pidamos más, pidamos 200 millones y yo me entrego. Sí, me entrego, nadie sabe quiénes son ustedes, ni lo sabrá. Luis, como tú querías, regreso a mi casa y luego nos encontramos y nos vamos a donde nos dé la gana. 200 millones. Eso sí es algo, ¿no?

—¿Te imaginas, Luis, 400.000 dólares? ¡400.000 dólares y sin peos con la ley! ¿Te imaginas lo que podemos hacer? —Laudvan ya estaba montado en el avión.

—Podemos ir a donde queramos, iniciar una nueva vida, olvidarnos de esto —completó Ana Patricia.

—Vamos a Italia —Laudvan sonreía por momentos y cantaba—. Shoo-Be-Doo-Be-Doo-Da-Day. O a París.

—Mejor el Tíbet o algo así —Ana puso sus pies sobre el sofá y, tal como lo hacía cuando tenía siete años, comenzó a saltar—. Sí, al Tíbet... Le digo a mi papá: «No puedo vivir aquí después del secuestro, me tengo que ir». Y ¡ya! Estoy lista, nos vamos para Nueva York o para Milán, ¿qué importa? Abrimos una tienda, me meto a modelo, hacemos un grupo de rock, qué sé yo... Hay tantas cosas que podemos hacer. Sí, sí, sí.

Su secuestrador no respondía. Con el rostro disperso volvió a cavilar frente al televisor.

—Me encanta, Ana, me encanta lo que dices. Me pone eufórico —confirmó Laudvan.

—Te amo, Luis, te amo... —gritaba Ana, mientras el mueble de los Ositos Cariñosos era destrozado por sus pies—. ¿Lo sabías? Te amo y estoy feliz.

Qué magnífica sensación experimentaba Ana Patricia Mendoza Goldberg.

—Te ama, güevón, te ama. ¿Puede haber algo más depinga en este mundo que la jeva más bella y sollada del universo te invite a construir una nueva vida? Ni una película, cabezadehuevo...

—Vámonos, vámonos de esta porquería de ciudad —era Ana otra vez.

—Sí, vámonos para siempre —Laudvan.

—Olvidarnos de todo —Ana.

—Y ser felices —Laudvan.

Tanta euforia producía, en el fondo, un sentimiento de temor en el vendedor de ropa y en la rehén. Pero era un temor como el que se siente al ir al aeropuerto, al llegar a la aduana de otro país o cuando se atraviesa una frontera.

—Llamamos a mi papá, lo llamas tú, Luis, y le dices con voz ronca y mala: «O nos da 100 millones o matamos a su hija. ¡Y nada de policías!». Y luego le pides que deje el dinero en algún lugar y yo regreso a la casa y listo —propuso Ana, mientras se paraba al lado de Laudvan para mirar mejor a su

secuestrador.

—No, llamadas no, Ana, llamadas no, porque pueden rastrear el teléfono —recordó Laudvan.

—¿Y cómo, entonces? —preguntó Ana.

—No sé, no sé, no había pensado en eso —contestó Laudvan, un poco entristecido.

—¿Una carta? —siguió Ana.

—Tampoco, pana, tampoco; tardaría como tres meses en llegar a tu casa.

—No, no, tiene que haber una forma, tiene que haber...

—Sí, tiene que haber —confirmó Laudvan, llevándose una mano a la barbilla.

La chica paró de brincar y se sentó en el sofá después de soltar un gran suspiro.

—Yo sé cómo —dijo Luis, alzando la ceja izquierda.

—¿Sí? ¿Y cómo? —preguntaron Laudvan y Ana.

—Con Caimán.

—¿Con quién?

—Con Caimán, pero tenemos que irnos, tenemos que salir de aquí para ir a su casa. ¿Le echan bola? A Los Palos Grandes. ¿Dónde más?

Encerrada

Regresé a casa de mi tía, que no había llegado del hipódromo. Eran pasadas las tres y media y, además de triste y sombrío, el día era caluroso y húmedo. Yo estaba confundida y abatida.

Encontrar a Alejandro era peor que perderlo. Había impregnado mi cuerpo con un aroma extraño que me hacía percibir las cosas de otra forma, de una manera débil y frágil. Ya no me sentía poderosa y hasta temblaba.

Con respecto al secuestro, sí, había sido todo un descubrimiento dar con su paradero, pero no me servía de mucho, a menos que develara su ubicación e hiciera un escándalo de eso, cosa que no hubiera ayudado ni a la investigación, ni a él, ni a mí. Sobre el nombre que dio y su extraño comportamiento no sabía qué pensar; él estaba alterado, confundido, aterrado.

Más me interesaba hablar con Johnny Mega y presionarlo hasta que me revelara la conversación que tuvo con el Fiscal General. Pero el muy imbécil ahora ni llamaba ni contestaba el celular. ¿Dónde estaba? Ya comenzaba a intrigarme.

Prendí el televisor y me tumbé en la cama, agotada.

Malandros

De los rincones, de las esquinas, de las paredes y de los escritorios, surgen pilas gigantescas de documentos, montañas de plástico y máquinas de escribir inservibles. A medida que avanza, los pasillos se le hacen más estrechos y las oficinas más encumbradas y pequeñas. Las luces comienzan a parpadear, los techos a desplomarse y las estaciones radiales de salsa erótica a sonar cada vez con mayor intensidad: «Si no te hubieras ido con él, serías mía, serías mía, serías mía».

El Bróder estaba, otra vez, en la sala de interrogatorios. Junto a él se apiñaban una docena de monitores de computadora, una nevera de los años sesenta, una jaula de loro con semillas resecas, trozos de madera, latas de Coca-Cola, monstruos de papel, una bicicleta para hacer ejercicio oxidada, tres pelotas de bowling, ficheros, un ancla de bronce, armarios, un escritorio y dos sillas con la goma espuma gris carcomida. Allí se sentó El Bróder.

El aire acondicionado enfriaba un poco, pero hacía demasiado ruido y asfixiaba con su olor a monóxido de carbono. De todas maneras, el jíbaro sudaba. Este era su segundo día en la policía y, aunque había pasado anteriormente largas temporadas detenido en estos mismos calabozos, ahora estaba aterrado. El comisario Bermúdez parecía tomarse el trabajo un poco más a pecho que los demás.

Los policías, «los malditos», como los llamaba El Bróder, le habían hecho de todo. Le habían amenazado con violarse a su jeva delante de él, habían simulado que mataban a su mamá de un tiro en la cabeza, le habían puesto corriente en las bolas, pero nada, El Bróder jamás había delatado a nadie. Había mareado a los tombos, sí, les había dado falsos indicios, pistas posibles, pero jamás les había dado a los malditos ni un apellido ni una dirección. Parte de la buena reputación que se tiene en un barrio depende exclusivamente de eso, de si se echa paja o no. Y a la final, con los malditos, siempre las cosas se resolvían de la misma manera: con dinero.

Por eso tenía miedo El Bróder. Esta vez a los malditos no les interesaba el dinero, querían resolver el caso de verdad o, por lo menos, tener con qué aparentar que lo resolvían. Por cosas del destino, además, esta vez sí tenía algo que ver con la investigación, de una forma lejana y fortuita, pero tenía que ver. Conocía al Gringuito Criseado, si es que el secuestrador era el Gringuito Criseado, y le había vendido un arma. Intuía que esta vez tendría que echar paja, pero había dicho todo lo que sabía. Hubiera querido decir más para salvar su pellejo, pero no sabía qué.

—¿De dónde dices tú que son estos gringuitos? —comenzó Bermúdez.

—Del Este, del Este, comisario, no sé.

—¿Del Este? Sí. ¿De Petare? ¿De Guarenas? ¡Dime! El Este es muy grande —soltó el comisario con una mezcla perfecta de ironía y autoridad.

—De la ciudad, pues, de donde Irene, no sé.

—¿De donde Irene? ¿De Altamira, de La Castellana o del Country? —y se detuvo en la pronunciación de la palabreja—. Qué inteligente soy, Bróder, sabía que me ibas a decir eso y mira lo que tengo aquí: un librito con las joyitas más representativas de El Marqués, Chacao, Bello Monte, Los Ruices, La California Sur, Prados del Este, La Urbina, Los Palos Grandes, El Cafetal y Cumbres de Curumo, esa gente a la que tú llamas y que del Este; puro bichito y jibarito de segunda. Puse mi departamento a trabajar toda la tarde por tu culpa, Bróder, los puse a clasificar cada malandro según su zona de residencia. Así que vélos bien, tómate tu tiempo, y más vale que encuentres algo que me pueda interesar.

Había uno que se llamaba Beto, El Surfista, que era de Cumbres; otro al que apodaban Wilfredo, El Catire, y que era de El Cafetal. También estaban José, El Chino Veloz, de Los Ruices; Landro, El Asaltacunas de El Marqués; Tucuso, de La California; Repromán, de Bello Monte; y El Yupi, de Prados del Este. Ninguno se parecía a los gringuitos.

Pero tenían que aparecer. Y le tocó al Gringuito Mayor, 24 años más joven y con una melena larga, estrábico en una polaroid blanco y negro. Sí, El Bróder lo recordaba de esa forma; aún tenía fresco en su memoria el primer día en que el Gringuito Mayor le había comprado marihuanita, allá por el 72. El Bróder apenas se iniciaba en el oficio cuando, una mañana, vio a tres conejos, tres gringuitos con chivas y chaquetas de bluyín desteñidas, perdidos en el cerro. Ningún Gringuito sube al cerro si no es para predicar alguna religión o para comprar droguita. Andaban pagando, buscando que cualquier malandro de verdad les robara hasta el alma; pero no, El Bróder era un tipo de buen corazón. Se acercó y de forma educada se puso a su disposición.

Casi un cuarto de siglo vendiéndole marihuanita al Gringuito Mayor. Habían compartido birras y tabacos, piedritas y sonrisas. Juntos habían visto crecer la ciudad. No podía echarle paja al Gringuito Mayor, no podía escoñetar la confianza y la amistad que se había creado entre ambos por un peo en el que ninguno de los dos tenía que ver. Si hubiese sido el Gringuito Criseado, quizás lo hubiera delatado, pero al Gringuito Mayor no, era como un hermano.

Calló, simplemente. El comisario Bermúdez no tenía por qué saber.

Regresa El Ratón

«A Maiquetía fuimos a esperar al grandeliga venezolano con el récord de jonrones para un latinoamericano en la Gran Carpa.

«Ansiosos, los periodistas que lo aguardábamos en el aeropuerto, nos lanzamos hacia él apenas cruzó la puerta eléctrica de la aduana. Triunfante y sonriente, como suele ser, se detuvo con su maletín de los Yankees de Nueva York colgado de su inmenso hombro y esperamos a que hablara.

«Entre tanta crisis económica, política, social y bancaria, necesitábamos del deportista, y quizá el hombre más exitoso de Venezuela, algunas palabras de aliento, un manotazo en la conciencia que nos despertara del letargo y nos diera nueva esperanza en el porvenir.

«Pero aquella masa de 1,90 metros de altura y voz ralentizada, sólo nos miró con vacuidad eufórica y, restregándonos de nuevo la idiosincrasia en la cara, masticó el 'chévere, chévere' como si fuese otra clase de pasaporte.

«Desinflados y agotados, los periodistas retomamos el camino a Caracas con el inútil 'chévere' grabado en los cassettes y en las cámaras, conscientes de que éramos nosotros los que teníamos que completar el discurso del pelotero y darle ese filón optimista e inteligente que tanta falta hace en nuestra alma colectiva.

«El Ratón: vacío y eufórico como Venezuela».

Country Club

Maya lo invitó a la fiesta. Ni siquiera se afeitó, apenas se puso unos bluyines y una franela blanca.

Maya era la mejor amiga de Cecilia. Cecilia se iba ese lunes de regreso a Boston y para celebrarlo hacía una fiesta en una casa que sus tíos teníande desocupada en el Country Club.

Le había comprado unos ácidos a Carolina, que era la novia de Manuel, el que vivía en Nueva York. Carolina tenía diez papelitos y Manuel, por lo menos, 20 más para vender.

Maya le había dicho a Juan, el primo de Cecilia, que le preguntara a Rafael, el novio de Sandra, si podía llevar los equipos y poner música en la fiesta, pero dijo que no. Llamaron entonces a Lorenzo, un amigo de Manuel que también vivía en Nueva York.

Lorenzo le preguntó entonces a Juan si no había problema en que él vendiera otros diez tripis por su cuenta, y Juan le contestó que tenía que preguntárselo primero a Cecilia, que era la dueña de la fiesta.

Sandra llegó a la casa como a eso de las diez de la noche. Lorenzo todavía conectaba los equipos y Maya y Cecilia preparaban las bebidas.

Frank pisaba los azulejos que conservaba la piscina en forma de guitarra, cuando Amaranta se asomó desde el borde y lo saludó.

Había algo más de cinco metros entre él y ella, así que Frank, antes de responderle, se preguntó extrañado quién sería aquella chica como de unos 22 años, de larga cabellera negra, labios rojos e hinchados y unos ojos gigantes que lo miraban desde arriba.

—El abuelo de Cecilia era andaluz —dijo ella—. Por eso la guitarra.

—¿Sí? —respondió Frank, hundido en el vacío de la piscina.

—Lorenzo dice que el abuelo de Cecilia era muy amigo de Pérez Jiménez y que se bañaban juntos en esta piscina; cuando tenía agua, por supuesto. ¿Te imaginas ese par de viejos flotando aquí?

—¿A mi general? Jamás.

—¿Tu general?

—A mi general Marcos Pérez Jiménez.

—Pérez Jiménez le regaló esta casa al abuelo de Cecilia, en pago de un favor.

—¿Qué favor?

—No sé. A Cecilia le hubiera gustado vivir en la época de Pérez Jiménez, siempre lo dice. Vestirse con faldas largas y grandes moños y bailar valses o mambos en las noches frías de Caracas. ¿Te imaginas cómo debieron ser las fiestas de esta casa en los cincuenta?

Y ambos voltearon para apreciar la arquitectura de la edificación. Sus cuatro pisos estaban dispuestos a modo de caracol. Caoba, cristal, marfil. Fuentes, cúpulas, gárgolas, estatuas, hasta un observatorio. Allí vieron a Pérez Jiménez con su uniforme de gala, chicas blancas con trajes de tafetán, hombres soberbios con smokings de colores, a Pérez Prado dirigiendo la orquesta en el jardín. La noche llegó a refrescar.

—¿Por qué está abandonada?

—Manuel dice que está maldita —contestó ella.

—No creo... Yo no podría vivir aquí, es una casa demasiado excéntrica, no podría concentrarme en mi vida. ¿Entiendes? Nadie podría. No creo que sea cuestión de una maldición.

—¡De verdad! Manuel dice que está embrujada y que, desde que sus dueños la abandonaron en los sesenta, nadie más ha vuelto a vivir aquí. Que hay fantasmas, apariciones y esas cosas. Eso he oído.

Cuando Frank y Amaranta regresaron al salón principal de la mansión, ya la música sonaba y 20 invitados nuevos habían aparecido con botellas de vodka y ron. Amaranta se detuvo justo donde la escalera en espiral comienza a subir y, al mirar arriba, le preguntó a Frank si quería un ácido.

—Maya, Cecilia, Lorenzo, Juan, Manuel, Rafael y yo nos vamos a tomar uno.

—¿Por qué no? —contestó él.

Libertad, libertad

«Organización y disciplina», era lo primero que mi viejo decía en las mañanas; nada de buenos días ni mariqueras de esas. «Organización y disciplina, eso es todo lo que hace falta en la vida». Yo alucinaba en la cama, mezclaba sus órdenes con cualquier vaina, con jevas que me quería coger, con el CCCT, con tabacos, con el liceo y los malditos profesores. Luego, el viejo solía decirme: «Levántate y haz tu cama», y no le volvía a ver la cara hasta que otra vez, a las siete de la mañana, estaba allí parado frente a la cama. ¡Coño! Organización y disciplina. Eso es.

Lo primero que hicieron El Tufo y sus panas del secuestro del niño fue un plan, él me lo contó. Pero nosotros no tenemos nada. Ellos se reunieron en el jardín de la casa de un bichito en La Florida y planificaron todo allí. Lo segundo que hicieron fue echarle bolas a la vaina, sin pensarlo dos veces, en una de delincuentes de película.

Luego las cosas se complicaron, claro está. El chamo se les murió, dicen y que sin querer, y no supieron qué hacer. Entonces sí se asustaron, los muy raticas. Pero qué, ahí están, libres y tripeándose una de adultos contemporáneos.

Organización, disciplina. Un plan. Eso es.

Demasiada televisión

La mañana seguía liviana y clara. Los pajaritos cantaban. El universo tendía los caminos, se abría la autopista hacia el porvenir. Era como si sonara un reggae, era como si Luis, Laudvan y Ana Patricia fueran los protagonistas de un video antiguo de MTV. Todo era posible.

La chica y el vendedor de ropa de Plaza Las Américas se acomodaron en el sofá y dejaron que Luis asumiera el papel del cantante de la banda.

—Tenemos que ir allá. No way. Yo no sé un coño ni de teléfonos ni de cartas, pero seguro que siempre hay una forma de que nos rastreen si llamamos o mandamos algo por Ipostel. Eso, por lo menos, es lo que sale en las películas. Además, ¿dónde coño hay una oficina de correos? Yo jamás he mandado una carta, ¿y tú? —planteó Luis, de espaldas al televisor.

—¿Quién es Caimán? —preguntó la chica.

—Un pana de Luis que no sé cómo coño nos puede ayudar. El tipo es un quemado de mierda...

—Mosca, Laudvan, para allí, pana, que Caimán es mi hermano.

—En confianza, Luis, Caimán es un quemado...

—Ya cállate, güevón —y Luis casi le saca los ojos a Laudvan—. El hecho es que el tipo se la pasa todo el día pegado a Internet y es un güevo en esa vaina. Me contó que se escribe con gente de todos lados del mundo y tal, y que se pueden hacer un poco de trampas con la computadora.

—¿Un e-mail? —dijo Ana.

—Sí, una vaiºna de esas —confirmó Luis.

—Qué tal... —refutó el vendedor de ropa de Plaza Las Américas.

—Le escribimos un mensaje a tu viejo, una amenaza o algo así, nada más, sólo un mensaje, que se cague, un ultimátum, que se cague de verdad, no va a haber ni llamadas ni nada así, y le decimos que deje el dinero en un pipote de basura de la Plaza La Castellana y que, si no, su hija ¡mira! se muere —ya Luis sonaba temerario—. Se lo mandamos hoy viernes y que nos pague el lunes, sin prórrogas. Y nada de policías, señor Mendoza, ¿okey?

—Pero es que... —intentó explicar la chica, pero ya Luis recogía sus pertenencias, incluida la pistola, y se acicalaba ante el espejo.

—Nada nos va a pasar, somos invencibles —soltó Luis frente a su reflejo.

Laudvan obedeció. Fue directo a su cuarto, se quitó la pijama, se puso unos pantalones militares a lo Tormenta del Desierto, una franela blanca con el logo de una mayonesa y unos zapatos Airwalk azules de patinetero.

—Es que... No recuerdo el e-mail de mi papá y, si lo supiera, igual, él jamás usa la computadora —explicó Ana Patricia.

—¿Y tu mamá? —de nuevo Luis.

—Menos.

—¿Y El Guardián? El periódico debe tener correo electrónico —se apresuró a decir Laudvan, que en ese momento salía del cuarto con su nuevo atuendo.

—Pero es que tampoco lo sé —explicó Ana.

Luis tomó a Ana Patricia de la mano, le sugirió que vistiera su ropa interior y que subiera al carro. Laudvan apagó el televisor, metió en una cajita dorada una buena porción de marihuana y canturreó:

—¿Nos vamos o qué?

Luis se dirigió a la puerta y Ana, un tanto confundida, recogió su pantaleta y la subió torpemente por su entrepierna.

—No me sé la dirección electrónica de El Guardián, Luis, no me la sé.

—Ya la averiguaremos, Ana, tranquila —alentó el secuestrador, mientras daba su primer paso fuera de la casa.

—Ya la averiguaremos, ya la averiguaremos —repitió Laudvan con las llaves de la casa en las manos y una estructura psicodélica en la boca.

En vez de caminar hacia la puerta, Ana se dirigió al lado sur de la casa, donde estaba el Mickey Mouse satánico. Sus ojos empezaban a hurgar, a descubrir algo en él, cuando Luis gritó de repente:

—Coño de la madre, Ana Patricia, coño de la madre, mueve ese culo de una vez que nos tenemos que ir... No joda.

Ella se mantuvo en la misma posición, mordió sus labios, miró a su secuestrador con un brillo maligno y, después de unos segundos, caminó de mala gana hacia la puerta con los brazos enredados en la espalda.

Incongruencia cognoscitiva

Lanzarme, lanzarme al vacío con gusto y sin miedo. Si tenemos suerte, corazón, allí, por fin, estaremos.

6

Yo

«Domingo, 23 de noviembre».

Es domingo, 23 de noviembre; estoy aburrido. Los días pasan, lo veo en el espejo.

«La tarde está un poco nublada, pero no importa, desde aquí trataremos de aclararla... Saludos a todos aquellos que regresan de la playa. ¿Cómo estuvo ese surf?».

No me pagan, trabajo todo el día en este maldito hueco y, además, debo meterme en unas oficinas apestosas para tratar de cobrar unos putos cheques que jamás están a tiempo y que a todo el mundo en esta maldita ciudad le cuesta un hígado dar; lo peor no es eso, todos piensan que soy millonario y que tengo dinero para botar.

Llevo como dos meses escuchando el mismo disco: Viaje al centro de la Tierra de Rick Wakeman. Es lo único que puedo tolerar. Voy en el carro, caigo en un hueco, te mento la madre, y sigo mi camino. Te comes la luz roja, imbécil, orangután, y un día de estos, tranquilo, voy a pasar mi camioneta por encima de tu maldito carro y te voy a aplastar la cabeza como a un gusano.

No estoy de buen humor.

«Son las cuatro y cinco minutos de la tarde y mi compañero, Alfred II, no llega. Alfred, Alfred, una vez más, mereces un abucheo: Buuuu».

Vivo solo, okey, tengo mi carro y un puesto en el estacionamiento del edificio más caro de Altamira. Pero no importa, mis vecinos se dan la tarea de hacerme sentir en un bloque de Caricuao.

Hoy me despertaron a las siete y media de la mañana, un gordo en shores y con la nariz operada: «Hola, Mega», todo el mundo me llama Mega, como si fuera un perro o una comiquita del Canal Ocho, mi nombre es Juan, Juan Simancas y para el gordo marico ese, señor Simancas. O doctor Johnny.

«Buenas días, Mega, disculpa la molestia pero, ¿podrías mover tu camioneta un poquito para adelante? Es que anoche no había puesto en el estacionamiento y tuve que poner el carro frente al tuyo y más tarde el italiano del piso cuatro se paró delante de mí y ahora la señora del piso seis, la que tiene cuatro hijos, no puede sacar su Toyota. No iba a dejar mi Montero parada en la calle; no hubiera amanecido, ¿verdad?». Y además: una carcajada y un manotazo en la espalda. Lo voy a matar, algún día lo voy a matar.

Cada apartamento tiene un puesto, okey, sólo un puesto y cada propietario en esa porquería de edificio tiene, por lo menos, cuatro carros. No sé de quién es la culpa, si de los torpes arquitectos que hicieron la porquería de edificio ese o si de los estúpidos inquilinos que no paran de comprar carros de lujo para no saber dónde meterlos y estar paranoicos el día entero.

Afuera, los carros van afuera, no me importa. Que se los roben, que terminen en Colombia en las manos grasosas de un narco tuerto; se lo merecen. Mis malditos vecinos se lo merecen.

Y después hablan de la democracia y se quejan del país. No saben ni cómo ordenar un estúpido estacionamiento, no saben ni poner reglas ni respetarlas. Prefieren insultarse, tocar el timbre a las siete de la mañana y sentirse en Caricuao, aunque sus apartamentos cuesten 100 millones de bolívares.

Ay, si gobierna Chávez.

No me interesa el pasado, no me gusta recordar, no hay nada atrás.

«Tolerancia. La tolerancia. Ese el tema de hoy».

No hay nada atrás.

Días calurosos, edificios oscuros, noches tristes. No sé cómo terminé aquí. Pude dedicarme a vender seguros o carros usados; el futuro en esos días simplemente no existía. Me tiraba en el asiento trasero de un Ford Farlaine junto a cuatro bichitos más y me dejaba llevar, me dejaba llevar. Fumábamos marihuana en la Cota Mil y luego íbamos a visitar a la novia de no sé quién en El Llanito. Me rendía en las escaleras de una panadería y veía pasar la vida. Fumaba y oía los chistes de los demás. Admiraba a los que, a pesar de que se estaban quedando calvos, fumaban y aún se sentaban en las escaleras de la panadería con sus chistes. No había futuro, cómo podía haberlo.

A tirarse de nuevo hasta las ñángaras de monte en el Farlaine 500, a subir y bajar esas calles de edificios grises con nombres de tribus indígenas o santos portugueses. Yo vivía en el Tapaquire, en la torre C, apartamento 23 D.

No sé cómo llegué aquí, ni me interesa saberlo. No hay nada atrás. No existe nada, excepto hoy.

«Vivimos en una época de tolerancia, eso caracteriza a los años noventa. Diferentes estilos y corrientes conviven en una década que será recordada por su amplitud».

¿Qué hago yo aquí?

«Una muestra de ello es el rock. De Guns'n'Roses a Nirvana, de Aerosmith a Pearl Jam. De Red Hot Chilli Peppers a Smashing Pumpkins. La diferencia entre la llamada música comercial y la 'underground' parece haberse borrado y, en su lugar, surgen nuevos términos para describir...».

Duro, fuerte, seguro, triunfador. Ese soy yo. Un trabajo de años. Me lavé el cerebro yo solo. Allí, parado en la panadería, lo único que oyes es: «Fracasa, renuncia, no puedes». Te montas en el Farlaine y dejas que a tu alma se la lleven la pasividad y la indiferencia.

«Yei-Vi-Ci y sus nuevos equipos ultrasonic, sólo para los que pueden, presentan el programa de hoy. Alfred, Alfred II, ¿dónde estás?».

Perdedores, perdedores, este es un país de perdedores. Soy un elegido, a nadie se le permite soñar y yo pude. Todos se repiten a sí mismos: «Soy gordo, soy feo, soy estúpido». Y lo son. Yo digo: «Soy un elegido, soy poderoso, soy triunfador». Y lo soy. Tengo tres programas de radio, salgo en televisión, tengo un apartamento en Altamira, soy famoso, poderoso, sexy. Hoy, hoy. Gano cuatro millones al mes.

«Mano Negra, uf qué bueno, sííííííí, es el tema que da inicio a nuestro programa: 'Bala Perdida'. 'Bala perdida', 'Bala perdida'. La tolerancia... Ya regresamos, ¿okey? No se muevan de aquí. La Sónica, la emisora radicalllll para ti».

No voy a llamar a Yetzibell, ya no me gusta, es marginal, es una zorra, es maracucha, no es la mujer para mí. Merezco algo mejor. Una niña con educación, que hable tres idiomas, que sea virgen.

No necesita ni una explicación.

El Tufo, hoy es el día.

Si tuviera un cuchillo para romper la realidad, si pudiera abrir un hueco y salir, y no verte más.

7

Habitación 17

A eso de las siete de la noche, inevitablemente, fui víctima de un ataque de angustia. No soportaba la televisión. Ver a Steven Segal y a Bruce Willis me daba náuseas.

Abrí la puerta de la nave espacial y el vómito casi se me escapa de la boca. Estuve a punto de dar el salto, de quedarme en el vacío, de morir y amanecer hinchada en el espacio.

Alejandro: quería protegerlo, cuidarlo o, por lo menos, estar a su lado.

Mega: no llamaba.

A eso de las siete y media, mi tía entró feliz por la puerta. Había ganado 22.000 bolívares con su caballo Erick, pero se molestó conmigo porque yo no había hecho nada de cenar y ella venía con hambre. Me reprochó que ella siempre hiciera el desayuno, el almuerzo y la cena, y que yo no contribuyera en nada con la casa. Tenía razón.

Le di un beso y le rogué que me perdonara. Igual, ya no podía estar en ese apartamento, no toleraba la ansiedad, no iba a esperar más la llamada de Mega, Mega.

Alejandro.

Alejandro.

Ya no me importaban ni el secuestro ni mi futuro. Le robé a mi tía 2.000 bolívares de la cartera y salí corriendo a la calle.

Las estrellas caían como rocas sobre mi cabeza. Caminé como pude, entre caras diabólicas y llamaradas de fuego, hacia el hotel El Sordo. De alguna forma llegué a la recepción y pregunté por Alejandro: «Habitación 17».

Habitación 17.

Cada vez que salgo de aquí y camino hacia el subway, lo veo: 17, 17. Por todas partes.

Abrió la puerta, alto y encorvado como era, y me miró sorprendido. Estaba sin camisa y su torso se descubría por fin: más flaco y lampiño de lo que esperaba. Su pecho estaba ligeramente hundido y su piel algo curtida.

Asustado, hizo un ademán para que entrara rápido a la habitación al tiempo que cerraba la puerta de un golpe. Era oscura, muy oscura, y caliente. Las sábanas se revolvían como serpientes sobre la cama y un olor a químico, a plástico quemado, permanecía en el lugar.

Se sentó en la cama, y tomó de la pequeña mesa de noche que tenía a su lado una lata de aluminio a la que le prendió fuego con un yesquero.

Se fumó su lata con bocanadas de nadador. Me senté a su lado y le observé, más bien con serenidad. Creía, de hecho, que mi ángel se estaba drogando con latas aplastadas de Light Cola; lo que hacía era algo que simplemente no podía entender. Pero, en fin, el mundo era tan absurdo y yo tan ignorante...

Me pasó la lata, no lo pude evitar; la sostuve con las manos frente a mi boca y, luego, cuando mi ángel la bañó de fuego, aspiré.

Era un fuego helado.

Todo hizo crack, crack: ahora sé que fue crack.

Inmediatamente, la habitación se fracturó en 1.000 pedazos. Mi corazón comenzó a latir tan fuerte y rápido como si efectivamente un duende con cinco cabezas y un cuchillo en sus garras me persiguiera por las paredes del cuarto. Estaba mareada y me faltaba oxígeno.

Mis sentidos se habían adormecido también, y, de pronto, me vi convertida en un puñado de nervios, cínico e irritable. Mis dedos sudaban, mis neuronas se contradecían. Odié estar allí, lo odié a él, me pareció tan grotesca la vida, esa habitación, el mundo, el universo... No soportaba siquiera el tacto con mi propia piel.

—Tranquila, no te va a pasar nada —dijo él.

Y colocó sus largas manos sobre mis rodillas. Y oí el canto lejano y dulce de una mujer, un largo jadeo que se extendió unos segundos: «Aaa eeé, Aaa eeé».

—Estoy contigo, estoy aquí —volvió a decir.

Lo abracé. Con todas mis fuerzas. Me tiré sobre sus piernas y lo oí omitir un largo murmullo que, poco a poco, se convirtió en prosa.

«Enil, cuyo mandato es amplio, cuya palabra es sagrada»;

«El Señor cuya opinión es inmutable, quien por siempre decreta destinos»;

«Cuyo elevado ojo surca las tierras»;

«Cuya elevada luz inspecciona el corazón de todas las tierras»;

«Enil, recostado a sus anchas en el blanco estrato, en el alto estrato»;

«Que perfecciona los decretos del poder, del señorío y el principado»;

«Los dioses de la Tierra se inclinan temerosos ante Él. Los dioses del cielo se humillan ante Él».

Y no lo cuestioné.

Hizo una larga pausa y revolvió mi pelo. Ya no había enanos ni monstruos en el cuarto, las sombras habían desaparecido y aquella oscuridad se había transformado en un profundo y plácido mar en el que sus palabras flotaban, arrastradas por una suave brisa.

«Enil, dueño del llanto, de la risa y de toda Mesopotamia. Enil, cuyo reinado ha inventado varios mundos y hombres, Enil, quien ha destruido y creado la historia. Enil, cuya pupila es el universo mismo».

Me adormecí en su regazo y nadé hasta Mesopotamia con el arrullo engorilado de sus mantras.

«Enil, la madre del amor».

«Enil, el padre del odio».

Vergación.

Reflexión IV: Inquisición

Estoy harto. ¡Todo lo tengo que hacer yo, pana! ¡Hasta buscar a Dios!

¿Por qué no viene Él y me dice: «¿Qué más?» De alguna forma. No me tiene que hablar. Sólo necesito una señal.

No, lo tengo que hacer todo yo. Tengo que romperme las neuronas tratando de adivinar qué coño de madre hay después de la vida y qué sentido tiene toda esta mierda que me rodea.

No, tengo que levantarme un día todo deprimido porque llegué a la conclusión de que después de la muerte, mira, no hay nada.

Al día siguiente una jeva te pelotea, te da un besito, te sientes burda de bien y entonces crees que sí, que Dios existe y que es magnífico y que cuando te mueras vas a ir a un lugar mejor. Y tal.

Todo el mundo dice que Dios es una energía allí toda rara que flota en el espacio. Hasta mi mamá, que es una señora toda católica, me dijo eso un día, que Dios era una energía y yo me cagué de la risa: «Luis, ¿para qué me preguntas esas cosas? No lo sé. Dios existe, sí, pero no sé cómo es... Es una energía».

¿Una energía? ¿Qué coño de madre es eso? Eso no es nada. Una energía no piensa, ¿o sí? Una energía no tiene cara. Y si Dios es energía, cuando te mueras tú también lo vas a ser. ¿Y de qué sirve ser energía si no piensas y no tienes cara?

El hecho es que, exista Dios o no, estoy cansado. Me gustaría tener alguna seguridad, alguna certeza. Pararme en la Plaza La Castellana y luego tomarme una birra en El Naturista con alguna seguridad encima, confiado de que este mundo tiene algún sentido. Pero no, coño de tu madre, el sentido se lo tienes que dar tú; a todo, a absolutamente todo...

Tenía un profesor en la universidad, un enanito con cara de hacerse la paja como 100 veces al día, que decía que hace 1.000 años, cuando la época medieval y tal, nadie dudaba sobre la existencia de Dios, que más bien Dios le daba sentido a todo y explicaba lo que ese poco de brutos medievales no podían entender. Entonces, decía el enano, no había conflictos, nadie sospechaba, nadie lo tenía que buscar, Él existía y ya. ¿Sabes? Estabas con Dios o no. Qué crema.

A mí me hubiera gustado eso, ser un medieval y no tener que preguntarme nada. A rezar y a comer ratas. Chimbo, lo sé, pero sin angustias.

Y te lees a Santo Tomás y ves que el tipo se sentía burda de libre, pleno, no le interesaban ni los culos ni nada, sólo Dios, Dios...

Me lanzo al vacío sin importarme que exista Dios, aquí estoy, brother, para bien o para mal, y no hay nada que pueda hacer, salvo tripearme esta vida lo mejor que pueda.

Estoy yo, nada ni nadie más.

Pronto

—Isabella —comenzó a decir Federico con su barriga peluda y gorda apuntada hacia la lámpara del cuarto matrimonial de la quinta Mis encantos—: hay una oportunidad. Me llamaron esta tarde, tienen un nombre. No es una promesa, es la dirección de una persona que podría ser el secuestrador, alguien conectado con él o simplemente un error. Nadie sabe esto que te digo, ni la propia policía; va a ser una operación especial.

—¿Y qué se supone que deba hacer yo, Federico? ¿Me siento aquí a esperar que algún funcionario especial de esos me llame y me diga que mi hija murió accidentalmente, como siempre pasa en este país? ¿Me puedes decir dónde es? Necesito ir y ver a mi hija, velar porque no le pase nada —argumentó Isabella desde el baño.

—Estás loca. ¿Tú te volviste loca? Ni el propio Presidente sabe que esto va a pasar, es una noticia que han mantenido guardada durante días, precisamente para que a tu hija no le pase nada, para que no haya ni periodistas, ni policías que interrumpan la operación del escuadrón especial.

Isabella regresó del baño untándose una crema blanca en la cara:

—¿Y tú vas a ir?

—El Fiscal General quiere que esté presente como testigo, es una cosa legal, es como una citación judicial, ¿entiendes?

—Entonces yo también puedo ir...

—Que no, Isabella, no puedes ir, es peligroso e ilegal. Se supone que nadie debe saber esto y, además, ¿quién te dijo que tu hija iba a estar allí?

—¿Cómo quieres que reaccione? Me dices que hay una posibilidad, algo de un escuadrón especial, de un secreto. Estoy mortificada, angustiada, desesperada, Federico, y en vez de considerarme y dejar que vaya contigo, me tratas como a un perol viejo sin sentimientos. Es mi hija, Federico, también es mi hija... Voy contigo.

—Coño, que no, y ni se te ocurra contarle nada de esto a nadie, porque allí sí que puede peligrar la vida de tu hija.

—¿Y cuándo es esa operación especial?

—No te lo puedo decir.

—Dime por lo menos eso —gritó Isabella—. No me dejes mortificada, eres un malvado, eres un demonio, Federico...

Y Federico, en un esfuerzo casi atlético, se levantó de la cama y se dirigió a la puerta del baño, abrazó y se llenó la cara de crema.

—Confía en mí, Isabella, por una vez en tu vida... Confía en mí.

Isabella infló sus mejillas, torció la boca, miró a su esposo de reojo y terminó por darle una palmada en el brazo que luego se prolongaría como caricia.

—Está bien, está bien, confío en ti —soltó Isabella con desgano.

Distancia y categoría

A lo lejos, donde sólo hay sombras, te veo.

Eres un fantasma, jeva.

Y ya no te espero.

Ninja de barrio

Bermúdez, Changuerotti y El Bróder entraron al negocio justo cuando una vieja canción de Ricardo Montaner sonaba en la rockola.

Se sentaron en una mesa central del establecimiento y lo primero que notaron fue que Servantino y Florendo, los ídolos del momento, también estaban allí.

—Esos muchachos tienen pinta de maricos. ¿No es así, comisario?

—Sí, un poco, Changuerotti —respondió Bermúdez, menos interesado en su propia respuesta que en lograr la atención de un mesonero.

Esta era otra de las tácticas de la Teoría del Caos que aplicaba el comisario. Llevar al individuo X a un lugar frecuentado por sujetos con perfiles sociales parecidos al de los sospechosos. Siempre resultaba algo de esas prácticas: un saludo, una mirada, los propios delincuentes. No en balde, Bermúdez se había ganado por tres años consecutivos el Detective de Oro.

No pertenecía a ninguna división, ni a la de Robos, ni a la de Delincuencia Organizada, ni a la de Homicidios. Era un comisario Ad hoc, podía moverse libremente entre los departamentos y divisiones sin ninguna fiscalización, podía resolver asesinatos, robos a bancos o, como en este caso, secuestros.

Su singularidad y eficacia le permitían también, y en la medida de lo posible, saltar sobre los procedimientos y la burocracia normales en la policía. Podía hacer cosas como ésta, salir a tomar cervezas con un detenido o, como también había ocurrido, apresar a un sospechoso sin que se guardaran registros.

—Tráeme tres —gritó Bermúdez—, ¡y que estén bien frías!

Sacó su caja de Astor Rojo de la chaqueta de cuero negro y encendió un vicio con algo de aburrimiento, mientras acechaba con cara belicosa al mesonero que les atendía.

Ricardo Montaner sonaba otra vez; al parecer algún cliente había programado la rockola para que la misma canción se repitiera infinitamente.

—Abre bien esos ojos, Bróder, ábrelos bien, que esta es tu última oportunidad.

«¿Última oportunidad?», se preguntó El Bróder. Si no encontraban a nadie en ese sitio, ¿acaso lo

iban a matar, a meter preso? ¿Qué podían hacerle? El Bróder no supo qué responderse.

Lo que sí tenía claro es que en aquel lugar no iban a hallar nada. Echó un vistazo alrededor y sacudió la cabeza. Algunos jóvenes vestían franelas blancas con el cuello alto y gorras con logos indescifrables. Otros llevaban camisas de rayas coloridas y zapatos de cuero con forma chata. Sacudió la cabeza una vez más; los gringuitos jamás pasarían por allí.

Llegaron las cervezas. Los tres le dieron el primer sorbo de manera coreográfica y se miraron las caras.

—¿Y qué? ¿Cuándo es el próximo golpe, Bróder? —disparó Changuerotti.

—¿Qué golpe? —contestó desafiante.

—El próximo golpe de Estado.

—Primero que nada, panita, yo no sé nada y, segundo, no va a haber ningún golpe, porque Chávez ahora es un demócrata.

Changuerotti sonrió maliciosamente, mostrando su escaso y reluciente bigote.

—¿Bolívar era demócrata? —preguntó El Bróder, ahora irritado.

—No lo sé —dijo Changuerotti, todavía entre risas.

Bermúdez permanecía cavilando y alerta, junto a su cerveza. Llevó la mano a la cintura, y a punto estuvo de sacar su revólver y volar en 1.000 pedazos la rockola con su endemoniada canción de Ricardo Montaner.

Nada pasaba. Ni una mirada. Ni siquiera una corazonada.

—¿Bolívar no era un demócrata? —continuó El Bróder moviendo el pecho hacia adelante— ¿Era o no era demócrata?

—Yo no sé nada de eso, Bróder —respondió Changuerotti con el vaso en su boca y ya algo fastidiado de la conversación.

—Déjame decirte algo, panita, Chávez está aquí para restablecer la dignidad, la patria de Bolívar...

—¿No tiene hambre, comisario? —interrumpió Changuerotti.

—No mucha.

—¿Puedo pedir una pizza?

—Échale bolas.

El mesonero se acercó y el detective ordenó una pizza con salchichón: «Y tres cervezas más... Bien frías».

—Tú representas a Babilón, Changuerotti, eres Babilón. ¿Qué vas a saber tú de democracia ni de nada?

—Bróder, Bróder, ya te estás poniendo belicoso —dijo Bermúdez con su melodía amenazante—. Mejor te callas y te concentras en ver si recuerdas algo o reconoces a algún bichito por allí.

Tenía que hacer algo con El Bróder. Llevarlo para el barrio, a otra zona de la ciudad, a Las Mercedes quizás. Dar vueltas con él y amenazarlo, pegarle dos o tres bofetadas. Insultar a su esposa y a su madre. Esposarlo. Dejarlo desnudo en un monte perdido. Obligarlo a que saltara al Guaire. Empujarlo en la autopista a 180 por hora. Rociarlo con gasolina y tirarle un fósforo. Enterrarlo vivo. Pegarle un tiro... O, simplemente, dejar que regresara a Petare. No iba a colaborar, no iba a decir nombres, no iba a encontrarse con nadie.

—Este no es el sitio, comisario. De pana se lo digo, no lo es... Eres Babilón, Changuerotti, puro Babilón.

—Ya, cállate la boca, Bróder, dices puras mariqueras, eso es lo que son —soltó Changuerotti sin demasiada emoción.

—A que no conoces al Bob.

—¿Cuál Bob? —Changuerotti despertó y arrimó su cuerpo hacia El Bróder.

—Bob Marley.

—¡Coño, Bróder! Vamos a tener que irnos de aquí a ver si en el calabozo te callas de una vez.

—Tú eres de barrio también, Changuerotti, se te nota en la cara, deja de estar con los oligarcas, panita...

Sonó como si de golpe todas las sartenes de la cocina se hubieran caído. Por una milésima de segundo hubo una luz tan fulminante que incluso los árboles de la Plaza La Castellana se hubieran podido prender en fuego. Un viento cálido y potente sacudió todos los peinados.

Y cuando los clientes voltearon a ver qué sucedía, encontraron a Servantino parado sobre su mesa con una botella de cerveza en la mano. Primero la levantó en cámara lenta y luego la lanzó con mucho más que buena puntería a la cabeza de un joven que, desesperado, intentaba desconectar por cualquier medio la rockola.

Crash, se oyó, y luego se aceleró la vida.

El joven cayó al suelo, más por la confusión que por el impacto, y cuando buscó incorporarse para tratar de descifrar lo que sucedía, oyó que Servantino, todavía rampante sobre la mesa, le decía desde su baluarte protegido por 20 guardaespaldas: «Esa rockola es mía y Ricardo Montaner sonará allí cuantas veces quiera mi hermano, ¿okey?».

La concurrencia explotó en una sola y maligna carcajada, y el agredido, humillado también, no tuvo más remedio que volver a su asiento.

Esta escena no duró ni tres segundos, el tiempo suficiente como para que Bermúdez llevara de nuevo la mano a la cadera y dudara si dispararle o no a los guardaespaldas y al muchacho que gritaba. Estaba absolutamente de acuerdo con el sujeto que intentaba apagar la rockola, pero no podía disparar, y mucho menos con Servantino y Florendo de por medio. Su cabeza, sin embargo, se complicó. Perdió el control mirando intermitentemente a la botella y a los ojos de Changuerotti, que le suplicaban que hiciera algo, que sacara el revólver y matara a aquellos malditos. No lo hizo. Y crash, se oyó, y luego se aceleró la vida.

Cuando se repuso e intentó recomponer el cuadro para apropiarse de nuevo de la situación, el corazón se le derritió. El Bróder no estaba, había escapado, se había ido, su silla estaba vacía... Maldición, maldición, maldición.

Se paró de la mesa, volteó a la derecha y no estaba. Volteó a la izquierda y tampoco. Metió sus ojos en la Plaza La Castellana y nada. Lo buscó en el segundo piso, en el baño de hombres y en el de mujeres, en la cocina; qué va. Tenía que estar cerca, no podía haber ido lejos...

El mesonero llegó como si nada hubiese pasado y puso la pizza con salchichón y las tres cervezas en la mesa. Bermúdez, de inmediato, ordenó la cuenta mientras Changuerotti ya corría a la patrulla para radiar la desaparición del detenido.

Sonic

—Maneja tú, Luis, maneja tú —insistía Laudvan.

—¿Estás seguro?

Ana se recostó del capó del carro y observó a los delincuentes discutir una vez más.

—Mejor que sea ella la que maneje.

—No, mejor tú, Laudvan, nadie tiene tu descripción, nadie sospecha de ti.

Ana tenía el estómago revuelto. Era como si un millón de gusanos jugaran waterpolo en sus entrañas. Y esos dos imbéciles que no paraban de discutir. De repente empezó a pensar en fresas con crema y le dio tanta rabia que Luis la tratara así, con gritos y órdenes. De pronto se sentía sucia, fea y humillada. Las fresas con crema siempre fueron un buen remedio para los momentos agrios de la vida. ¿Por qué no había un plato de fresas con crema justo enfrente? Total, ella había sido la de la idea del secuestro, ella era la que había cedido y había llenado a Luis de besos, ella era la que hacía todo esto posible. Su padre era el del dinero, era su carro, su idea... Y ahora Luis ni siquiera la veía.

—Tengo miedo, Laudvan, pana. ¿Y si nos paran en una alcabala?

—Qué alcabala ni qué coño, Luis. Tranquilo, no nos va a pasar nada... Nosotros controlamos la situación... Podemos hacer lo que nos dé la gana. No pienses ni siquiera en eso, no maltripees...

—¿Manejas tú?

—Coño, no lo sé, Luis, no lo sé. ¿No es mejor que sea ella? Una jevita y tal, los policías nunca paran a las jevitas, ¿no es así?

—Maneja tú, Laudvan... Tú eres el que anda diciendo que nada va a salir mal si no maltripeamos —dijo Luis, mientras le pasaba las llaves del carro a su amigo.

—Coño de la madre, pana... Siempre yo, no joda... Pero está bien, manejo, para que veas que no tengo miedo y que estoy seguro de que nada nos va a pasar. ¿All right?

Luis sonrió.

Ana permaneció recostada sobre el capó con la mirada perdida en el monte, allí donde habían visto las guacamayas. Luis se le acercó y tímidamente acarició su codo.

—Vamos, Ana, estamos listos, todo va a salir bien.

Los ojos de la chica se llenaron de fuego.

—Nunca más me vuelvas a gritar, ¿oíste? Nunca más. No me conoces, no sabes quién soy. Respétame, ¿okey? Respétame —soltó Ana, al tiempo que abría bruscamente una de las puertas traseras del carro y se metía adentro.

Laudvan abrió también la puerta del conductor y se introdujo con cierto torpeza en el vehículo. Luis se quedó afuera y, por un momento, no supo qué hacer. Estaba timbrado, confundido, asustado, y su primera reacción fue subirse también al asiento trasero del carro y pedirle perdón a su rehén.

En eso, Laudvan arrancó.

El secuestrador de Los Palos Grandes intentó en vano tomar a su rehén por la cintura.

Ana no lo miraba, permanecía con la nariz izada hacia lo que sucedía fuera del Mitsubishi.

Laudvan prendió la radio. Movió el dial y se estacionó en una pieza de Mozart o algo así.

De repente, los tres se dieron cuenta de que habían salido de la casa. Por fin habían salido de la casa. Y existía el mundo. Era verde y húmedo.

Ana entendió dónde estaba. Estaba en Las Marías, perdida entre las montañas. Reconoció dos o tres casas y un terreno en el que, tiempo atrás, había jugado con un par de amigos y borracha al escondite.

Ahora el terreno, lleno de tractores y grúas, esperaba desolado el levantamiento de un nuevo centro comercial.

—Perdóname.

Laudvan trataba de acostumbrarse al Mitsubishi. Afanosamente movía las perillas del asiento y empujaba su cuerpo hacia atrás y hacia adelante sin que ninguna posición le pareciera adecuada. El acelerador y el freno estaban demasiado lejos y el volante demasiado cerca. Sandro y Benjamín le habían prestado en varias oportunidades su Corolla, que era también un carro moderno, así que, más o menos, podía controlar el Mitsubishi, aunque siempre con incomodidad.

—Perdóname.

La cabina del carro olía a cuero, a plástico, a chicle y a pintura de labios. Olores que se fueron mezclando con el aroma de la lluvia que había caído sobre los árboles de Las Marías y con algo más, algo extraño que Laudvan no podía reconocer, algo que al comienzo sólo se presentía desagradable y que poco a poco fue matando los demás olores y buscando lugar en la pituitaria.

—Perdóname.

En un principio, Ana pensó que su secuestrador se había tirado un peo. Cosa que le repugnó. Pero luego descartó la idea, al comprobar que el olor permanecía por más tiempo del normal.

—Perdóname.

Laudvan nunca había olido algo así. Era peor que la mierda. Era el infierno. Dentro de su fetidez tenía un componente de frescura, de sangre, de ligereza, realmente insoportable. Y lo tuvo que decir:

—¡Pana, huele horrible!

—Sí —contestó Ana—. Huele horrible, como si alguien hubiera pisado pupú de perro... El pupú de un... ¡Perro!

Los secuestradores revisaron inmediatamente las suelas de sus zapatos. Ana ya no tenía que hacerlo. Emitió un suspiro y bajó la cabeza. Hasta entonces había olvidado que lo que quedaba de Manuela estaba en la maleta del carro.

—No revisaste la suela de tus zapatos —comentó Luis.

—¿Qué?

—Que no revisaste la suela de tus zapatos. Nosotros ya lo hicimos.

—Deja el fastidio, ¿quieres?

—¿Qué te pasa? ¿Estás de mal humor?

—Es que no entiendes nada, ¿no?

—No, no entiendo nada. ¿Me puedes decir qué pasa?

—Déjalo así.

—Pana, te pedí disculpas por lo del grito y no respondiste. Perdona. Estoy nervioso y confundido. ¿No lo puedes entender?

Y, suas, voltearon. Estaban de nuevo en la civilización. En pleno pueblo de El Hatillo y era un día normal, sólo que tenía un grano barato de Handycam.

No dijeron palabra, simplemente trataron de no mirar al exterior. Algo así como: «Si no los veo, no me ven». Dejaron que Laudvan condujera no sólo el carro. Recitaron juntos, sin saberlo, su mantra de «No pienses en nada, todo va a salir bien». Apretaron los puños y remontaron la última y larga cuesta del pueblo.

Las parejas que paseaban alrededor de la Plaza Bolívar usaban suéteres de lana aunque la temperatura superara los 25 grados centígrados. Las había por doquier, comiendo helados y sánduches de pavo. Las patrullas de policías hacían sonar sus sirenas por diversión. Y Luis, Laudvan y Ana estaban vivos.

No había ni militares, ni periodistas, ni balas. Nadie volteaba, nadie señalaba. Pero algo sucedía, algo muy raro.

Fresas con crema.

Surf.

Nueva York

No pienses en policías.

Tranquilo, tranquilo.

‘Manuela’.

Y bajo la ola, suave, transparente, subo y la quiebro y veo la galaxia en el cielo azul.

Un tabaco, un tabaco.

Como Bruce Willis.

Cárcel.

Qué fuerte late mi corazón.

Mal olor.

Aerolíneas ejecutivas.

Tan, pum, sas.

Fuck the world

¿Cómo estará mi mamá?

Y una línea así, ras, que cruce el universo.

Duro, como Bruce Willis.

Seguro está llorando al lado del teléfono.

En la arena, tomando sol de espaldas, está mi jevita con un traje de baño con florecitas.

Quejándose de la vida.

Al llegar a Nueva York me voy directo a Soho.

Y yo de nuevo, sas, arriba de la ola y disparado hacia el cielo.

Llorando por Alejandro, por papá y por mí.

Voy a una galería y tal, de arte latino, y les pregunto si no quieren uno de mis cuadros.

Salgo mojado y mamado del mar y la jeva me da un beso que sabe a protector solar.

La quiero, quiero mucho a mi mamá.

Pim.

Pam.

Pum.

Cuando Laudvan alcanzó el último semáforo de El Hatillo, esperó unos segundos antes de tragar la saliva que venía conservando desde hacía tres cuadras. Finalmente la luz cambió a verde, y entonces arrancó, no sin antes emitir una extraña y sonora carcajada: «Ja, ja, ja». Llegó a la autopista: cuatro canales de circulación para él solo.

Cambió de estación y encontró la emisora radial que la mayoría de los conductores escuchaban en la cola que los atrapó por instantes en El Hatillo. Era La Sónica con su programa espacial de música bailable para los 94 fines de semana.

Luis sacó la cabeza fuera del carro y sintió que el oxígeno inflaba sus pulmones y purificaba su sangre. Cerró los ojos y dejó que el viento le acariciara el cabello.

Ana, por su parte, secó el sudor de las manos en su falda y reconoció que esta vida que vivía no era la misma del día anterior. La autopista de siempre se había convertido en una tobogán resbaladizo y empinado de colores nuevos y extraños que la lanzaba sobre la ciudad.

Vio a Luis asomado, como un niño, fuera de la ventana, con sus ojos cerrados, su sonrisa tierna y su cabello negro arrastrado hermosamente por la libertad. Necesitaba algo de qué aferrarse. Lo tomó por el tronco y lo haló hacia ella primero para abrazarlo y luego, víctima de nuevo de aquella energía que a ratos transmitía su secuestrador, para darle un dulce y lento beso en la boca.

«Uuuuuooooo», gritó Laudvan con toda su garganta por entre los anuncios luminosos de Marlboro y Ron 111. «Uuuuuuooooo. Somos invencibles».

La rehén y el secuestrador seguían besándose en la parte de atrás.

Pocos segundos después, Luis se despegó de Ana y con soberbia le ordenó a Laudvan: «Fáchate ese joint».

«Marico, estoy manejando. ¿Cómo coño quieres que me lo fache?», le contestó su amigo.

Y Luis se estiró hasta la parte delantera del Mitsubishi y arrastró la cajita dorada donde atesoraban el monte.

Luego de ensalivarlo varias veces con su lengua experta, el aprendiz de secuestrador prendió el cacho, le dio unas seis patadas y oyó decir: «Marico, rueda ese bicho». A Ana le pareció agradable el olor que despedía la marihuana. Hasta le dieron ganas de darle una probada, pero no sería ella

quien lo iba a pedir y ellos, con razón, la pasaron por alto.

—Sí que eres pavo, Laudvan, pana, qué pavito eres...

—¿Por qué?

—Esos griticos todos pavos y que auauauau, auauauau —imitó Luis, completamente desafinado—. Sí eres marico... Y que somos invencibles. ¡Qué gay!

—¿Sabes lo que estaba pensando, Luis? Que la vida está tan loca, chamo, que típico que vamos y nos paramos con el joint frente a una patrulla de la pe-eme, pana, y los bichos ni se enteran. Hace un mes, los malditos esos nos hubieran parado y metido en un retén por comer helados de chocolate en McDonald`s.

—Me cago de la risa... Estamos cargados, somos unos malditos secuestradores y nadie nos ve. Es como tú dices, Laudvan, como si controláramos todo.

—Haz la prueba —dijo Ana con la voz más seductora que jamás salió de esa boca—. ¿No te atreves? ¡Fuma al lado de una patrulla!

—Está depinga la música, ¿no, Laudvan? Pum, pum, pum, un house de esos que tú oyes. Súbele a esa radio.

—¡Esto no es house, marico, es una changa chimba!

—¿Tienes miedo, Laudvan?

—¡Por favor, Ana! —intentó Luis.

—No, no tengo miedo. Para nada. Es otra cosa —quiso Laudvan expresarse con tono de seriedad—. Es que, Ana, ¿cómo te digo? Hay cinco cosas. Cinco cosas en la vida.

—¿Cinco cosas en la vida? —preguntó Ana, extrañada.

Las cinco cosas de la vida, según Laudvan

1. Fuck the world.

2. Jamás ahorres dinero, porque no sabes lo que mañana puede pasar.

3. No te cases con la jeva que amas, porque la dejarás de amar.

4. No trabajes con tus amigos, porque los perderás.

5. Y nunca, jamás, en ningún caso, juegues con la policía porque, una de dos, o terminas muerto o terminas preso.

Moraleja

—¿Capichi? —constató Laudvan, viendo a Ana por el retrovisor.

—Más o menos —contestó ella. Mientras, Luis veía a su amigo con orgullo.

—Ese es mi manual práctico del punk ejecutivo, ¿entiendes?

—Es que lo que yo quería decir era que...

—El mensaje es este, Ana. Si las cosas marchan bien, pana, no hagas que marchen mal. ¿Lo captas? —Pitufo Filósofo.

—Sí, ya sé, ya sé... Nada de policías.

—Hemos tenido demasiada leche como para ponernos también a buscar peo —confirmó Luis.

De la autopista provenían agudos zumbidos mecánicos. El paisaje se estiraba y encogía en abstractas figuras de color. Y los viajeros conversaban como si no existiera tiempo, espacio o movimiento.

—Y hay una sexta cosa en la vida, Ana, que es la premisa máxima —dijo el Pitufo Filósofo tras subir la ceja izquierda y centrar la mirada en un Caprice Classic que no les dejaba adelantar.

—¿Sí? ¿Qué es? —preguntó Ana, intrigada.

—Esa no la sabía, Laudvan, no sabía que había una sexta cosa en la vida —expresó Luis con algo de resquemor.

—Es que no estabas preparado para oírla, Luis, era algo demasiado profundo para ti.

—Marico. Di qué coño de madre es la sexta cosa.

La sexta cosa de la vida

6. Nunca confíes en un tipo que usa botas vaqueras.

Detrás del Caprice Classic

—¿Que use botas vaqueras? —repitió Luis en medio de una sonrisa— Me cago de la risa. Qué buena está esa, Laudvan.

—Yo no lo entiendo. ¿Por qué no se puede confiar en alguien que use botas vaqueras?

—Porque no, así de simple y fácil. No se puede y ya —Laudvan tanteó, también con una sonrisa, la aprobación de su compinche—. Si no lo entiendes ahora, no lo entenderás jamás.

El secuestrador de Los Palos Grandes y el vendedor de ropa para jevitas de Plaza Las Américas comenzaron lentamente un diálogo de risas que evolucionó hasta terminar en un ataque histérico de carcajadas.

Ana, aturdida, se mantuvo en silencio y examinó a sus captores con dosis de asombro y malhumor.

—¿De qué se ríen? ¿Ah? ¡Explíquenme! No entiendo dónde está el chiste... ¿Se están burlando de mí? —soltó, ya con carácter.

—No, no, no —repitieron los secuestradores, entregados a su propia incapacidad para detener las burbujeantes carcajadas.

—¿Se están burlando de mí?

—No, no, no.

Ana se separó de Luis y decidió tomar la puerta derecha del Mitsubishi como su nuevo amante. Enfurecida, sintetizó el odio y la confusión que envenenaban su cabeza y los dejó caer sobre su lengua.

—A ustedes les gustan los chistes ácidos, ¿no? Yo les tengo uno bien bueno —dijo, sin encontrar respuesta en sus secuestradores—. Hay un perro muerto en la maleta del carro.

Luis y Laudvan fruncieron el ceño, aunque sin parar de reír, y se telegrafiaron a través del retrovisor una sospecha: «Esta jeva se volvió loca».

—¡Hay un perro muerto en la maleta del carro, coño! —gritó finalmente Ana—¿De dónde creen que viene ese olor?

Ahora sí que no hubo más risas.

—¿Cómo que hay un perro muerto en la maleta del carro? —preguntó Luis, alarmado.

—Se llama Manuela. Se llamaba...

Cielo

Amaranta le hizo una señal con el índice desde el tercer peldaño de la escalera de caracol y Frank, obediente, puso sus pesadas botas sobre el mármol enmohecido de la mansión.

Llegaron a una pequeña habitación que se escondía detrás de una hermosa barra de madera y Amaranta en la oscuridad depositó, más bien con cariño, un papelito blanco estampado con la figura de un vaquero verde en la boca de Frank.

—Me debes 7.000 bolos.

—No tengo... Me lo hubieras dicho antes.

—No importa, me los pagas otro día. ¿Cuál es tu nombre?

—Frank.

—El mío es Amaranta.

—¿Y tu ácido, Amaranta?

—Me lo tomé hace como una hora... Creo que ya me está haciendo efecto —cuando lo dijo, sus ojos chispearon.

Era hermosa, y de confirmarlo se ocupó Frank. Aunque pequeña, como de un metro y 65 centímetros, tenía unas piernas largas que, en sincronía con el resto del cuerpo, le daban un aire de mujer espigada. Parecía no importarle nada y disfrutar cada momento de la vida con intensidad.

Poco a poco, los discjockeys comenzaron a subirle el volumen a sus mezclas y los invitados, sin darse cuenta, se encontraron en el salón principal de la casa agitando sus cabezas en el mismo lugar donde también, cuatro décadas atrás, habían bailado las reinas de carnaval.

Amaranta se unió al grupo de 20 personas que ya movían sus cuerpos junto a los altavoces. No había demasiada luz y a Frank le costaba ver con claridad a su nueva amiga, pero podía descifrar que sus movimientos eran lentos, que juntaba sus manos frente al pecho, que luego contraía su torso al ritmo de los fuertes impulsos de la música y que dejaba siempre los pies en el mismo lugar.

Pensó en ella. Era tan joven y hermosa que le dio la lúgubre impresión de que no viviría por mucho tiempo. No la imaginaba diferente de lo que era; no podía, o no quería, verla de otra manera. Con placer la vio acostada en un ataúd y comprendió que el ácido lisérgico ya le había llegado a la cabeza. Una tremenda corriente eléctrica navegó por sus vértebras y se estrelló contra su cerebelo. Sonrió e incluso le provocó unirse al grupo de bailarines que ya alzaban las manos y rayaban el granito de la casa. En vez de hacerlo, recostó su espalda contra la pared del salón y los observó infinitamente.

—¿Qué haces allí como un gafo? —preguntó Maya a la media hora.

—Veo cómo baila Amaranta.

—¿Amaranta? ¿Tú también te metiste un ácido? —la exclamación vino acompañada de un fuerte tirón — ¡Ven!

Lo guió hasta el observatorio que quedaba en la azotea de la mansión. Rieron, hablaron y, luego, Frank intentó darle un beso a Maya.

Ella respondió con incomodidad y algo de frialdad. El hombre de las botas, entonces, llevó las manos a los senos de su guía.

—¿Tú no sabes que lo que menos provoca cuando estás en ácido es que te toquen? —advirtió Maya — Por lo menos a mí me pasa, y estoy tan drogada que no sé si me gustas, no sé si en otro momento... Ahora no. ¡Ven! —dijo.

Esta vez lo llevó hasta el jardín trasero de la casa. Allí había poca gente y pudieron recostarse y ver el cielo.

—Qué alegría tan rara, ¿no?

—¿Qué?

—Yo no tengo nada que celebrar y de repente me tomo un papelito de estos, y mírame, estoy feliz. Es falso, miserable.

—Yo no sé si sea falso o no, pero yo la estoy pasando bien, muy bien —argumentó Maya, entre risotadas orgullosas.

—Esto no existe, Maya. Nada existe, no hay nada detrás.

—¿Qué? ¡Vente! Vamos a bailar para que se te pase esa mala nota. ¡Ven!

—No, no. Yo me quedo aquí. No tengo ninguna mala nota.

—Frank, disfruta tu nota y ya. Qué complicado eres. ¡Ven! Vamos a bailar —y, al decirlo, se levantó y comenzó a mover su cadera al ritmo del techno que se oía a lo lejos.

—No.

Maya finalmente lo abandonó y Frank se sintió más cómodo allí, sobre la grama húmeda del jardín, sin ninguna compañía más que la de su radioactiva conciencia.

La verdad es que, aunque sus palabras fuesen agrias, no dejaba de sentirse bien. Su mente construía caminos inimaginados para entender el mundo, un mundo por lo demás triste y gris que, a pesar de todo, le regalaba un momento de lucidez y cierta calma.

Sus pensamientos se perdían con las estrellas e incluso, por segundos, creyó haber divisado una nueva constelación.

—¿Qué pasó, ratica? —oyó la voz de Amaranta y le pareció una alucinación. Al abrir los ojos la encontró sentada a su lado, y su cara despejada y blanca fue como el viento fresco en las noches de calor.

Esto es química

Lo tiré sobre la cama, desabotoné su pantalón y se lo bajé con cuidado. Allí estaba su flácido miembro.

Lo besé con ternura. Igual, no reaccionó. Y no me importó. Lo deseaba, lo deseaba demasiado.

Él parecía complacido o, por lo menos, sereno. La serenidad en él era una cosa extraña. Siempre lucía tan desesperado y atormentado que verlo así, con la cabeza apoyada sobre la almohada, con una ligera sonrisa y con los ojos cerrados, fue tan erótico como un pene de 30 centímetros. Pocos hombres hubieran reaccionado como él ante una situación que lucía tan adversa; pocos lo hubieran tomado con tanta naturalidad. Lo amaba.

Al rato, ya fastidiado de mi lengua, se incorporó de nuevo y volvió a aspirar sus químicos de la lata. Una o dos bocanadas le bastaron esta vez.

No quise fumar.

Y mi ángel, de una forma abrupta, regresó a la normalidad.

—Tenemos que salir de aquí. Nos van a atrapar, algo va a pasar, tenemos que salir, alguien va a morir.

Intenté calmarlo como se calma a los enfermos que sufren de elevadas fiebres. Traté de acariciar su frente y dibujarle un mundo liviano y apacible, pero no hizo caso. Se levantó, vistió de nuevo sus pantalones y salió de la habitación disparado y sin darme tiempo siquiera de secarme la boca.

Una vez en la calle, el viento y el aire fresco nos hicieron bien. Se oían disparos a lo lejos y, por ser domingo, poca gente transitaba por el lugar. Caminamos sin dirección al menos por media hora, hasta que pasó lo que pasó.

Justo cuando retomábamos la Avenida Principal de Santa Rosalía vimos venir desde lo lejos un auto a gran velocidad y con las luces altas encendidas. Cuando pasó a nuestro lado frenó violentamente y fue allí que entendí que era una Cherokee azul y que adentro estaba Mega.

Se estacionó a un lado y bajó con energía, me tomó con fuerza del brazo y me haló hasta una esquina solitaria de la avenida.

—¿Quién es él? —preguntó, alterado.

—Un amigo. ¿Por qué?

—¿Por qué? Porque te he estado llamando todo el día y nunca estás.

—Qué mentiroso eres, Mega, qué mentiroso, estuve en la casa hasta hace una hora esperando tu llamada. Te busqué en el celular y siempre me salió tu maldito mensajito.

—Estaba en el programa de radio y no podía llamarte... ¿Quién es ese carajo? Fue lo que te pregunté.

—Ya va, Mega, ya va, ¿qué te pasa? ¿Desde cuándo soy tu novia?

—Yetzibell—dijo, con mirada de perro—...

No entendía nada.

—¿Pero por qué reaccionas así? ¿Qué te pasa? —finalmente mis palabras sonaron conmovidas.

—No sé, no soporto nada, necesito un cambio... Tengo una propuesta de trabajo en Miami. ¡Vente conmigo!

En eso se acercó Alejandro.

—Tú eres Johnny Mega, ¿no? —Alejandro parecía más atolondrado de lo que en realidad era—. Sí, eres Johnny Mega... Yo te vi una vez en la bomba de gasolina de Las Mercedes, era día de los enamorados y estabas disfrazado de cupido. Transmitías tu programa desde allí con una camioneta que estaba llena de globos con forma de corazón. Sí, me acuerdo...

—¿Quién es este idiota?

—Alejandro —respondí.

—Mira, pana, no te conozco, no sé quién eres, así que evita decir una estupidez más. ¿Estamos? —y me llevó con él, unos metros todavía más abajo.

—¿Qué te pasa? —dije ya al punto de la histeria. Noté que su mano presionaba con fuerza mi bíceps izquierdo.

—Ya saben dónde está Ana Patricia Mendoza. Hay un operativo especial en Los Palos Grandes para rescatarla —soltó en voz baja.

—¿Qué?

—Ven conmigo, ningún periodista lo sabe, es tuya la primicia. ¿No es lo que querías?

—Lo sabía, sabía que me ocultabas algo, Mega, lo sabía. ¿Por qué no me lo dijiste antes?

—Te lo estoy diciendo ahora.

—Pero, ¿por qué?

—El día del secuestro, Yetzibell, llamó un tipo a la estación de radio diciendo qué él sabía quién era el secuestrador y que si le pagábamos algo revelaría la información. El Fiscal General me pidió que no le dijera nada a nadie.

—Pero esa llamada la pudo hacer cualquiera, Mega. ¿Cómo saben que fue el secuestrador? —la periodista que yo pretendía ser ya se había adueñado otra vez de mí.

—Por eso el silencio, Yetzibell. El Fiscal General le dio el nombre a la Disip y, ¿sabes lo que averiguaron? Que el tipo había estado involucrado en un secuestro famoso en los setenta y que vendía droga en Los Palos Grandes. El propio sospechoso, ¿no?

—¿Y cómo saben que tiene a Ana Patricia?

—No, no lo saben, lo sospechan.

—¿Y el tipo dio su verdadero nombre en la radio? No lo creo.

—No. «Yo soy El Tufo, alto malandro que todo lo sabe», fue lo que dijo. Pero El Tufo, en los registros de la Disip, aparece como uno de los secuestradores del niño Vegas. ¿Entiendes? —y se oyeron más disparos a lo lejos.

¿El Tufo, El Tufo? ¿Dónde había oído ese nombre antes? Cuando lo entendí, cuando finalmente me di cuenta, casi me desmayé. Volteé hacia la esquina en la que Alejandro nos esperaba y lo miré con asombro, con estupor, con miedo. El círculo se cerraba y la naturaleza macabra de la realidad subía el telón. Algo o alguien estaba jugando conmigo.

—¡Alejandro! —grité con furia— ¡Ven acá!

Se acercó con parsimonia.

—Ese nombre que me dijiste, El Tufo, ¿de dónde lo sacaste?

—Me vino a la cabeza, no sé.

—Y este bichito conoce al Tufo. ¡Ay, Yetzibell! ¡Ten cuidado con quien te juntas!

—Este bichito, Mega, como tú dices —ya estaba harta—, es Alejandro, el hijo de Federico Mendoza.

Se quedó allí, de pie, con cara de lerdo, junto al otro mongoloide al que amaba. Me fui a caminar bien lejos, tanto, que esperaba encontrar Cabimas al final de la calle. Tenía que salir de allí. No sólo era el maldito Tufo y las implicaciones metafísicas que ya empezaba a hilar mi mente. Era, sobre todo, ese par de imbéciles.

La muerte de mi viejo

En el primer recuerdo que tengo de él, aparece sentado frente al televisor con un plato de sopa. Televisión en blanco y negro. El noticiero o algo así.

Cuando chamo, siempre que veía las noticias pensaba que había estallado la tercera guerra mundial. No sé por qué tenía esas paranoias. Siempre que veía un helicóptero o algo así pensaba que iban a bombardear Caracas: «Venezuela es un objetivo muy importante por el petróleo», era una deducción que le había oído decir a mi papá. Cuando en la universidad me explicaron lo de la Guerra Fría y tal, lo entendí, aunque un pelo tarde, porque ya se habían acabado el comunismo y esas mierdas.

¿El comunismo? Lo único que recuerdo es que Caimán una vez me dijo, de chamos también, que en el comunismo todo el mundo usaba los mismos zapatos. Él me mostró sus Adidas Vienna nuevecitos, señaló con asco mis zapatos, unos Didaven grises y gastados, y soltó cagado de la risa: «Si ganan los comunistas, todo el mundo tendría que usar el mismo par de Didaven por el resto de su vida». Odié al comunismo hasta que entré en la universidad y me leí dos páginas de un libro de Marx.

Incluso un día, cuando tenía siete años o algo así, el Chicharra, de rata, pilló que yo le tenía miedo a la guerra nuclear y me dijo: «Vamos a darle para El Ávila, Luis, al campamento de los chamos que se escaparon de su casa y viven solos».

¡Verga! Si me tripeé la idea. Un campamento de chamos que se escaparon de su casa y viven solos. Ya era una tripa vivir en Los Palos Grandes y poder ir al Ávila. Una tripa.

Subimos por Sabas Nieves y llegamos, efectivamente, a un campamento, pero no era de chamos que se habían fugado de su casa, sino de unos scouts rebeldes que tenían su propia organización y sus propias reglas. Nada de uniformes o patadas en el culo, ¿entiendes? Bueno, eso es lo que recuerdo. Tenía como ocho años.

El lugar donde los scouts rebeldes tenían su carpa y tal y sus peroles, era bien depinga, podías ver toda Caracas desde allí, yo la veía inmensa, monstruosa. Chicharra era pana de los scouts rebeldes y me pasó uno de los sánduches de mayonesa que habían preparado.

Um, um, rico, pensaba, mientras miraba la ciudad y de repente: «Guerra, guerra», empezaron a gritar los muy coñodemadres. «Guerra, guerra», y yo no entendía nada. «Mira las luces en La Carlota, Luis, mira cómo despegan y aterrizan los aviones. ¿Ves esa lucecita roja en aquel edificio? Eso significa emergencia, guerra nuclear».

Me cagué, lo juro que me cagué. Me quedé allí congelado, sin saber qué hacer. «Nos vamos a morir, se va a morir todo el mundo». Verga.

«¿Dónde trabaja tu papá?», me preguntó el maldito de Chicharra. «En Chacao», respondí. «Ay», dijo él. «Está atrapado en una cola y mira el humo que viene de allá». Sí había un humito, de una fábrica o algo así. «Ya bombardearon Chacao y el centro. Tu viejo está muerto, Luis».

Verga, pana, no sabría describir lo que sentí. El mundo no tenía sentido, había quedado indefenso sin mi padre. Creo que allí entendí por primera vez que quería a mi papá.

El coñodemadre de Chicharra, viendo que yo estaba desesperado y que lloraba como una niñita, me ofreció un cuchillo afiladísimo y me dijo: «Mátate, Luis, clávate el cuchillo, suicídate. Es la tercera guerra mundial». Y de pana que estuve a punto de hacerlo.

Menos mal que, a tiempo, el poco de ratas esas se empezaron a reír y me dijeron que todo había sido un chiste. No me arreché con ellos ni nada, al revés, fue un alivio, me sentí muy bien al saber que no había guerra nuclear y que mi papá seguía vivo. Igual, salí corriendo de allí directo a mi casa a ver si era verdad.

Mi papá estaba frente al televisor. Me le tiré todo sucio y lleno de polvo en las piernas y él me abrazó con cariño: «¿Dónde estabas, carajito?». En el parque, papá, con Chicharra. «Mucho cuidado, pues».

El tipo había llegado aquí a los 14 años solo y sin un centavo, era vasco, o algo así, pero nunca recuerdo el nombre del pueblo donde nació. Él mismo nunca hablaba de eso, todos los cuentos los sé por mi vieja. Se sentía más venezolano que otra cosa y, de bolas, sólo vivió 14 años en España, nada.

Ni siquiera tenía acento.

Nunca entendí si se vino a Venezuela por una guerra, por la pobreza o por un poquito de las dos cosas. Lo cierto del caso es que llegó aquí pelando bolas y empezó a trabajar en el mercado de Quinta Crespo, yo no sé haciendo qué. Me imagino que vendía salchichón o queso como todos los portus y gallegos.

Conoció a mi mamá y se casó.

El tipo era culto y tal, leía que jode, y le interesaba la política, así que yo no sé cómo coño ahorró dinero y montó como a los 27 años una librería en Chacao. Vendía textos escolares, tijeras, papel de regalo, pega, carpetas y cuadernos. Una crema, porque en primaria nunca me faltó un lápiz.

Le fue relativamente bien y pim, pam, pum, decidió montar con un socio y tal una empresa de turismo en Barquisimeto. Me cago de la risa. ¿En Barquisimeto? Vino una crisis económica y el negocio de turismo quedó todo quebrado y endeudado, tanto que mi viejo tuvo que vender la librería. Sólo le quedó un apartamentico en Barquisimeto, que no conozco pero que al que ahora mi vieja quiere que nos vayamos. Ni siquiera he ido a esa ciudad. Debe estar llena de chivos y toda la gente, hasta las mujeres, debe tener bigote. Ni de vaina.

Después de la crisis económica y tal, el tipo se metió en una de importación. Importaba sartenes y ollas de China o algo así. Jamás viajó a China, no, las ollas le llegaban a Maiquetía y él las buscaba y las distribuía. Eso es todo, con eso pagábamos la renta del apartamento y comíamos.

Cuando empecé a malandrear, a fumar y a echar vaina con mis panitas, el tipo se enrolló de inmediato. Me raspaban todas las materias en el liceo y a mí no me importaba y tal, llegaba tarde a la casa y todo lo clásico de una adolescencia, ¿no?

Él ya andaba amargado y enrollado por ser un distribuidor de ollas, haber perdido su librería y no tener suficiente dinero. Así que no todo fue mi culpa.

Sí, me odiaba, pana, o eso transmitía. Me decía que todo el esfuerzo que había hecho por construir una familia se había perdido con un hijo como yo, que era un malandro que no servía para nada y tal y que no tenía futuro. Y pasó lo que tenía que pasar. Me agarraron con marihuana en Chacaíto, nada, un tabaquito, los malditos tombos esos de buena nota y todo me dieron unos cuantos lepes y llamaron a mi casa.

Desde ese día, mi papá se limitó a decirme lo fundamental: «Levántate... Orden y disciplina... Pásame la salsa de tomate» y esas cosas.

Y la vaina siguió siempre mal hasta que un día se murió de un ataque al corazón y ya.

Yo no escogí fumar marihuana, ¿quién lo hace? Yo no escogí malandrear por ahí. Yo no escogí meterme las primeras líneas de coca. Igual que a él le tocó vivir la guerra, o la pobreza, el comunismo o lo que sea en España, a mí me tocó vivir en Caracas. Más nada.

Fue la realidad, papá, no yo.

Eso es todo.

Changó

« Olodumare, Ashe», se repetía para sus adentros en el segundo piso del McDonald’s de La Castellana.

Para montar el paro, había recogido, con cuidado de que nadie lo viera, un refresco y unas papitas fritas abandonadas en una mesa y se había sentado en otra para simular que las comía como cualquier otro cliente.

Los comensales y los empleados de la cadena de comida rápida, sin embargo, no podían ocultar su incomodidad y lo miraban con suspicacia, por lo menos, mientras El Bróder se preguntaba si aquellos ojos reparaban en su evidente expresión de susto o, más bien, en su ropa y el color de su piel.

Era la primera vez que entraba a un McDonalds’s. Siempre lo había querido hacer, lástima que no fuera la mejor de las circunstancias. En cuanto saliera de ésta, traería a sus hijos a comer, les pondría su mejor ropita, iba a pedir 40 hamburguesas y entonces iba a mirar a todo el mundo con orgullo y, al que no, con cara de asesino.

El hilo musical ponía algo de Enrique Iglesias y el aire acondicionado del local sólo admitía conservar los olores de las hamburguesas. Antes de que un empleado o un cliente llamara a la policía, El Bróder decidió escapar.

La calle estaba llena de camionetas Toyota, de jóvenes, de ruidos y de policías. No sabía si era impresión suya o realidad, pero también aquí todos lo miraban con asco o con temor. Caminar, caminar, caminar, siempre derechito, sin voltear. El mundo desde aquí parecía más brillante y agresivo. Hostil. El Ávila al norte, como siempre, le servía de punto de referencia. Al este, Petare, su hogar.

Saldría de ésta, claro que sí. Peores circunstancias había atravesado en su vida y allí estaba, completo y vivo. Ni unos sifrinitos con cara de culo, ni dos tombos locos, iban a impedir que regresara a su casa y abrazara a su esposa e hijos. Claro que no. Caminó con insistencia, siempre hacia el este.

Z40 Y 25

—Comisario —dijo Changuerotti cuando regresó al bar—, hay un operativo en Los Palos Grandes y todas las unidades se encuentran allí, parece que encontraron al secuestrador. Nos dicen que olvidemos al detenido y que vayamos inmediatamente para el lugar de los acontecimientos

«¡Coño de la madre!», se dijo a sí mismo Bermúdez, tanto por la fuga del detenido como por no haber sido él quien resolviera el caso esta vez. Pero puso todo su esfuerzo en permanecer de una sola pieza y con una mirada estoica y arrogante.

INTERNET

Sin saber cómo, atravesaron el municipio Chacao hasta llegar a casa de Caimán.

Laudvan estacionó el carro debajo de un árbol frondoso y Luis pidió las llaves del Mitsubishi. Laudvan encogió los hombros y se las entregó.

—¿Qué vas a hacer? —Ana preguntó, nerviosa.

Luis no respondió y fue directo a la parte trasera del vehículo. Ella lo siguió y, finalmente, cuando el secuestrador abrió la maleta, los dos quedaron petrificados.

El olor que emanaba Manuela era más que pestilente. La sangre se había extendido sobre el forro y había dejado una mancha púrpura que ni el mejor detergente hubiera podido quitar.

La cabeza de la perra, con los ojos en blanco y la lengua tiesa, se asomaba fuera de la bolsa.

—¡Chama! ¿Tú estás loca? ¿Qué te pasa? —Laudvan acudió a la escena y puso expresión de asco—. Ayúdame ahí, vamos a sacar esta mierda de aquí —y extendió sus manos.

—¡No! —gritó Ana, mientras retiraba de un golpe las manos de Luis.

—¡Chama, tú estás loca! ¿Cuál es el peo con este pedazo de mierda?

—¿Qué piensas hacer con ella?

—Dejarla allí —y señaló un montón de basura que se arrimaba a un árbol—. ¿Qué más?

—¿La vas a dejar allí, como si nada?

Laudvan se mostraba inquieto. No era suficiente que secuestraran a la hija de Federico Mendoza, no era suficiente que estuviesen cargados con armas y marihuana, no era suficiente que tuvieran un perro muerto en el carro; además había que gritar a todo pulmón en medio de Los Palos Grandes para que todas las viejas paranoicas y locas de la cuadra se asomaran y llamaran luego a la policía.

—Vamos a entrar, Luis, déjalo así —y trató de empujarlo—. Vamos...

—¡No, pana! ¿Por qué? Hay un perro muerto en la maleta del carro. Hay un perro muerto, hay que sacarlo de allí —dijo, resistiéndose.

—¡Vamos! —y Laudvan cerró la maleta y los empujó hasta la entrada de la casa de Caimán—. Y ya, cállate, güevón.

—Chama, ¿pero por qué tienes un perro muerto en la maleta del carro? —susurró esta vez.

—¡No es tu problema!

—Pero, ¿cuál es el peo? Ana, ¿por qué eres tan histérica? No se te puede ni hablar. ¿Qué pasa con ese perro?

—Es una perra, coño.

En eso, una cabeza salió por una de las ventanas del pasillo que conducía al cuarto de Caimán.

—¿Quién está allí?

Los tres se quedaron congelados en poses de breakdance y con unas sonrisas tan falsas en la boca que perfectamente pudieron haber sido penadas por la ley.

—Soy yo, señora Marta, Luis. ¿Está Caimán en la casa? —así, simplemente, como si viniera a traerle un libro de álgebra.

—¡Ah! Hola, Luis. ¿Cómo estás, mijo? ¿Cómo está tu mamá? ¿Bien? Pasa, pasa, Alonso está donde siempre... Ya sabes.

—Gracias —así como «y más tarde me traes una limonada».

La tía de Caimán regresó a sus quehaceres hogareños y el trío continuó su camino. Era el tipo de tarde que hacía que Luis amara Los Palos Grandes: había una luz especial, amarilla y cálida que brillaba en aquel corredor vegetal que conducía al cuarto de Caimán.

No era un cuarto en realidad, era una suerte de apartamento que la tía había edificado en el antiguo garaje después de la muerte de los abuelos y el accidente del sobrino. Tenía baño, teléfono y hasta una cocinita, aunque Caimán siempre comía en la casa principal.

Hasta Laudvan y Ana reconocieron que aquel pasillo vegetal y aquella luz tenían una puesta en escena única. Plácida, sobreprotectora y etérea. Fueron sólo segundos.

«Caimánnnn», gritó Luis. «Fiu, fu, fu, fí, fí, fi, fi», silbó con potencia.

«!Ese Caimán!».

Y al rato se abrió la puerta.

Allí estaba Alonso. En su silla de ruedas, con la cabeza ligeramente torcida hacia un lado, con los ojos desorbitados y grandes que veían a ningún lugar. Su sonrisa cándida y sicopática, su cabello amarillento y olvidado, y su algo moreno tono de piel.

Ana sintió pánico; las caras y las situaciones iban de mal en peor. Estaba preparada, quizás, para ver a un paralítico, pero no a uno con un rostro tan raro. Laudvan ya conocía al personaje, así que se limitó a cruzar los brazos y ver el monstruoso edificio postmoderno que se erguía detrás del garaje.

Luis lo abrazó y Caimán respondió de la misma forma, agregándole además un gesto casi infantil y conmovido a la boca. Estaba emocionado por la visita de su amigo y no podía esconderlo.

—¿Qué dice ese Caimán?

—¿Qué dice La Piña? —Tomó la silla de ruedas y la empujó al interior del apartamento que seguía siendo un garaje, a pesar de que tuviera cama, baño y cocina. Manchas de aceite de motor se extendían por las paredes y el piso, no había ventanas, y el techo aprisionaba a los visitantes.

Un colchón a un lado, unas sillas plásticas, una mesa y una computadora. La pantalla mostraba líneas de texto de color que se movían apresuradamente como si tuviesen vida.

—Tengo una novia en Nicaragua —dijo Caimán, nunca se sabrá si por ironía o por entusiasmo, al ver que todas las miradas escrutaban el significado de las letras en el monitor.

—¡Esoooo! —soltó Luis, acariciando las descuidados greñas.

—La tengo allí hablando sola —y sacó de su garganta una risa ronca—. Ella me dice que es catira, flaca, de un metro con 80, y que su único defecto es que tiene las tetas muy grandes —volvió a reír —. Y yo le digo que mido uno con 90, que estoy papeado y que mi único defecto es que hago demasiado ejercicio y ya los pantalones no me entran por los músculos que me salieron en el culo —. Sólo Luis mostró sus dientes para mantener el ánimo jocoso de Caimán.

—¿Y ya te la cogiste, ratica?

—Claaaaro... La carajita es una aberrada, dice que vive en un convento de monjas y que en las noches se escapa para el cuarto de computación sólo para mamarme el huevo. Ellos en Nicaragua le dicen los huevos. «Para chuparte los huevos».

Ana sintió asco por aquel lugar, tan desprovisto de alma, tan sucio y descuidado, con un habitante tan miserable y triste, con tanto calor. Volvió a sentir angustia y quiso salir corriendo de allí.

Un vaso con hielo derretido brillaba junto al teclado. Caimán movió ágilmente su silla para alcanzarlo y sorberlo con un trago definitivo.

—¿Un roncito?

Sólo Luis aceptó. Ana y Laudvan se dispersaron por la habitación y poco caso le hicieron a la oferta del anfitrión.

Cuando se fueron a servir el ron, Caimán tomo por la cintura a Luis y depositó con cuidado una bolsita de plástico azul en su puño.

—Lo que quieras, Luis, sírvete lo que quieras... No te importa tomarte el ron así, puro, ¿verdad, Luis?

—Qué va.

—Si quieres, voy a buscar un pelo de hielo en casa de mi tía, ella siempre tiene en la nevera.

—No, hombre, Caimán. ¡Te vas a poner con esas! Tranquilo.

—Bien.

Ana se sentó, obstinada, en una de las sillas de plástico y no hizo más que observar las manchas de grasa en el suelo y agradecerle a Dios por no tener una vida tan miserable como la de Caimán. Laudvan, por su parte, permanecía de pie junto a la computadora, con los brazos cruzados y las piernas abiertas.

Blanca-nieves: ¿Estás allí Príncipe-azul?

Blanca-nieves: Si no respondes voy a dejar este privade y me voy de nuevo al chat general.

Blanca-nieves: ¿Príncipe-azul?

—Caimán, pana, tu jeva te está llamando, dice que se va a ir —advirtió Laudvan.

—Dile allí que ya voy, que me estoy sirviendo un ron, panita, por favor.

Príncipe-azul: Dice que ya viene, que se está sirviendo un ron.

Blanca-nieves: ¿Quién eres?

Príncipe-azul: Un pana del príncipe.

Blanca-nieves: ¿Un qué?

Príncipe-azul: Un amigo.

Laudvan tecleaba las palabras casi con asco. Se sentía como un campesino del siglo XIX al que súbitamente hubieran trasladado al Centro Espacial de Houston. No entendía nada. Lo que hacía le parecía imposible. Luis se encerró en el baño y se metió dos pases pequeños, no quería engorilarse demasiado.

Príncipe-azul: Te escribo esta noche un mail, ahora no puedo hablar, chao.

Y Caimán tecleó enter.

Blanca-nieves: ¿?¿?

Príncipe-azul: Chao.

Enter.

Exit.

Quit.

De nuevo con agilidad, hizo un giro de 180 grados y movió su silla en dirección a Ana Patricia, que permanecía con las piernas y la mirada cruzadas.

—Perdona el desorden, panita, pero es que no esperaba que viniera nadie —y Caimán movió su vehículo hasta ella y le extendió la mano—. Alonso.

—Ana —retiró la mano lo más rápido que pudo y no soportó mirarle de frente.

En eso, Luis salió del baño con los párpados ligeramente más abiertos.

—Pana, Caimán, ¿tú le puedes mandar desde aquí un mensaje a la gente de El Guardián?

Observó a Luis con cara de calculadora y su silencio contravino con una sospecha la pregunta que su amigo le hacía de manera tan inocente.

—¡Sabía que eras tú, ratica! ¡Lo sabía! —movió la cabeza como un reptil.

—¿Qué sabías? —a Luis se le quebró la voz.

—Que ibas a terminar mal. Te lo dije, marico. Eres un maldito secuestrador —se cagó de la risa—. Lo sabía.

Mareo

Un laberinto, un círculo que no empieza y jamás termina, era lo que la llevaba de un lado a otro de su vida. Una vuelta y otra vuelta y una vuelta más. Alguna vez la habría traído a este apestoso cuarto y otra vez la volvería a sacar.

Se iba y aparecía de repente de nuevo en el liceo y regresaba y se encontraba con Laudvan, Luis y Caimán. Intentaba dirigir aquella centrífuga hacia el futuro, pero, qué va, ninguno de los tres aparecía en Australia o Milán.

Un vértigo otra vez; y la cara de Guillermo. Todo daba vueltas y ya empezaba a sudar. Un vacío en el estómago; y se encontró acostada en su cuarto. Su historia, como el círculo, no tenía principio o final. No había un atajo, ni tan sólo un camino que conectara un recuerdo con el otro y después los insertara a la realidad. Las cosas, simplemente, flotaban en su cabeza, como los residuos de un naufragio. Y es que ella era el mar, el mar que siempre está pero que nunca es igual, que cambia y se mueve según sus corrientes hacia ningún lugar.

Taquicardia; y era una niña otra vez. Abrió los ojos; y encontró a Caimán que estiraba los músculos del cuello cuando intentaba hablar.

¿Qué pasaría si les dijera a Luis y Laudvan que ya, que hasta allí llegaba la cosa? Que se iba a su casa, que estaba cansada, que se sentía sucia, que se había fastidiado y que no quería jugar más. ¿Cómo reaccionarían?

La espiral la tomó por la cabeza y la engulló dentro de su torbellino como si, en efecto, fuese la protagonista de una película de Hitchcock.

—¿Por qué siempre dices esas vainas? —soltó Luis, todavía afectado— ¿Quién te dijo que esto iba a terminar mal?

—Nooo, güevón... ¿Me vas a decir que un secuestro y tal no es terminar mal?

—Marico, ella está colaborando con nosotros, es nuestra socia, ¿entiendes? No la estamos secuestrando por la fuerza, ella quiere que lo hagamos. ¿No es así, Ana?

Ana se limitó a mirar, y eso lo hizo con cierto esfuerzo.

—¿Sí, Luis? ¿La jeva quiere que la secuestren?

—Bueno, pana, piensa lo que quieras. ¿Me vas a hacer la segunda? ¿Puedes mandarle un mensaje a la gente de El Guardián? ¿O no?

—Te veo en Los Flores, te veo en La Planta —y Caimán rió de nuevo.

—Laudvan, pana, dile allí al güevón este lo que nos ha pasado. Cuéntale lo de la luz y el control de la vida.

Laudvan subió la mirada como si jamás hubiera escuchado aquellas palabras. No le gustaba Caimán, no le gustaba estar allí. Las energías se evaporaban.

—Bueno, sí, Caimán, han pasado cosas extrañas y... —se dio cuenta de que sonaba demasiado cohibido como para continuar.

—¡Marico, Caimán, pasamos al lado de los pacos en El Hatillo y no nos detuvieron!

—Gran vaina, cabezadehuevo, gran vaina —Alonso movía el cuello.

—Todo va a salir bien, pana, confía en mí. Vamos a cobrar 200 millones de bolos. Lo tengo todo planeado. ¿Cuánto nos cobrarías por mandar ese mensaje?

—¿Un e-mail? Pana, yo no sé si eso funciona así, no sé si esa vaina deja una huella...

—¿Sí? —el rostro de Luis se estiró de pronto.

—No, yo creo que esas vainas dejan un numerito arriba que es como tu cédula de identidad en Internet. Y no sé si los tombos están pilas al respecto, pero si lo están, nos pillarían en un segundo.

De nuevo Luis comenzó a frotar su pelo y a sacudir las piernas. Miraba a Ana en busca de un signo de aprobación o, por lo menos, de comprensión. Pero nada. Buscó las mismas señales en Laudvan, pero su amigo masticó: «Qué ladilla», y abrió la puerta del garaje con la esperanza de recibir un poco de aire. Allí estuvo un rato viendo el neón gigante de Ron 111 que brillaba sobre un edifico del oeste.

Hubo un largo rato de silencio, apenas interrumpido por el sonido del ron que pasaba, ardiente, por la garganta de Luis.

—No me miren así, pana. No es mi culpa...

—Te dije que ibas a terminal mal, Luis. La condena se cumplió.

—Caimán, no sabes lo que dices... Pana, eres sendo mamahuevo... Te estás volviendo loco, o ya estás loco. Todo el día jalado, tomando ron y cogiéndote a carajitas que no existen en Internet. Estás loco.

Caimán sacó una profunda carcajada de su esófago y continuó:

—Ja, ja, ja, marico, por lo menos no me salen ronchas en el huevo por andar cogiéndome a negritas birriondas sin condón.

El garaje, Los Palos Grandes, Caracas, el mundo, se convirtieron de pronto en un estanque de arena movediza. Luis se hundió en el sucio y desgastado cemento. Sudó frío y finalmente se atrevió a voltear hacia su amante-rehén.

Ana había tomado aquellas palabras como aspirinas con vitaminas y no sólo había despertado del mareo, sino que ahora estaba cargada de tremendas y poderosas energías. Arqueó las cejas y disparó flechas envenenadas con odio hacia el alma de su secuestrador.

—¿Cómo es eso?

Luis no habló.

—¿Te acostaste conmigo sabiendo que tenías un hongo, una infección y qué sé yo qué más? ¿Y sin condón?

Luis no habló.

Caimán rió.

—¡Responde!

Por fin abrió la boca.

—Sí que eres marico, Caimán, qué pajúo eres, pana...

Luis se encerró en el baño, incapaz de enfrentar las miradas de su amada y de argumentar nada a su favor. Pensó en meterse otro pase. Se sentó en la poceta, llevó de nuevo sus manos a la cabeza y esta vez sí que lo dio todo por perdido.

Contrapasión

Atardecía. Algunos pájaros trinaban y unos cuantos grillos los seguían. Las alarmas de los carros comenzaron a detonarse sin razón aparente y algunas sirenas de ambulancia chillaban a lo lejos.

Si alguien hubiera volado sobre las autopistas de Caracas en ese momento, hubiera visto un enorme gusano fosforescente, más bien rojo, y mudo. Su cabeza moría en una montaña y su cola nacía en el mar.

Allí la noche jamás caía de golpe. Antes de eso, el cielo recorría con parsimonia y voluptuosidad todos los pasos que hay entre el azul y el negro.

Aún así, la oscuridad llegaba desde algún sitio, siempre a la misma hora, siempre igual.

Otra vez domingo

Aquel par de imbéciles a los que amaba siguieron allí, mirándose las caras.

Más allá no había nada, una estación de bomberos, edificios, montañas, cerros llenos de luces parpadeantes y amarillas, la luna y ya.

Aún se oían disparos, el viento no cesaba. Me sentía culpable. Y mal.

No podía tomar ninguna decisión, ni siquiera pensar. Estaba todo tan revuelto que la única solución que encontré, creo que siempre pasa así, fue disfrutar aquello y hasta llegar a enturbiarlo un poco más. Quizás fue la resaca del crack.

Al final sí había un sitio por donde escapar, un enorme hueco en el cielo que me conducía de nuevo al secuestro de Ana Patricia Mendoza.

Iba a dar la primicia del año por lo menos, iba a resolver el caso y a ser famosa. Luego decidiría con quién quedarme, si con Alejandro o con Mega. Ya no me importaba.

La luna, los ranchos, los disparos, las alarmas que sonaban, cifraban una señal.

Devolví mis pasos y una vez más escuché un susurro amigo sobre mi cabeza: «Aaaeeeé».

Alejandro se había sentado sobre la acera y fumaba un cigarrillo en dirección al norte, mientras que Mega me esperaba de cara al sur, con los brazos cruzados y las piernas abiertas.

—¿Y entonces? —escupió.

—Vamos, pues —respondí.

Halé a Alejandro por el cuello de la camisa y lo levanté de su improvisado asiento. Él también tenía que montarse en la Cherokee. Mega nos detuvo.

—No puede ir, Yetzibell. ¿Qué te pasa?

—Pero... ¡Si es el hermano de Ana Patricia!

—No importa, nadie está autorizado... Además, se nota... No sé... Bueno, se nota que tienes una vaina con este carajo. ¿Vas a decir que no?

Conté hasta diez:

—Sí, tengo una vaina con él... Y también tengo una vaina contigo... Pero lo que quiero ahora es ir donde está ese Tufo y dejar de pensar en ustedes dos, ¿entiendes?

Siempre Alejandro se comportaba más como una cosa que como una persona y, fiel a ese espíritu, o a esa falta de espíritu, se mantuvo a mi lado con su clásica expresión de autista.

—Lo sabía, lo intuí, por eso me sentía tan mal... Tienes una vaina con este carajo, con un maldito zombi —Mega estaba realmente alterado, no soportaba la idea de que no lo quisiera o de que no lo quisiera sólo a él.

Soy una persona fiel. No me gusta que me engañen y tampoco me agrada la idea de engañar a los demás; pero todo esto es sólo teoría. Pasa, pasa todo el tiempo, que te enamoras de un tipo y te desamoras a los dos segundos y te vuelves a enamorar.

—Ven acá —le dije.

—¿Para qué?

—Ven.

Se movió un poco, sólo un poco y de mala gana, hacia mí. Y cuando lo hizo, le tomé de la mano y le di un beso suavecito en la mejilla y le dije: «Quédate tranquilo, todo va a salir bien». Aproveché la oportunidad y llegué rápidamente a la puerta del copiloto: «No compliquemos más las cosas, ¿quieres?».

—Pero es que... —intentó.

—¡Alejandro¡ —grité— ¡Ven!

Caminó con lentitud hacia la Cherokee. Mega destrabó el seguro y mi ángel, finalmente, subió.

DESINFECTAR

Mañana, a las tres de la tarde, al despertar, no habría ni un puto rancho que ver ni una maldita cola que aguantar. Nada, no iba a haber más nada. No podía existir otra dimensión distinta a la de ese lugar, no podía haber otra realidad, otros sonidos, otras caras.

Frank bailaba en la pista y se sentía ridículo cada vez que movía la cabeza, las piernas y las caderas con lentitud y arritmia. Su única intención, de todas maneras, era llegar cerca de Amaranta y decirle que era bella. Ella, igual, no podía verlo, tenía los ojos cerrados.

Viaje al centro de la tierra

—Eso que suena es Rick Wakeman, ¿verdad?... Rick Wackeman —fue lo primero que dijo Alejandro, una vez se montó en el carro.

Mega había puesto la condenada música a todo volumen.

—¿Conoces al Tufo? —preguntó Johnny.

—¿Vamos a casa del Tufo, no? Jamás lo he visto pero sabía que íbamos a ir, ya yo viví esto. Lo vi —tranquilo, con la vista puesta en lo que sucedía fuera del carro.

Mega me observó con cara de extrañeza, con ojos de «¿y tú qué haces con este loco?», mientras apretaba el botón de volume up en el reproductor.

De nuevo surcamos la autopista a toda velocidad. Casi lo sentí de nuevo. No había demasiados carros aquella noche de luna grande y nubes de tonalidad gris. Vimos la Plaza La Castellana, sus edificios, sus restaurantes. Comencé a sentirme inquieta.

En algún momento cruzamos a la derecha, luego a la izquierda y segundos después la punta de la camioneta mordía el norte.

De repente hubo más luz, destellos rojos, azules, amarillos. Gente, cada vez más gente, que subía las cuestas de Los Palos Grandes. Y luego patrullas, muchas patrullas, y policías vestidos de negro.

Las melodías magnéticas que surgían de las cornetas le daban a todo aquello un ritmo ralentizado, orquestal, irreal.

Llegamos a un punto en que las patrullas y los agentes bloqueaban el camino, nunca había visto a tantos policías juntos, y, finalmente, una improvisada alcabala nos detuvo.

Apuntaron con sus fusiles y, cuando Mega frenó, bajó el vidrio y con voz serena le habló al agente especial que custodiaba la zona.

—Buenas noches, oficial —empezó—. Soy Johnny Mega, de La Sónica, y estoy autorizado por el Fiscal General...

El funcionario tomó el radiotransmisor, cuya antena surgía de su chaleco antibalas, nos dio la espalda y se comunicó rápidamente con sus superiores, sin que nosotros pudiéramos escuchar.

Al cabo de unos segundos, dio la orden de que estacionáramos a un lado. Le obedecimos, bajamos de la camioneta, y seguimos la ruta que nos indicó: cruzamos una alcabala móvil, caminamos unos 50 metros hacia arriba, cuidando siempre de mantenernos a la izquierda y de no correr.

Llegamos a la puerta de un edificio. El Santa Catalina. Los vecinos se asomaban por los balcones y ventanas, las patrullas subían ruidosas y coloridas, los comandos, en traje de camuflaje o bragas negras, corrían; pero, igual, nadie entendía. Tampoco había nadie que lo explicara. Intenté preguntar, pero ningún policía habló.

Estuvimos allí durante media hora, sin saber exactamente qué hacer o esperar. Alejandro se sentó sobre el muro de la entrada del edificio, y Mega insistía en averiguar algo con cada uniformado que pasaba. Pedía que le dijeran al Fiscal General que él estaba allí, pero nadie le hacía caso.

No había periodistas, no había cámaras. Tampoco reporteros. No sabía qué clase de exclusiva estaba cubriendo, no sabía cuáles eran las fuentes, no sabía a qué dirección debía mirar.

Y así estuvimos durante 15 minutos más.

Hasta que, de repente, se escucharon tres disparos. Lejanos, pero potentes y sonoros. Sentí frío y miedo, mi estómago se contrajo y los policías echaron a correr.

La ciudad se paralizó mientras Alejandro murmuró algo que no pude entender. Mega lo empujó, no recuerdo por qué. Sólo había caos y confusión.

Por fin me decidí a seguir a los policías y dejé atrás a aquel par de bobos. No me importaban las órdenes de los uniformados, no me importaba nada, tenía que ver lo que sucedía. Las luces de las patrullas me desorientaban y todo lo que alcanzaba a escuchar eran gritos.

Y, no sé cómo, no recuerdo la manera, allí donde los buitres con sus chalecos antibalas, pistolas y cables, se reunían en un inmenso y oscuro círculo.

Lo vi entonces.

Era el cuerpo de un hombre blanco, de pelo largo y como de unos 40 años. Tenía huecos de bala en el pecho, la cara y las piernas. La sangre inundaba su cabello, su cara, su ropa. Litros de sangre, litros que aún salían de su cuerpo en abruptas erupciones. Su piel ya estaba pálida y algo verde, sus ojos eran dos fosos grises sin fondo y sus piernas todavía temblaban un tanto cuando los policías lo sacudieron con sus botas.

Era la primera vez que veía un muerto.

¿Qué vas a hacer al respecto?

—Abre —gritaba Ana, mientras estrellaba sus nudillos en la puerta del baño—. Dame las llaves del carro, que me voy.

Laudvan metió la cabeza dentro del garaje y miró con indiferencia. Ana, Luis, Caimán: ¡qué trío de imbéciles! Sifrina malcriada. Quemado fundido. Psicópata esquizofrénico. No podía hacer nada, no había manera de sobreponerse. Habían tenido un plan, un proyecto, una idea, una gran idea, un gran momento. Ahora, otra vez, no existía nada. Todo volvía a ser igual.

Era como despertar después de una borrachera de dos días, como el ratón del ácido. ¿Cómo había sido tan estúpido como para soñar? Ahora estaba en cero. Lleno otra vez de dudas, vacío y miedo. Hace nada le habían cortado la luz.

Caimán tomaba ron y degustaba sus risas frente a la escena de los dos amantes. Se encogía en su silla, tomaba aire y volvía a reír. Parecía orgulloso de su obra.

—Ábreme —seguía Ana, ya con las venas de la garganta hinchadas.

Luis abrió la puerta, no sin antes procurar que la manilla produjera un ruido aparatoso.

Los dos se miraban ahora de frente y, antes de que ella pudiera hablar, el héroe de Los Palos Grandes la tomó del brazo y la trajo consigo dentro del pequeño baño. Se apresuró a pasar el cerrojo ante el estupor de Ana, que no tardó mucho en reaccionar.

Intentó abrir la puerta pero su secuestrador se lo impidió.

—Escúchame, escúchame, ¿quieres?

Ana seguía, se empeñaba en abrir la puerta y salir de allí.

—¡Suéltame! —decía, toda despelucada.

—Déjame hablar.

—¡Dame las llaves!

—¡Dame una oportunidad!

Ana cesó, se plantó a dos centímetros de la nariz de Luis y dijo:

—¿Qué me vas a decir? ¿Que me pegaste el Sida?

—No, no, pana. No tengo Sida... Déjame que te explique —y Luis se sentó de nuevo—. Pana, ¿cómo te digo? Te quiero, te quiero burda, lo juro. Yo nunca he tenido una jevita, de verdad, nunca en mi vida, lo juro, y tú me gustas de verdad, no la quiero cagar. Por eso, por no tener jevita y tal, andaba por allí como un loco, como un loco perdido, ¿sabes? Y me resolvía por ahí con la primera que se resbalara. Pero tengo un año sin tirar... Sin hacer el amor con nadie, salvo contigo ayer, claro. Una vez me salió un hongo y tal, una cosa rara, fui al doctor y me la curó, no me sale desde hace como siete meses. El médico me dijo que era una infección que trasmitían las mujeres, que a ellas no les pasaba nada y tal, pero que se lo pegaban a los hombres, ¿ves? Con control y tal se cura. Un día se lo conté al marico de Caimán y mira lo que hace, pero no le pares... No usé condón porque ni siquiera me acordé de esa vaina, no pude ni pensar, ¿y tú? No tuve tiempo para decirte nada, fue burda de loco... No la quiero cagar.

—Me pegaste algo, ¿sí o no?

—No, creo que no...

—¡Dame las llaves! —ordenó.

La miró de nuevo, con desesperación y ahora desde la poceta. Ella seguía inflexible.

—¿No te acuerdas de anoche? —y sus ojos negros brillaron.

—Sí, me acuerdo...

—Creí que para ti también había sido especial... De repente cambiaste, pareciera que ya no te intereso.

—¿Cambié? ¿Yo cambié? Tú fuiste el que me gritó, y tú y Laudvan fueron los que se empezaron a burlar de mí en el carro...

De repente se abrió una grieta en su represa y empezó a llorar:

—Primero, mi hermano regresa de Cuba de una clínica de rehabilitación para drogadictos, porque él es drogadicto, tú no lo sabes. Pasan unas semanas, se aparece en mi cuarto con un cuchillo y dice que me va a matar si no le doy dinero. ¿Cómo quieres que me sienta? ¿Qué quieres que piense? Lo botan

de la casa porque está loco, loco, y se aparece de nuevo en mi cuarto, pero esta vez con una pistola. Destroza el equipo de sonido, la televisión y después le pega un tiro a Manuela, ¿qué culpa tenía ella? La metí en el carro y me fui bien lejos. Mira hasta dónde llegué. Ay, es que, igual, no venía sintiéndome bien, estaba deprimida desde antes, triste. Cuando salgo de la casa, entonces, me vuelvo loca y empiezo a dar vueltas por la ciudad hasta que me encuentro contigo y me secuestras. Luego me enamoro de ti y empiezas a tratarme mal, como una estúpida, y para colmo me pegas un hongo.

Limpió las lágrimas de sus ojos y, antes de que pudiera seguir con el discurso, Luis la había abrazado.

Aquellos dos no estaban destinados a seguir juntos y empezaban a entenderlo. Pero una vez más llegaba esa energía, la energía que era más fuerte que el amor.

HUIR

Cuando escuchó los disparos creyó que detrás de él había, por lo menos, 50 patrullas. Tres disparos, alzó las manos y se detuvo. El Bróder pensó que eso era todo, que hasta allí había llegado, que ya no quedaba otro paso que lo separara de la muerte. De repente vio que las patrullas y sus luces, amarillas, azules, rojas, seguían de largo, que los transeúntes corrían más allá y que ya nadie lo miraba.

Percibió de nuevo el olor de las hamburguesas de McDonald's y recordó a sus hijos. Sintió una tristeza tan grande, una desolación tan infinita.

Los disparos aún seguían atrapados entre sus dos orejas. Paá. Paá. Paá.

El mundo no podía continuar así, estaba al revés. Había que hacer algo, claro que sí.

Aquellos disparos lo conmovieron tanto como la muerte de un amigo, pero ahora había que caminar, sobrevivir y triunfar, una vez más.

Hacia Petare, siempre hacia Petare.

VIRUS

Blanco.

Blanco.

Sólo blanco.

El vaquero verde.

El vaquero verde mueve un pie.

El vaquero verde mueve un pie y mira hacia el cielo.

El vaquero verde.

El vaquero verde baila.

El vaquero verde baila y mira hacia el cielo.

El vaquero verde.

Círculo azul.

Círculo azul.

El vaquero verde está en la nada y baila dentro del círculo azul.

La música continuaba en la fiesta de Cecilia, aunque ahora más lenta y a mayor volumen. Era, desde hacía al menos dos horas, la misma canción. Una que repetía: «Uch», «uch», «uch».

COCODRILO

—Panita, ¿un roncito? —Caimán por fin volteó hacia Laudvan.

—No, gracias.

—Ay, sí, «no gracias». ¿Qué té pasa, güevón? ¡Tómate un ron!

—Es que no me siento bien.

—¿Un pase? ¿Quieres un pase?

Laudvan cambió la expresión.

—¿Tienes perico?

—¡Claro! ¿Quieres un pase?

—Dale, pues.

Y Caimán comenzó a hurgar en sus bolsillos desesperadamente. Luego puso en marcha su silla y afanosamente buscó sobre una repisa, llena de polvo y circuitos eléctricos rotos.

—La tiene Luis. La bolsa la tiene Luis y es de 5.000.

Volvió su silla contra la puerta del baño y antes de gritar y tocar la puerta con rabia, oyó cómo se escapaban jadeos y gemidos, suaves, eso sí.

Era como música. Música que ya no oía. Música. Melodías perdidas. Pegó su oreja a la puerta y cerró los ojos.

Laudvan ya había escuchado esa sinfonía.

LENGUAS SUBMARINAS

Ana y Luis se hundieron en saliva, en un inmenso mar de saliva. Hacia el fondo, juntos hacia el fondo de ese océano. Pegajosa y dulce saliva.

8

Algo en algún momento

Estaba en el Fiat Uno rojo de Tamarindo y repetía en la noche eterna de Los Palos Grandes: «500.000... 500.000».

Una Honda XL 250 cruzó entonces por su cabeza.

«Y no los pude conseguir, Tamarindo. Hice de todo, pero nada. No será mía».

Dos borrachos peleaban por una mujer en la arepera.

«Hace una semana, Teodoro me llamó. Se piraba para Maturín. No me explicó por qué. Y me dijo que la vendía, la vendía por millón y medio. Una ganga. Y la quería, quería».

Trancó el teléfono y se dispuso a conseguir el dinero. Tenía unos puchos y unas bolsas que a lo sumo llegaban a valer unos 400.000 bolívares, lo mismo que nada. En Caracas no existían tantos adictos como para salir un domingo en la mañana, pararse en una esquina frente a una arepera y vender todo el perico que le quedaba. Sólo era el último eslabón de una cadena que comenzaba en Colombia, seguía a Los Palos Grandes, y de allí a las cabezas de los dañados; todo un proceso que no se podía resolver en una mañana.

Guannn, guannn, sobre cerros resecos. Guann, Guann en las aceras gastadas de la ciudad. Guann, guann, hacia la libertad.

Salió a la calle.

La calle, siempre tenía una respuesta.

Caminó hacia el este, luego hacia el sur, retomó el norte, volvió al oeste.

El sol le pegaba en la cabeza y el concreto desolado hervía. Quería esa moto, quería esa Honda XL 250.

Recostó el pie izquierdo a una pared y se arrimó a la sombra.

«¡Ese José!».

«¿Qué dice el Manuel?».

«Aquí panita, aquí».

«Duro».

«¡Ay!».

Y entonces, como agentes de Dios, los tres bajaron del Sierra blanco con sus lentes oscuros, sus bigotes y sus chaquetas de lino marrón. Laureano, Wladimir y Johan, siempre tenían un negocio que atender.

Cruzó la calle dispuesto y casi sin ver, y allí, en la panadería Bizantina, los encontró a punto de ordenar un café. Sin emoción, más bien con aburrimiento, le devolvieron el saludo, tan sólo levantando la cabeza levemente.

Pegarse, pegarse aunque molestara y en algún momento hablar. Ordenó un cachito de jamón y un Rikomalt.

Los pájaros trinaban a lo lejos.

Hablaban de béisbol y ya empezaban a mirarlo raro.

El viento sacudía las hojas de los árboles.

—¿Qué es lo que quieres? —dijo Wladimir detrás de sus lentes oscuros.

—Tú sabes.

—¿Perico? No, no tenemos.

—No, no es perico. Necesito dinero, un millón y medio.

Johan rió.

—Estás loco —sentenció Laureano.

—Hago lo que sea. Lo que sea.

—¿Lo que sea? —preguntó Johan.

Los pájaros trinaban ahora con un tono insoportablemente agudo y el viento se estrellaba contra las hojas de los árboles de Los Palos Grandes.

Le hicieron señas para que los siguiera de nuevo hasta el Sierra y, una vez montados en el carro, entromparon el norte, como a 120 por hora.

Sin hablar, dieron varias vueltas por La Castellana y el Country Club y de repente estacionaron frente una enorme casa.

—¿Lo que sea? —volvió a decir Johan.

—Sí.

—¿Ves aquel escudo pegado en la pared?

Hizo un esfuerzo y trató de enfocarlo bien a pesar del complicado repujado en hierro que mostraba caballos, leones, dragones y jinetes.

—¿El que dice «Embajada de Bulgaria»?

—Sí.

—Tenemos un cliente que lo quiere.

—¿Que quiere qué?

—El escudo.

—Un millón si nos lo entregas mañana.

—¿Pero cómo voy a arrancar eso de allí? ¡Está incrustado en la pared!

—No sé, ese es tu problema.

—Millón y medio —insistió.

—No, un millón.

—Va.

—Adentro hay guardias armados. Ten cuidado.

Fuego lento

La embajada de Bulgaria quedaba arriba, muy arriba, en el Country Club.

Fue más fácil encontrar que alguien le prestara un carro, el Ford Del Rey de su hermana, que un martillo, un destornillador y un cincel.

No era la primera vez que usaba ese tipo de herramientas, incluso una vez tuvo un maletín con un juego completo. Eso fue cuando intentó ser mecánico.

Precisamente su amigo, Doménico, el del taller de la octava transversal, fue quien le dio los instrumentos que servirían para la fechoría.

La vida, pensaba, era un suspiro que se tomaba y ya. Una bocanada de aire que duraba un segundo. Por eso no tenía miedo, nunca pensaba en lo que podría pasar. Jamás creyó que existiera algo diferente al Ávila siempre sobre su cabeza, al sol que caía sobre la cuarta avenida y al viento que soplaba a las siete de la noche dentro de su habitación.

Se habían ido y habían regresado, todos, y él siempre allí. Pero ahora, guann, guann, le tocaba el turno de huir.

El Country Club olía a comino y de repente recordó el sonido de un violín. Estacionó frente a la embajada y permaneció allí el tiempo suficiente como para creer que controlaba la situación.

Era una calle ciega y los postes de luz funcionaban con poca eficacia. Árboles frondosos caían sobre la calle y producían una intensa y profusa sombra.

Lo único que se veía con claridad era el escudo, y sólo porque le apuntaba un potente faro.

«Embajada de Bulgaria».

«Bulgaria», pensó. ¿Cómo podía existir? «Las mamis, ¿cómo serán las mamis en ese lugar?». Jamás iba a saberlo. Tenía que robar el escudo nacional con sus dragones y jinetes, eso era todo.

No sin miedo, se acercó hasta el imponente símbolo patrio e insistió en encontrar tornillos o tuercas para llevárselo como un mango. Pero no, no había nada de eso. Estaba fundido a la pared.

Tomó el cincel y, con el martillo, lo hundió un poco, apenas para tantear el sonido que podía producir tal acto. Asustado, devolvió sus pasos al ver que un buen trozo de pared había cedido sin producir demasiado ruido. Volvió.

Tic, tic, tic, y el cemento se volvía polvo. Tic, tic, tic, alrededor de los caballos y dragones. Tic, tic, tic, y el sonido se hizo insoportable. Tic, tic, tic, como los truenos en el cielo. Toc, toc, toc.

Comenzó a martillar rápidamente hasta que su conciencia e instinto se pusieron de acuerdo para aconsejarle que parara porque, tarde o temprano, sería la regularidad y no la contundencia de los golpes lo que iba a alertar a los guardias, si es que los había.

Entonces regresaba al carro, se fumaba un cigarro, pensaba o miraba al cielo, y cuando se cargaba otra vez de valor y energías, retornaba a la escena del crimen. Así estuvo la noche entera.

De pronto, mientras estaba sentado sobre el capó del Ford brasileño, una voz grave se le metía en el pensamiento. Una voz ronca que le decía: «Hola... Hola... ¿Cómo estás?».

Y subía la cabeza hacia el universo como si realmente las palabras que penetraban en su cuerpo proviniesen de allí. Y cuando lo hacía y se topaba con las estrellas, se reconocía en ellas y recordaba que también ellas habían estado siempre, desde el principio.

El cielo había sido testigo, nadie más. Lo vio crecer, jugar en los hirvientes estacionamientos de los edificios de Los Palos Grandes y fumar marihuana en las canchas de golf del Country Club, las mismas que ahora se disponían a sus espaldas. Había presenciado cómo la vida había cambiado y, al mismo tiempo, permanecía igual.

«Hola... Hola... ¿Cómo estás?».

¨Bien, depinga».

Y se encaminaba de nuevo hacia el escudo para seguir desmenuzando su alrededor. El concreto era grueso, así que no bastaba con que lo bordeara. Había que hacerlo varias veces, con paciencia, calma y sin hacer demasiado ruido.

Rápidamente sus manos y su franela azul claro habían quedado impregnadas de un polvo amarillento que, poco a poco, con la ayuda del sudor, se había convertido en lodo.

Con el cincel moldeó aquel cemento como si fuera la XL 250. Con la XL 250 se iba a ir a Puerto la Cruz o a la Gran Sabana, no importaba, lo que le motivaba de todas maneras era la carretera, la idea de rodar sin destino por Venezuela, ser un verdadero fugitivo.

Guann, guann.

Esta vez era definitivo, tenía un plan, un proyecto. Viajar a Coro, hacer un trabajito allí, rodar hasta Maracaibo, hacer otro, ir a Mérida y así... Libre al fin.

Pero antes tenía que terminar la encomienda de Laureano, Wladimir y Johan, darles su maldito escudo, negociar con Teodoro a ver si le dejaba la XL por un millón y luego arrancar.

Volvió a recostarse contra la puerta del carro. Ahora que lo veía se sentía orgulloso: habían pasado algo menos de tres horas y el escudo se veía casi completamente desprendido, como fruto de su tesón.

«Recuerda, recuerda», le decía ahora la voz, de nuevo ronca y ralentizada como un disco de 45 en 33.

«No».

«Tenías frío y tratabas de cobijarte con tus brazos. Había más de 100 invitados y tú te sentías solo, despreciado e incomprendido. La dueña de la fiesta hablaba con todos menos contigo. Tenías unos pantalones rotos y el pelo sucio».

«No».

«La grama estaba húmeda y veías a la orquesta de lejos. Tus amigos la pasaban bien. Año 76».

«Hola».

«Te sentías mal y solo».

«No».

«De repente la viste caminar hacia ti desde el fondo del jardín. Llevaba un vestido dorado ajustado, una copa de champaña en la mano y su cabello marrón le caía en hermosos rizos sobre la cara. Tenía unos enormes ojos negros que te miraron, sí, te miraron. Y quisiste hablarle y decir que la adorabas,

que habías sentido ternura y comprensión en esos ojos, pero no, no lo hiciste, se perdió en la fiesta y jamás la volviste a ver».

Comenzó a llover y, entre tinieblas, se lanzó de nuevo sobre el escudo y el cemento, esta vez con ganas de terminar la obra.

Picó y martilló, cubierto por un barniz de barro y polvo que lo hacía ver como un minero. Dos o tres horas más y, cuando ya amanecía y el horizonte tenía un color plomizo, sintió que el escudo se movía.

Trató de desprenderlo y cedió un tanto. Lo tomó con las dos manos y la pared sonó «crack», como si de una galleta se tratara. Era enormemente pesado y aunque empujaba y ya una gran zanja lo bordeaba, se resistía a irse del muro de la embajada. «Listo, listo», pensó.

Entonces, la puerta del garaje corrió con un discreto ruido. Un hombre cubierto con un impermeable de plástico rojo al que apenas se le veía la cara salió, al parecer, sin esperar que nada extraordinario ocurriera. Cuando el extraño volteó y lo encontró allí, arrodillado y sucio frente al escudo, sus ojos emitieron un brillo verde que se congeló por unos segundos en las gotas de lluvia que caían.

Permanecieron inmóviles, cada cual en su posición, a la espera de la reacción del otro. Paralizados, miedosos.

Finalmente, el hombre del impermeable hizo un intento por retroceder, sólo un poco, al tiempo que decía algo que el ladrón no pudo escuchar porque se lo impidieron los ladridos de un perro. Se dirigió, primero a rastras, y luego corriendo, hacia el Ford Del Rey.

Lo encendió con un sólo toque y, sin pensarlo dos veces, puso el retroceso para salir disparado de aquel callejón. El hombre del impermeable rojo, entonces, se fue difuminando a la distancia, al igual que la XL 250. Atrás quedaba el escudo, desplomándose fuera de su base, y los viajes de Easy Rider alrededor de Venezuela. La vida no importaba nada. Frenó el carro bruscamente y los cauchos traseros se deslizaron un tanto hacia la izquierda. Llevó su mano a la palanca de cambios y puso primera de un golpe. Empujó el croche hasta el fondo y con su otro pie apretó el acelerador.

El Ford Del Rey casi se levanta del impulso. No tardó nada en llegar de nuevo a la escena del crimen. Frenó y, esta vez más que dispuesto, se bajó del auto y en una ráfaga de determinación empujó al extraño que, atónito, terminó en el suelo. Luego tomó el escudo de un contundente y poderoso jalón. Casi podía con él, era demasiado pesado incluso para dos hombres pero, a lo Hulk, logró ponerlo sobre el asiento trasero del carro: nadie le iba a quitar su moto.

Antes de partir tuvo tiempo de impedir que el del impermeable rojo se levantara del charco sobre el que había caído. No tenía las botas militares, pero sus zapatos de goma sirvieron igual para patear el estómago blando e inflado del que suponía era un guardia.

Más que satisfecho, se subió de nuevo al Del Rey y arrancó de allí con una sonrisa en la boca. Así se toman las oportunidades.

Había poco tráfico cuando llegó a la Avenida Principal del Country. Ya no olía a comino, más bien a humedad, una humedad poco densa que impregnaba de frescura y alegría el corazón.

Horizonte

Cobró el cheque después de que la cajera confirmara varias veces la transacción con el gerente de turno. También le tomaron fotos con esa maquinita rara que tienen los bancos.

Se tiró sobre su cama y durmió.

Soñó que estaba en un lugar que no tenía cielo. Era una ciudad gris de edificios altos y ángeles sucios que volaban por la autopista mientras gritaban: «Te amo, te amo».

Su madre, al rato, tocó la puerta y anunció que alguien le llamaba. Se levantó, aún mareado, y fue hacia la sala a contestar el teléfono.

—¿Qué más?

—Quebrado, no duermo desde ayer.

—¿Me llamaste?

—Tengo tu dinero.

—¿El millón 500?

—Casi casi, tengo un millón y esta tarde consigo el resto. No has vendido la moto, ¿no?

Eran las cinco de la tarde, buena hora.

Encaletó el material en el muro de piedra de las residencias San Onofre y, algo atontado, se paró en la esquina de la panadería Bizantina. Antes había tomado dos pases de una bolsita que luego había guardado en el bolsillo del pantalón.

Igual, las cosas seguían lentas. Entraban y salían de los mercados con cientos de bolsas en sus manos, sacaban y metían sus carros, caminaban de arriba abajo la avenida, miles de ellos, y aun así tenía la impresión de que no había ni un alma en la urbanización.

No tardaron en caer por ahí los panas. Algunos venían del gimnasio, otros del liceo o del trabajo.

Era su esquina, y allí estaban sentados en la acera o en la maleta de un carro escuchando a Fernando, mientras las sombras se precipitaban sobre el Ávila:

—Lo voy a matar, de pana. Cinco años en esa mierda y el tipo además de que me bota, no me paga. De pana que lo voy a matar. Tres millones, me debe tres millones el coñodesupepa. En la noche me voy a meter en su maldita quinta de Prados del Este, me voy a violar a su esposa, que además está buenísima, y le voy a robar hasta las medias.

Lo vieron, sorbieron sus maltas y sus rikomalts y luego escupieron: «No, marico». «Hablapaja». «Cagón».

—¿Ah, no me creen? Ya verán, cabezadehuevos.

Nadie compraba nada. Hablaban y hablaban, pero ninguno parecía querer oler.

—Lo mismo dijiste cuando Corelis te montó cachos, mariquito, y todavía estás con ella, eres un cagón —atizó Fermín.

Y entre acusaciones y promesas, de repente se hicieron las siete y no hubo más luz. Poco a poco fueron desalojando la esquina. En sus casas les esperaban el televisor y la comida. Si llegaban a tiempo, hasta podrían ver el Chavo del Ocho aún con la cena caliente.

Esa era la parte más fuerte, quedarse sin compañía entre sirenas repentinas de patrullas, y dañados que no querían pagar. Solo en una esquina, corriendo de aquí para allá, man, en la oscuridad.

Nancy y 120 estaban rezagados en una acera y parecían discutir por algo.

Rafa y Andrés aparecieron detrás de las luces de un Corolla.

Movían sus cuellos de izquierda a derecha como si alguien los persiguiera, como si un mono rabioso estuviera acechándolos para brincar sobre sus cabezas en un momento de debilidad.

Se alegró al verlos. Cruzaron la calle.

—¿Qué más?

—¿Qué más?

Dos bolsas de 5.000, apenas dos bolsas de 5.000, eso era todo lo que querían. Así no llegaría a ningún lugar.

Caminó unos metros más arriba hasta la licorería, se compró una birra y recostó la espalda contra una pared. No había nadie y faltaba poco para que cerraran.

Se quedó observando las luces que provenían del edificio que estaba enfrente. Intentó visualizar lo que ocurría dentro de los apartamentos, pero todo lo que llegaba a divisar eran cabezas que se movían de aquí para allá y el reflejo de algún programa de televisión sobre los vidrios de un balcón. Sorbió un trago de su Polar.

En eso, una habitación del segundo piso se iluminó. Una silueta borrosa y curva se precipitó sobre la ventana. Era una mujer y parecía vestirse. Era joven y hermosa, o eso imaginaba.

De repente desaparecía y a los segundos estaba allí de nuevo desenfocada, mostrándole sus grandes senos, diciéndole que también se sentía sola, que lo necesitaba, que lo amaba.

Ahora se veía en el espejo y bailaba y volvía a irse y regresaba.

Una patrulla de la policía de Chacao se detuvo frente a él. Sus luces potentes lo obligaron a bajar la mirada y olvidar por instantes a su amada. El agente que manejaba lo miró fijamente, con odio y rabia. Se iba a bajar y a detenerle, pero él allí no cargaba nada, todo estaba encaletado en la pared de las Residencias San Onofre. ¿Qué le pasaba al paco ese?

No se atrevía a verle directo a la cara, sostuvo su cerveza en la mano y lentamente se la llevó a la boca para darle un pequeño trago. «Llévame preso, marico, tombo güevón».

El policía de Chacao lo miró, una vez más, de arriba a bajo y a los pocos segundos movió su patrulla hacia al norte, no sin antes emitir una expresión de asco.

Volvió a subir la mirada y a enfocar el segundo piso. Había más luz y podía ver mejor la habitación, pero ella ya no estaba. En su lugar, un viejo flaco y calvo apareció vestido sólo con un interior.

Buscaba algo perdido en aquel cuarto cuando la mujer, ahora iluminada, regresó. Era gorda y vieja también. Sus enormes senos se transparentaban un tanto a través de la dormilona marrón que llevaba. Recogía algo en la cama cuando su esposo le agarró por la cintura y jugueteó con sus tetas.

Volteó, le dio el último sorbo a la lata y compró otra cerveza antes de que la licorería cerrara.

Estuvo hasta las 12 de la noche por las calles oscuras de su urbanización y poco negoció antes de que el sueño lo derrotara.

La esperanza

Ya era jueves y sólo había podido recaudar unos 45.000 bolívares. Además de los 10.000 que le habían dado Rafa y Andrés el lunes, había vendido entre el martes y el miércoles algunas piedritas sueltas y unas bolsitas de 2.000. Nada.

Le faltaban, por lo menos, 300.000 bolos para poder hablar seriamente de la moto.

Teodoro se iba esa noche para Maturín y le había dicho que si no tenía el dinero completo, prefería llevarse la XL con él.

No sabía qué hacer. Si fuera viernes, con tan sólo pararse en una esquina lo hubiera vendido todo, todo. Si tuviera un carro y un celular, podría competir con los dealers a domicilio que iban a cualquier lado de la ciudad y no se tenían que quedar parados como unos bobos y pagando para despachar los míseros tuques.

Si tuviera, si fuera, si hubiera. Fue hasta la sala y llegó al teléfono, lo miró un rato y luego marcó indeciso.

—Rafa, te doy todo lo que tengo por 300.000 bolos... ¡Esa mierda vale, por lo menos, 600! ¿Qué te pasa? ¿Que no los tienes? No me caigas a cobas, carajito, que tú, cuando quieres, consigues todo el real que te da la gana... Túmbale a tu viejo un cheque, róbale su repro, vende tu maldito Nintendo o tu televisor... ¿Cómo que te estás dejando de eso? ¿Ya no te fumas la piedra? Marico, vas a tener risca para un mes y no te va a costar nada... Crema, mamahuevo, ¿cómo va a estar? Sí que eres marico, muchacho bobo, aprovecha, aprovecha... ¿A qué hora me vas a llamar? ¿A las cuatro? ¿Seguro? ¿Vas a conseguir los 300.000 bolos?

Colgó.

Era la única posibilidad, ¿o no? ¿Qué otra cosa podía haber hecho? ¿Salir de nuevo a la calle? Prendió la radio y se echó en la cama, confiado en la habilidad de Rafa para conseguir el dinero.

Cerró los ojos y escuchó el sonido de una guitarra a lo lejos. La melodía le parecía conocida, maternal. Entonces sólo hubo música y sueño.

La guitarra seguía sonando en algún lugar, cada vez más cristalina y nítida, cuando de pronto allí, entre precipicios y explanadas, apareció José Alfredo, joven y flaco como solía ser, montado en el Mustang que le había regalado su papá cuando cumplió 18 años. «José Alfredo, ¿qué haces aquí?».

Se subió en el carro y dieron unas vueltas por El Paraíso. Luego pararon en una heladería y José Alfredo prendió un cigarro.

«¿Vamos a cambiar al mundo, no?», dijo con la pollina negra, larga y alisada sobre su ceja derecha.

«Hace años que no sé de ti. Te fuiste un día y más nunca supe de ti».

«Soy millonario y vivo en Madrid».

«¿Todavía te acuerdas?».

Ahora caminaban sobre un césped gris que se parecía en algo al del Parque del Este. «Mi vida ha pasado demasiado rápido, José Alfredo».

«La mía también».

«No quiero morir».

«¡Mira!», gritó José de repente. «¿Esa que viene allí no es la que fue novia tuya? ¿Cómo se llama? ¡Marián!

Y la mujer se acercó descalza, luciendo una larga y ancha bata de colores.

«No, ella se casó hace como diez años».

«Es Janis Joplin», dijo José.

«¿Sí?».

«Sí, soy Janis Joplin», contestó ella. «Y vine aquí para decirte que no conseguirás tu XL 250».

Volvió a sonar la guitarra y, cuando volteó, no encontró ni a José Alfredo ni a Janis. Ahora estaba en la discoteca La Jungla y todos los amigos estaban allí de nuevo, vestidos con sus chaquetas de cuero y sus Levi's desteñidos. «¡Regresaron, regresaron!», gritó en medio de la pista.

«¿Frank? ¿Alicia?».

«Aquí», contestaron.

«¿Dónde andaban metidos?», replicó.

«Aquí, siempre aquí, en La Jungla».

«Pero si la demolieron hace años y ahora hay un edificio».

«Nunca nos movimos».

«Ayúdenme, sáquenme de aquí. ¿José Alfredo?».

Permanecieron callados y con expresión maligna. Le dio miedo y retrocedió cauteloso al notar que los ojos de sus amigos empezaban a arder con pequeñas llamaradas amarillas en la oscuridad de la discoteca.

Intentó huir de La Jungla pero alguien lo detuvo: «Quiero jugar pin-ball, llévame a jugar pin-ball», dijo, tomándole de la mano. Era un niño, un niño con una cara muy familiar.

«Ya no hay pin-ball, ya no hay pin-ball», aulló antes de despertar. La guitarra había desaparecido y, en su lugar, el sonido estruendoso de una voz con estática reducía las distancias y borraba a José Alfredo y a sus compañeros del sueño.

Abrió los ojos y se sintió a salvo al encontrar el techo de su cuarto sobre su cabeza. Pero sufrió de pánico al detectar que la realidad tenía el mismo sonido que el sueño. Creyó, por instantes, que aún estaba dormido y se paralizó al pensar que cualquiera de esos fantasmas podía regresar.

Estaba mareado y permaneció unos segundos con la mirada puesta en ningún lugar, hasta que entendió que la voz distorsionada provenía de la radio que chillaba en el suelo de la habitación. No sólo era que estaba mal sintonizada, es que la voz gritaba en vez de hablar.

Se levantó, intrigado, y sintonizó con cuidado la estación hasta que pudo oír con claridad lo que el locutor contaba con descontrol.

«Estamos seguros de que todo va a salir bien. Le pedimos al secuestrador que se comunique con nosotros y que nos haga saber cuáles son sus peticiones. Que apele a la razón. Hemos llamado al Fiscal General de la República, y ya se encuentra en camino. Te aseguramos tus derechos constitucionales. Tenemos una línea especialmente dispuesta para eso. 94-19-94. Repito, llámanos al 94-19-94. Como veníamos diciendo, hace apenas unos minutos un hombre armado irrumpió en nuestros estudios y tomó como rehén a Ana Patricia Mendoza, hija del conocido editor y dueño del diario 'El Guardián'. ¿Ahhhh? A las cinco y 32 minutos de la tarde seguimos con más música... «.

Se sentó de nuevo en la cama y escuchó con algo de confusión la balada en inglés que soltaba ahora el aparato. Comprobó la hora en los números rojos del reloj digital, bostezó, y se sintió mal al recordar su moto.

Sí, eran ya pasadas las cinco y media de la tarde, y el güevón de Rafa que no llamaba. Con torpeza fue a la sala y pulsó los botones del teléfono.

—¿Qué pasó?

—Negativo.

—¿Cómo que negativo?

—Coño, no tengo el dinero, marico. ¿Qué crees, que 300.000 bolos se consiguen así de fácil? Para el sábado, pana, para el sábado puedo tener 150.000.

—Cabezadehuevo —dijo con rabia, y colgó.

Regresó al cuarto y se fachó uno del tamaño de un dedo índice. No podía confiar en nadie, no podía contar con nadie, eran todos unos mamagüevos. Coño, tenía un millón, lo que le faltaba era nada, ¿cómo podía estar en esa situación? Le provocaba tener una pistola y salir a la calle y robarle el carro al primero que se le cruzara.

El ruido de los tubos de escape oxidados de los autobuses y carritos se metía dentro del cuarto así como su humo. También había comenzado a llover, el cielo estaba nublado y El Ávila mostraba su lado más lánguido. Allí tuvo la vista puesta por unos segundos hasta que el locutor una changa en español y habló:

«94-19-94. Hace unos momentos, un hombre armado irrumpió en nuestros estudios y secuestró a Ana Patricia Mendoza, hija de Federico Mendoza, editor y dueño del diario ‘El Guardián’. Se dirigen en un Mitsubishi rojo, modelo Luxo, a un paradero desconocido. Le pedimos a nuestra audiencia que esté alerta. La descripción del secuestrador es la siguiente: Hombre blanco, cabello negro, mediana estatura, como de 25 años. Viste una franela con la imagen del Comandante Chávez y usa una chaqueta de cuero negra...»

Miró a la radio con extrañeza, no podía ser, no lo podía creer. Era Luis, el secuestrador era Luis. Nadie más usaba una camisa del Comandante Chávez y nadie más era tan estúpido como para secuestrar a la hija de ese editor.

«94-19-94», repitió inconscientemente con los ojos chinos, rojos, y volvió a pensar en su moto. Tenía que convencer a Teodoro de alguna manera, tenía un millón y alguito más, eso era bastante, por lo menos para una inicial. Pero el imbécil de Teodoro era un caleta, avaro, miserable, y si no tenía su millón y medio o algo parecido prefería tirar la moto al Guaire antes que vendérsela a alguien.

«Coño de la madre, coño de la madre», le gritó a Los Palos Grandes desde su ventana, pero nadie volteó.

«En nuestros estudios se encuentra el Fiscal General de la República y reiteramos que los derechos constitucionales del secuestrador están garantizados, siempre y cuando se comunique con nosotros, deponga su actitud y termine con este absurdo secuestro».

Emitió una leve sonrisa al pensar en Luis e imaginárselo pálido y vuelto un culo con la pistola y la jeva. Qué mariquito era.

«94-19-94», repitió otra vez inconscientemente. Un soplo helado entonces se le metió en el corazón.

Aquellos mamagüevos de la radio podían pagar dinero si les daba información. «Ese marico se llama Luis La Piña y vive en la tercera avenida».

Su mamá y su hermana veían televisión, algo también sobre el secuestro. «94-19-94» y tomó el teléfono, sin pensarlo demasiado, como un juego.

Marcó una vez y el teléfono de la radio estaba ocupado. Desistió y se dirigió a la cocina a buscar algo que comer. Abrió la nevera y lo único que había era un trozo de queso viejo, mantequilla, un poco de pan, mermelada, un tubo de salchichón, y agua también. Le provocó hacerse un pan tostado con mermelada, pero desistió enseguida.

Volvió a marcar: ocupado otra vez. Esperó un rato y le dio de nuevo a los numeritos, esta vez ya algo impaciente. A la quinta oportunidad, casi arranca el teléfono de la pared y lo lanza contra el televisor.

Tomó aire, contó hasta diez y pulsó de nuevo. 94-19-94. Piiiiiiii... Piiiiiii. ¡Qué! Había caído, el maldito número de La Sónica había caído. Se emocionó, como si en efecto se hubiera ganado uno de los muchos premios que regalaba la estación.

El locutor atendió.

—¿Sí, aló? —y su garganta carraspeó.

—Ahora no podemos complacer peticiones musicales, necesitamos esta línea. No estamos jugando, así que si no tienes nada importante que decir, por favor, llama en otra oportunidad.

—Yo sé quién es el secuestrador.

Hubo un largo rato de silencio.

—¿Quién habla?

—Es El Tufo, alto malandro que todo lo sabe —. Casi se arrepintió pero, igual, ese era sólo un sobrenombre.

—¿El Tufo? ¿Quién es el secuestrador?

—Estoy en una urgencia, mi pana, si no necesitara dinero ni llamara. Me dan un millón y canto.

—¿Eres el secuestrador?

—Que no, brother, ¿tú no oíste lo que te dije antes? Sé quién es el joe.

—Dinos dónde te podemos localizar y negociamos.

—No, los llamo en media hora.

—Anota mi celular, llámame por aquí.

—Ya va, espérate un pelo, déjame buscar una pluma.

Y revolvió el apartamento con la vista sin que divisara nada parecido. Abrió las gavetas del mueble que se encontraba a sus espaldas. Nervioso, registró en la mesa de la cocina y luego empezó a moverse frente al televisor gritando: «Una pluma, una pluma».

«Encima de la nevera», dijo su hermana de repente.

El Tufo registró en la cestica que reposaba encima de la nevera. Lo encontró, encontró un bolígrafo y arrancó un pedazo de periódico viejo.

—Dime.

—0178-42-34-56.

—¿En media hora?

—Listo.

Qué depinga se sintió. No era un criminal, en esta oportunidad se portaba como un buen ciudadano y además, si hablaba y todo salía bien, hasta le podían dar el millón. Esta vez sí tostó un poco de pan y le untó mermelada y mantequilla.

Otra vez empezó a soñar con su moto y los viajes magníficos que iba a hacer. Quizás y hasta conocía a una carajita y se empataba con ella; a las carajitas les encantan las motos.

Un animador joven conducía una cruzada por la Autopista del Este y, enfurecido, clamaba por justicia. En el fondo una marcha triunfal. Su madre y su hermana veían aquello más bien embobecidas, sin hablar, como si simplemente no hubiera nada mejor en el televisor.

Mordió su pan con mantequilla y mermelada de fresa y parpadeó. Tragó con dificultad pero lo disfrutó. Se sirvió algo de agua y removió los restos de comida entre sus encías. El agua. Qué rica era el agua cuando limpiaba con su sabor cristalino el dulce empalagoso de la boca.

Era tiempo de llamar a Teodoro, el mamahuevo ese, y decirle que aceitara esa moto y la dejara bien pepita porque de esa noche no pasaba sin que consiguiera el melón.

—Buenas noches, ¿se encuentra Teodoro?

—¿De parte de quién?

—De Enrique.

—Mijo, él se fue a vivir para Maturín.

—¿Cuándo?

—Esta mañana.

—¿Y no dejó un mensaje para mí?

—No, no... ¿Enrique? No, no.

—Y su moto, señora, la moto... ¿Se la llevó?

—No, no, mijo, la vendió. Se la vendió a su primo, Sandro, anoche.

—¿No sabe por cuánto?

—No, mijo, no sé por cuánto la vendió.

Trancó sin despedirse.

Bajón, qué bajón. Mierda, qué mierda. Malditos, malditos hijos de puta. Coño de tu madre. Si las mierdas fuesen más fáciles. Era sólo una moto, una maldita moto.

BIG BAN

«Entonces, la puta esa, trajo una orden judicial y se presentó en el apartamento con un poco de pacos que rompieron la puerta, se metieron y me botaron a patadas. La muy perra le había dicho a la organización de vecinos que era gay, comunista y drogadicto. Y como llevaba tres meses sin pagar el alquiler del apartamento, me botaron sin más. Y nada, no consigo nada, o los malditos apartacos son demasiado caros o no me los quieren alquilar».

Estaba en el Fiat Uno rojo de Tamarindo y repetía en la noche eterna de Los Palos Grandes: «500.000... 500.000».

Una Honda XL 250 cruzó entonces por su cabeza.

«Y nos los pude conseguir, Tamarindo. Hice de todo, pero nada. No será mía».

Dos borrachos peleaban por una mujer dentro de la arepera.

«Hace una semana Teodoro me llamó. Se piraba para Maturín. No me explicó por qué. Y me dijo que la vendía, la vendía por millón. Una ganga. Y la quería, quería».

«Y te lo digo, a Guarenas, me toca mudarme a Guarenas, Charallave o una mierda así, en Caracas no hay lugar, no hay forma de alquilar un maldito apartamento si no ganas más de un millón», seguía Tamarindo.

Uno de los borrachos salió tambaleante a la calle.

«Marico, era senda ganga, esas motos usadas valen, por lo menos, dos millones y medio», de nuevo El Tufo.

«Estoy en la calle, brother, en la calle».

La mujer por quien peleaban siguió al borracho hasta la calle y lo tomó por el brazo, tratando de que no se fuera.

«Tengo un millón y alguito, una vaina, ¿no? De repente y ahorro un pelo y me pongo a buscar una buena XL en el periódico, ¿no? El marico de Teodoro le dio la moto a su primo, pana, y eso que me había dicho que me la iba a vender a mí».

«Sí, pana, eso es lo que tienes que hacer. Tranquilo que de aquí a un mes tienes dos melones sin darte cuenta».

El otro borracho siguió, entonces, a la pareja fuera de la arepera y sacó un enorme y reluciente cuchillo, gritó algo y trato de apuñalar a la mujer.

«Bueno, Tamarindo, me arranco, compinche, nos vemos en la vida y suerte con lo del apartaco».

«Duro, Tufo, te llamo en estos días».

Las luces de las patrullas brillaban a lo lejos y, antes de cruzar la esquina, ya había escuchado gritos y llantos. Mejor evitar problemas, mejor no ver a la policía, mejor subir hasta la panadería y, con un Rikomalt en la mano, despachar unos gramitos dominicales.

Los destellos azules, amarillos, rojos, de las patrullas de policía parecían seguirlo. Se proyectaban en las paredes de los edificios, se convertían en grandes y monstruosas sombras que hacían figuras abismales en los muros amarillentos de Los Palos Grandes.

Cuando volteaba, nada, no había nada. La calle estaba vacía, más que nunca. Pensó que era paranoia suya y siguió su camino hasta la Bizantina. Estaba a punto de cerrar, el portu bajaba la santamaría, aun así le vendieron su bebida achocolatada.

Se paró en la esquina. Cinco minutos, media hora, una hora. El cielo ya estaba rojo y un silencio bastante sospechoso se había apoderado de la Tierra.

No había forma de regresar, las cosas siempre iban para adelante y ya. No se había puesto pilas con nada en su vida. Nubes rojizas hacían formas extrañas. Caras infladas, demonios de algodón, mujeres hermosas que volaban sobre los edificios y se fragmentaban.

Imaginó que una cámara lo filmaba desde el espacio exterior. Y allí estaba, después de cientos de galaxias, estrellas y planetas. Nubes rojizas, montañas y edificios. De pie, miserable y pequeño como era, en una de las miles de esquinas que existían en una de los muchas rocas que flotaban en su constelación. «¿Hay alguien allí? ¿Hay alguien que me pueda oír?».

Sintió miedo, se sintió solo y abandonado en aquel mundo a la buena de Dios, silencioso y vacío, tenebroso y macabro. Confinado, recluido en una ciudad y en un destino.

Cuando las patrullas negras y amarillas cruzaron la segunda avenida, cuando los uniformados enmascarados se bajaron de los carros, cuando sacaron sus pistolas y gritaron: «¡Alto!», no se sorprendió.

Saltó el muro que estaba detrás de la licorería y llegó al estacionamiento del edificio Caroní. Allí vio que las patrullas se habían colocado en la entrada y que los efectivos enmascarados ya sacaban sus fusiles e intentaban saltar la reja eléctrica.

¿Qué pasaba? ¿Por qué lo perseguían? Eso era algo que no se podía contestar. Había que huir primero y, luego, tratar de responder. Siempre había algo malo en el pasado, un crimen, un secuestro, drogas o sospechas de asesinatos. Huir, siempre, siempre huir, aunque tuviera el perico encaletado.

Brincó entonces el muro del Caroní y pasó para el parque del Araguaney. Pilló entonces a varios pacos apuntándole con sus armas a lo lejos. Corrió ágilmente hacia el sótano y entró por una grieta en la pared que quedaba en la parte posterior. Cómo conocía Los Palos Grandes, cada edificio, cada detalle.

Se metió debajo de un carro y esperó.

Entre nervioso y tranquilo permaneció allí. «Holaaaa», dijo de nuevo la voz ronca y ralentizada, esta vez con un tono de animador de programa de televisión. «Vassss a morirrrr».

«Holaaaa».

Cerró los ojos y casi durmió. Escuchó pasos y voces acercándose. Los tombos estaban revisando debajo de los carros, lo iban a pillar, iba a morir.

Se deslizó como un felino entre el aceite y los chasis de los carros, hasta llegar de nuevo a la grieta y escapar al parque. Los agentes movían sus fusiles desde las azoteas y ya no hubo luz, ni horizonte. Ya no hubo sonido, sino el de su corazón bombeando sangre a 120 palpitaciones por minuto.

Entre la maleza abstracta de esa oscura irrealidad, corrió a la puerta principal del Araguaney y sin poder respirar se echó hacia la calle tapándose la cabeza con los brazos y tratando a toda costa de enfilar hacia el sur.

Tres, cuatro pasos hacia abajo. Gritos, confusión.

Oyó una detonación y segundos después sintió cómo una bala pesada y helada le atravesó la espalda. Vino otra explosión y otra bala que, esta vez, casi sintió cuando penetró en una de sus piernas. Finalmente una tercera bala llegó a su cabeza.

Cayó al suelo. Intentó mirar al Ávila y tomar una última bocanada de aire. Pero el oxígeno como que ya se había terminado.

9

Tinieblas

Sangre, sangre, sangre. Todo lo que veía era sangre.

Me tomaron por los hombros y me empujaron hasta una patrulla antes que me desmayara.

Me hablaron, interrogaron e inquirieron. Permanecí inmóvil y asustada, incapaz de reaccionar o hablar.

«Cédula, cédula», gritaban.

No alcanzaba a responder que no tenía la cartera allí.

«¿Quién eres tú, quien eres tú?», disparaba un oficial cargado de testosterona y rabia.

Y la verdad que no lo sé, es una pregunta muy difícil de responder.

Algunos llevaban pasamontañas, otros dejaban ver sus rostros morenos, jóvenes y curtidos a la vez. Estaban excitados por la muerte y la acción.

—¿Quién eres?

—¿Por qué lo mataron? ¿Por qué? —me atreví a decir.

No contestaron. Miraron con sus ojos negros y dinamitados.

—¿Era el secuestrador?

—Estás detenida —dijo uno de ellos.

—Soy periodista de El Guardián, vine a cubrir lo del secuestro.

—Credenciales.

—Dejé la cartera en el carro.

Me esposaron y me subieron a una camioneta negra que olía a aire acondicionado. No podía hacer nada, ni siquiera pensé en protestar o resistirme, y fue mejor así.

Allí me dejaron.

Recordé.

Recordé como el viento soplaba en mi cara cuando de niña iba a jugar al muelle. Y veía a las gaviotas revolotear sobre las grúas oxidadas de la Shell.

El olor, el olor dulce y marino del lago.

Transmutaciones

De pronto pensó en eso, en ser otra persona, en llamarse María del Carmen, tener ocho años y vivir en una barriada a las afueras de Lima.

Los vecinos continuaban asomados en los balcones y Mega aún discutía con los policías. Prendió un cigarro y apoyó su nuca contra el muro del edificio Santa Catalina.

Era raro, sucedía pocas veces, que estuviera tan tranquilo y sin crack. Pero aún quedaba un ligero mareo, una palpitación tibia y plácida que le permitía surcar pequeñas distancias en la intrincada autopista de la galaxia.

María del Carmen tenía miedo y no podía acudir a nadie o pedir ayuda. Cuando el polvo del desierto tocaba la puerta de su casa anunciando que la noche estaba por venir, no le quedaba otra que acurrucarse con una manta en una esquina y esperar a que llegasen.

No había ni padres ni hermanos, ni palabras, ni refugios. En su hogar, en el desierto, sólo había ojos, pupilas negras que brillaban en el silencio.

A eso de las diez, cuando el olor a aceite se desvanecía y la oscuridad caía como un yunque sobre Lima, las chispas de colores se encendían al hacer contacto con la nada, explotaban, encandecían, pero nadie parecía reparar en ellas, salvo María del Carmen que atontada las miraba como si fuesen fuegos artificiales que estallaban para celebrar alguna fecha patria o natalicio de algún libertador.

Alejandro recordaba esas chispas, también las había visto de niño. Aparecían de repente en su habitación, encima de su cabeza: rojas, azules, verdes, amarillas. Pero cuando despertaba inquieto a Ana para que las observara, invariablemente desaparecían.

Trataba de ganarles, de correr más rápido que ellas, de ser más astuto. Se hacía el dormido y luego saltaba hasta el cuarto de su hermana y bruscamente la llevaba con él hasta su habitación para que las viese, para que fuese su testigo.

Pronto, el rumor de que Alejandro estaba loco comenzó a correr por la quinta Mis encantos. Decidió entonces disfrutar de sus chispas tranquilamente, sin testigos, sin que le importara que fuesen reales o no.

En las noches alzaba la cabeza y sentado sobre la cama se disponía a esperar a sus chispas, como cuando iba al cine o como cuando pasaban sus series favoritas en la televisión.

Y las explosiones de colores duraron meses, noche a noche, siempre a la misma hora, hasta que Alejandro comenzó a notar que algo raro sucedía cuando las miraba por mucho tiempo.

Su pensamiento, las palabras que se pronunciaban dentro de su cabeza, se aceleraban como si una máquina se hubiera echado a perder, como si un reproductor se tragara una cinta y la escupiera a toda velocidad. No podía entender lo que decían aquellas palabras, no podía hablar consigo mismo o pensar, todo aquello iba demasiado rápido y lo enloquecía.

Sin éxito se tapaba las orejas intentando bloquear el estruendoso sonido, pero seguía: iuiuiuiuiuiuiuiouiioiuiuiuiui, incrementándose, acelerándose hasta que Alejandro pensaba que su cabeza iba a estallar. Luego, de un golpe, desaparecía.

Llegó a odiar a las chispas, a temerles. Jamás volvió a abrir los ojos en la oscuridad en esos años de la infancia.

Dormía con la luz prendida y cuando su voz interna comenzaba a acelerarse, rápido corría a la cocina para beber litros de agua fría, eso, de alguna forma, lograba pacificarlo, fortalecerlo y dispersar aquel tormento.

Un día se hizo pipí en la cama y ni las chispas, ni los sonidos volvieron a aparecer.

Las chispas... María del Carmen las miraba con peor suerte en su casa a las afueras de Lima, luego de que explotaran, ellos, los hombres dorados, aparecerían.

El día que me quieras

—No le hagas caso al marico de Caimán —le oía decir a Luis, que en esos momentos se volvía a colocar su franela del Comandante Chávez dentro del pantalón—. Vamos a llamar a tu papá desde un teléfono público y ya. No sé cómo se me ocurrió venir hasta acá.

Para Ana, las cosas volvían a ser algo ligeras. Como si otra vez su padre la condujera al colegio con las Cuatro estaciones de Vivaldi en el reproductor. Como si fuera de nuevo la madrina del colegio y como si otra vez no hubiera dolor en el mundo.

Pero no era amor.

El amor, como la navidad y el día de las madres, es una mentira. O un invento que a la larga terminó por ser verdad.

—Es que lo tengo todo en la cabeza, Ana. Lo que le vamos a decir a tu papá, lo que le vas a decir a la policía —continuaba Luis.

Antes que el cielo, antes que la tierra y antes que el hombre, hubo cientos de explosiones, de volcanes, de gases y átomos dividiéndose en 1.000 partículas. Cientos de elementos, millones de ellos, cruzándose y mutando hasta alcanzar cierta unidad.

Eso sí era amor.

Ahora se sentía muy bien con Luis. Había paz. Era sólo un momento, pero qué cosa no lo era. Paz, sin ansiedad. Sí, que hablara, que soñara, que inventara, que creyera, ahora era el momento.

Pero no era amor.

Afuera, las cornetas y las sirenas chillaban.

—Me gustas —dijo, y se recostó sobre ella.

—Tú también —contestó al recibirlo en su pecho.

Era como si ya no hubiera tiempo, como caer en un hueco.

—Vámonos —dijo Ana al cabo de un instante—. Busquemos un teléfono público, ya no quiero estar aquí.

CEFALEAS

Caimán movía la cabeza como un pastor alemán que trataba de aprender un truco nuevo.

—¿Y tiraron frente a ti?

—Sí —contestó Laudvan—. La vaina más loca, ¿no? Estaban allí, y después en el sofá, desnudos. Rolo de locos, brother, eso es lo que son. Tan pirados para el coño. Luego, fue la propia jeva la que inventó lo del secuestro y tal. Pero ese par de mamagüevos, igual, no ha hecho más que pelear.

Caimán viajó en su silla, y en un vuelo imaginó a su amigo cogiéndose a la sifrina esa. Sonrió con alivio.

Luis y Ana salieron despeinados del baño.

—Vámonos, Laudvan.

—¿Para dónde?

—Dame la bolsa, Luis.

—Nos vamos lejos de este mamahuevo —dijo al tiempo que, con violencia, buscaba la bolsa dentro de su pantalón y luego se la pasaba a su amigo—. Toma tu mierda.

—Pero, ¿vamos a seguir con lo del secuestro o qué? —se atrevió a preguntar Laudvan.

—Vamos a llamar a mi papá desde un teléfono público —contestó la chica—. Luego vemos.

Luis tomó de la mano a Ana y, con convicción, se dirigieron a la puerta. Laudvan se incorporó de su asiento y los siguió, renovado. De pronto, la luz del bombillo del garaje de Caimán se hizo más clara, menos densa y más liviana. El aire se pudo absorber con menos dificultad y un refrescante viento entró por el pasillo vegetal.

—Laudvan, ¿ya no quieres tu pase? —chilló Caimán cuando el trío ya salía de la puerta.

Se detuvo y lo dudó unos instantes, miró a Caimán, luego a Luis y a Ana:

—Coño, pana, necesito un pase para quitarme este agüevonamiento.

—Qué pase ni que nada, Laudvan, arranquemos de una vez y llamemos por teléfono al viejo de Ana. No le hagas caso al mamahuevo ese.

—Pisssss —soltó Caimán—. Sí eres marico, Luis.

—Güevón tú.

—Bueno, dame un toque de esos, chola, Caimán; después nos vamos, Luis —insistió Laudvan.

—No, pana, vámonos.

—No te pongas bruto, Luis, ¿qué pasa? ¿Se van a ir así? —dijo Caimán, arrugando la expresión. Esperó un rato. Y luego de un corto silencio, cuando sus visitantes ya le habían dado la espalda y se dirigían hacia el carro, se atrevió a gritar— ¡Chamo, Luis, claro que los puedo ayudar! ¡Regresa, güevón, claro que te puedo ayudar! Un fax, marico, un fax, eso no deja rastro ni nada... Un fax.

Luis dudó por unos instantes. Pensó que era otra de las tácticas de Caimán para ladillar, para entorpecer, para molestar... Bueno, tácticas no, porque eso es demasiado cerebral, y lo de Caimán era un espíritu que venía de nacimiento... Pero, pensándolo bien, un fax, claro, un fax podía funcionar.

Los tres detuvieron su paso y voltearon hacia Caimán, que había puesto cara de niño abandonado debajo del portal.

—¿Cómo es eso? —preguntó Luis, finalmente.

—Fácil —respondió—. También tengo fax en la computadora, y eso sí que no deja ningún tipo de rastro.

Ana, Luis y Laudvan se miraron las caras. Era lo mejor que habían oído en todo el día.

—¿Así de fácil? —preguntó la chica.

—Sí, pasen, vamos a mandar esa vaina de una vez...

El vendedor de Plaza Las Américas se devolvió ansioso, mientras que Ana y Luis lo hicieron, no sin cierta incomodidad.

Cuando entraron, Caimán brillaba frente a la computadora.

—¿Qué vas a decir?

Los tranfor de la Libertador

Tengo la sensación de que nada existe.

Soy incapaz de pensar con claridad. Sólo me dejo llevar.

Quiero sobrevivir, sobrevivir junto a Ana. Eso es todo.

Allí está Caimán, cagado de la risa, frente al teclado, y me pide que le dicte lo que le voy a decir al tal Federico Mendoza. Bueno, ¿qué coño voy a decir? No tengo idea.

El fax es definitivo. Si lo mandamos, ya, esto es un secuestro de verdad. Se acabó el juego.

Es como cuando, de chamos, íbamos a la avenida Libertador a tirarle piedras y gritarle vainas a los tranfor: Maricón de mierda, que te coja un burro. Es decir, no hay causa, ni efecto. Yo no odiaba a los tranfor ni nada, pero te montas en el carro y ya, no te puedes salir.

Una vez dejamos a uno sangrando en el piso y todo, como si nada, con sus tetas horribles y de mentira en el aire. No hay culpabilidad ni un coño, te tiras por un barranco, y las cosas no se pueden pensar, echar para atrás o predecir. Le lanzas piedras a los tranfor o eres otro marico más.

¿Qué le voy a decir al viejo de Ana?

Su hija está sana y salva, es lo primero que me viene a la mente, porque, de bolas, pienso en mi mamá y sé lo mortificada que estaría si me secuestraran. ¡Mi mamá, qué bolas! Debe estar burda de preocupada. La debería llamar.

«Su hija está sana y salva», le digo a Caimán y lo escribe burda de chola. No sé qué más.

«Pero, si la quiere volver a ver...», suelta Ana, verga, burda de excitada, dejando la segunda parte en suspenso. La observo y me siento orgulloso.

«...tendrá que pagar un rescate de 200 millones de bolívares», contribuye Laudvan, afiebrado.

A la final no fue tan difícil. Estamos unidos. Somos uno.

Andes

Sus caras geométricas se asomaron de repente entre las sombras que habían dejado las chispas, María del Carmen se tapó el rostro con la manta pero aun así sintió la presencia de los hombres dorados.

Podía intuir sus miradas increpantes, sus sonrisas y sus movimientos. Luego, como siempre, empezaron a hablar en aquel idioma extraño e inentendible. Con cuidado, uno de ellos, salió del círculo al que siempre todos habían estado restringidos y con un movimiento de manos rápido despojo a Carmen de su manta.

La niña quiso gritar, despertar a los que dormían acurrucados en las esquinas de su casa, pero sabía que era inútil y dejó que ese ser extraño y grande la tomara por el brazo y la condujera al círculo donde los otros hombres esperaban.

Lloró un poco y sintió miedo.

Alejandro experimentó un fuerte escalofrío en la columna vertebral al ser por última vez María del Carmen. No habían pasado ni dos segundos dentro del círculo azul cuando los hombres dorados dijeron algo y con un fuerte resplandor amarillo desaparecieron de la casa a las afueras de Lima. Nunca más nadie volvió a ver a María del Carmen.

Las patrullas sonaban y los policías corrían. Mega se acercó hasta donde estaba Alejandro y en un gesto violento le soltó: «Mosca mariquito, mosca».

Laudvan comenzó a sentir temor de que Ana pensara que era un periquero, pero necesitaba ese pase de mierda que Caimán le había ofrecido.

La chica, de repente, había adquirido una luminosidad tremenda y una gran determinación.

—Ajá, ¿qué más? —preguntó Caimán, que tecleaba con fuerza en la computadora.

En cuanto terminaran de armar la carta que recibiría el viejo de Ana, le pediría ese pase a Caimán.

—»Deposite el dinero en el pipote de basura que está en La Plaza La Castellana, frente al McDonald's, el domingo, a las seis de la tarde» —Luis hablaba como un siniestro secuestrador de película—. ¿Está bien eso? ¿El domingo a las seis de la tarde? ¿En el pipote de basura de la Plaza La Castellana?... Allí fue donde los bichos del caso Vegas cobraron su rescate.

—Sí, suena bien —contestó Ana.

—Sí —comentó Laudvan. Era todo lo que podía decir. No estaba demasiado convencido; quién lo podía estar.

—Está muy gay, falta algo fuerte, algo que dé miedo, algo que asuste a tu viejo... Algo como: «De lo contrario le arrancaremos los ojos a su hija y nos los comeremos» —rubricó Caimán, otra vez con su estilo.

Laudvan había ido a servirse un trago:

—Eso sí me suena —vociferó, acompañado por la risa del paralítico—. ¿Alguien quiere un ron?

—No, mejor algo como: «Nada de policías si quiere ver a su hija viva». Hay que decir algo sobre los policías —Luis, el secuestrador, en acción.

—Sí, pero también hay que poner que me van a liberar una hora después, o algo así, de que hayan cobrado el rescate —maquinó Ana.

Laudvan se acercó hasta Caimán pensando, justamente, en el comportamiento enigmático del personaje. Nunca se sabía a ciencia cierta cómo iba a reaccionar, qué iba a decir o cómo se iba a comportar.

—Caimán, sácate la bolsita allí, pues... Invítame un pase —dijo Laudvan, casi entre dientes.

Concentrado en las palabras que aparecían mágicamente en la pantalla del computador, el adicto a Internet casi ni se dio cuenta cuándo sacó la bolsa de su bolsillo y se la extendió con el brazo a Laudvan.

De una, colocó un poco de polvo sobre un espejo que había en la mesa de las herramientas y recordó, inesperadamente, a Cecilia. ¿Dónde estaría, seguiría con su cineasta portugués? Ya casi ni pensaba en ella. El mundo había dejado de existir. Fuck the world. En el espejo, Laudvan encontró cuatro hermosas y grandes líneas de perico que surcaban su reflejo. No perdió tiempo: enroló un billete de 20 bolívares y esnifó una raya con suavidad.

—Aquí hay unas líneas para el que quiera —dijo al sorber un poco de ron y regresar sobre las espaldas de Luis y Ana.

Luis fue a buscar una y, sin dejar de hablar, con rapidez, olió el polvo con sobrada destreza.

—La policía, la policía, pon que nada de policías —argumentó mientras, sin pensar, le pasaba el billete-succionador a su rehén.

Ana, que jamás había probado ningún tipo de drogas, aceptó envalentonada el billete y se acercó a la mesa. El espejo tenía un moho plomizo encima y su rostro fantasmal y ajeno apareció de repente. Titubeó. Pero cerró los ojos, llevó con asco el billete a la nariz y aspiró una línea.

Volvió sobre sus pasos, impresionada de lo que había hecho, y esperó, con temor, los efectos de la droga.

—Que si no nos paga los 200 millones, le sacaremos los ojos a su hija y nos los comeremos—repitió Caimán—. Con salsa de tomate —y también repitió su risa.

—Bueno, pon eso, pero también lo de la policía y lo de que, después de cobrado el rescate, liberamos a Ana, ¿okey? —insistía Luis.

Afuera volvía a llover y Laudvan se sintió como si estuviera en una casa de campo en Los Andes, con las vacas y los hippies jugueteando entre hongos alucinógenos. Sí, como si en el exterior no hubiera más que verde y montañas heladas. Sintió frío y le dieron ganas de cobijar a Ana, pero no había chimenea ni nada, y ella era de Luis. La había secuestrado.

—Bueno, está listo —soltó el cibernauta—. ¿Cuál es el número de fax?

Los tres miraron a Ana. Ella sentía un ligero entusiasmo, pero era más por la expectativa y la incertidumbre, que por los efectos alcalinos de la coca. Creía, que ya, que ya había renunciado a cualquier defensa y se había entregado a todo. Cuerpos extraños se le habían inoculado y parecían descomponer su ADN. Lo había hecho, por fin había cruzado la raya.

—No lo sé —contestó la chica estoicamente.

—¿Ni te sabes el número de fax de tu casa? —preguntó alarmado Caimán.

—No —dijo ella, ahora con un sabor amargo y kerosénico en la boca que, definitivamente, no conocía—. No.

—Búscalo en el periódico, busca el número de fax de El Guardián en el periódico —sugirió Laudvan.

—¿En qué periódico? —contestó Caimán— ¿Tú ves algún periódico aquí?

—Bueno, no sé, güevón, pídeselo a tu tía —sugirió Luis.

—¿Yo? Estás loco. Anda y pídeselo tú. Tú eres el secuestrador.

«Aghhh», dijo Luis antes de salir del garaje con rabia y tocar a la puerta de la tía.

Caimán movió su silla y aprovechó para meterse la última raya que brillaba en el mohoso espejo.

—Este perico es de alta calidad. Es el mismo que se meten los políticos, es decir, el tipo que me lo vende es el mismo que se los vende a los políticos. Lo llamo y viene hasta acá. Qué crema, ¿no?

—Es la misma mierda que todos, Caimán, no hables paja —contestó Laudvan.

Luis entró en la habitación con El Guardián bajo el brazo.

—Que si un cine y tal, eso es lo que le tuve que decir a tu tía.

—Bueno, ¿cuál es el fucking número de fax, Luis? —preguntó Caimán.

Tiró el periódico en el piso y abrió el primer cuerpo a lo largo. Noticias, fotos, palabras.

—Aquí no hay nada —soltó.

—¿Cómo que no? Tiene que haber....

Ana, con determinación, tomó la página que leía Luis y con arrogancia apuntó: «Aquí, aquí». Luego se la hizo llegar a Caimán y con el dedo señaló un recuadro con decenas de teléfonos, números de fax y direcciones electrónicas. Caimán frunció el ceño.

—¿A cuál de todos estos números de fax mando la vaina, Ana?

—A cualquiera, ¿no? Es lo mismo —dijo con indiferencia, más pendiente de la mesa de las herramientas y del espejo mohoso.

Caimán encogió los hombros e introdujo en la computadora la combinación ganadora, que fue el primer número de fax que se topó con su vista, el de las páginas de deportes. Y, antes de apretar cualquier botón, cuando ya sus tres ¿visitantes? ¿clientes? ¿compinches? estaban relajados y cómodos en aquella no muy afortunada situación, dijo:

—Bueno, compinches, llegó la hora de convertirme también en secuestrador...

Lo miraron con incredulidad e incertidumbre. Es decir, no tuvieron respuesta.

—Con el mouse puedo o borrar el software del fax para siempre o, si ustedes cooperan, enviar la fucking amenaza a El Guardián. Sólo tengo una condición.

—¿Cuánto quieres? —se apresuró a decir Luis.

—No, no quiero dinero...

—Caimán, pana, no jodas tanto... ¿Qué coño es lo que quieres?

Sus ojos brillaron y, cuando habló, sólo movió la parte superior izquierda de los labios:

—Quiero que me lleven a la fiesta de Cecilia Pipa, la prima de Juan Pipa, y que rumbeen conmigo.

«¿A la fiesta de Cecilia Pipa?», recitó el trío en coro. «¡Que rumbeemos contigo!».

—Esaitamente —confirmó, aún entre risas.

—Estás soyado, Caimán.

Ninguno sabía qué contestar, mucho menos Luis. Era una propuesta en apariencia inocente, en el sentido de que, por lo menos, no había pedido la mitad del dinero del rescate. Hubiera sido un fucking robo. El único inconveniente, y no para tomarlo a la ligera, era que, al estar expuestos en un lugar tan público como una fiesta, alguien podía llamar a la policía para detenerlos.

—Marico, toda Caracas nos anda buscando —regañó Luis—, ¿tú crees que podemos ir así a una fiesta y ya, ponernos a bailar?

—Sí —confirmó Caimán.

—Vámonos, pana, ya estoy harto de este mamahuevo...

Con cuidado de que no la vieran, Ana había pellizcado otra porción de coca de la bolsa y se la había metido en la nariz. Era como tirarse en parapente, es decir, había que hacerlo seriamente.

—No, no, ya va, Luis —graznó Ana—. Nos exponemos más en un teléfono público, por allí, perdidos en Los Palos Grandes y con el carro que busca la policía. Necesitamos un refugio, un sitio donde estar seguros y cerca de La Castellana. ¿Dónde es la fiesta?

—En el Country Club —dijo Caimán, triunfante.

—Coño de la madre, coño de la madre, Ana, no le hagas caso a este güevón...

—Tiene razón Ana —soltó Laudvan, que ya tenía ganas de otro ron y hasta quería bailar—. Además, si las fiestas de Cecilia son iguales a las de su primo, va a haber tanta gente y van a estar todos tan drogados que nadie nos va a ver.

Luis sólo pudo sacar un suspiro de frustración y derrota antes de sentarse en el suelo y ver cómo Caimán apretaba definitivamente el botón de send.

00112233.

Fax

Su hija está sana y salva.

Pero, si la quiere volver a ver...

Tendrá que pagar un rescate de 200 millones de bolívares.

Deposite el dinero en el pipote de basura que está en la Plaza La Castellana, frente al McDonald’s, el domingo a las seis de la tarde.

Nada de policías si quiere ver a su hija viva.

Su hija será liberada dos horas después del cobro del rescate.

Si no cumple con nuestras reglas le sacaremos los ojos a su hija y nos lo comeremos con salsa de tomate.

Tomate.

La máquina expulsaba los faxes de su ranura como si tuviera diarrea. Chorros de papel caían al piso e inundaban la redacción con sus pliegos arrugados y sus tintas en descomposición.

Ramsés tenía que caminar sobre ellos cada vez que sonaba el teléfono o quería ir al baño, y lo hacía como si efectivamente sus pantalones corrieran el riesgo de quedar empapados. Tal cual.

Él, junto a Carolina, eran los únicos periodistas que quedaban en la redacción de deportes a esa hora del viernes y ella no hacía más que hablar por teléfono con el novio.

Ambos eran pasantes y odiaban estar allí. La responsabilidad de los faxes, en dado caso, era de Carolina, era ella la de la guardia con los resultados de última hora del béisbol profesional. Era ella la que había escrito el artículo en el que se acusó de bruto, malhablado y marginal al pelotero más famoso de Venezuela. Era ella la que tenía que recoger los faxes, leerlos y retractarse públicamente: Fulano de tal, de 4-3 y dos impulsadas. Pero no, hablaba con el novio.

Ramsés, mientras tanto, pensaba en los huecos negros de la galaxia y en lo que haría el día que ganara suficiente dinero como para tener una novia e invitarla a cenar. En el día que ya no tuviera que trabajar los viernes a las ocho de la noche, y en el día en que pudiera encerrase con Carolina en el baño y meterle la mano debajo de la falda.

Cuando regresó del baño y vio a aquel gusano de papel extendiéndose sin coto por el piso y los escritorios, sintió una tremenda ira: «Recoge tu mierda», le gritó a Carolina, que seguía guindada en el teléfono. «Recoge tu mierda», volvió a decir. Pensó de nuevo en los huecos negros, en el día que ganara lo suficiente, recogió la montaña de fax y la convirtió en una gigantesca bola de papel.

La anidó en su pecho y, con esfuerzo, la echó a la calle por una de las pequeñas ventanillas de la redacción, ante la mirada impávida de Carolina.

Ya sobre el concreto, un grupo de niños la transformó en balón de fútbol y con ella rodaron hasta perderse en el horizonte.

Voluntad de lata

Sintió pánico, así ya hubiera pasado el mayor peligro y estuviera más bien cerca de su hogar.

Ya no eran los policías o los sifrinos de La Castellana, eran la noche y las criaturas extrañas que se apiñaban en los rincones y en la oscuridad. Pura maldad.

Se creía pobre sí, pero jamás como los monstruos miserables que se revolcaban entre las pilas de basura de la ciudad. Tenía su rancho y su comida, al menos.

Sin rumbo, sin techo, sin palabras, estos seres eran temerosos y huían como perros al paso de El Bróder, aunque, claro está y lo sabía, no dudarían en arrancarle las tripas y comérselas si demostraba debilidad. También conocía el hambre y la miseria.

Mientras más cerca estaba de Petare, más bichos aparecían bajo los puentes, más ruinosa y lúgubre era la realidad. Tenía el estómago revuelto y ya la fatiga adormecía sus piernas. Aquella pesadilla tenía que terminar ya.

Pensó en la distancia. Imaginó cada paso que lo separaba de su casa y le pareció imposible llegar, remontar la cuesta del cerro y, finalmente, tirarse en su cama. Antes desfallecía en el esfuerzo o quedaba atrapado, como muchos otros, como los monstruos, en las grietas de Caracas, sobreviviendo con la recolección de latas de cerveza.

Qué va.

Entendió que lo que lo diferenciaba de aquello, de ese lugar incomprensible e injusto, era su voluntad.

De one, se desvió de la gran avenida y de su camino a casa. Sin saber bien qué iba a encontrar, se adentró en una de las pocas urbanizaciones con árboles y aceras que quedaban por el sector y se dispuso a esperar.

Vio a lo lejos un pequeño anuncio: Pepsi. Debajo, un restaurante. Mareado, caminó hasta allá.

«Consigue un trabajo, Jesús. La señora de la casa necesita un chofer. Aprende a manejar y sácate la licencia. Tu tío Ernestino es ahora peón en una construcción de La Urbina y necesita obreros», decía el recuerdo aterrador de la voz de su madre. Si hubiera seguido sus consejos quién sabe dónde estaría ahora. De seguro muy mal. Tenía orgullo y eso nada lo podía igualar.

El cártel, el cártel, pensaba El Bróder ya muy cerca del restaurante, era su salvación. No sólo tenía poder y dignidad en el barrio, con ellos también había logrado organizar un tanto el caótico mundo de la quebrada para hacer la vida de todos un tanto más llevadera. El cártel, como decía Bob, lo había salvado de los tentáculos de Babilón y de ser un condenado recogelatas.

Babilón y sus gorditos blancos entraban en el restaurante. Miró a la luna e invocó las fuerzas más demoníacas que se ocultaban en su lado oscuro. Cerró los ojos y los puños de las manos y echó la cabeza hacia atrás. Una corriente, entonces, amarilla y azul, se le metió en el cuerpo.

Caminó hacia el restaurante casi levitando y se plantó frente a una pobre familia que, satisfecha, luego de engullir una jugosa pizza, intentaba abrir la puerta de su Chevette rojo del 86. El Bróder estaba cubierto por un halo verde y sus ojos se habían vuelto dos pepas amarillas. Alzó los brazos en forma de garras y mostró sus dientes blancos como la sal.

Al ver esa figura que brillaba en la oscuridad, papá, mamá y las dos crías creyeron que la peor de todas las pesadillas se había hecho realidad. No sólo era un malandro, era un malandro fantasmal, supermalandro, o algo así, y salieron corriendo cada cual a un lugar.

Simplemente le dio la vuelta a la llave que había quedado guindado del cilindro del Chevette y arrancó hacia Petare, todavía con el brillo verde en la cara.

Ni de vaina, no se iba a convertir en un recogelatas más. Tenía dignidad.

Pasé allí por lo menos una hora, mientras los efectivos y los escuadrones especiales de la policía revisaban el área y recogían el cadáver del suelo.

Imaginé que, ante la ausencia prolongada, Alejandro y Mega, más Mega que Alejandro, se alarmarían y, por lo menos, intentarían buscarme.

Ellos, creía, impedirían que los zamuros me llevaran detenida. Ellos, confiaba, buscarían mis credenciales y hablarían con el Fiscal General. Pero no aparecían.

De la excitación, pude ver cómo los agentes pasaron a la incertidumbre y la confusión. Ahora todos se daban órdenes y se gritaban.

Era claro que algo había salido mal o, por lo menos, no como esperaban. Pensé que no sólo habían matado al secuestrador sino que, como solía pasar, también a la rehén. Parecían niños que habían roto algo y que a la desesperada trataran de pegarlo antes que los padres regresaran, sólo que la muerte le daba a la travesura un filón macabro que descomponía sus caras.

Temí que mis amantes estuvieran muertos, que Caracas y el país entero tuvieran también un tiro en la sien.

El descontrol y el caos eran tal en los funcionarios que en algún momento pensé que sacarían sus ametralladoras y se dispararían entre sí.

Tuve un momento de lucidez, sin embargo, y aproveché las adversas circunstancia para tomar una decisión.

«Alejandro está muerto, le pegaron un tiro en la cabeza», me dije, fingiendo una voz gruesa. Cerré los ojos y esperé unos segundos. Incertidumbre y fárrago, eso fue lo que sentí. «Piensa», me dije, «nunca más lo volverás a ver». ¿Nunca más lo volvería a ver? Y lo vi, allí en el suelo, como el otro cadáver, sin vida y ausente definitivamente. Me quise tirar al concreto y acariciarle el pelo, pero era un sueño.

«Mega está muerto», recité después. «Mega está muerto». Pero fue tan desconcertante la sensación, me parecía imposible que muriera, no lo pude imaginar como a Alejandro, en el piso y sangrando.

De nada me sirvió el ejercicio de imaginación, lo que sentía por ellos no se podía poner en una balanza que midiera el amor o el dolor, aunque de eso hubiera bastante en mi corazón. De nada sirvió.

Esperé y esperé, temiendo por mi vida, por la de ellos, por la de la rehén. Las cosas habían adquirido una dimensión insospechada y es que, en ese momento lo entendí mejor, yo era parte de la historia, seguramente pequeña, pero parte al fin.

Quizás por eso mismo, percibí como lógico que Federico Mendoza saliera, desaliñado y algo quebradizo, de uno de los edificios acompañado del Fiscal General, caminara unos pasos y enfocara su mirada en la camioneta donde estaba.

Arqueó las cejas y cerró un poco los párpados, pero me vio. Se dirigió hacia mí con paso veloz y alarmado me preguntó:

—¿Qué haces aquí, Yetzibell?

No supe qué responder, me pareció demasiado complicado, así que pregunté también:

—¿Qué pasa, doctor Mendoza? ¿Está su hija aquí?

—No, no, Yetzibell —dijo al tiempo que, con la mano, le hacía señas a uno de los oficiales para explicarle que yo trabajaba con él—. No, y no se puede decir nada más, esto ha sido un error, ¿me entiendes, Yetzibell? Un error del que no podemos decir nada.

—¿Y su hija? —le pregunté, mientras me ayudaba a bajar de la camioneta— ¿Dónde está su hija?

—No sabemos nada, no hay nada —respondió agotado.

Me tomó por un brazo y, más bien por desahogo, dijo:

—Acompáñame hasta el carro, me tengo que ir de aquí.

—¿Quién era ese hombre, doctor? ¿Por qué lo mataron? —me atreví a hablar en cuanto remontamos la cuesta y comenzamos a bajar.

—Un error, ese hombre era un error y he dado mi palabra de que El Guardián jamás dirá nada sobre su muerte.

¿Un error? Un error. Aún hoy, tanto tiempo después de ese día, sueño con esa noche, con aquel hombre y su sangre. La intriga y el misterio que le rodeaban jamás los pude desentrañar y siguen siendo enigmas. El Tufo, ¿quién habrá sido? ¿Por qué llamó a la radio? ¿Por qué lo mataron? Puedo entender, y es quizás un simple consuelo, que por aquellos días el error, como bien dijo Federico Mendoza, era la norma.

Tristes y derrotados, caminamos por aquella bajada de Los Palos Grandes. De repente, y de nuevo como parte de un muy estructurado guión, Federico subió la mirada. Allí, aún sentado en el muro del edificio, estaba su hijo, más angelical y distraído que nunca.

Mega corrió hasta mí en un impulso que me dejó conmovida y que, sí, necesitaba. Me gustaron sus manos sinceras y preocupadas sobre mi espalda, sus caricias desinteresadas y su aliento sobre mi cabello.

No obstante, mis ojos siguieron los paso del editor y vieron cómo recogía del piso a Alejandro y le daban un fuerte y tierno apretón. Federico estaba conmovido y destrozado. Un secuestro puede remover el kool-aid humano y no es que este personaje fuese especialmente duro o frío.

Alejandro, aunque de pie y de frente a su padre, emitió pocas manifestaciones de sorpresa o entusiasmo. Simplemente recibió el cariño como recibía cualquier otra cosa que le dieran en la vida, como lo hacía con el crack, el sexo o el amor, con indiferencia y eso, fue la primera vez que lo sentí, comenzaba a irritarme.

El otro me abrazaba.

10

El beso del dragón

Hay días en los que todo sale mal, desde el principio. Desde que se sacan los pies de la cama y se ponen en el suelo. El café sabe amargo, los discos saltan del reproductor, la crema de afeitar desaparece, toda la ropa amanece sucia. Hoy era uno de esos días. El teléfono se dañó, el despertador no sonó, no había nada de comer en la nevera, llovió y se inundó el balcón ¿Cómo evitar el malhumor? Sin embargo, esa noche, de acuerdo a los planes, Ricardo iba a morir y, eso al menos, era un consuelo.

Las cosas, igual, siempre habían salido mal para André —o Andrés como le habían bautizado y como Ricardo le solía llamar—. ¿Mal? Peor que mal. ¿Cómo se podría hablar entonces de lo que ocurrió en París?

Después de años de arduos esfuerzos, de humillaciones y llanto, estaba de nuevo en Caricuao, hacinado en un pequeño cuarto con vista a los bloques y sin poder siquiera respirar, sin que su hermano le gritara marica, parcha y gay.

Alguna vez, cuando, quién sabe cómo, llegó a París, soñó con la esperanza de ser fotógrafo. Ayudante de fotógrafo, eso fue lo único que consiguió a destajo y sin sueldo, pero estaba bien. Su principal alimento era la sensación de estar lejos, bien lejos de Venezuela, en un lugar que en el que nadie lo conocía, en un lugar imponente, claro, bello, y en el que no tenía que meterse el interior por el culo y mostrar las nalgas en las fiestas, disfrazarse del Pájaro Loco o imitar a Marilyn Monroe en plena Plaza Altamira para ser alguien o llamar la atención; es que París era un lugar sofisticado.

Se puso su camisa rosa de Bruce Lee, unos pantalones negros de cuero sintético y caminó hasta la ventana de su habitación, evitando hacer contacto con el espejo. Pensó en el Quino que había comprado para el domingo, y en lo que le había dicho la cieguita que se lo había vendido: «suerte». Esa palabra no dejaba de ser agria.

Si se ganaba la lotería, los mil millones de bolívares, el 0,000000000000001 % del cielo, sería feliz. Mudarse, mudarse de allí, eso sería lo primero que haría. Comprar una casa gigante, una mansión

Buscó el boleto del Quino y miró con incredulidad los números estampados allí. Si la fortuna no

estaba con él para el domingo, igual había decidido adueñarse por una vez de su destino y hacer que le favoreciese. Dios lo iba a entender.

Estaba irritado, no sabía si era que no había podido desayunar bien, que se había mojado las medias al ir al balcón, que la canción de Sandro que intentó poner se había quedado pegada en el reproductor o si simplemente era que odiaba todo y no soportaba vivir un día más de la forma en que lo hacía.

La primera noche que amaneció en Caricuao, después de su llegada de París, creyó todavía que estaba en Francia; aquellos bloques eran tan parecidos a unos donde había vivido en la ciudad-luz, que por algunos segundos se confortó con la idea de que el mundo era igual en cualquier lugar: un infierno.

¿Infierno? Sí, esa es la palabra. Cuando todo iba viento en popa y hasta una modelo eslovena le había prestado un apartamento para que viviera en pleno Pigalle, un demonio se le metió en el cuerpo. Un demonio como el de los exorcismos.

Engordó y de repente no quiso ver a más nadie, se encerró en el apartamento de la eslovena y comenzó a maltripear con el Apocalipsis, Sodoma y Gomorra, el Fin del Mundo, la Palabra de Jesús, el Evangelio, y todas esas citas que se deben escribir con mayúsculas. Se volvió loco.

Ya le había pasado eso en Caracas. Creía que el mundo se iba a acabar y dejaba las drogas y de ser homosexual por algunas horas, pero jamás con la intensidad con que lo experimentó en Pigalle. Se sentía pecador, culpable y sucio. París ardía en llamas.

Lena, la eslovena, regresó entonces, inesperadamente, de Nueva York. André había cambiado la cerradura y desconectado el teléfono, así que, ante el dilema, la maniquí llamó a la policía e hizo derribar la puerta.

Aquello, que alguna vez fue el apartamento de una modelo, se había convertido en un chiquero y al pobre André, sucio, gordo y desgreñado con su cara de indio bueno, lo deportaron. O al menos, eso era lo que contaba.

Lo que le gustaba de Caricuao, no obstante, era que desde el primer minuto que había pisado aquel apartamento había olvidado lo del Apocalipsis y la Palabra de Dios. De nuevo se había bajado el suiche y sobrevivir se convirtió, como de costumbre, en su único pensamiento.

Pero, sobrevivir allí, a la larga, terminó por transformarse en un verdadero infierno, peor que el de sus fantasías, peor que el que describía la Biblia, peor que el que pintan los curas en las iglesias.

No sólo se sentía humillado y perdido, incapaz de retomar la senda que había dejado un año antes y volver a verle la cara a los caraqueños o mamarle el huevo a los dueños de las agencias de modelos para que le dieran un trabajo. Se reirían en su cara, acabarían en su cara.

No vivía en aquel lugar desde que su madre había muerto, diez años atrás, y reencontrarse con esa realidad, la de Caricuao y su gente, le hacía sentir miserable.

Pero lo peor no era eso, lo peor era que ese hueco inmundo y apestoso era la única cosa que tenía en la vida, el único techo, y su hermano, con sus amigos drogadictos y malandros, se habían adueñado de él.

En las noches, después de fumar monte o crack, se metían en su cuarto, le golpeaban y luego terminaban metiéndole el huevo. «Marica, bruja, puta, gay. Limpia esto. Haz aquello. Vete de aquí. Abre las piernas. Marica. Bruja, puta, gay».

Ese apartamento, pequeño y destrozado como era, pertenecía a los dos, sus padres se los habían dejado como herencia a ambos, no había derecho a que Ricardo lo tratase así, que André viviera en una cárcel, que no pudiera respirar o dormir.

No había agua, el teléfono se había dañado, la ropa estaba sucia, no había nada de comer en la nevera, pero algo estaba claro, Ricardo esa noche iba a morir.

Un Jeep escoñetado del 73, gris y calcinado: con eso salían Ricardo y Yaqui todas las noches, a dar vueltas por Caricuao a buscar qué fumar u oler, a bucearse y caerle a los culos, a tomarse una birra por ahí. André ya lo tenía calculado. No sería él, claro que no, quien le disparara a su hermano. 300.000 bolívares era todo el capital que tenía en la vida y con eso había pagado a dos malandros que conoció en una panadería. Les había dicho: «Además, quédense con el carro».

El Jeep, el Jeep era un detalle importantísimo en el plan de André. Compraba la prensa todos los días y veía con placer como casi siempre algún taxista o conductor desafortunado era asesinado. Revisaba la crónica de sucesos y extasiado comprobaba que casi nunca, jamás, este tipo de crímenes era resuelto, siquiera investigado. Tenía claro que era absolutamente imposible para la policía dar con los asesinos cuando no había vínculos con las víctimas, cuando las balas y las pistolas utilizadas no estaban registradas y cuando, por lo general, no había testigos que dieran pistas o descripciones.

Precisamente, la idea era que la policía llegase a pensar que la muerte de Ricardo no tenía ninguna conexión pasional, sentimental o emotiva, que era, más bien, de lo más habitual, que todo era debido al carro.

Se asomó por el balcón, intentando esquivar el charco que se había hecho en la noche. Caricuao estaba gris, oscuro. Llovía.

Hormigas en los pies

«Lame, lame», cantaba Caimán, «con cariño. Sé que lo haces. Hazlo conmigo».

Dio dos vueltas sobre su eje y luego, de un tirón, movió su silla hasta quedar frente a Luis: «Lame, lame. Lame con cariño. Sé que lo haces. Hazlo, hazlo conmigo».

Luis estuvo a punto de lanzarle una mano, pero permaneció firme y lo único que movió fue la boca con un gesto de irritación.

—¿No recuerdas a Los Panchitos sin futuro, Luis? ¿Qué pasa? Canta conmigo: «Lame, lame...»

—¡Ya está bueno! —dijo Ana de repente— ¡Quédense tranquilos!

La tenían harta, no hacían más que pelear. Estaba nerviosa, como con hormigas en los pies. De pronto podía respirar mucho más, un aire frío y húmedo que se metía por las narices, no sin cierto ardor.

Cerró los ojos y experimentó una leve sensación de bienestar. Caimán continuaba cantando, como un disco rayado, desafinado y a todo pulmón. Trató de pensar en otras cosas, de regocijarse en la pequeña excitación que aceleraba su cabeza y olvidar lo que ocurría en el exterior.

Por segundos se vio sumergida en una piscina de agua transparente y liviana que, en efecto, logró aplacar un tanto el calor y la extrañeza de su piel. Quiso nadar hacia arriba, sacar la cabeza y, luego, morder una buena bocanada de aire, pero cuando subió y abrió los ojos lo único que encontró fue a Laudvan con una sospechosa —cubista— sonrisa y un vaso de ron extendido hacia su nariz.

Inesperadamente sintió una tremenda sed y el vaso que Laudvan sostenía en las manos se convirtió en sinónimo de placer.

—¿Cómo te sientes? —dijo Laudvan cuando Ana bebió el primer trago.

—Me gustaría cambiarme de ropa —contestó sinceramente, aunque luego se arrepintiera al percatar que el pintor había detenido su mirada primero en la sucia falda y luego sobre sus piernas—. Estoy inmunda.

—Estás bien, a mí me gustas así.

Un «¿mmmm?» telegráfico se estacionó en su cabeza y, alertada por la extraña declaración, estiró como pudo la tela de su pequeña falda para que cubriera más, mucho más. «¿Qué le pasa a este tipo?».

«Hazlo, hazlo conmiiiiiiiiiiiiiiiiiigo». Caimán cuando intentaba entonar la canción de Los Panchitos sin futuro, aullaba como coyote.

Luis, enloquecido, puso sus pies a andar hasta la botella de ron, como si esto pudiera pacificar a su amigo. Se sirvió un trago potente y cargado y se paró en medio de la sala. Primero se dio cuenta de que todos bebían ron y, luego, de que cada quien tenía su propio muro de energías, un imán que repelía y les permitía salvaguardar sus fantasías y hundirse indefinidamente en ellas. Se sirvió un trago potente y cargado y se paró en medio de la sala.

Caimán aullaba, Ana se concentraba en su falda y Laudvan la miraba. Pronto iban a comenzar a mandibulear y después a hablar y, cuando eso ocurriera, nadie los iba a parar.

Luis quiso advertirles, ayudarlos, detener el alud que inevitablemente les iba a caer.

Volteó y vio, en cámara lenta, cómo su amigo de la infancia abría la boca y dirigía la mirada hacia Laudvan y Ana. Pensó en lanzarse a su boca y paralizar las palabras, pero luego entendió que aquel pensamiento sólo era un parpadeo psicodélico y allí se quedó, quieto, viendo como de Caimán salían las A, las O, las S y las N.

—¿Cuántas horas nos quedan de vida, Ana?

—¿Cómo?

—¿Cuántas horas podemos vivir? ¿170.000? ¿250.000 horas más? ¿Eso es?

—No sé —respondió la chica—. Nunca he sacado la cuenta.

—Sácala, caga más que contar la vida por años. Yo lo hago por horas. He vivido 201.457 horas y sigo contando, así, en horas, ¿entiendes? ¿Ya sabes lo que vas a hacer con tus 200.000 horas y pico? ¿No? Ponte pilas, porque son horas, no años, y no alcanzan...

—Eres un loco —dijo ella—. Sufres, ¿no es verdad? Atormentado en esa silla, contando cada minuto y segundo que te falta para morir.

—Sufro, sufro mucho —canturreó Caimán sin dejar de reír, y torció la boca mientras el resto del cuerpo se dejaba caer hacia un lado—. Mira, mira como sufro.

—¿Por qué eres tan payaso? —preguntó Laudvan con rabia.

—Yo simplemente quiero introducir un tópico de conversación interesante para no ladillarnos mientras esperamos para ir a la fiesta, ¿cuál es el peo? ¿Les da miedo? ¿Eso es? Hablemos de la vida, pues.

Luis había oído las cotorras sobre las generaciones y también las de las comiquitas de la infancia, los programas de TV de los setenta y ese tipo de temas que dejaban a la gente colgada toda la noche en la misma conversación; pero lo que intentaba Caimán, hablar de la vida y la muerte, eso sí que era nuevo.

—¿Han sentido celos alguna vez? —repuntó el anfitrión.

«¿Celos?», preguntaron los tres, mientras Caimán se acomodaba en su silla y ponía un velo solemne a su mirada.

—Yo sí. Cada minuto y segundo de mi vida... Muchos creen que los paralíticos son bichos resignados y fríos, frustrados, perdidos, locos, anestesiados, inhumanos y tal, pero no, yo siento como si todos los días me quitaran a la jeva, como si descubriera que me montan cachos a cada instante. Porque ser paralítico es un peo pasional, ¿entienden? Es como una energía sin control que me hace odiar todo, llenarme de ira contra ustedes, el mundo, las piernas de los demás... Celos, pana, celos —y los retó con su mirada vidriosa.

Laudvan, Luis y Ana permanecieron callados, impresionados más por la repentina manifestación de sinceridad que por el dramatismo de la revelación.

—Pude ser diferente, pude ser otro, ¿saben? Pude haber llegado a algún otro lugar, pero no, pana, mírame aquí —y Caimán sacó de donde pudo una nueva sonrisa—. Y lo peor no es eso, no, lo peor es que me muero de celos, pana, de envidia cochina y malsana.

Era hasta incómodo escucharlo. Qué podían decir, cómo podían consolarlo. Era preferible, pensaron los tres, que cerrara la boca y no hablara más.

—A ti, Laudvan, ¿te han montado cachos alguna vez? —insistió.

El interrogado encogió los hombros y tímidamente con la cabeza hizo un ademán afirmativo, mientras sorbía otro poco de ron.

—Entonces me entiendes, ¿no? ¿Sabes lo insoportable que es? ¿Cómo fue, pana? ¡Cuéntame, por favor! —y el muy rata colocó, estratégicamente, el dedo índice en su mentón.

Definitivamente Caimán, a la vista de Laudvan, se había vuelto loco. Qué coño tenía que ver eso con nada, con el secuestro, con la vida, con el perico, con el ron, con Ana Patricia. Bajaba y subía, daba y quitaba, iba y venía, peor que un carrusel. Ya lo tenía mareado y aturdido, como con el vacío de viajar en avión.

—Yo nunca he sentido celos —se apresuró a decir una Ana que ya no cabía en sí—. No tengo idea de qué se siente, pero me lo imagino.

—¿Nunca te has enamorado? —soltó Caimán con evidente satisfacción.

Laudvan había acudido nervioso y con la cabeza llena de recuerdos a la mesa de herramientas; Ana, ya sumida en la pregunta, masticaba una respuesta; y Luis, intrigado y con un mal sabor en la boca, se limitaba a ver.

—El amor es odio, eso es....—remachó Caimán su faena provocadora.

—El amor es cualquier cosa, güevón —contestó Laudvan con un brillo cristalino en la nariz—. Es lo que tú quieres que sea, si la quieres cagar y odiar a los que amas, allá tú...

—No entiendes, no entiendes. El amor es posesión, venganza, envidia, celos, odio, güevón, odio.

Y la palabra «odio» quedó flotando en el aire por unos momentos.

—Lo único que puedo decir—confesó al rato la rubia—, es que no sé lo que significa amor, es decir, la palabra. Es tan amplia, tan difícil, tan abstracta, que no sé, no sé si me he enamorado.

Oírla fue terrible. Luis sí, él sí podía decir perfectamente que estaba enamorado de ella y podía gritarlo, defenderlo hasta la muerte. Se sintió engañado y derrotado una vez más. Perdió fuerzas, como si le arrancaran la vida de un tirón y acudió a la mesa de la salvación. Sobre el espejo dibujó dos líneas largas y choretas y de un coñazo se las metió.

—Una vez me enamoré, ¿te acuerdas Luis? Hace años, y lo que me queda de eso es puro coraje —explicó Caimán, ya en su decimonoveno ron.

—Fuck the world, pana, el pasado no existe, nada importa —le respondió un reanimado Laudvan—. Sal de eso, sácate esos fantasmas de encima. La vida es una pizarra vacía que se pinta y se borra día a día, una ilusión, ¿o no?

Hubo un momento de silencio y de reflexión luego de las palabras de Laudvan, que los cuatro aprovecharon para intercambiar posiciones. Luis se movió hacia la puerta, Ana hacia los pases, Laudvan a la computadora y Caimán tras el ron.

Reflexión V: Dinero

Billete, pana, lo que quiero es billete. Dejarme de mariqueras, de sentimientos pajúos. Echarle bola a lo del secuestro, pero por mí y no por la güevona esa.

Estoy como aislado, no puedo hablar ni oír. Me arde la piel. La cabeza me da vueltas. Sabía que el güevón de Caimán iba a escoñetar la noche. Todo es sombra.

Tener una lancha, una mansión, un carro último modelo, ropa de moda, un televisor, celular, las putas del Doral. Eso, te lo digo, debe ser la felicidad.

Oigo cómo los grillitos cantan, perdidos en el jardín. Yo no soy un grillo, vivo en Venezuela y falta poco para el 2000, no tengo salida, no tengo para dónde coger, no le puedo dar más vueltas: el dinero, pana, el poder, eso es. No hay nada más.

Duro, rata, sin sentir, sin pensar, sin ir, así, así.

Me duele, coño, me duele burda que esa jeva no me quiera, que no me vea, que no sienta amor por mí. Dinero.

Relatividad

—Eso que dices suena bien —y Ana saboreó las palabras con placer—. Vivir como si nada, sin esperar, sin pedir...

—Dame tu vaso, linda, voy a servirte más ron para que brindemos por eso, el marico de Laudvan tiene razón, fuck the world.

Y los tres brindaron y rieron.

Entre perico y confesiones transcurrió la noche, replegada tras la sombra siniestra de Luis. Ya mandibuleaban, enceguecidos por la coca y el ron, cuando Ana soltó:

—Quiero ser una mosca, sí, porque las moscas pueden volar, ¿sabes? Así, zzzzz, sin que nadie se dé cuenta y...—la muchacha experimentaba una sensación de descontrol que le gustaba. En aquel acelerado torbellino se sentía cómoda y animada, claro, era la primera vez.

—Yo un sapo —y Laudvan sacó la lengua.

«¿Un sapo?», se repitió amargamente Luis.

—El caimán se los come a los dos.

Silencio de nuevo.

—Estás toda jalada, pana, deberíamos irnos de una vez —entonó Luis a regañadientes.

—¿Qué te pasa? —arisca, y de nuevo en sí.

—No me gusta verte así, pana, empericada y bruta.

—Déjala tranquila, Luis, ¿qué te pasa? —terció Caimán.

—Vámonos para tu casa, Laudvan, allí estamos más seguros.

—Eres un idiota... —la chica.

—Yo no quiero ir para mi casa, quiero ir a la fiesta —contestó Laudvan.

—Pana, ustedes están soyados, idos, no entienden nada. Si la policía nos ve por ahí, nos matan, y si no, en el mejor de los casos, nos meten presos, 20 años... Y ustedes se caen a curda, echan vaina, se meten perico y quieren ir a rumbear a una fiesta en el Country Club. Esa relatividad tuya, Laudvan, no sirve para nada, marico, estamos metidos en sendo peo y hay que actuar coherentemente, pana, ¿no entiendes?

—¿Qué? A mí no me vengas con esas mierdas, güevón —y Laudvan se paró frente a Luis con sus churlitos apuntándole como los de un puercoespín—. Llegaste a mi casa y me pediste que te ayudara, mira hasta dónde me metí en el peo, güevón, mira mi relatividad, otro te manda de one para el coño y ya.

—Renuncia, vete a tu casa, déjanos en paz —se apresuró a decir la chica.

—¿Qué? —derrotado, Luis soltó sus brazos hacia la nada—. Pana, qué les pasa, ¿por qué coño de madre se pusieron contra mí? ¡Ana! Hace dos horas me dijiste que me amabas, ¿qué pasa? Laudvan, chamo, tú eres mi pana... Caimán, mamahuevo, eres una rata.

«Ja, ja, ja, ja», comenzó otra vez Caimán, y el trío quedó petrificado, atónito una vez más por el comportamiento del paralítico.

—¿De qué te ríes, coño de tu madre? —Luis vomitó su alma.

—De que siempre tengo razón. Primero, sabía que ibas a terminar mal, eso no me lo puedes negar. Segundo, panita del alma, vuelvo a decir que el amor es odio, eso es; y tercero, para que te arreches más, Luis, somos cuatro horas más viejos y nos queda menos tiempo para hacer lo que queremos en la vida —y al decirlo Caimán suspiró como si hubiera corrido un maratón, como si toda aquella marea ilógica hubiera sido planificada para demostrar esas tres absurdas teorías.

Ya más relajados, los cuatro se hundieron cada uno en su propia y relativa pesadilla.

Jenny y Kathy

Esta vez era en serio, nunca había tenido una oportunidad así. Salir con la hija de la presidenta de la Asociación de Vecinos. Una niña linda que estudiaba quinto año y que, a lo sumo, se la habrían cogido dos veces.

La había invitado a ir al cine y luego a comerse algo por ahí, un plan simple pero que podía después, cómo no, transformarse en otra cosa. La piel de Jenny le impresionaba, era de un moreno canela reluciente, terso y suave. Podía imaginarse perfectamente cómo era su cuquita, igual de tersa y suave, carnosa y lampiña. Lampiña como la tienen las de sangre india, con tan sólo un ramo de vellos dibujado en el cielo.

Soñó con el sabor ácido y dulce de la hija de la presidenta de la Asociación de Vecinos de Caricuao y llamó a Yaqui. La cita no se habría podido consumar sin la presencia de la prima de Jenny, Katheryn, que era otra mami sana y virgencita, salvo que más gorda y chiquita.

Para poder salir con Jenny había tenido que invitar a Kathy, y para salir con Kathy le había pedido el favor a su pana Yaqui, cosa que no estaba mal si se toma en cuenta que la presidenta de la Asociación de Vecinos pocas veces dejaba a su hija salir y menos con un bicho que tenía fama de malandro y dañado.

Miró a su hermano mayor antes de salir y le dijo sonriendo: «Andrés, pórtese bien, Andrés».

Con sus pantalones de pinzas caqui, su camisa larga y amplia, sus zapatos gigantescos y su pelo negro engominado, salió de la casa contento. Montó en el Jeep y se fue a buscar a Yaqui.

«Yaqui, Yaqui», gritó, luego de apretar la corneta como cuatro veces. El pana se asomó por el balcón y con la mano hizo gestos de «ya voy».

A los tres minutos, y luego de bajar 13 pisos por las escaleras, estaba sentado en el Jeep. Ricardo casi se molesta al ver que su amigo estaba vestido igual, pero en vez de pantalón marrón, tenía uno azul, y en vez de unos zapatos deportivos, llevaba unos de cuero gris. Lo demás: el pelo, la camisa y hasta los pequeños bigotes debajo de la nariz guardaban un parecido extraordinario; pero siempre fue así.

Las mamis, lindas y preciosas, con sus bluyines apretaditos y sus franelas de colores, esperaban en la puerta del edificio entre nerviosas, por lo aún clandestino de la cita, y emocionadas, por tener 17 años y salir con unos bichos de 26.

Los besitos para ambos, cuando las chicas subieron al carro, estuvieron muy cerca de la boca, lo que emocionó y llenó de grandes esperanzas a los dos amigos. Kathy se fue con Yaqui para atrás y Jenny quedó con Ricardo en la parte delantera.

Ellas reían y cantaban, ellos esperaban.

Perdidos en la autopista, ya bien lejos de Caricuao, Jenny habló: «¿Quieren monte?». Ricardo y Yaqui se miraron las caras. Debía de ser una trampa, una astuta emboscada de la presidenta de la Asociación de Vecinos para desenmascarar a los fumones de la urbanización y botarlos de una vez por todas. O es que, sorpresas te da la vida, las niñas más educadas y sanas del sector no eran tan santas como se profesaba.

—Un tabaquito antes del cine caería bien —ayudó la prima.

Los amigos, algo cortados, encogieron los hombros y vieron a la hija de la presidenta de la Asociación de Vecinos sacar un tabaco perfectamente enrolado de la cartera, y llevárselo a la boca para ensalivarlo con un ademán alarmantemente experto.

El monte siempre caía de lo mejor antes de un cine, cómo no, pero dadas las circunstancias, maltripearon. Se habían condicionado para comportarse como gallos y no como los dañaos que eran en realidad, y eso les cruzó los cables. Eran unos bichitos que fingían ser sanos y tal pero que terminaban, como siempre, fumándose un tabaco. Complicado.

El caso era que parte de la excitación de salir con Jenny y Kathy se debía a su fama de niñas buenas y, ahora que resultaban ser malas, la emoción se había transformado en confusión.

Llegaron al cine algo nerviosos, a un centro comercial que aquella noche lució más amplio e iluminado. Casi sin hablar hicieron la cola para comprar las entradas, y mareados terminaron viendo la última de Jean Claude Van Damme.

Poco a poco, Ricardo y Yaqui fueron sintiéndose más cómodos y develando sus verdaderas personalidades. Ya para cuando la pantalla mostró las cuñas institucionales, esas con el Presidente inaugurando hospitales, los bichos lanzaban caramelos, cotufas y gritaban: «Cállate, becerro». Si a estas mamis les gustaban los malandros, más que nunca se comportarían como tales, pues.

La película no estaba nada mal. Un policía corrupto del siglo XXII que descubre la máquina teletransportadora, intenta viajar al pasado para apoderarse del tiempo y llenarlo de caos. Jean Claude, que es su compañero y un policía bueno, lo detiene con golpes de kárate del siglo XX. Hasta

estaban metidos en la película y habían postergado los planes de meterle mano a las jevas, cuando fueron ellas las que comenzaron a besarles y agarrarles por debajo.

El resto de la película fue pura saliva y erección. Las chicas abrieron sus bocas como hocico de león, metieron la lengua duro y hasta el fondo, tocaron tenazmente donde quisieron y pusieron las manos de ellos en el justo lugar. No pudieron ver ni el final.

Era raro, chimbo. Como cuando, borrachos y birriondísimos, se controlaban a dos perritas en una fiesta y se las cogían por ahí, sin verles la cara o hablarles. Directo al grano. Ellos, en este caso, eran los perritos, y era terrible sentirse así, sobre todo con dos flacas tan legales con las que provocaba más bien tumbarse en la grama y decirles: «Mami».

Si actuaban como ellos lo hacían con la perritas, Jenny y Kathy se los cogerían esa noche para matar el queso y al día siguiente —»si te he visto, no te conozco»— se harían las locas y los mandarían para el coño.

La sensación de que las jevas controlaran la situación era horrible, sí, pero igual se irían para casa de Ricardo, se las tirarían y al día siguiente, con asco, se dirían que las primas eran tremendas zorritas. Ricardo casi acaba cuando imaginó la cara que pondría la presidenta de la Asociación de Vecinos si le llegaba el rumor.

Prendieron las luces del cine y los culos, con la pintura de labios chorreada alrededor de la bocas, sonrieron y aceptaron la oferta de Ricardo de ir a su casa y «terminar todo allí».

Embriaguez y emoción sintieron los cuatro, cuando, de nuevo en la autopista rumbo a Caricuao, Jenny prendió otro tabaco. Soñaron e imaginaron más besos, más lenguas y abrazos, esta vez con los cuerpos desnudos, abiertos, ardientes y apasionados.

«Jenny, Jenny, qué piel tan suave tienes. Sé mía, sé mía esta noche. Beberemos ron, fumaremos 1.000 tabacos, aunque es tu dulce aroma, mi amor, lo que siempre me volará para el carajo».

Caricuao, como todos los viernes que no eran día de pago, estaba triste y apagado. Pocas luces, concreto encharcado. Ni un alma en la calle, semáforos intermitentes, brisa fresca, olor a yerba, otro hueco en la calle. Era como estar de nuevo en el mundo irreal de Jean Claude Van Damme.

Puso el Jeep en neutro y con freno de mano, se bajó animado y, con las dos manos, movió la reja blanca del estacionamiento que alguna vez había funcionado. Cuando se volvió, había un encapuchado apuntándole con una pistola a la cara. Le disparó dos veces en el cráneo.

Segundos después, los otros dos malandros obligaron a Yaqui, Jenny y Kathy a bajar del carro y, entre gritos y llantos, descargaron sus escopetas en los rostros aterrorizados.

Luego, los encapuchados tomaron el Jeep y arrancaron.

No future

Desde que llegué a Nueva York olvidé, nunca más quise saber sobre Venezuela ni lo que pasó allí. Me programé y olvidé.

Ahora, no sé por qué, recuerdo.

Recuerdo que luego de que mataran al Tufo, bajé con Federico Mendoza por esa turbia calle hasta encontrarnos con Alejandro y Mega.

«¿Qué haces aquí Alejandro? ¿Hijo? ¿Estás bien? ¿Estás bien?». Federico arrastró a Alejandro hasta su carro y sin voltear o explicar, aceleraron.

Recuerdo el sentimiento de vacío y miedo que quedó luego de su partida. Las caricias de Mega.

Recuerdo quizás porque mi vida ahora es plácida y suave, tranquila y modesta como nunca fue. Mamá, gorda, casada, no sé.....

Retomamos el camino y llegamos de nuevo a la Cherokee. Subimos y Mega insistió en lo del viaje a Miami, en lo de una nueva vida, en lo del amor. Yo estaba bloqueada, agotada y confundida y lo único que alcancé a decir fue: «Mañana, Johnny, mañana».

Llegamos a mi edificio y, después de un beso, bajé.

La casa oscura

Lo condujeron hasta el centro de la pista y, como si fuera Jesús o algún rockstar, se dejó caer en las manos de los bailarines para que lo tocaran y rozaran con sus manos radioactivas.

Sacudió las greñas, como para sacarse un animal, y volvió a abrir los ojos. A veces el ácido ganaba y, sí, se dejaba llevar. Amaranta no estaba y él aún seguía en la pista perdido en el mismo lugar, incapaz de mover un pie o hablar.

Todos ahora estaban igual que él, tiesos en un solo punto, moviendo suavemente el cuerpo y con los ojos cerrados, quizás también, alucinando que eran alzados por la multitud y acariciados.

Desapareció, se fundió, comenzó a saltar y a mover la cabeza hasta que, como los demás, se olvidó de todo.

El chú chú tren

Lo metieron como pudieron, primero su cuerpo, y luego la silla dentro del carro. Esta vez, Luis quiso manejar.

Ana de copiloto y Laudvan, con Caimán atrás.

Un expreso de medianoche que enfiló rumbo al oeste para alcanzar el Country Club. Nada se movía afuera, salvo uno que otro carro que se les cruzaba en vertical. La noche estaba negra, húmeda y vacía, lo mismo que si en Chacaíto hubiese explotado una bomba nuclear.

Los cuatro reposaron la cabeza en el respaldo, y como si fuera Nintendo, vieron a través del parabrisas la realidad: árboles, calles, edificios, basura, perros, gatos. Sssmmmm, smmmmm, sobre la lluvia

Ana se sentía incómoda y cansada. El perico la había llevado a una montaña muy alta y ahora la había lanzado al fondo del mar. Estaba pegajosa, sudada, agotada. Quería arrancarse la cabeza para poder pensar con claridad, quitarse la ropa y bañarse en la ducha de su cuarto, masturbarse y pensar de nuevo en Mega. Rebobinar la vida hasta que volviera a empezar.

Caimán, con cuidado, sirvió en una llave una buena ración de cocaína y llamó a Ana con preocupación: «Toma», dijo mientras su mano temblorosa se acercaba a la nariz de la niña.

Olió con ganas y sintió cómo cada grano del polvo se alojaba en un lugar diferente de su fosa nasal. Ardor. Luego una energía nerviosa y extraña la había levantado del letargo. Despertó, aunque no por eso estuvo menos bruta y confundida.

Caimán repitió el proceso y le metió a Laudvan dos tiros más por la nariz.

Laudvan soñaba con una noche igual de oscura y tranquila que esa, pero llena de estrellas y frente a la playa, alguna en el mar Caribe que tuviera un hotel viejo con piscina sobre sus costas transparentes. Se reclinaba en su silla de esterillas y veía fundirse al universo y el mar.

Caimán volvió a servir y esta vez fue Luis quien olió. Asqueado y con ira, sintió el sabor amargo y anestesiante de la coca bajar por su garganta. Maltripeaba, siempre en gris.

Por último, el paralítico adornó de blanco su gastada llave, y con una ruidosa y rápida respiración se llevó toda el polvo que quedaba.

Luis manejaba con parsimonia y lentitud. Caimán guiaba ansioso: «Derecha, izquierda, izquierda, derecha, recto, recto, izquierda».

Ana alzó las manos como bailarina de flamenco y, cerrando los ojos y creyéndose sexy, canturreó: «Mi unicornio azul ayer se me perdió. Cualquier información...».

—¿Qué es eso? —preguntó Caimán, crispado.

Ella no le oyó, tampoco vio los gestos de repulsión de Laudvan y Luis. Por lo tanto, siguió.

—¿Silvio Rodríguez? ¡Qué asco! —murmuró Laudvan.

Las canchas de golf, las matas de mango, las casas enormes. Estaban acercándose.

De repente, después de una curva estrecha y de la canción de Ana, apareció. Era una mansión de varios pisos, iluminada y vertiginosa, que vibraba al ritmo del techno que escandalosamente se escapaba de sus puertas y ventanas.

Estacionaron y, con ímpetus adolescentes, bajaron corriendo hasta llegar al enorme portón de madera que, abierto, les daba la bienvenida a la fiesta.

Adentro, frente a la escalera de caracol, todo fue oscuro.

Marietta

Dolores y Fabricio se habían ido hacía ya media hora. Antes habían tomado café y habían tratado de consolar a Isabella diciendo boberías. Ahora las luces estaban apagadas y Berta se había ido a dormir. Isabella no podía siquiera intentarlo.

Subió a la sala de estar y prendió el televisor. Los del noticiero hablaron de su hija, algunos policías gordos y desgreñados también. Luego se lamentaron por la inflación y la baja en los precios del petróleo. Estaba tan silenciosa la casa. Tan vacía.

Después vino Marietta con un nuevo peinado y un programa sobre médicos asesinos.

Se acurrucó en la poltrona e intentó refugiarse en la tenue luz que provenía de su habitación.

Vomitó sobre la alfombra, luego sobre su blusa de seda roja. Movió el cuerpo tratando de llevarlo hasta el baño, pero devolvió la bilis otra vez. Se quedó inmóvil frente al programa de Marietta con un hilo de sustancia viscosa y marrón que lentamente fue cayendo de su boca.

Quiso rezar, quiso creer, pero el mundo era un estómago hinchado, lleno de jarabe antiácido y pastillas anticonceptivas.

«Lampituvirán, lampituvirán, lampituvirán».

Y EL LUNES OCURRIÓ

Dormí y mucho, soñé también, pero no sé con qué.

Luego me levanté sin recordar quién era ni qué había ocurrido el día anterior. Adormecida, caminé hasta el baño por rutina. Sólo sabía que tenía que ir a trabajar al maldito periódico.

No quise bañarme, aunque lo necesitaba. Me cepillé los dientes, me peiné y salí de la casa sin despedirme de mi tía, que todavía estaba dormida.

Porquería de calle, porquería de vida.

Por qué Alejandro tenía que ser tan insensible e idiota, por qué no me hablaba y me veía a la cara, por qué no me quería. ¿Qué sería de su vida? ¿Cómo lo tratarían en su casa? ¿Iría a comprar más crack? Pensaba, mientras atravesaba aquellas calurosas avenidas.

Pasaron tantas cosas ese día, ¡y yo tan débil y afligida!

Llegué al periódico, me colgué el carnet de la solapa de la camisa y fui a buscar un café antes de subir. El cafetín estaba inusualmente concurrido aquella mañana. Hablaban, gritaban, abrían los ojos, pero yo no prestaba atención. Me sumergí en el café, pensando que algún día estaría con él, veríamos una película y nos comeríamos una pizza, me abrazaría y me diría de nuevo «todo está bien».

A pesar de que tomé el ascensor, mi cuerpo quedó abajo. Llegué al escritorio y prendí el computador. Había una nota sobre la pantalla que decía «llamó el doctor Mendoza, ir a su oficina inmediatamente». Firmaba mi jefe, Miguel Zacarías.

Antes de subir al último piso, fui interceptada por un grupo de periodistas que hablaban, mientras bajaban las escaleras hacia la redacción.

—Apareció la muchacha —dijeron.

—Al parecer, pagaron el rescate.

—¿Qué? Perdón —interrumpí—, pero, ¿apareció Ana Patricia Mendoza?

—Ay, niña —soltó una de las estúpidas redactoras de deportes—. ¿Tú como que no lees el periódico donde trabajas? ¿Con las noticias sobre la hija del dire?

—Sí, apareció ayer en la noche—agregó otra, unos pisos más arriba.

—Y fue que mataron a los cuatro, ¿no? —preguntó una, volviéndose para encontrar ratificación en otra de sus alborozadas colegas.

—Sí, y la presidenta de la Asociación de Vecinos va a realizar una marcha hasta Miraflores esta tarde.

Mi corazón empezó a latir rápidamente y mis piernas no esperaron el ascensor, de un tirón subieron cuatro pisos y me llevaron hasta la oficina del editor.

—Hola, Niurka, ¿está el doctor?

—Sí —y puso una cara seria—. Te está esperando.

Lo llamó y pasé.

Hablaba por teléfono, creo que con la policía, y lo único que decía era «no, no, no» y «exacto».

Trancó y me miró con odio.

—¿Qué hacía Alejandro contigo ayer?

—Nada.

—¿Nada? Me lo contó todo, que lo acosaste, que te lo cogiste.

Me derrumbé.

—¿Qué persigues con esto, Yetzibell? Alejandro es un muchacho enfermo, débil, con problemas. Si quieres poder, dímelo, y nos vamos un fin de semana para Curazao.

—¡Por favor! —dije, alzando la voz.

—Te botaría si no fuera porque viste lo que viste ayer. Ni una palabra, ¿okey? Ahora que mi hija apareció y está bien, olvidemos lo que pasó y comencemos otra vez.

—¿Eso es todo? ¿Me puedo ir?

Hizo un gesto de indiferencia. Salí. Estaba a punto de perder mi trabajo. Había perdido la gran noticia de mi vida. Había perdido a mi ángel.

Alejandro, cómo te odié en ese momento, cómo quise tener una ametralladora para dispararte y verte morir como un perro.

Ya no había nada.

Regresé a mi escritorio y rogué para que al mueble le salieran unos enormes y afilados dientes que me masticaran hasta desaparecer.

Tomé un periódico del piso y leí el titular: «Sana y salva hija de nuestro editor».

Y allí estaba esa hermosa y exuberante rubia en la foto de primera página. Feliz, abrazando a su mamá.

Qué envidia sentí, ella tan alegre y despreocupada y yo tan, tan... No sé. Derramé una lágrima sobre su rostro entramado, y en eso sentí una mano recia en mi hombro.

—¿Qué tienes Yetzibell? ¿ Te sientes mal? —preguntó mi jefe.

—Es lo de este secuestro, la presión, el estrés, no sé... No estoy bien.

—No apareciste en todo el fin de semana.

Me quedé callada y con un lápiz comencé a rayar el periódico.

—No sé por qué te tienes que sentir mal, si ese caso nunca fue tuyo, jamás escribiste una línea al respecto.

—Precisamente.

—Agarra el caso de Jenny Peñalver, pues. Es tuyo. Ponte a vibrar.

—¿El caso de quién?

—De la hija de la presidenta de la Asociación de Vecinos de Caricuao, la que mataron el viernes. Hoy a las dos de la tarde comienza una marcha contra la violencia y la inseguridad, en protesta por su muerte. Cúbrela —ordenó, antes de salir de la oficina.

Tomé el periódico y leí más abajo: «Irritación colectiva por la muerte de cuatro jóvenes inocentes en Caricuao».

«La ira colectiva y el clamor público en protesta por los elevados índices de criminalidad y violencia que registra la ciudad de Caracas fueron detonados por el asesinato, el viernes en horas de la noche, de Jenny del Carmen Peñalver Osorio (17), estudiante de quinto año en el liceo Rodolfo Pacheco, su prima Katherin Amelia Osorio Vega (18), también estudiante de quinto año en el liceo Arístides Carrizales, Ricardo Salvador Cansino Suárez (26), empleado del Consejo Electoral Superior, y Yaqui Michael Perdomo Urbina (25), comerciante; quienes se encontraban en el Plan C de Caricuao cuando fueron interceptados por un grupo de antisociales que a sangre fría les dispararon para robarles el rústico Toyota, placas ADC-123, en el que los cuatro jóvenes se desplazaban luego de ir a una función de cine.» quienes se encontraban en el Plan C de Caricuao cuando fueron interceptados por un grupo de antisociales que a sangre fría les dispararon para robarles el rústico Toyota, placas ADC-123, en el que los cuatro jóvenes se desplazaban luego de ir a una función de cine.;

«Esta tarde, un grupo de vecinos del Municipio Libertador marchará hasta Miraflores para pedir medidas drásticas para controlar la inseguridad en la Capital de la República».

Aún tengo guardada esa primera plana, vieja y arrugada.

No me llamó la atención. Era el clásico homicidio de los barrios bajos, no había nada que investigar. Unos malandros drogados que les robaban el carro a unos pobres muchachos y después los matan. ¡Lo clásico! Como siempre, estaba equivocada.

¿Cómo podía estar tan perdida en la vida? Creí que sí, que yo era la elegida, la que iba a resolver el caso de Ana Patricia. Me enamoré de su hermano, del locutor que presenció el secuestro, vi cómo mataban al Tufo y ¡nada, nada!

—¿Qué te parece? —entró Claudia, su compañera de la fuente, mucho más fogueada.

—Hola, Claudia.

—Yetzi, pagaron el rescate, eso es seguro. Federico dio órdenes de que le diéramos cada día menos cobertura a lo del secuestro de su hija y que luego dejáramos morir la noticia.

—¿Sí? ¿No quieren que investiguen, ni que se diga nada?

—Nada, pagaron el rescate. De todas maneras en la redacción andan vueltos locos con lo de la baja del precio del petróleo, los sabotajes a los oleoductos, Chávez y los asesinatos de Caricuao. A mí me mandaron a cubrir el concierto de Enrique Iglesias de este sábado.

En eso sonó el teléfono y Claudia se despidió moviendo las manos.

—No pude dormir anoche... me quedé pensando en ti —fue lo primero que dijo.

Esa mañana no lo quería, en otros momentos sí y ahora también, pero ya tenía bastantes cosas en la cabeza como para que viniera Mega a complicarme más la vida.

—¿Qué más? ¿Viste que apareció Ana Patricia? —lo saludé.

—Sí, qué bolas, ¿no?

—¿Aló? —odio el silencio.

—Ya renuncié a la radio... Los de Miami quieren que llegue allá el domingo, para firmar el contrato el lunes y empezar esa misma semana las grabaciones.

—¡Aló!

—Es una buena oportunidad, vente conmigo —dijo al cabo de unos segundos.

—¡No me presiones!

—¿Por qué te arrechas, pana? ¿Qué te pasa?

—Nada, nada, no funciono cuando me presionan, eso es todo.

—Yo no te estoy presionando un coño, sólo te estoy proponiendo que te vengas conmigo a Miami.

—Mega, me conociste el jueves... ¿Ya te quieres casar conmigo? Es muy apresurado todo, no puedo tomar una decisión así.

—Pana, aquí eres una piche periodista que gana una miseria, te estoy dando la oportunidad de que empieces una nueva vida.

Tranqué irritada y descompuesta y después de eso sólo lo volví a ver por televisión. Por un buen rato fue animador de una cadena de televisión musical latina y después desapareció. No lo sabía, es decir, jamás imaginé que esa sería la última vez que oíría su voz, pero quién puede saber ese tipo de cosas.

Supe también, por una amiga que me mantuvo informada, que luego de Miami, se había mudado a Chicago.

Ahora sé que me hubiera ido con él, si no hubiera estado tan turbada por Alejandro. Me obsesioné con él, como si el fuera mi bazuko, mi ángel, mi crack, porque era lejano, distante, intangible.

Y además, además, le había dicho a su padre que yo lo había acosado y me lo había cogido. ¿Por qué, por qué? ¿Estaba loco o qué? ¿No me quería ni siquiera un poquito?

La vida de Mega sería diferente si yo me hubiera ido con él, la mía también. Ambos éramos ambiciosos, apasionados, imponentes y luego, bueno, luego desaparecimos, dejamos de existir. Nuestras vidas serían diferentes.

Sé que actué mal; a lo mejor era muy joven. Él era el indicado, me quería, yo también a él, nos comunicábamos, y nos echábamos en su cama a soñar. Por siempre jóvenes, poderosos.

Pero las reglas del amor son así: yo me obsesioné con Alejandro porque no me amaba, y Mega conmigo pues fui indiferente con él.

LAGAÑAS

Pintada en la ventana está la montaña

El sol

La brisa de abril

Amanecer sin ti

Y tu risa se repite

No hay una que yo gane

Fucking Bitch.

Bifurcación

Un repentino sentimiento de cofradía los unió en los primeros instantes. Las escenas de la fiesta transcurrían con una lógica difícil de entender, lejanas y ajenas.

Arriba, la escalera de caracol se convertía en una espiral florida con caras, cuerpos y sombras fluorescentes que flotaban, caían.

No había foco, ni punto de partida.

Ana tomó de la mano a Luis y los cuatro rodaron hacia lo que parecía el centro de algo, de cualquier cosa. Al llegar allí vieron cuatro puertas que precedían, cada una, al menos a otro salón y dos puertas más.

Estuvieron un rato parados, sin entender demasiado. Había música o algo que se le parecía, que se mantuvo un buen tiempo sobre sus cabezas. Aquello lucía más o menos como una pista de baile, pero la poca luz y las escasas claves de la música, les hicieron dudar.

Y de repente aquella convulsión esquizofrénica se detuvo con la circular melodía para dar paso a un silencio pulsante y mohoso. Por instantes, no hubo música ni movimiento y los cuatro criminales, junto al resto de las hormigas, voltearon su mirada expectante hacia el discplay.

Bum.

La melodía regresó. Ahora revestida de un potente bajo, un penetrante tambor y un recalcitrante bongó.

La fiesta entera alzó las manos y emitió un orgiástico: «Uh». Ahora las piernas y las manos se movían en epiléptica combinación y simetría, en una sola energía, como un organismo vivo que empezara en las cornetas y terminara en la punta de los pies de cada bailarín.

Valía la pena estar ahí.

La primera en mover un pie fue Ana, luego siguió Caimán pero con los hombros y los brazos, después vino Laudvan con pequeños círculos en retroceso alrededor de sus amigos y, por último, Luis, que torpemente comenzó a sacudir la pelvis.

Hubo un vacío en el que se hundieron, tratando de seguirle el paso a la repetitiva percusión y, al despertar, el volumen atormentante, la locura, el porvenir, los hizo sonreír. Fue su mejor momento.

Sonrisa, conexión total, como comercial de pasta de dientes, como cuando en las comiquitas japonesas los héroes triunfan.

Laudvan estaba hechizado con el brillo de los ojos de Ana, con su boca y su alegría. Hizo el paso del autista, para adelante, para atrás, para adelante y para atrás, electrizado de felicidad.

Pero las mareas siguieron. En el baile, en el ritmo se fueron perdiendo, paso a paso, beat a beat, hasta que en una de esas, los rostros fueron otros y al voltear y buscar no encontraron nada más que el anonimato y el desapego.

Cuarto 1

Fue deslizándose, como si el piso fuese la tripa de un gigantesco lagarto. Al ritmo de la música, empujado por los otros, sin entender, sin querer, dejándose llevar.

Entró en otro cuarto y paró de bailar ya aburrido de la música, diluida la emoción. Intentó encontrar a Ana entre el mar de cabezas, pero nada. Caminó alrededor, con esfuerzo, apartando pechos y espaldas, hasta que se encontró frente a uno de los altavoces y sintió la repentina necesidad de patearlo, destruirlo, o por lo menos, desconectarlo.

Sus caras de idiotas, su hipócrita euforia, malditos caraqueños y sus placeres mezquinos. Su ropa improvisada, sus pasos de baile anodinos... Provocaba ponerles 100 bombas y que volaran en pedacitos a Nueva York.

La nada, caminó por la nada tropezándose con la nada, como siempre. Sintió que era su última oportunidad para decirle a Ana lo que sentía y arreglar las cosas. Arrojarle el corazón en las manos. Tenía que atravesar la selva aquella, nadar sobre las espinas, tragar su superficialidad, y pararse frente a ella como un guerrero malherido y decirle: «¿Qué mariquera es? ¿Me quieres o no, jeva? Dímelo de una vez».

CUARTO 2

Ana Patricia, Ana Patricia, la que levantaba suspiros. La que nunca fue culpable. La que nunca tuvo que olvidar.

Un collarín de esmeraldas, una cadena de rosas doradas, palmeras, arena, hadas en el balcón, terciopelo y seda, brisa, caballos en el mar, siempre el mar.

Bailaba, qué más, obsesionada con el bongó y las trompetas, pianos y violines que surgían de la chistera del house.

Era la reina del carnaval, tan bella como las de antes, tan profunda y banal.

Movía sensualmente su pecho hacia delante y luego, como una rumbera de película mexicana, los hombros y las caderas. Cosa de escuela, de herencia ancestral: piano, merengue, house.

Aquellos pases no le habían caído nada mal. ¿Mal? ¿Qué era eso? No había nada mejor que ir todos los días un poquito más allá; con cuidado, eso sí. Ser impredecible, arriesgada, incontrolable, independiente, loca.

—¡Ana Patricia! —dijo una voz familiar.

Le tomaron por la espalda y la voltearon, todas con ojos pirados y asombrados. Eran Carlota, Carina, Susana y Annais. Sus amigas del colegio, otras gorditas, catiras que olían bien, igual de virolas y engoriladas.

—¿Tú no estabas secuestrada?

Las miró dubitativa, contrayendo la pupila, y enfocando al fondo del universo respondió:

—No, no, ¿Yo? ¿Yo?

—Sí, saliste en la televisión, en la radio, en el periódico.

—No, niña, eso es un invento de los periodistas y de mi papá. Yo no estoy secuestrada ni nada, solo me fui de mi casa. ¡Sabes como es mi papá!

—¡Ahhhh! Okey —dijeron las cuatro, antes de encoger los hombros y ponerse de nuevo a bailar.

—¿Has visto a Guillermo? —preguntó Carlota a gritos, mientras movía un pie adelante y llevaba un poco de vodka a sus labios.

—No, hace tiempo que no lo veo, bueno sí, me lo encuentro a cada rato en la universidad, pero hace tiempo que no salgo con él, quiero decir...

—El otro día, en una fiesta, estuvo toda la noche hablando de ti —comentó Annais.

—¿Sí? ¿Y qué dijo?

—Que eras una tipa chévere y tal, pero que también eras una chama medio enrollada y loca.

—¿Loca? Será que no le paré bolas al bolsa ese y por eso dice esas cosas.

Y las cinco se cagaron de la risa.

Cuarto 3

«Ese», «Qué dice», «Caimán para ti», «Duro», «Compinche». Con un brazo movía la silla y con el otro saludaba a la gente como si hubiera conectado un jonrón.

Sus dientes de nuevo afuera, su cuello estirado, sus párpados, uno caído, el otro levantado.

Había un tipo en el rincón que intentaba encontrar su casa sobre el piso. Una enana que bailaba con unas plataformas de 20 centímetros, un chino que gritaba, una pareja que bailaba boleros al centro, y a todos les encantaba tener también un paralítico que daba vueltas por el cuarto y saludaba emocionado.

Y allí estaba esa bichita fea y nueva, a la que nadie le prestaba atención, sola, y probablemente pensando en una gran y larga salchicha.

—Cambia esa cara, mami. ¿No sabes que un meteorito del tamaño de Venezuela se va a estrellar en el año 2000 contra la Tierra y no hay nada que podamos hacer? Disfruta, disfruta.

Se rió, muy buena señal.

—Me llamo Alonso, pero me dicen Caimán.

—Damelis —y, sonreida, estiró la mano.

—No eres de Caracas, ¿verdad?

—No, de Colombia, Cali.

—¿Y wuata foc ar llu duin jiar?

—¿Qué?

—Que qué estás haciendo aquí.

—Estoy en un congreso de estudiantes de comunicación social.

—Vea, pues.

—Ji, ji, ji.

—¿Y estás sola?

—No, con ellos —y señaló a un grupo de cholitos que bailaban en el salón.

—¿Y te gusta Venezuela?

—Sí, claro, tenaz.

—Estás loca, es una mierda.

—¿Por qué?

—No sé, es muy largo de explicar. ¿Colombia no es una mierda también?

—No, cómo dices eso, es lo más regio del mundo, lo más bello que hay...

—Mmmm, mi mamá era colombiana, pero yo nunca he ido para allá.

—Por qué no, es lindísima, te va a gustar... ¿De que parte de Colombia es tu mamá?

—No sé, pero es hermana de Gabriel García Márquez, él es mi tío... Del mismo sitio que él, ¿ves?

—¿Síííííí? ¿Y lo ves siempre?

—Qué va, ni lo conozco, él se peleó con mi mamá porque ella estaba en el M-19 y tal y luego se vino para acá y no se volvieron a hablar.

—¿Y dónde está ella?

—Después de que se divorció de mi papá y tal, se casó con un brasileño y se fue a vivir a Río de Janeiro. ¡Samba!

—Qué historia la tuya. ¿Y eres escritor? —preguntó Damelis, de lo más simpática.

Caimán lo pensó un rato y trató de imaginarse las pantaletas que llevaba la colombiana debajo de la falda con estampados hindúes. Luego subió la mirada y pilló un par de tetas allí medio chiquitas, que igual le encendieron el cerebro. Ardía, Caimán ardía, y se puso a imaginar cosas extrañas, un rincón alejado donde agarrarle las piernas a la vecinita. Unos besos, unas manos... Era tan fea la jeva esa que de repente y todo...

—Hey, hey, ¿estás allí? —le increpó la chica.

Afinó su mirada y, casi babeándose, le dijo:

—¿Nunca te han besado el culo?

—¿Qué?

—Que si nunca te han pasado la lenguita por ese culito rico que tienes —y torció la cabeza relamiéndose.

—¡Grosero! —soltó a la vez que, con violencia, empujaba al paralítico para abrirse paso y regresar a donde estaban sus amigos.

«Puta», lamentó Caimán antes de construir una nueva sonrisa y continuar su camino diciéndole a la gente: «Ese», «Qué dice», «Compinche», «Soy el sobrino de García Márquez», «Y tal».

Revelación

Ricardo llevaba tres días en la morgue. André no lo quería ni pensar. Ir hasta allá era demasiado fuerte.

Nadie sospechaba.

Sólo había pegado siete números en el Quino del domingo, pero aun así las cosas no podían estar mejor. Al menos era así por una vez. Se había puesto su bata china con dragones rojos y había prendido el televisor para ver el noticiero del mediodía y disfrutar satisfecho de su solitario y silencioso apartamento.

Allí estaba la presidenta de la Asociación de Vecinos, vestida de negro, con un moño rojo y lentes oscuros, gritando en una manifestación. Se hizo un café y de repente comenzó a llorar. Rayos, truenos y centellas. De nuevo los diablos lo culpaban y atormentaban con sus palabras verdes.

Salió desesperado de la cocina y corrió hasta el balcón. Al asomarse, encontró a cuatro jinetes que cabalgaban sobre las enormes nubes de Caricuao. Abajo, la misma manifestación de vecinos airada y entristecida, protestaba la muerte de Jenny, Kathy, Ricardo y Yaqui. Una larga peregrinación llena de dolor y pasos estrechos. Las pancartas deseaban que se detuvieran la inseguridad, la violencia y el terror que habían hecho suya la ciudad.

Pero André no había querido matar a aquellas dos muchachas, no, jamás. André no haría una cosa así, André era bueno, André era obediente, André era fiel, André era amor...André iba a arder en el infierno.

Se persignó y oró de rodillas cuando, en eso, sonó el timbre. Fue a abrir la puerta con sus ojos húmedos y enrojecidos, sus mejillas sonrojadas. La piel, suave y morena como la de una mujer. Las piernas, tersas, expuestas y depiladas. Pocas cejas y muchas pestañas que se movieron como mariposas cuando se enfrentaron a la mirada inquisidora del comisario Bermúdez.

—Buenas, ¿sí? —saludó André al desconocido.

«Ay, papá», se dijo a sí mismo el agente antes de irrumpir, junto a su fiel Changuerotti, en el apartamento.

Mostró su placa y echó una brusca mirada sobre el desastroso apartamento. Las paredes blancas estaban manchadas con mugre de manos sucias, los muebles estaban rotos y el polvo se acumulaba en las esquinas. Sin embargo, aquel hueco tenía una luz fulminante, clara y transparente que, por algunos segundos, distrajo a Bermúdez de su tarea.

—Entiendo que tú eres el hermano del occiso, Ricardo Salvador Cansino Suárez.

—Sí, señor agente oficial...

—Y entiendo que no lo has ido a buscar a la morgue.

Unas milésimas de silencio.

—No, me cuesta, señor agente, me da miedo.

«Ay, papá».

—¿Por qué? Si se puede saber.

—No sé, me da miedo.

—Si no lo recoges en dos días, lo entierran en una fosa común ¿No te importa?

—Claro que me importa, señor agente, claro que sí, es mi hermano, he estado ocupado, no tengo dinero, voy a ir esta misma tarde.

—Entiendo también que tú eres el único familiar del occiso.

Cruzó las piernas pero antes dejó ver su interior.

—Sí, así es...

—¿Y este apartamento? —miró hacia las nubes— ¿De quién es?

París estaba hecha de oro, o, por lo menos, con esa tonalidad otoñal brillaban los recuerdos fragmentarios que a ratos iluminaban la memoria de André. De repente en una discoteca, bailando con una sonrisa y una luz rosa apuntada a la cara. De repente en un desfile de moda, de repente. Una noche se había ido a dormir con Boy George y todo. ¿O era un tipo muy parecido? Ambos borrachos

y locos habían coincidido en la pista de un bar gay a las afueras de París. Eso lo fulminaba, recordar al Boy besándole el cuello, diciéndole «fuck me», «fuck me», «give me to me baby», «adiós, amigou».

Movió la cabeza, y delicadamente despertó:

—Es... Era de los dos, oficial.

—¿Y desde cuándo vives aquí?

Ahora aparecía Boy, crucificado. Miedo, terror. Su paquete, cubierto con aquel pañal de tela. Quiso acercarse y, arrodillado como un cordero, lamérselo.

—¡No, no, no! —gritó de pronto, tratando de sacudirse las candelas que lo consumían.

Bermúdez y Changuerotti hasta se asustaron, ¿qué coño le pasaba a ese tipo?

—Estoy bien, estoy bien —dijo levantándose del asiento, antes que los dos policías pudieran decir algo—. Bien nervioso, perdónenme, voy a hacer té, té, de manzanilla. ¿Quieren?

—Quieto allí, pajarito —ordenó Bermúdez, en un fulminante ataque de intuición.

André se detuvo temblando y Changuerotti, descifrando una mirada de su comisario, procedió con la rutina 36. Lo esposó y lo puso de rodillas en el piso.

Bermúdez desenfundó su pistola y se la pegó en la frente al que ahora se convertía en su principal sospechoso:

—Dime la verdad.

—¿Qué verdad? —respondió André en llanto.

—La verdad es una.

—La de Dios, la de Dios misericordioso... Padre nuestro que estás en los cielos...

—¿Mataste a tu hermano? ¿Sí o no?

—...ruega por nosotros, ahora y en la hora de nuestra muerte...

Changuerotti le insertó una patada en la cara y agregó: «Amén».

Ya en el suelo, André se colocó en posición fetal y empezó un llanto demencial.

—Mira, muchacho, sal de esto de una buena vez, libera tu culpa, no lo empeores más.

Changuerotti volvió a conectarle una patada, que esta vez llegó al estómago y le cortó la respiración.

—Ya, no me peguen más, no me hagan daño... Por favor.

—Odiabas a tu hermano, ¿verdad? Todo el mundo lo sabe.

Los miró, como un cachorro indefenso, lleno de terror y esperando un poco de piedad.

—Habla, muchacho....

—Mira, mamahuevo —apareció Changuerotti—, lo sabemos todo, unos bichitos del bloque 53 andan diciendo que estás metido hasta el cuello en esto —y le pegó una rotunda patada en el pecho—. Si no nos dices ahora todo lo que sabes, lo único que va a haber aquí es justicia popular —y sacó también su pistola.

—Yo no maté a esas muchachas, de verdad, lo juro, no le disparé a nadie —trató de defenderse, acurrucado sobre su cuerpo.

Algún día, alguien abriría sus brazos y lo recibiría con amor. Ese día acabaría todo el sufrimiento y sólo habría paz. Campos verdes, cielo azul, peces saltando sobre el lago. Todas las razas unidas y desnudas, como en un aviso de Benetton, cantando y orándole a Dios.

—¡Habla!

Puso la mente en blanco, no habló y se dejó llevar por la sensación que le había dejado el paisaje del Paraíso. Paz, pura paz. Cerró los ojos y... ¡Era Dios! Esa imagen que se había develado en su alma... ¡Era Dios! Que le hablaba y decía que todo estaba bien, que había una respuesta, que existía el perdón, su misericordioso perdón, su amor. André, entonces, tranquilo y dispuesto, decidió pagar sus pecados y encomendarse a la providencia.

—Sí, fui yo —confesó finalmente—, le pagué a unos malandros para que mataran a mi hermano. Soy culpable, culpable de toda culpa.

Caracas, te quiero

Me distraía viendo las nubes enormes y marrones de Caricuao mientras corría la manifestación de vecinos que protestaba por la muerte de los jóvenes en ese sector. La presidente de la Asociación de Vecinos lideraba la manifestación, al tanto que yo, aburrida, me fumaba un cigarrillo parada en un terraplén frontal a un superbloque.

Me imaginaba la noticia aburrida y sosa que escribiría al regresar al periódico, imaginaba lo difícil que se me haría la vida sin Mega, o lo difícil que se me haría la vida sin soñar en lo que podía hacer con él. Me convencía de que él no era el tipo, y me mortificaba pensar en Alejandro, en su misterio y frialdad.

La resolución del caso de Ana Patricia Mendoza me había dejado vacía e indispuesta. Mis planes se habían arruinado y tan sólo la idea de pasar un año más cubriendo manifestaciones de este tipo y derrumbes en los barrios me daba escalofríos. Y es que mi obsesión por la inmediatez impedía que analizara minuciosamente las alternativas que me rodeaban y tomara una decisión correcta. La urgencia de amar y trascender lo echó todo a perder.

Y de nuevo miré al cielo y me perdí en las nubes que explotaban sobre el Ávila, pensando, añorando...

Cuando volví a bajar la mirada, la marcha se había desviado hacia el edificio del frente. Un inusitado revuelo se había formado a las puertas del Plan 3. Con parsimonia y lentitud caminé hasta allá y poco fue lo que pude ver o escuchar.

Lo que sé, lo sé por lo que leí en el periódico al día siguiente y no en El Guardián, sino El Centinela, que era la competencia. Escribí una escueta nota sobre la aprensión de un sospechoso en el edificio Plan 3 de Caricuao que podría tratarse de del autor intelectual de los asesinatos y que titulé «Arresto de sospechoso». «Tras las rejas monstruo de Caricuao», era el titular de El Centinela.

« 'Aquí está el asesino', gritó ayer tarde el Comisario para Asuntos Especiales de la policía, Washington Bermúdez, justo cuando la manifestación de vecinos, programada para llegar hasta Miraflores en protesta por el asesinato de los cuatro jóvenes en Caricuao acontecida el pasado viernes, estaba apenas comenzando. La multitud se detuvo al instante y volteó su mirada hacia el edifico Plan 3 de la urbanización Caricuao.

« ‘Aquí tienen al monstruo de Caricuao, confeso y arrepentido de su crimen’, volvió a gritar el agente especial, esta vez encaramado sobre una de las jardineras del edificio. Los vecinos se precipitaron sobre la entrada del Plan 3 y a golpes quisieron ajusticiar al ‘Monstruo’, pero un grupo considerable de efectivos repelieron los ataques al disparar varios tiros al aire que dispersaron a la multitud.

«Informaciones posteriores develaron que el homicidio fue perpetrado por tres sujetos, cuyos nombres se desconocen hasta ahora y quienes habrían sido contratados por Andrés Jesús Cansino Suárez, hermano de una de las víctimas, para la consumación del fratricidio».

Y el cuento seguía y seguía. El tal monstruo era un pobre muchacho marginal que sufría de una tremenda esquizofrenia religiosa. Había sido fotógrafo de modas y luego había hecho un viaje a Francia, cuyos detalles nunca habían sido aclarados y que había terminado en deportación. Asesinó a su hermano, según cuenta, por las continuas violaciones y atropellos de que era víctima, además de la propiedad del apartamento donde vivían en Caricuao.

Semanas después la policía atrapó a sus tres compinches, los autores materiales de la masacre. El Monstruo ese, por lo demás, salió de la cárcel ya hace unos cuantos años y ahora es predicador evangélico, uno de los más famosos de la radio.

Regresé al periódico, escribí aquella escueta nota y abrí una misteriosa carta que estaba sobre mi escritorio.

Cuarto 4

Laudvan se había quitado la franela, porque le había provocado usarla como lazo para arriar vacas. La agitaba sobre su cabeza como si fuera el vaquero de Marlboro, aunque, eso sí, bailaba como un pielroja en la danza de la lluvia: en círculos concéntricos sobre la pista. Doblaba la espalda, subía el cuerpo junto a la pierna izquierda, doblaba la espalda, subía el cuerpo junto a la pierna derecha.

Sudaba.

Había logrado su propio espacio en la pista, los demás le dejaban algunos metros de distancia para que se explayara en su ritual. Nadie entraba allí.

Quizás por eso le molestó tanto sentir aquella espalda, dura y huesuda, detrás de sus hombros, aquella masa estática que le había detenido de coñazo todo éxtasis.

Uy, pana.

Al verle se asustó, estaba tan pálido, tan encandilado, con los ojos abiertos como si en el salón sólo hubiera fantasmas y demonios. Su pupila grande y dilatada, puntiaguda y brillante.

—¡Frank! —gritó Laudvan con alegría.

—¿Qué más? —respondió, carraspeando.

—Qué alegría verte, Frank. Te llamé el otro día, ¿dónde andabas?

—¿Has visto a Amaranta?

—¿Amaranta? ¿Quién es esa?

—Se me perdió y no la puedo encontrar, ¿dónde está?

—No sé, pana. ¿Estás bien, Frank?

—No.

Lo tomó por el brazo y lo condujo a una fuente que estaba a la entrada de la casa.

—Siéntate, Frank, respira, con calma —y lo ayudó en el proceso—. ¿Qué tienes?

—Ácido —dijo, masticando la densa saliva que lo atragantaba.

—¿Te tomaste un ácido?

—Sí.

—¿Y te cayó mal?

—No.

—¿Pero estás maltripeando?

—No.

—¿Y entonces?

—Que no encuentro a Amaranta.

«Uy», pensó Laudvan.

—Relax, Frank, relax, no pienses más en Amaranta.

—Es un fantasma, es un fantasma.

—Luz, Frank, ¿recuerdas? Tú me lo enseñaste, concéntrate en una luz blanca y no pienses en más nada, Frank.

—Okey —parpadeó.

—No te imaginas lo que me pasó ayer...—y se detuvo unos segundos—. ¿No se lo vas a contar a nadie?

—No.

—Bueno, pana, la luz. Estaba en mi casa, ¿no?, viendo lo del secuestro de la hija del dueño de El Guardián por televisión, ¿sabes? ¿No?, Ana Patricia Mendoza y tal...

—Sí, sé algo.

—Y de repente, mi pana, me tocan el timbre y adivina quién es...

—¿Quién?

—El marico secuestrador, con la jeva, ¿lo puedes creer?

—¿De verdad? —respondió como pudo.

—El bicho es un pana mío y tal, todo quemado y fundido, que se había metido en ese peo sin querer y tal, y fue a mi casa sin saber qué hacer, ¿sabes?

—Uf, Laudvan.

—Pero escucha, marico, eso no es todo. Estamos allí todos fritos y confundidos, y yo empiezo con la cotorra de la luz y tal —y se cagó de la risa—, con lo que hay que programarse, ser positivos, imaginar lo imposible y hacerlo verdad, ¿no? Lo que tú me enseñaste...

—Así es.

—Y después de un rato, pana, luego de la labia y tal, los dos tipos terminan cayéndose a latas y tirando en mi sofá, güevón.

Y Frank frunció el ceño en señal de rehabilitación.

—Sí, marico, pero eso no es todo. A la mañana siguiente, tripéatelo, la jeva quiere que la secuestren de verdad y bueno, mi brother, le mandamos un fax al viejo de la jeva y el domingo cobramos un rescate de 200 millones de bolívares. Y después qué, nos piramos para el coño.

—¿Dónde vas a cobrar eso, Laudvan?

—Frente al McDonald's de La Castellana, a las seis de la tarde.

—Um, ten cuidado, ¡cuidado!

—Tranquilo, panita, ¿ya estás mejor? ¿Sí? Bueno, quédate aquí un rato, respira con calma, relax, y nos vemos más tarde, que yo voy adentro a bailar, ¿okey?

—Okey.

Riendo, Laudvan se fue a la pista.

Una frecuencia baja, de nuevo, se había apoderado de la casa. Sin ritmo, sin percusión.

El discjockey había puesto aquella canción, y, en señal de reverencia, se había retirado unos metros más atrás del equipo, algo temeroso de la posible reacción.

«Tururu, tururu, tururu», el ritmo y la melodía se habían fundido en un solo elemento, potente y perturbador, que entraba en la mente y eliminaba los ruidos, centraba y hacía mover suavemente la cabeza de un lado a otro. «Tururu, tururu».

En eso, Laudvan pisó el salón y, enajenado por aquel sonido, volvió a sacudir su franela todo lo alto que pudo. Los que tuvieron la oportunidad lo imitaron y los que no, se acercaron oligofrénicamente al centro de la pista, las abejas al panal, e iniciaron un frenético bamboleo al compás del «tururu, tururu».

Hundido sobre sí mismo, navegando las placenteras olas del trance que experimentaba sin nada que buscar en el exterior, abrió los ojos.

Sobre la puerta, recostada, con los labios hinchados y los ojos grandes y brillantes, estaba Ana... Pum, el corazón.... Mirándolo.

House mesopotámico

Mamagüevos, basura, plastas de mierda, imbéciles, puta, maldita, traicionera, coñodetumadre, hipócrita, mentirosa, víbora, cuaima, ¿dónde estás? Quítate del medio, cabezadehuevo, ¿qué me miras, cabezón? Pssssss, nooo, marico, tengo una pistola, güevón, aquí, gay, metida en el pantalón, si me sigues mirando así, pilas, marico, porque la saco y te mato aquí mismo, ¿que no? Pavito de mierda, ¿ah?, ¿quieres ver? Porquería, atiza, metralla, dispara, dispara, qué música de mierda, ¡cállate, discjockey mamahuevo! ¡Cállate de una fucking vez! Tiqui, tiqui y tal, no me jodan, no me jodan más, cuerda de relambehuevos.

«Ey, ey, tranquilo, tranquilo, ¿qué te pasa?». Siento una mano en la espalda. Uf, qué ladilla, es el Alqui, con sus amigas locas y el flaquito mariquito, disfrazados como avestruces espaciales, con sus gorras, látigos y pantalones de cuero. Qué ladilla.

«Holaaaa», dice el flaquito mariquito. Holaaa, holaaa y tal, mamahuevo, hijo de puta.

«Ay, qué antipático». Sí marico y qué, no tengo ganas de hablar y menos contigo, gay recogido. ¿Qué miras?

«¿Y qué te parece la fiesta Luis? ¿Te gusta?». Sí, depinga y tal, bien.

«Caracas necesita más fiestas como éstas, pero la gente que está aquí no entiende que...». Me quiero ir, quiero caminar, salir corriendo de aquí, no verlos más, a nadie más, otra vida, otra gente, lejos, bien lejos de aquí. Aire, espacio.

«Toma», dice Alqui que tiene en su mano una bolsa gigante de perico rosado. Qué más. Pin, para arriba, que me arda y me sangre la maldita nariz.

«Y cuéntame, Luis, ¿qué estás haciendo?». Que qué estoy haciendo; mamahuevo, estoy secuestrando a una jeva, marico, que adoro y amo pero que ya no me quiere para un coño y estoy, cabezadehuevo, harto, marico, harto y ladillado.

«Alqui, pana, me tengo que ir, gracias por el pase, pero me están esperando, ¿okey?». Depinga.

Y corro, corro por todas partes como loco, con ese sonido atormentante que hace «tururu, tururu». Engorilado hasta las ñángaras.

Y todos bailan en círculos, y el techo da vueltas, las ventanas se desploman y hay fantasmas aplastados contra las paredes y ríen, ríen, y no sé por qué. Me miran, me ignoran. Ojos negros, pasillos, puertas. «Tururu». Escaleras, jardines, más caras, más cuerpos. Zapatos de goma, camisas plateadas, plástico, humo, olor a fruta, rincones, cruzo una esquina y...

«Peace, love, unity», dice una voz grave sobre la canción. «Uuuuuuu». Y allí están los muy coñodesumadre, me muero, lo sabía. «Helloooooo», la maldita voz. Auxilio, socorro. Me arde, me duele. «Enil, tururu, tururu, the God of lonelyness, tururu, the God of hate, tururu, the God of loveeeeeeee». Pum. Tururu.

Ana y Laudvan se caen a latas en la pista.

El hierro...

CELULAR

—¡Un 50%!

—¡Qué? ¿Y qué coño vamos a hacer?

Landro

Alejandro le tocó el intercomunicador a João y la mujer del quinto piso que entraba en ese momento le miró mal.

«Ya bajo».

Miró hacia el suelo y descubrió que el concreto de la calle estaba hecho de un tramado hermoso. Un tejido infinito, con miles de partículas y señales que hacían una muy fiel abstracción de la vida. Curvas, rectas, triángulos, esferas que se acoplaban una perfecta armonía desde la salida de la autopista hasta el semáforo de la esquina de más arriba.

—¿Qué pasó, carajito? ¿Cómo está la vaina?

—Bien, aquí.

—¿Qué? ¿Todavía tienes el carro allí? —y de un arranque cruzó la calle hasta donde estaba el Toyota.

Alejandro lo siguió.

—¡Mira, chamo, te robaron el repro, los cauchos, el mataburro, la batería, los asientos! Te rompieron los vidrios, la tapicería, los faros. Chamo, ¡chaaaamo! ¿Tú estás loco?

—Te lo vengo a cambiar por unas piedritas. ¿Cuánto me das por él?

—¿Sí? Te doy 20, pues.

—Hecho.

—Espérame aquí..

Y Alejandro se recostó de la maleta de lo que solía ser su carro.

La verdad

Un día, hace algunos años, conocí en el departamento de una amiga que también vive en Nueva York, Beatriz Lander, a un tipo que decía llamarse Laudvan y que, a mitad de la noche y con la ayuda de unas cuantas líneas de dax y un poco de ron, había dicho que él había sido uno de los secuestradores de Ana Patricia Mendoza.

Era un hombre extraño, que además proclamaba ser pintor. Con chiva, lentes gruesos, vestido con corbata, y que hablaba con tan poca claridad y elocuencia que más bien creí que era un demente y que lo que decía estaba lejos de ser verdad.

El secuestro de Ana Patricia Mendoza era un mito, y a muchos de los que tuvieron 20 años en esa época les gustaba pretender que ellos habían sido los verdaderos secuestradores de la hija del editor. Y a quién no: aquel hombre desconocido se había convertido en un héroe. No era raro oír los relatos de personas que se lo habían encontrado en Madrid, Londres o París, millonario y desfachatado, 10 años después de lo que había sucedido. Sí, todos pensaban que había cobrado el rescate y que se había salido con la suya.

El tal Laudvan estaba tirado en una poltrona roja y había hablado antes de Caracas, del odio que sentía por esa ciudad y lo confinado que siempre se había sentido en ella. Luego, comenzó a reflexionar en voz alta sobre los sueños, o algo así, de la fina línea que divide a la realidad de lo onírico. Y fumaba un cigarro de marihuana tras otro, allí hundido en su poltrona.

De repente inició una aburrida divagación, casi un monólogo, de cómo una vez en su vida esa línea había desaparecido completamente y por segundos todo lo que soñó se hizo realidad. Y allí fue que mencionó su nombre: «Ana Patricia Mendoza, Ana Patricia Mendoza».

Dos o tres de los que estábamos allí y no éramos víctimas de la embriaguez, dirigimos nuestras orejas y el monólogo conversado hacia ese punto. Siguió por un tiempo con esta suerte de lamento y al cabo de un rato, ya al tanto de nuestras miradas, expresó no sin un dejo de ironía:

—¿Quieren saber la verdadera historia del secuestro de Ana Patricia Mendoza?

Afuera nevaba y el usual zumbido de los taxis de Nueva York se colaba al apartamento. Tomé una de las sillas y, sin que Joe lo notara, me arrimé junto a él.

Siente celos cada vez que hablo de Caracas o de esos días.

—Sí —dije, pues no había nada más entretenido que hacer.

—Yo fui uno de los secuestradores de la pajúa esa...

—¿Uno? Pensé que sólo había un secuestrador.

—¡Si supieras!

—¿Qué?

—Éramos tantos, que hasta ella misma se convirtió en una de la pandilla —y comenzó a reírse como un loco, mientras fumaba otro de esos asquerosos cigarros.

—¿Dices que ella se autosecuestró?

—Eso no fue un secuestro, chica.

—¿Y qué fue, entonces?

—Cualquier mierda, menos un secuestro.

De repente se puso de pie y se echó sobre los hombros un abrigo de tela impermeable y acolchada de color azul, y cuando volteé, Beartriz y sus amigos tenían puestas sus chaquetas también: «Vamos», dijeron, «hay una discoteca nueva en el upper east side, que hay que chequear».

Me incorporé y me abrigué como los otros y antes de salir, le oí murmurar entre risas: «Lampituvirán».

Fue en el taxi, camino a la discoteca, que sorprendida recordé esa palabra. «Lampituvirán», algo así me había dicho Alejandro en el mediodía oscuro de la tasca Los Gallegos. «Lampituvirán», fue una de esas claves premonitorias, una de sus revelaciones locas y sí, tenía que estar conectada con Ana Patricia. Ese tal Laudvan tenía que ser el secuestrador.

Bajé corriendo del taxi y esperé en la puerta de la discoteca, creo que era The truth, a que llegara el grupo que se había embarcado en el otro cab.

Cuando llegaron, me lancé sobre ellos con, para qué decirlo, poca suerte:

—¿Dónde está Laudvan? ¿Dónde está?

—No vino, se quedó en la calle, dijo que prefería caminar.

—Who a fuck is that? —preguntó mi esposo.

—¿Cómo lo encuentro? ¿Dónde lo puedo ubicar?

—Lo conocí hoy en una galería de Chelsea y lo invité a la casa, no sé su número de teléfono ni nada. ¿Cuál es el problema, qué pasa con él?

—Era el secuestrador de Ana Patricia Mendoza, marica, éste sí era el secuestrador.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé, lo sé...

—Ay, Yetzi, olvida eso, ocurrió hace demasiado tiempo, qué te pasa a ti con ese secuestro, no seas loca —y mi amiga me agarró por el brazo hasta arrastrarme dentro de The truth.

Mientras los demás bailaban con la música, los efectos del dax y las luces tridimensionales de la discoteca, yo pensaba angustiada en Laudvan y en lo imperioso que resultó para mí dilucidar ese caso. Imágenes de aquel año vinieron de improvisto a mi mente. Alejandro, Mega, y de repente recordé, estimulada por el ritmo reggae de una de las piezas que sonaban en el lugar, la tarde que llegué a la oficina después de la manifestación en Caricuao y encontré esa extraña carta sobre mi escritorio.

«Miss Yetzibel Berba La Rosa», decía, «Institute of Possible Research».

No entendí demasiado, no sólo porque no hablaba inglés muy bien y la carta estaba en ese idioma, sino porque tampoco recordaba que hubiera aplicado a ninguna universidad. Para nada.

Pero luego lo entendí. Vi la cara del profesor Barbosa, riéndose como siempre y diciéndome que me tenía que ir de Venezuela, estudiar algún postgrado afuera. Claro fue él, luego lo confirmé. Mandó mis recaudos a aquella universidad y me aceptaron. Brindé en la discoteca por él, el profesor Wilfredo Barbosa de la Universidad del Zulia.

Igual, casi y me interesó aquella loca propuesta que metí en la cartera cuando, cerca de las seis de la tarde, partí para mi casa.

Caminé y caminé.

Y al cruzar la esquina: Alejandro. Estaba frente a mi edificio, me estaba esperando, venía a hablar conmigo, venía a decirme que me amaba, venía a proponerme que nos fuéramos juntos bien lejos de allí. Fui feliz.

—¡Holaaaa!.

—¿Qué más? —respondió, apoyado en una destartalada camioneta.

Su mirada polar, la noche tambaleando bajo los faros, los gritos de los niños, los perros sarnosos alrededor.

Intenté besarlo en la boca pero se movió para un lado.

—¿Qué te pasa? —dije molesta.

—Nada.

—Bueno, viniste hasta acá, me imagino que quieres hablar conmigo —crucé los brazos y separé las piernas—. ¿Qué me quieres decir? ¿Lo mismo que a tú papá, que soy una puta que te anda persiguiendo y lo que quiere es cogerte?

—No, no vine a hablar contigo.

—¿Y entonces?

En eso, de mi edificio salió un hombre que caminó hasta nosotros y le dio a Alejandro una pequeña bolsa.

—Toma, te metí 25 allí.

—¿Qué es eso? —reaccioné histérica, mientras ellos miraban con indiferencia.

—¿Es eso droga? ¿Crack? ¿Es eso? ¿Droga? Dame acá —e intenté arrebatársela a Alejandro.

Se cagó de la risa.

—Tú —arremetí entonces contra el otro hombre— eres un maldito, una rata, ¿no ves el daño que le haces? —y quise pegarle en el pecho.

—Agarra a tu loca, contrólala, Alejandro, no me hago responsable.

—Toma las llaves, ¿okey? Y gracias... ¿ah? João.

Caminó hacia el semáforo, despreciándome, y yo no tuve otra alternativa que ir tras él.

—Alejandro, espera, coño, vamos a hablar —grité por sobre su espalda.

—Déjame en paz, ¿quieres?

—Pero hablemos, hablemos, necesito que me digas algo, cualquier cosa.

«Lets have a war, so you can go and die. Let´s have a war, let´s have a war so you can go and die», decía una de la canciones en la discoteca y Beatriz, mi esposo y sus amigos la bailaban, mientras que con las manos me hacían señas para que me acercara a la pista y moviera el cuerpo con ellos.

—No te va a gustar lo que te voy a decir —dijo al pararse entre estruendosos cornetazos de autobús.

—¿Qué? —respondí, y no caminé más. Me detuve frente a una licorería y esperé a que hablara.

Los transeúntes pasaban y, como queriendo quedarse en nuestra discusión, desaceleraban su ritmo y nos miraban con deseos de que termináramos muertos o, peor aún, odiándonos.

—Me mandan para Suiza o algo así, dentro de un mes, a otra clínica de rehabilitación, regreso a Caracas y me muero de una sobredosis o me suicido. Ese es mi destino, ¿entiendes? No te me acerques más, yo no voy a ningún lugar y en cambio tú, no sé, te vas a ir de aquí, vas a triunfar, pero sin mí, ¿entiendes?

—¿Estás loco? Nada de esas cosas que dices tiene que ser necesariamente verdad. Déjame acercarme, Alejandro, deja que te ayude... ¿Cómo sabes que eso va a ser así?

—Lo vi.

Gritó al montarse en un autobús que repentinamente pasó por la avenida y eso fue todo, no lo vi más.

Al llegar a mi casa, saqué la carta de mi bolso y llamé al profesor Barbosa para que telefoneara a la gente de esa universidad y les dijera que me iba para allá. «Es lo mejor para ti, Yetzibell. Siempre he confiado en ti».

Llamé a Cabimas, hablé por teléfono con mi mamá y a la mañana siguiente renuncié al periódico.

Mi esposo me haló por el brazo y me dijo: «Let´s go». Más nunca volví a ver o supe algo del tal Laudvan. Qué nombre más raro.

Tortura

No la voy a llamar, qué va, ¿para que me desprecie de nuevo? ¿Para que me trate como a un perro? Tengo mi orgullo, soy Johnny Mega. Le di todo a la mierda esa, y mira cómo me trata.

«Aló... Yetzibell, por favor. ¿Salió? Ahhhh, ¿y sabe a qué hora regresa? ¿No?».

Han pasado 20 minutos desde la última vez que la llamé, pero no lo voy a hacer más, no, que se joda, ella es la que sale perdiendo si no está conmigo.

Jevas hay miles.

Pero, mierda, no puedo vivir sin ella.

Tranquilízate, tranquilízate. Es un problema de enfoque, bórrala de los archivos, elimínala del disco duro y ya.

Total, no era la mujer para ti. ¿La amaste tanto en aquellos momentos que estuvo contigo? No, es ahora, cuando te deja, que te sientes mal. Un asunto de orgullo, eso es todo. Recuerdas lo vulgar e ignorante que te parecía, la manera tan soez como se comportaba en la cama.

No toques ese teléfono, no lo hagas, no caigas en su trampa. Deja de mirarlo, no te tortures. Entraste en el maldito carrusel del desamor, a ti te dejaron, y entre más llames y pidas, ruegues y llores, supliques y utilices la palabra amor, más te van a dejar, más te van a humillar.

Los que dejan, Johnny, tú mismo lo has hecho 1.000 veces, se alimentan del sufrimiento del otro, encuentran allí un asidero para su ego y equilibrio emocional. No hables, no digas más.

Se acabó, eso es todo.

Sí me gustó, y qué, me gustó muchísimo y sólo la pude tener por instantes. Instantes. Malditos instantes.

Pero debo olvidar lo que no viví con ella, lo que quise ser y hacer con esa maldita mujer y jamás será.

Ahora el horizonte es amplio, abierto. De nuevo creo en ti, la que no conozco y jamás he visto, la que sé que llegará.

Qué poema, ni qué coño, no le escribas nada, no sientas, no pienses.

Las mujeres jóvenes, Mega, utilizan sólo el 15% de su cerebro, y no es que sean más brutas, no, es que para ellas no hay futuro, ni pasado ni, lo más importante, sufrimiento. Es sólo después de los 30 que desarrollan el resto de su capacidad.

Es como ver televisión, ¿entiendes? o una película: inmediatez, lo que ves en pantalla, lo que ocurre dentro del televisor, es lo que importa, no te puedes estar preguntando todo el tiempo ¿por qué, cuándo, cómo? Sólo pasa, una escena tras otra, sin necesidad ni preguntar ni responder nada y ya.

Ve televisión, Mega, mucha televisión. Agarra el control y zapping con ese cable. O mejor, ve todo como si estuvieras frente al televisor, el pensamiento instantáneo, y sin sufrimiento. Agarra el control.

«Aló».

Es ella, coño, es ella en el teléfono. Me quedo callado y tranco, me siento como un idiota, llamo y tranco, debe saber que fui yo. Imbécil, eres un imbécil. Te tiene en sus manos y la primera regla, la sabes muy bien, es no depender de nadie, no dejar que te conozcan, que te dominen, que entiendan tus debilidades. Bruto, mamahuevo.

¿Cómo dejaste que eso ocurriera? ¿Ah? Enamorarte, depender de alguien. Me das pena, Johnny Mega, sinceramente me das pena.

Estás allí sufriendo bazofia, y en tres días te vas para Miami a iniciar una nueva vida, a cogerte a todas las catiras, a ser famoso, a ser una estrella.

Es ella la que sale perdiendo, te lo vuelvo a decir. Olvídate del mundo por tres días, ¿no puedes? Y ya, eso es todo. Despeja tu mente.

Uaaaaaaa, sí, como en el kung-fú. Controla el sufrimiento, no dejes que te coma, eres más fuerte que él.

En el pecho, en el estómago, duele, sí. No tengo fuerzas, me siento como una mierda.

Marico, eres un marico, ella no es el remedio para nada de eso, güevón, ella es la enfermedad y lo que va a hacer es envenenarte más.

Una enfermedad.

No han pasado ni 15 minutos, no vuelvas a llamar, no te humilles más.

Una última vez, tengo que hablar con ella.

¿Y ENTONCES?

Laudvan y Ana se besaban en la pista, despreciando al mundo y las reglas que éste hubiera podido tener. Eran ellos dos y ya. Fuck the world.

«Qué cuerpo más bonito tienes», le había dicho ella y él, sin pensárselo demasiado, la había agarrado por la cintura y le había metido su carrasposa lengua dentro de la boca. Ella, sintiéndose bien con aquello, empujó su rosa y chicloso músculo hasta tocar las amígdalas del vendedor de ropa, amante, secuestrador y pintor también.

A la altura del decimotercer segundo se separaron las bocas, mientras los cuerpos permanecieron juntos y lactantes, unidos por una magistral sonrisa que ambos emitieron con la respiración entrecortada.

Unos ojos negros y profundos en el odio y el desprecio, se fueron acercando. Cejas curvadas, en zigzag.

Laudvan entonces sintió cómo un objeto frío y metálico se fue introduciendo lentamente entre sus churlitos hasta llegar a la sien. Ya no hubo más sonrisas, ni tiempo para otro beso.

Luis, con una expresión de odio que jamás nadie igualó y una pistola más bien grande, los había pillado.

—Eres un traicionero, Laudvan —y volteando sus ensangrentados ojos—. Y tú, una puta. Provoca volarles la cabeza de una vez.

—Tranquilo, Luis, tranquilo —argumentó el amigo, despegándose de Ana—. Aquí no pasa nada...

—No pasa nada, marico, no pasa nada y los acabo de ver cayéndose a latas.

—Bueno, y tú quién te crees —intentó rebatir la muchacha.

—Tú podrás tener, Laudvan, las seis maricas reglas esas, 1.000 si quieres —siguió Luis con lágrimas en los ojos—, pero yo tengo una, güevón, una que vale oro: jamás, pana, jamás te metas con la jeva de un pana.

—Coño, Luis, pana, tenemos que hablar esto con calma, déjame que te explique y baja esa maldita pistola de una vez.

—No la voy a bajar un coño, güevón, te voy a volar la cabeza de una vez.

—Yo no soy tu jeva, ¿oíste? Y por lo que veo tampoco tu amiga, no me conoces ni lo harás, te permití que estuvieras conmigo, no te tomes atribuciones que...

—Cállate la boca, perra —amenazó Luis sacando la pistola de los churlitos del poeta y poniéndosela, ahora, a ella en la cara—, estuvimos jugando un rato a lo del secuestro, y tú te la vacilabas y tal, pero a partir de este momento, bicha de mierda, se acabó, esto es un secuestro de verdad y te callas la boca.

Por un momento estuvieron los tres así, como en una polaroid, detenidos, Luis apuntando a Ana en la cabeza, ella mirándolo con rabia, y Laudvan con expresión arrepentida en el medio.

A los lados, el público seguía agitando la cabeza con el tururu, derretidos con la melodía, haciendo mermelada de sus cabezas.

—Éste es mi secuestro, imbécil, lo inventé yo, es mi papá, es mi dinero y dudo que tengas las bolas para hacer nada. ¡Quítame esa pistola de la cabeza!

—Cáaaallate, puta de mierda, cáaaallate —con fuerza le pegó la pistola en la boca y se sintió aliviado al ver cómo la expresión altiva de la jeva cambiaba a una de preocupación.

—Perra.

Los empujó de nuevo hacia la escalera y explicó:

—Nos vamos de nuevo a casa de Caimán, allí encaletados hasta el domingo. ¿Dónde está el mamahuevo ese?

—Te voy a joder —amenazó Ana— ¡Aaaaaaahhhahah, socorro, auxilio! —comenzó a gritar.

Para su mala suerte, en esos precisos instantes otro lamento, agudo también, se producía, el de docenas de patrullas de la policía que irrumpían con sus efectivos dentro de la casa.

Las luces se prendieron, la música paró, comenzaron las carreras y la precipitación. Piernas aquí y allá, plataformas de goma, Nike, Adidas, botas vaqueras, la gente salía como espuma fuera de la casa, corriendo bajaba las escaleras y salía de los salones. Linternas amarillas se acercaban, encandilando al que las veía.

Luis, pálido como un cadáver, olvidó lo de la pistola y lo de apuntar a la rehén para concentrarse en la búsqueda de una salida.

Laudvan, siempre pilas, al escuchar los altavoces que decían: «Todo el mundo, cédula y contra la pared», tomó a Ana por la mano y se la llevó a un pequeño corredor que se escondía detrás de una puerta.

Luis, por su parte, guardó la pistola y, resignado a la pérdida de la rehén, optó por correr hacia uno de los jardines laterales.

Ya había unos cuantos detenidos, la policía los revisaba y le pegaba lepes en la cara. Buscó, buscó, pero no había salida. Una patrulla de uniformados se acercaba, quizás había que sacar la pistola y matarlos antes de que lo atraparan.

Las linternas lo enceguecían, ni tan sólo podía enfocar bien. Atrapado y sin salida, entre una reja con púas y una manada de hombres hambrientos de violencia y ley.

Mi muerte

Me meten en el ataúd y todavía estoy consciente. Eso sí, no hay dolor ni nada.

Es como un día normal, salvo que me morí.

Los tipos de la funeraria se cagan de la risa conmigo, me ponen un flux, y primera vez que uso esa mierda. Algodón en la boca, algodón en la nariz.

No puedo verme la cara, pero la debo tener burda de escoñetada.

Trancan la maldita caja y me pongo paranoico, no me puedo mover, no puedo ser. Necesito un tabaco, si tuviera un tabaquito. Se acabó la marihuanita para mí.

Swing, swing, en el carro fúnebre, por los mismos lugares en los que jodí. Ahí está Chacao, el CC, la avenida Libertador. La misma vaina, ahora sin Luis. Igual, nadie me va a extrañar o se va acordar de lo pana que en algún momento fui.

Uf, llegamos a la funeraria, qué bolas, es una chimba, de esas para motorizados y gente así. Quería estar en la Vallés, con una caja dorada, chocolate, consomé, buen café y miles de coronas con pésames escritos en latín o francés.

Pero no, baldosas marrones, dos o tres coronas, la gente ni siquiera se toma el café.

Unos cuantos panitas de La Urbina, La California, Los Palos Grandes y El Marqués, se acercan y se asoman. Arrugan la cara y se van corriendo felices de que sea yo y no alguno de ellos el que estén aquí.

Mi mamá llora, sola, en una silla morada con adornos rococó.

Una, 1.000 horas, no sé, el tiempo no existe en esta urbanización. Me alzan, caminan, me meten en la maldita Ford negra y arrancan otra vez, directo al cementerio.

El sol blanco, su brillo caliente, hace que las calles desaparezcan, que la gente no exista... Me consuela saber que, igual, nadie vive en este lugar.

Caracas, me voy, pana, última vez que paso por aquí, relax, relax, que vas a sobrevivir sin mí.

Un hueco en el Cementerio del Este, al menos eso, y no el del Sur. No hay un cura ni un coño. Mi tía, chola, va a buscar uno que está abajo en la recepción para las urgencias, le pichan 1.000 bolos y dice algo sobre el cielo y Dios que no entiendo, mientras la máquina va bajando lentamente, bajando, bajando, para siempre.

Tierra, unas poquitas lágrimas y estoy finalmente frito. Era como creía, no hay nada más, te vas disolviendo poco a poco, hasta que los gusanos se coman el último gramo de la conciencia.

Todo terminó, eso es, y mis familiares se van a su casa, a comerse la sopita y, qué más, a ver la novela brasileña de las dos de la tarde.

Esa es la vida, esta es la muerte.

Yeaaaaaaaaaah.

Ringo y George

—Pssssss, psssss, marico, por aquí, cabezadehuevo, por aquí.

Luis volteó hacia la izquierda, con el mundo hecho una tortilla de papas, perdido como un conejo en un centro comercial, y detrás del silbido encontró al Caimán, oculto en un enorme matorral que crecía sobre la transversal de la casa.

—Pssssss, marico, aquí —. Los policías rastreaban el jardín y cuando finalmente alumbraron la reja de púas, ya no había nada.

Luis se había ocultado con Caimán en el arbusto.

—¿Qué es esto, Caimán, qué es esto? ¿Me andan buscando, güevón, me van a matar?

—Cállate, cabezadehuevo, no te andan buscando un coño, esta maldita redada es por culpa del embajador de Bulgaria, o algo así, que vive detrás de la casa. Eso es lo que dicen los dueños de la fiesta. El tipo se quejó y tal, y llegó la policía.

—¿Y ahora qué?

—¿Estás cargado?

—No, y qué importa eso, cabezadehuevo, a mí me anda buscando igual toda la policía. ¿Tú?

—Tengo unos ácidos que me pasaron aquí —y llevó la mano a uno de los apoyabrazos de su silla—. No los voy a botar, ni de vaina.

—¿Qué hacías aquí? —preguntó Luis, bajando la cabeza un poco más.

—Estaba meando. Había burda de cola para ir al baño y ni porque soy paralítico me dejaron pasar.

Una luz amarilla se coló entonces entre el matorral que los ocultaba.

—Vienen para acá.

—¡Mira! —y movió su boca hacia la izquierda.

Un hueco, un tanto pequeño, se hacía en la reja un poco más a la izquierda, la única conexión entre la casa y las canchas de golf, la prisión o la libertad.

Luis empujó como pudo a su amigo por la reja, no sin que éste emitiera varios quejidos y terminara tumbado sobre el césped, con algunos rasguños y moretones en su cara.

—Marico, ten cuidado la próxima vez —dijo, por todo agradecimiento.

Luego, Luis, como una lagartija de edificio, se había lanzado sobre la abertura del alambrado.

Era como la máquina del tiempo, como el espejo de Alicia, como una puerta bidimensional. La grama húmeda, el aire fresco, de nuevo una sensación de libertad.

Tomó la silla y a su dueño, y los arrastró apresuradamente por las lomas oscuras de la cancha. Resbaló, corrió, miro atrás. Las luces de las linternas se acercaban.

Cruzaron a la derecha, por el hoyo 16, luego subieron y se ocultaron detrás de un árbol.

Habían escapado, pero no del todo. La fiesta comenzó a verse a lo lejos y las luces de la casa parecían un puerto que se aleja al zarpar.

—¿Qué pasó con los otros dos mamagüevos, Luis?

—Que se pudran. Ojalá estén presos y se los coja un policía bien bruto que les meta ese...

—¿Estás loco? Más te vale que no los hayan agarrado, marico, porque si la jeva habla, güevón, no va a ser para defenderse. Igual el marico de Laudvan. Van a hablar paja de ti, decir que eres una rata y tal, y que vives no sé donde, tal y pascual.

—Me sabe a mierda lo que digan ese par de imbéciles.

—Pero, ¿qué pasó?

Luis se detuvo bajo la luna azul y se sentó en una de las lomas negras de aquel campo aterciopelado. Su amigo rodó para atrás, pero a tiempo pudo cruzarse en la trayectoria de la silla y evitó la caída.

Luis iba a hablar, pero antes chasqueó su lengua y movió la cabeza en círculos lentos y tristes.

—¿Qué pasó, entonces, marico?

—No sé, güevón, no sé. Mira todo este espacio, mira toda esta libertad, mira esta mierda qué inmensa es. Yo no tengo dónde vivir, a dónde ir, un coño, ni siquiera una jeva, y los maricos del Country Club desperdician todo esto —abarcó el mundo con sus manos—. En un lugar en el que se juega una mierda que nadie entiende y que a nadie le gusta. No es justo, ¿ves? No es justo. Deberían regalarnos a todos un poquito de esto, ¿no? Un gesto simbólico, para que todo el mundo tenga al menos algo en la vida.

—Verga, Luis, ¿de qué coño estás hablando, brother? Además, todavía nos queda el Parque del Este.

—De la justicia, Caimán, de la justicia, güevón, que necesito un pelo más de justicia. No hay justicia, marico, en ningún lugar.

—Jajajajaja —rió Caimán—, se te fue la jeva, ¿no? Eso es, la catira se te fue para el coño... Jajajaja.

—Sí... Y con el mamahuevo de Laudvan.

—Mmmm... Eso sí está mal. ¿No, mi pana?

Luis no contestó.

—Todavía hay una manera de hacer justicia, brother, no todo está perdido. ¿Tú qué crees, Luis? ¿Que esa jeva va a regresar a su casa ahorita, o que va a cobrar el rescate?

—No lo sé, pana, no sabría decirte qué va a hacer Ana Patricia, es una loca, impredecible.

—No, no lo es, marico. Puede ser una loca con los hombres y tal, como son las jevas, pues, pero cuando se trata de dinero, mi pana, todo el mundo es igual. Te apuesto a que mañana esa puta está allí en La Castellana, pilísimas, para cobrar el rescate, darle una miseria al Laudvan e irse para el coño.

—¡De bolas, de bolas! —soltó Luis cuando se le despejó la mente.

—¿Quieres justicia? Mañana, marico, vamos a ser nosotros los que cobremos esa mierda de rescate y los que nos vamos a ir para el coño —y en un gesto de hermandad le estiró una de sus manos—. ¿Panas otra vez?

—Panas otra vez —y pegó su mano contra la de él.

—¿No tienes hambre, marico? Yo me muero...

—¿Unos perros donde Luciano?

—Uf.

Bajaron y subieron más cuestas, se deslizaron por el engramado y de repente, un hueco, un espacio, y concreto de nuevo. Ciudad, calles, un poco de lluvia al amanecer, una vueltica aquí, otra allá, y allí estaba Luciano con sus perrocalientes humeantes, con papitas y salsa alemana especial.

Dos o tres perros cada uno —que tragaron en grandes mordiscos—, una Coca-cola y calabaza, calabaza.

A casa de Caimán, a dormir.

Vuela, vuela

Escabulléndose de la policía como pudieron, llegaron al Mitsubishi.

Laudvan se puso al volante, y Ana se escondió en el asiento trasero.

«Lampituvirán, lampituvirán», murmuró de repente.

—¿Qué? —preguntó Laudvan— ¿Lampotuviqué?

—Coño, que no quiero que me agarre la policía, no quiero, ¿entiendes? No vayas a arrancar todavía, espera que los policías se vayan, ¿sí?

—Pero pueden venir para acá.

Más allá, un grupo de surfistas con el pelo pintado eran conducidos, esposados, hacia una camioneta. En la casa, otros estaban detenidos contra una pared. Sin embargo, muchos simplemente agarraban sus carros y se iban, sin más, incluso pasando enfrente de las patrullas.

—Vamos a arrancar de una vez, todo el mundo se está yendo de la fiesta y no los están parando, si nos quedamos aquí van a sospechar.

—¿No escuchas ese órgano, Laudvan? ¿Un órgano como de iglesia?

—Mmmmm... No—. Puso en marcha el carro y aceleró como si fuera uno de los Duques del Peligro.

No le dio tiempo a la policía de mirarlo, había pasado tan rápido, había puesto una cara tan indiferente y arrogante, estaba en un japanese tan caro, su alma fingió tanta seguridad, que qué coño, pensaron los policías... Se quedaron a la caza de algún bichín de pelo verde, un ejemplar exótico al que valiera la pena agarrar.

—Nos salvamos de otra, esos tombos estaba buscando otra cosa.

—¿Sí? ¿Ya puedo subir la cabeza?

—¿Qué hacemos?

—No sé —dijo ella, ya con la cabeza en alto.

—¿Vamos a mi casa? —sugirió Laudvan expectante, salivando e imaginando todas las posiciones que ensayaría con Ana.

—Bueno, pero vete por Los Naranjos, ¿no? De repente hay alcabalas por la autopista.

—Tranquila, yo me conozco unos buenos atajos.

Prendió la radio, y una balada suave y romántica apareció. Muy apropiada para la hora, para ese turbio amanecer.

—¿Qué fue eso que dijiste antes, el lampretu-no-sé-qué?

—Algo que decimos en mi familia cuando las cosas no salen bien o cuando estamos asustados, nada...

—¿Y estabas asustada?

—Un poquito...

—¿Y cuando Luis nos apuntó con la pistola?

—No, no me asusto con tipos como ese.

Y Laudvan se cagó de la risa por un lado y se lamentó por el otro.

—¿Seguimos con lo del secuestro? —preguntó ella recostándose en el asiento.

—Ahora más que nunca.

Arepa con mantequilla

Luis se medio levantó a eso de las cuatro de la tarde del sábado, abrió los ojos, y los volvió a cerrar. No quiso saber o entender nada.

Caimán ni siquiera se movió.

Como a las siete de la noche, la tía les tocó la puerta con un desayuno resueltísimo, comieron y volvieron a dormir.

Baigón

Salí de Caracas como el último soldado estadounidense que abandonó Saigón. El aire olía a insecticida y dos bombas enormes habían explotado en un centro comercial del Este. Había rumores de saqueo, de golpe de Estado y de invasión, no sé si norteamericana o extraterrestre. Aunque a pocos, como siempre, les preocupó.

Llegué al aeropuerto entre un tumulto de soldados y personas que, como yo, intentaban salir de allí. Era otra vida, todo se había olvidado, la semana que acababa de pasar era ya parte de un hermético e insoslayable pasado que a nadie le interesaba revisar.

Me puse un poco filosófica, ya en la sala de espera y comencé a pensar en eso, en lo instantáneo y superficiales que éramos. Todo era relativo, no había esquema, ni proyecciones que nos aseguraran una continuidad más allá de nuestro propio desastre.

Por unos instantes me pareció ver al hombre de la esvástica marchita en la barra del boarding area café, me sonría levemente como antes y de nuevo desapareció sin más. Una alucinación, imagino.

No había cielo, no había ley, no había amor, no había gobierno, no había amistad, no había economía, no había individuos, no había sociedad. Hasta lo que se veía con los ojos y se podía tocar con las manos estaba hecho de subjetividad.

Y es que era así. Yo misma, al llegar al aeropuerto, no quería saber, pensar. Ya ni Mega, ni Alejandro, ni Ana Patricia Mendoza existían. Los había borrado. Pensaba en llegar a Cabimas y abrazar a mi mamá, comer, ver televisión, descansar. Luego viajar a Nueva York y convertirme en un ser universal, sin fronteras, sin raíces. Vivir, amar, triunfar, pero allá. En Caracas, por más que lo intenté, siempre pareció imposible.

Quería tener tiempo para meditar, ser, existir, lejos de la irrealidad, lejos del sinsentido, lejos de aquella licuadora violenta que permanentemente nos conducía a ningún lugar.

Baaaaah.

Sí, fue una fuerza mágica. Al menos esa fue mi conclusión cuando despegó el avión y sobrevolé por última vez los cielos de aquel lugar. Una fuerza que me permitió ser el centro y la periferia, de todo y de nada a la vez. Estar y no estar, ser y no ser. Una energía suave y plácida, cuando se le entiende, dura y cruel cuando se le rebate. Así era Caracas.

Lo que ocurrió después es casi irrelevante, entré en este curso de estudios policulturales y hice cantidad de amigos chinos, salvadoreños, rusos, indios, japoneses. Me enamoré del director de la escuela, Joe, y él de mí, me casé, me dieron una visa de residente por diez años y luego la ciudadanía. Tenemos dos hijos, Sebastián y Miranda, la niña. Trabajo como consultora de un instituto para el desarrollo del Tercer Mundo, lo cual es una ironía, pero no me importa, porque vivo en un apartamento grande y cómodo en el centro de Manhattan y todo sin dificultad, que es lo que quería.

No sé, desde hace un tiempo recuerdo, como si de verdad fuese una veterana de Vietnam. Primero comenzaron los flashbacks, luego las pesadillas.

Ahora recuerdo todo el día, como si este apartamento, mi esposo y mis hijos fuesen lo relativo, y lo que viví allá la única posible realidad. Ahora Nueva York no existe.

Tengo un pasaje en mis manos que sale dentro de cinco horas a Caracas, sé que es imposible reconstruir nada, que ha pasado demasiado tiempo, que ya nada es igual, que regresar no significa regresar.

Pero sé que Ana Patricia está viva y quisiera hablar con ella, preguntarle algunas cosas, sentarme a tomar el té, no sé.

Mega, ese también puede que esté allá, quién sabe.

Caminar por las calles, olerlas, ver cómo se han transformado, viajar en el tiempo.

Quería escapar y aún no he podido.

Alejandro también está allá, no murió como predijo, se casó unos años después y ahora es el editor del periódico de su padre. Quiero plantarme en su cara y preguntarle: ¿Por qué? Él y yo compartimos un secreto.

Eso es lo que quiero.

DATE, DANTE

—Ponte cómoda —lo dijo como si de pronto fuese un actor de película porno—. ¿Quieres algo de tomar?

—Sí, ¿tienes ron?

—Claro, baby.

—No me digas baby.

—¿Cacique o 111, muñequita?

—Cacique, y no me digas muñequita, ¿okey?

—Dale, pues.

—¿No tienes más perico?

—No, el del control era Caimán, yo no tengo nada de eso aquí, sólo monte, ¿quieres que nos enrolemos un cacho?

Arrugó la boca como diciendo que la idea no le molestaba y Laudvan, presto, le sirvió un ron cargadísimo y comenzó a facharse uno del tamaño de un tequeñón.

La chica se recostó en el sofá de los Ositos Cariñositos, ahora cómoda y segura. Después de darle un largo sorbo a su trago, preguntó:

—Ese Mickey Mouse satánico, ¿qué significa?

—Nada —contestó, sumergido en la tarea de armar el joint.

—¿Nada? Pero sí todo lo que pintas son comiquitas, comiquitas pero raras, tiene que tener un sentido, ¿o no?

—Bueno, sí, he intentado encontrar la psicodelia, la psicodelia, no la psicodelia de las drogas y los hippies y tal, no, la del mundo y lo que vemos en la televisión. Una palabra, una imagen que resuma estos tiempos, ¿ves? Algo que de una te diga todo y a la vez lo contradiga, eso es psicodelia. Quiero

pintar un cuadro que sea el resumen de estos tiempos —y prendió por fin el tabaco—. Cuando lo haga, ese cuadro va a valer un millón de dólares.

Ana Patricia se cagó de la risa.

—¿Por qué te ríes? —preguntó Laudvan, algo molesto.

—Porque estás más loco que el coño... ¿Un millón de dólares?

El pintor encogió los hombros y rodó el cacho.

—¿Cómo se fuma esto? —dijo sosteniendo el cigarrillo y mirándolo como si fuera una computadora de la Nasa. La luna, por lo menos, tenían en común.

Laudvan se acercó y dulcemente le arrebató el cohete de las manos.

—Así —arrimando su cuerpo junto al de ella—. Abres la boca, sssssss, y aspiras hacia adentro, cackav, lo retienes, uggggg, un rato, y lo botas: ffffff.

—Piz of queik —dijo entre el humo para luego quitarle el tabaco— ¿Así? —y tomó un inmenso jalón que retuvo por buen rato.

—Fuma, fuma más, si es tu primera vez, tienes que fumar que jode para que te dé nota, más, más.

Fumó y fumó, tomó y tomó, hasta que sus ojos estuvieron rojos, el cuarto se tiñó de azul y su alma se evaporó en risas.

—Me siento gafa, torpe, lenta.

—Ven acá —y la tomó por la cintura para llevársela de nuevo a la boca.

Los besos ahora eran pastosos y ella ni los sentía, pensaba más bien en los efectos aletargantes de la droga. En como el mundo se había pintado de azul y en lo despacio que se movían las cosas. Aquella lengua se sentía grande, y demasiado presente como para disfrutarlo.

—Siente el calor aquí —y le tomó por el vientre.

Para ella, una mano de mentira y un vientre ajeno.

—Como el calor sube a la cabeza y estalla: pun.

Y la imagen de Laudvan con sus dos manos en las orejas y la boca abierta diciendo: pun, se quedó un rato congelada en el tiempo.

—Como el calor sube a la cabeza y estalla: pun.

—Sí, sí —contestó ella, creyendo que estaba convencida.

Otra lata prolongada, carne amarga, lenta.

Se atrevió a meter su mano por entre la falda de Ana, por segundos pudo sentir sus labios prometedores, su humedad infinita, casi su eternidad.

—No quiero —dijo ella.

—¿Qué pasa? —le murmuró en el oído, para luego lamerle el cuello.

—Vamos a dar una vuelta —intentó reincorporarse cuando ya Laudvan la había sentado de nuevo.

—¿Para dónde? —Silencio—. Todo es posible, lo que queramos se puede hacer realidad, no hay límites, no hay que esperar, hay que hacer y tomar lo que se quiere ahora, no hay mañana, no hay jamás —más palabras dulces con besos en la oreja.

—Sí, pero ahorita no quiero —y lo empujó lejos de ella.

—¿Qué pasa, panaaa? —ya molesto.

Ana no habló y Laudvan, bajando el tono y volviendo a la melcocha, preguntó:

—¿Te sientes mal, linda?

—No, y no me digas linda.

—Ahhhhh —él también se apartó de ella.

Un buen rato estuvieron aquellos dos, sentados en el sofá sin mirarse y sin hablar. Ella pensando en cualquier cosa azul y él en ella.

—No entiendo —Laudvan fue el primero en hablar.

—No entiendes qué —respondió, medio zombi.

—Qué es lo que pasa aquí.

—Ya te lo expliqué todo.

—¿Sí? —y revisó las cintas de su mente sin encontrar nada que pudiera parecerse a una explicación —. Dímelo otra vez, que no lo capté.

—Para qué, no hay nada que decir, ya lo dije todo y odio repetir las cosas.

—¿Qué?

Laudvan se levantó del asiento y puso un viejo cassette de los Hermanos Lebrón: «la temperatura, sube, sube, sube la temperatura» y se quedó allí frente al reproductor, tratando de pensar en la salsa vieja de principios de los ochenta y no en la jeva esa.

Allí estaban el Héctor Lavoe con su afro y sus lentes culodebotella, el Willy Colón con su sombrero de mafioso, el Pacheco con sus pantalones campanas, en una imagen en blanco y negro que el pintor había rescatado de un recuerdo de la televisión. Nunca había visto un video de los Lebrón.

—Ven —le dijo ella al rato, desfalleciendo y con urgencia.

Estaba listo, resuelto, ternura, compresión, amor, sexo, pasión.

Estaba recostada y le agarró la mano mirándole con necesidad y dulzura a la cara.

—Ahora sí me siento mal.

El vendedor de ropa de Plaza Las Américas, no oyó, no esperó y se lanzó sobre el cuerpo de la catira deseando la recompensa más divina. Se acercó a su boca para iniciar los besos y lo que recibió de ella en cambio fue un vómito verde y asqueroso que encharcó la ropa, el cuerpo y la cara de ambos.

—Coño de la madre, coño de la madre —lamentó, escurriéndose las cascadas de líquido verde que se deslizaban por sus brazos.

Ella ya había desfallecido en el sofá, con la cara llena de trozos de carne y lava de ron amarillento.

No fue sino hasta las tres de la tarde que Laudvan pudo conciliar el sueño.

Patinaje sobre hielo

Todo el mundo cae, eso fue lo que leí alguna vez, hasta los mejores patinadores sobre hielo. Lo importante es caer y saber no hacerse daño, y yo agregaría que también hay que saber hacerlo con gracia y estilo. Hay caídas de caídas, unas aparatosas y ridículas, otras dignas y elegantes.

Se puede decir que la mía es digna y elegante aunque esté parado frente a la casa de Yetzibell, escondido en una esquina, espiando a ver si es que anda con otro tipo o con el tal Alejandro. Me voy mañana para Miami.

La mía es digna y elegante aunque lleve cuatro horas aquí y ya mi piel y mi cerebro sean víctimas de la insolación.

La mía es digna y elegante, porque pase lo que pase con la jeva esta, tengo un futuro, tengo un destino garantizado y me puedo dar el lujo de dejarme llevar por estas pequeñas debilidades.

No voy a tocar su timbre ni nada, voy a observar, a ver, y si pasa algo, si llega con un tipo, o algo parecido, me le acercaré y le diré: «Mentirosa».

Porque sí, merezco no sólo una caída digna, sino también un final apropiado, un final con música, llanto, promesas y perdones como en las novelas.

Ma-ri-mar.

Pero me sabe a mierda, me sabe a mierda todo, estoy aquí porque no tengo nada mejor que hacer y soy obsesivo en todo lo que hago en mi vida. No me gusta perder, en nada. Y perdí. Eso es. Mañana me voy para Miami.

Vi una película el otro día, una película que terminaba con esta frase: «Algunos bichos se quedan con las putas y se van para Tennesee», o algo así, «y otros se quedan con el mundo». Yo me quedo con el mundo.

Y me voy a ir ya de esta mierda, porque nada va a pasar y ya no quiero que pase. Voy a agarrar mi carro, pero antes me compro un Gatorade, y me voy a empacar para mi casa, eso es lo que tengo que hacer.

La, la, lara, la.

Hay futuro, hay esperanza, hay porvenir.

Las playas de Miami, tomar Coronas bajo el sol, salir en la televisión. Dinero, tiempo para ser y hacer lo que me dé la gana. Moulinex. Aunque sea una ridiculez.

Ya no voy a ver al gordo ese que se operó la nariz, ya no tendré que mover mi carro en las mañanas.

Estoy en la camioneta, que no voy a vender, que voy a dejar aquí para cuando venga los fines de semana, y prendo la radio, me oigo hablar en las cuñas de la estación, pongo un cassette de Peter Frampton y ya.

La autopista es grande, amplia y hoy, como cosa rara, no hay carros. El sol gigante, y lo va a ser más mucho más, más, más más.

Amigo mío, me dijo Fanor así que estuvimos solos, esta soberbia Esparta es un melancólico país; porque en él se come malísimamente; se está mal alojado; nos roban vivos, el tedio y la ociosidad lo habitan; las artes y las ciencias están desiertas; y su idioma es tan áspero y rudo como sus costumbres. Esos grandes bobalicones se pasean todo el día por la plaza sin pensar en nada, o, cuando más, ocupándose en proyectos de dominación y guerra. Sólo las bellas formas de las muchachas de este país merecen la atención de los viajeros...

Yo no tengo odio, lo tuve alguna vez, pero me perdono a mí mismo si así fue. Sueño y siempre lo haré... Adiós, Yetzibell.

Espejismo, ilusión.

Si vuelvo a caer ya sabré como hacerlo; con estilo.

Y si todo sale mal, desapareceré.

Estos ropinol combinados con los valium, no caen nada mal, nada mal.

Buenos días

—Levántate, güevón, levántate.

—¿Qué, qué?

—Ya es hora, marico, tenemos que ir a cobrar el rescate.

—¿Qué hora es?—preguntó Luis restregándose los ojos.

—Las tres y media de la tarde.

—Es demasiado temprano.

—No, no, Luis, tenemos que llegar antes que nadie y controlar la situación.

—Uf, qué dolor. Vamos a dejar esto así, Caimán, ya he tenido demasiados peos y no quiero más. Me duele la barriga.

—Qué, qué, ¿estás loco? ¿Vas a dejar que esa jeva se quede con todo?

Ambos se lavaron la cara y se vistieron con la misma ropa que tenían puesta el día anterior. Luis ya apestaba.

Era una tarde gris y triste, como cualquier otra. Un viento apenas fresco los empujaba y pocas eran ya las promesas que se pintaban en los billetes con la cara de Bolívar.

—Hay que estar pilas, Luis, esa jeva pudo pajear, ¿oíste? Lo que puede haber es un poco de tombos allí —decía Caimán estirando la cabeza hacia atrás, mientras Luis lo conducía por las bajadas de Los Palos Grandes.

«Te amo, Puchi», ponía un graffiti en una esquina. Luis arrastraba la silla y Caimán hablaba sin parar.

—Tápate esa camisa, Luis, todo el mundo sabe que el secuestrador usa una camisa de Chávez, ciérrate la chaqueta. Es depinga esa camisa, ¿no?, burda de psicodélica. El loco del Pájaro las estaba vendiendo el año pasado.

—Sí, Caimán, pana, gracias por el regalo.

—De nada, Luis, de nada.... Preferí comprarte una de éstas que una de esas pavas con rayitas, olas y tal, todas surfistas.

Las vueltas que da el mundo

Se despertó por el mal olor y la sensación pegajosa que sentía en la cara. Al abrir los ojos y ver para abajo, su blusa estaba llena de grumos verdosos y, en algunos ángulos, morados.

Estaba mareada como si hubiera bajado de un carrusel, y luego sintió la mano en su estómago, la mano que se convertía en brazo, el brazo en cuerpo y el cuerpo en Laudvan que estaba acostado junto a ella, también bañado en vómito.

«Ahhhh», gritó ella apartándolo, «Qué asco, quítate de aquí». Y Laudvan, con sus ojos más chinos y sus dientes más salidos que nunca, soltó aquel terrible: «Buenos días».

—¿Buenos días? ¿Qué hora es, qué hora es?

Por el color del día y su temperatura podían ser tanto las cinco de la tarde como las ocho de la mañana del domingo o, peor aún, del lunes.

—No sé, no tengo reloj en la casa.

—Llama al 19.

—No tengo teléfono.

—Eres un desastre —reclamó la chica mientras que, con un trapo, intentaba limpiarse el arruinado atuendo.

—¿Qué pasa conmigo? ¡Ana!

—Nada, absolutamente nada.

—¿Y por qué estás así, entonces?

—¡Quieres cambiar el temita¡ Me tienes secuestrada, ¿recuerdas? Y hay que cobrar un rescate... Averigua la hora, es lo que es.

—Pssss, bicha —y se fue al baño a lavarse, antes de cambiarse la ropa.

—¿Qué fue lo que dijiste? —se mantuvo diciendo Ana— ¿Qué fue lo que dijiste?

—Dame un beso, sólo un besito Ana, anda no seas mala.

—Quédate quieto, Laudvan, quédate quieto, ¿quieres?

—Pero qué pasó... El beso, la pasión, la vaina. La fiesta.

—Psssss, estaba demasiado drogada, así que no te hagas ilusiones ni nada, no saques conclusiones, ¿okey?

—Entonces no me quieres ni un coño.

—No... Y vámonos de una vez, que ya estoy harta de esta situación, quiero llegar a mi casa, bañarme y cambiarme la ropa, que no lo hago desde hace como un mes.

—Eres una mierda, Ana. Y a Luis, ¿tampoco lo quieres?

—Ay, chico... qué fastidioso eres. A estas alturas no sé nada, mira cómo estoy —alzó las manos y dio una pequeña vuelta sobre sí misma, como para que Laudvan hiciera un control visual del estropicio —. ¿Nos vamos?

—Psssss...

McCombo

Brodercito, Rambito y Cristal, comían alegres sus cajitas felices. Las hamburguesas de McDonald's no eran tan resueltas como las del señor Mario en el Arrozal, que le ponía papitas, aguacate y salsa rosada, pero los colores del lugar, el aire acondicionado, los toboganes y los payasos, les daban mejor sabor.

—Rambito, sácate esa papita de la nariz —ordenaba un orgulloso y feliz Bróder con los brazos extendidos sobre el respaldar del asiento.

—Más fresco, papi, más fresco —pedía la pequeña Cristal.

—No, mi amor, ya te tomaste dos colitas, te puede caer mal.

Tenía una chaqueta de cuero negro que acababa de comprar, sus hijos unos zapaticos Nike, unos bluyincitos Zap y unas camisitas bien bonitas de Taz. Les había puesto gomina en el pelo y los había peinado para atrás. Colonia, cadenas en el cuello.

—¿Qué hubo, Bróder? —dijo una voz por detrás.

—¿Comisario? —respondió El Bróder, alzando las cejas como diciendo, aquí no, Comisario, no enfrente de mis hijos, no me vaya a arrestar.

—¿Cómo está la vaina? —Ese día no parecía policía, sino un gordito calvo y afable con su rellenita familia, su chaqueta marrón y su camisa de rayas normal—Tranquilo, chico, estamos en paz.

—¿Sí? Ah, bueno.... Felicitaciones por lo del Monstruo de Caricuao, lo vi por televisión.

—Sí, a veces se pierde, a veces se gana.... Estos son mis hijos, José Gregorio y Alba del Carmen —y los pimpollos levantaron sus manos, como por obligación.

—Estos son los míos: el más grande, Emiliano o el Brodersito; el mediano, Lenín o Rambito; y la consentida de la casa, Cristal.

—¿Y cómo anda lo de Chávez?

—Bien, palante siempre, Comisario, palante.

—Bueno, nos vemos pronto, Bróder, y cuida bien a los tuyos.

—Igualmente Comisario, que esté bien —y volviendo a lo suyo—. ¡Rambito, chico, que te saques esa papa de la nariz!

Daktari

Los oficinistas, como si nada, entraban a los edificios con sus corbatas abstractas, con dibujos del Pato Donald o Mickey Mouse, y sus pantalones de pinzas, holgados, apretados, amarillos, morados. Todos flacos, morenos y con pequeños bigotes bajo la nariz.

Uno que otro estudiante de diseño, con una cartulina en el brazo y bluyines anchos, atravesaba la plaza. Las mujeres de la policía de Chacao, cascos de safari, intentaban dirigir el tránsito; los Mercedes, los BMW que se intercalaban con los Nova y los Fairlane destartalados.

El cielo gris. El ruido de los taladros gigantes que se hundían en la tierra para establecer los cimientos de un nuevo edificio, de otra torre financiera, de otro centro comercial.

Las palmeras, los árboles, los troncos enormes, el intenso verde, siempre testigos, yendo y viniendo, con las ondas, con el tiempo, con las secretarias que cruzaban la calle sobre sus tacones blancos y sus talles ceñidos, moviendo la cadera como si todas nacieran con la misma maquinita instalada en el compartimento de atrás.

Eso era lo que pasaba de lunes a viernes en aquel lugar. Pero ese domingo, a las cinco de la tarde, no había nadie en la Plaza La Castellana, salvo, por supuesto, los que, como siempre, tomaban cervezas en El León y pedían hamburguesas en McDonald's; que igual no existían y la plaza seguía vacía.

—¿Ves a alguien?

—Qué va —respondió Caimán.

—Hay un tipo sentado en aquel banco, ¿lo ves?

—No, no es un tipo, güevón, es un árbol.

—Claro que es un tipo, güevón —afirmó Luis

—¿Será un tombo?

Estaban parados unos metros más arriba hacia el norte, apoyados en el muro de un edificio, en una y que de turistas.

—Son las cinco, el dinero ya debería estar allí, ¿no crees? —lanzó Luis.

—Sí, lo debieron depositar ya, ¿no? O de repente están esperando que sean justo las seis de la tarde.

Luis se apartaba de su amigo, cruzaba la acera, ponía las manos en su cadera y miraba hacia ningún lugar, como para disimular.

—Date, güevón, date antes de que llegue Ana o alguien más.

—¿Quién?

—No sé, el papá de la jeva arrepentido, los tombos, qué sé yo... Eso se ve tranquilo.

—¿Ahora?

Caminó con las manos metidas en los bolsillos traseros del pantalón y primero atravesó la plaza sin mirar al pipote de basura. Luego, le dio una pequeña vuelta a la plaza, se quedó parado mirando al cielo y se dijo a sí mismo «qué coño de madre» y caminó hasta el banco en el que estaba sentado el tipo:

—¿Qué te pasa a ti, mamahuevo? —era demasiado hippy, pirado y blanco como para ser policía—¿Eres tombo o qué? —dijo temblando.

—Tranquilo, pana, tranquilo, ¿uno no puede estar sentado aquí? Esto era lo que me faltaba...

—Arranca, mamahuevo, cuento tres y no te veo —y Luis, con cara de rata de cloaca, le apuntó con la pistola.

—Uy, loco, es domingo, se supone que son días tranquilos para ir a la iglesia, jugar al 5 y 6, ver televisión. ¡Qué agresividad! —y se fue caminando con las manos en alto hacia el sur.

Era suya toda la fucking plaza y no parecía haber alrededor ni un solo mamahuevo más alrededor.

Aún con la pistola en la mano se acercó entonces y arremetió contra el pipote que tenía el cartel de «Cuidar es querer».

Malteadas de chocolate derretidas, papitas fritas podridas, latas de gaseosas, papeles, frutas que salían a borbotones del recipiente que llevaba, por lo menos, un año sin que nadie lo vaciara.

Le daba asco meter la mano allí, pero Caimán le hacía señas para que se apurara y no perdiera más tiempo.

Cerró los ojos y metió el brazo hasta el fondo experimentando, claro está, toda clase de sensaciones, algunas húmedas, otras babosas que, igual, a esas alturas del secuestro le importaron poco. Y cuando estuvo a punto de sacar definitivamente la mano e irse lejos de allí, sintió un objeto metálico y frío de relativo tamaño que estaba en horizontal y arrimado a un lado.

Extrajo su brazo, la chaqueta cubierta de un moho blanco, y sin detenerse a ver que era aquel objeto pesado, caminó con prontitud hasta donde lo esperaba Caimán. Guardó el arma, tomó el mango de la silla y con su amigo montado en ella, comenzó a trotar.

Gótico tropical

La ciudad tenía una sombra, una bruma grisácea y movediza que llenaba el vacío de las calles y las autopistas. Papeles volaban por encima de las aceras y Ana y Laudvan iban de sur a norte casi esperando que, al llegar a donde quiera que fuesen, hubiera un cartel que dijese: «Población, 10 habitantes».

Allí Laudvan prendió la radio y estaba el Stevie en una de esas emisoras de éxitos de todas las épocas, de nuevo el Stevie con Supersticious. Y le dieron ganas de tener una explicación, una gran explicación. Que Ana por lo menos intentara, que dijera bajo los ruegos funk del Wonder, por qué actuaba así.

Se consoló con la calle e hizo un nuevo videoclip.

—Estás acumulando burda de karmas, ¿sabes? Karmas por lo que me haces a mí, lo que le haces a Luis y al mundo... Yo estoy pagando karma contigo por alguna mierdada que habré hecho por allí...

—Ay, Laudvan, por Dios, no compliquemos más las cosas, ¿quieres? Ya son bastante difíciles. Yo no quiero hacerle daño a nadie, de verdad... Tengo este dolor de cabeza, estas náuseas, ahora no.

—Bueno, por lo menos dime por qué me diste un beso ayer, explícamelo.

—Ay, porque me provocó, me provocó darte un beso en la pista y ya, no hay otra explicación, ¿qué más quieres que te diga? Tú y el Luis si que son enrollados. Fuck the world, ¿no? ¿Qué tanto te importa?

Ahora sonaba una balada de Paul McCartney ridículamente dulce y Laudvan, volteando el volante y la cara, murmuró con molestia:

—Sí, fuck the world y fuck you también.

—Aquí no hay nadie —dijo Ana al llegar a la Plaza La Castellana.

—¿Quién se va a bajar?

—Yo, quién más, si llega un policía o algo, le digo que estaba tratando de recuperar el dinero o algo así, ¿no? Total, es de mi papá.

—Ya son pasadas las seis, Ana, el Luis y el Caimán ya se deben haber llevado esa mierda —Laudvan nervioso—. Hay burda de gente en el McDonald's, podrían ser policías.

—No me importa, vamos a revisar... Déjame aquí, párate, da la vuelta, que yo voy a chequear... Si se llevaron ese dinero, ¡van a ver! ¡Van a ver! —siguió hablando sola hasta llegar al pote de basura.

La escena fue realmente patética: allí estaba Ana Patricia Mendoza Goldberg, despeinada y sucia, harapienta y enloquecida, con la mano dentro del recipiente de basura, oxidado y virulento. Pero a ella, igual, ya poco le importaba.

«Pufff, no hay nada», se lamentó, limpiándose las manos en la minifalda. Recuperó la compostura y caminó como una Miss Venezuela hasta el carro.

—Nada.

—¿Nada? —Laudvan arrancó entre las colas de carros que intentaban entrar al restaurante de hamburguesas más famoso de la ciudad.

—Vamos a casa de Caimán.

—No le quiero ver la cara a Luis, Ana, fue burda de chimbo lo que le hicimos.

—Me das risa, Laudvan, me das risa. Ayer sí hubieras hecho cualquier cosa por mí, ¿no? Por un besito cualquier cosa y ahora no le puedes ver la cara a Luis... Pendejo, todavía existen los 200 millones, ¿te acuerdas? 200 millones, una nueva vida, no sé qué. Tú mismo lo dijiste.

Laudvan frenó de golpe.

—No entiendes nada, una nueva vida así, no, pana, así no, y contigo menos... ¿Sabes qué? No te aguanto más, no te soporto —frenó violentamente y se bajó del carro—. Métete esos 200 millones por el culo.

Ella, quedándose con los brazos cruzados en su asiento, apretó los labios y miró hacia la avenida San Juan Bosco sin pestañar. Laudvan comenzó a caminar en sentido contrario y la hija del editor, en un movimiento brusco, se cambió al asiento del conductor y arrancó hacia el este.

«¡Ridículo!», pensó.

SARTÉN

Luis, agotado, se tiró hacia la sombra de un árbol protegido por un callejón y tragó una gigantesca bola de aire.

—¿Qué es? ¿Qué tienes en la mano? —preguntó Caimán, tratando en vano de mover la cabeza hacia su amigo.

Luis, malandro de segunda, sujetó el objeto con las dos manos y detectó inmediatamente que se trataba de un maletín metálico, de esos delgados y livianos que usan los ejecutivos de corporación internacional.

—Es un maletín, un maletín de yuppie.

—¿Y qué tiene adentro?

Lo movió como maraca y detectó sonido.

—Sí, suena a billete.

—¡Yesssss! Ábrelo, pues, ábrelo.

—No puedo, no sé cómo abrirlo, no abre. Es de combinación.

—Déjame ver —giró su silla—. Ummm —y comenzó a mover sin concierto los números de la cerradura—. Nada, ¡coño de la madre!

Continuaron el camino a casa de Caimán para ver si allí lograban descifrar la combinación o taladrar el maldito maletín que el paralítico sostenía férreamente con sus dos brazos.

No podía ser verdad todo aquello, que tuvieran en sus manos tanto dinero, demasiado. Ey, ey, pero no todo estaba controlado. Ana y Laudvan podían hablar, sabían dónde ubicarlos, así que había que actuar rápido.

—¿Tienes tu pasaporte vigente, Luis?

—Noooo, güevón, ni siquiera tengo pasaporte, lo perdí cuando se me perdió la cédula.

—¿Qué? ¿Tampoco tienes cédula?

—No, claro que sí, me la saqué después, el peo fue que cuando no tenía cédula y tal andaba con el pasaporte para arriba y para abajo y una de esas, en una fiesta loca, se me perdió.

—¿Y qué vamos a hacer? Apenas abramos ese maletín, nos tenemos que ir de aquí.

El día desaparecía tediosamente. El sol, que poco trabajo había hecho durante la jornada, cada vez se hacía más gris, mientras que las nubes comenzaron a juntarse alrededor de la incipiente luna.

—Bueno, no necesariamente tenemos que irnos fuera del país, ¿no? Podemos arrancar para Margarita o algo así.

—¿Margarita? Sí, claro.

Ya subían por la tercera avenida y hasta algo más de gente se veía, cuando sintieron un estruendoso cornetazo en sus oídos: Paaaaaaaaa. Voltearon y era Ana, la puta de Ana, en su Mitsubishi de mierda, con su carita de cerdita enfurecida.

Érase una vez

Una vez soñé que unos marcianos me venían a buscar. Yo estaba dormido, así tranquilo, normal, cuando una vaina electrónica que hacía: buauauauauaua, comenzó a sonar.

Luego, al lado de mi cama, aparecieron estos bichos, morados y azules, que me dijeron, Luis tu número es el 225.000 y te vinimos a buscar.

Luego desperté, todo confundido y todavía hoy no sé si fue verdad.

La luz

—¿Para dónde creen que van con ese dinero? —gritó al bajar del carro.

Y Luis y Laudvan se quedaron mirándose las caras así medio lelos.

—Así que se iban a ir sin mí, ¿no? Se iban a quedar con todo el dinero, ¿no? No señor, no pueden, simplemente no pueden.

—¿Por qué no? Cuaima de mierda, ven para acá y quítamelo, pues —la retó Caimán.

—Dame acá, Caimán, dame acá ese maletín —dijo, acercándose—. Sabes que si no me lo das, digo toda la verdad, le digo a mi papá y a la policía quiénes son ustedes dos y dónde viven.

—Pana, ¿por qué eres así? ¿Qué coño te hicieron en la vida? ¿Te violó tu papá? ¿Tu tía? ¿El maldito perro que tienes en el carro?

—Ay, Luis, por favor, deja de respirar por la herida, sabes que lo que pido es justo, es mi dinero, y tú lo que estás es arrecho porque me di los besos con Laudvan... Y no es un perro, sino una perra.

—Pégale un tiro, Luis, saca esa pistola y mata a esta jeva de una puta vez.

—Déjense de payasadas y denme mi dinero, es lo que es.

—No te vamos a dar un coño, perra de mierda, por rata y traicionera. Métenos presos, haz lo que quieras.

—Si tú insistes, Luis, es muy fácil para mí.

—Bueno, bueno, ¡yaaa!... Mitad y mitad, pues, Ana, también nosotros hemos aportado burda en este secuestro.

Buauauaua eléctrico, la noche y de pronto los tres abrieron los ojos y dejaron de discutir de golpe por la súbita irrupción de un flaco que se había bajado de una moto y tranquilamente había caminado hasta ellos con una pistola en las manos. Les apuntó y luego de sonreír les dijo, sacándose antes el pelo de los ojos:

—Yo les voy a solucionar el peo. Denme acá ese maletín.

—Tú eras el tipo que estaba sentado en la plaza, ¿no? Sí, tú eras ¿Qué coño haces aquí?

—Dame acá ese maletín.

—¿Te contrató mi papá para que recuperaras el rescate? Es eso, ¿no?

—No, no me contrató tu papá... ¡Me quieres dar de una vez por todas ese maletín!

—Mamahuevo, hijo de puta, coño de tu madre —protestó Caimán para luego, con un gesto amargo en la cara, entregárselo.

El inesperado ladrón lo tomó con la mano que tenía libre y luego corrió unos metros más arriba para subirse en una moto Honda 350 plateada. Arrechísima.

Los tres lo vieron alejarse con una sensación entre alivio y frustración: todo había acabado de repente, todo se había desvanecido entre la bruma gris que transitaba sobre sus cabezas.

—¿Te fijaste que el tipo tenía unas botas vaqueras? —soltó Luis de repente.

—A ese mamahuevo lo encuentro yo, tranquilo, pana, que me las paga —gritó Caimán.

—No lo puedo creer, no lo puedo creer —murmuró Ana.

En la noche gris y eterna de Los Palos Grandes, Luis y Ana se miraron las caras. Sabían que ese era el final e intentaron, de alguna manera, conservar algo, alguna certeza, un pedazo de momento.

Un trozo de luna salió de entre las nubes negras y disparó un rayo amarillo y frío en la cara de los que fueron amantes y criminales, secuestrador y rehén.

—¿Y tú y yo, Ana? ¿Hay algo que podamos hacer? No sé, hablemos, ¿sí? Hay que aclarar las cosas... No todo era el maldito dinero, ¿o sí?

—Ya es muy tarde, Luis, ya no se puede hacer nada, no creo que haya nada que discutir...

—Pero es que... —intentó acercarse a la chica, despelucada y con manchas de vómito en la blusa.

—Luis, no, por favor —lo apartó con la mano.

—Es que, Ana, déjame explicarte...

—No, no, no, no quiero oír nada más. Me voy para mi casa a dormir, a descansar, a olvidar.

—Te amo. Lo sabes, ¿no? —y la luna desapareció.

Ana estiró su brazo y al acariciar el hombro del chico de Los Palos Grandes le dijo: «Chao, Luis... Adiós» y devolvió sus pasos hasta llegar de nuevo al Mitsubishi y arrancar definitivamente hacia arriba, sin ver para atrás.

—Tranquilo, Luis, no le pares bolas a esa jeva —trató de consolarle Caimán, pero Luis se mantuvo con sus ojos húmedos y cristalinos enfocados en la carrocería roja que desaparecía.

—Ayyyyyyy, pana.

—En mi casa tengo otra bolsita y un pelo más de ron, vamos para allá y hablamos un pelo de paja, navegamos por Internet para que conozcas otros culos, ¿sí?

—No, gracias Caimán, yo mejor me voy a mi casa, estoy cansado y mi mamá debe estar preocupada... Hablamos mañana, ¿okey?

—¡Bien! —le miró con firmeza y apretó su mano con fuerza.

Tres disparos se oyeron a lo lejos.

MULTIPLEX

Sintió nostalgia, nostalgia por todo lo que había vivido desde el jueves. Si fuese una película la alquilaría en video. Ella era la heroína y hasta le había gustado el final: «Adiós, Luis, adiós».

Pero la heroína comenzó a sentirse triste, no sólo porque los sueños de un principio, los que aportarían el amor y el dinero, se hubieran desvanecido de una forma tan abrupta. Estaba deprimida simplemente porque todo había terminado y el lunes, como cualquier día más, tendría que volver a la rutina, a la universidad.

«Y de nuevo el mismo problema ¿ah, Ana? ¡Todo te sale mal con los hombres! Sí, chica, quién los entiende. Pero no, cambiemos de tema. Ese ya me aburre. Los hombres, los hombres, bla, bla, bla. Siempre igual.

«¿Las drogas? Uy, me gustaron, qué locura. ¿Y lo volverías a hacer? No sé, creo que sí, no sé.

«¿Qué le vas a decir a tu papá? Nada... Supongo que papi, papi, qué bueno verte, esos secuestradores me trataron horrible, no me dieron de comer, me torturaron, me drogaron, papi, papi, gracias por pagar el rescate.

«¿Quién sería el tipo de la moto? Me pareció conocido, no sé. ¿Cómo se habrá enterado del dinero? Estaba como informado de la situación. ¿Será que todo estaba planeado para que fuese así? No, demasiada coincidencia.

«Desde el jueves comienzo a ir al gimnasio y jugar tenis de nuevo: se acabaron el azúcar, los chocolates, las hamburguesas. Me voy a poner otra vez bien buena.

«Uf, si me hubiera quedado con ese dinero lo que hubiera hecho. Un apartamento para mí sola, gigante, enorme. Ay, pero igual me lo dan, si lo pido me lo dan. Tengo que graduarme, sacar buenas notas y eso, quizás hasta casarme, pero de que me lo dan, me lo dan. Ahora que sé que tenían 200 millones, ya verán...».

«Ay, Manuela, perrita, qué mal hueles. Alejandro, Alejandro, ¿qué habrá pasado con él? Sólo espero que el maldito ese no esté en la casa.

«Luis, Luis que tontico eres».

Digan ‘cheese’

«Lampituvirán, lampituvirán, lampituvirán».

Abrió la puerta de la casa con suavidad y el sonido que produjo la llave dentro de la cerradura le conmovió..;

La sala estaba oscura al igual que la cocina, el comedor y el jardín. No parecía haber nadie en casa y eso le tranquilizó un poco, quería evitar tanto como pudiese las escenas y el llanto. El olor de los muebles actuó como una especie de bálsamo que la alivió y disipó toda confusión. Era su casa, a pesar de todo, era su casa, y en ella se sentía cómoda y segura.. No parecía haber nadie en casa y eso le tranquilizó un poco, quería evitar tanto como pudiese las escenas y el llanto. El olor de los muebles actuó como una especie de bálsamo que la alivió y disipó toda confusión. Era su casa, a pesar de todo, era su casa, y en ella se sentía cómoda y segura.;

El tic-tac del reloj de la sala, la tranquilidad de saber el orden y la posición de cada cosa, de cada objeto, la certeza de que por un buen tiempo iban a seguir allí, observándola, protegiéndola.

Prendió la luz de la cocina y abrió la gigantesca nevera, más como instinto que por otra cosa, y se sintió halagada al ver que varios platos de comida estaban guardados, como si simplemente hubiera llegado tarde y no hubiera podido cenar con su madre. Berta, como siempre, había mantenido todo limpio e impecable durante su ausencia.

Tomó una uva y se la llevó a la boca mientras cerraba la nevera y caminaba al teléfono por si acaso le habían dejado alguna nota. Ese era su mundo, a eso pertenecía.

Al salir, miró hacia las plácidas aguas de la piscina y luego notó que el piso de arriba estaba ligeramente iluminado. Con sigilo subió las escaleras.

Al entrar al corredor, siguió el camino que trazaba el reflejo del bombillo y cruzó hacia el cuarto de sus padres. La lámpara estaba prendida pero no había nadie.

Y cuando ya se disponía a ir con placer a su cuarto, notó por el rabillo del ojo que su madre estaba en la habitación contigua, la del televisor, dormida en un sillón.

Se acercó y descubrió que, como ella, estaba llena de vómito y tampoco lucía muy bien. Con delicadeza tocó su hombro y luego murmuró: «Mamá, mamá. Soy yo. Mamá».

Isabella abrió los ojos con lentitud, primero el derecho y luego el izquierdo. Y como si se tratase simplemente de una alucinación, no reaccionó, se le quedó mirando con gesto inexpresivo por un instante, hasta que su hija de nuevo le llamó: «Mamá, mamá, soy yo, Ana Patricia».

No pudo ni mover la boca, cuando ya Ana Patricia se le había tirado encima para darle un abrazo y besarle la cabeza.

—Hija, hija, ¿qué pasó? ¿Cuándo llegaste? ¿Estás bien? ¿Estás sola?

En la televisión, un hombre con bigotes intentaba vender máquinas para adelgazar en dos días.

—Y a ti, mami, ¿qué te pasó? ¿Por qué estás así?

—Ay, no me he sentido muy bien, tanta angustia, tanto nervio, Ana, creí que más nunca te iba a volver a ver.

—No, mami, aquí estoy, ya todo pasó. Estoy aquí y bien, tranquila…

Y la madre volvió a abrazar a su hija en un intercambio de vómitos conmovedor.

Al retirarse del cuerpo de Isabella, Ana intentó iniciar el camino hacia su cuarto, pero antes dijo:

—Gracias por pagar el rescate.

—¿Rescate? —preguntó la madre— ¿Hubo un rescate?

—Síííí, ¿por qué crees que me liberaron?

—Eso debe ser lo que se tenía escondido tu padre. Esta tarde dijo que iba para un sitio secreto y que yo no podía ir con él. Es decir que no hubo policías, ni nada.

—No, mamá.

—Gracias a Dios, mija, gracias a Dios… ¿Y dónde te tenían?

—No sé, me llevaron con los ojos vendados a un sitio que nunca pude ver.

—¿Y te dieron de comer? ¿Te maltrataron? ¿Te hicieron algo?

—No, mamá. Los secuestradores se portaron muy bien, me dejaron frente a un televisor todo el día.

—¿Y los pudiste ver? ¿Podrías reconocerlos?

—No, no, sólo al que me secuestró en la radio, los demás estaban encapuchados.

—Ah, entonces fueron varios.

—Sí, como cuatro… Mami, ¿te molesta si voy un momento a mi cuarto? Quiero bañarme y cambiarme de ropa.

—No, no, mi tesoro, vé, que te hace falta, yo te voy a calentar algo de comer.

Y mientras Ana se dirigía a su habitación, Isabella bajó las escaleras y con gritos felices despertó a Berta, que también se alegró con la noticia, para que le calentara una sopa a su hija.

Media hora más tarde, cuando aún Ana estaba en la ducha y la sopa en la hornilla, la puerta volvió a sonar.

Al oír las voces en la cocina, Federico y Alejandro caminaron hasta allá, y al verlos, Isabella se echó a llorar.

—¡Hijo, hijo! ¡También estás aquí! —y salió corriendo para abrazarlo.

—¿También? —interrumpió Federico.

—Sí, Ana está arriba dándose un baño, gracias a ti, Federico. Gracias a que pagaste el rescate, nuestra hija está sana y salva y ahora va a bajar y todos cenaremos una sopita de auyama que hizo Berta y que está más rica que…

—¿Rescate? Yo no he pagado ningún rescate.

—Ay, por Dios, déjate de juegos conmigo, que ya sé que lo hiciste —se estiró para darle un beso en la frente a su esposo.

—No, de verdad, yo no he pagado ningún rescate, Isabella.

—Perdóname, Alejandro, perdóname, hijo —y la madre volvió a abrazar a su inerte retoño.

—Bueno… Al menos está bien, ¿no le pasó nada? —preguntó, recompuesto, Federico.

—No, no, está perfectamente.

—Si es así, déjame llamar al periódico para que manden inmediatamente a un periodista y un fotógrafo, y acabamos con esta vaina de una buena vez.

Berta sirvió la mesa y Ana bajó con una bata de algodón y el pelo recogido en un moño. Alejandro estaba sentado y con mirada estrábica esperaba la sopa.

—Um, eres tú.

Y no contestó. Igual, la chica se sentía tan bien y recuperada, tan limpia y segura, que no quiso recordar, ni reprocharle, lo de Manuela en ese momento.

—Por cierto mami, Manuela sigue en la maleta del carro. ¿No le puedes decir a Berta que la saque de allí y haga algo?

—Claro, Ana, claro. ¿Verdad, Berta?

—Claro, señora, claro.

En eso entró Federico a la cocina y su hija, levantándose de la silla, fue y lo tomó por la cintura:

—Papi, papi, qué bueno verte.

El editor respondió con cariño y la estrechó entre sus brazos.

—¿Estás bien? ¿Seguro?

—Sí, papi, perfectamente… Gracias por pagar el rescate, esos tipos pudieron haber hecho cualquier cosa conmigo.

—Yo no pagué ningún rescate, ya se lo dije a tu mamá… ¿Por qué dices que pagué un rescate?

—Bueno, porque me dejaron ir, porque los secuestradores te mandaron un fax explicándote sus condiciones, tú las cumpliste, y aquí estoy.

—Yo no he recibido ningún fax.

—¿No?

—Y, entonces, ¿dónde andabas tú, Federico? ¿Y por qué vienes con Alejandro?

—Ya te lo expliqué esta mañana Isabella, había un operativo especial para intentar rescatar a Ana y fui para allá. Pero resultó un desastre, una pista falsa. Sabe Dios haciendo qué, encontré a este muchacho con una de las reporteras del periódico y me lo traje. Por cierto, Isabella, hablé largo rato con él en el carro y le puse las cosas claras, ¿no es así, Alejandro?

—Síií, papá —con desinterés.

—Se va a quedar con nosotros en la casa, pero si comienza de nuevo con las suyas… Para fuera, no lo toleraremos más.

—¡Federico! —interrumpió su esposa— Por favor, este es un momento feliz, no lo arruines, luego conversaremos de esas cosas.

—Bueno, y entonces, Ana, ¿cómo fue que los secuestradores te dejaron ir si yo no he pagado ningún rescate?

—¿Y mi abuelo? ¿No sería él quien lo pagó?

—Pero no te dije yo que no he recibido ningún fax, Ana Patricia, ¿le mandaron a tu abuelo un fax? ¿Estás segura?

—No.

—Déjame llamarlo para ver, aunque nos lo hubiera dicho, ¿no creen?

Berta, por fin, sirvió la sopa, y Ana y Alejandro la comenzaron a tomar ante la mirada conmovida y alegre de su madre.

—No, no, él tampoco ha recibido ningún fax, ni ha pagado ningún rescate —soltó Federico al rato—. Pero dijo que venía para acá.

—Ven, siéntate, tómate la sopita, que ya todo está bien, mi amor.

—Pero bueno, es que esto es muy extraño. ¿Estás segura de que no te pasó nada Ana? ¿De que estás bien?

—Ay, papá, di la verdad, tú pagaste el rescate…

—¡Que no! Que no he pagado nada. ¿Por qué estás tan segura, Ana, de que lo pagaron? No sé si llamar a la policía, a ver si ellos saben algo —respondió su padre, absolutamente convencido.

No había fax, no había rescate, ahora la verdad que Ana no entendía nada. ¿Y entonces qué? ¿Qué había sido todo eso? El maletín, el hombre de la moto. Decidió cambiar el argumento, antes de que la pudieran sorprender.

—Eran cuatro tipos, papá, y se notaba que estaban asustados y nerviosos, no parecían delincuentes profesionales… No sé, quizás se asustaron y me dejaron ir, no sé, puede ser.

—¿Y dónde te dejaron? ¿Dónde está tu carro? ¿Se lo robaron?

—No, me dejaron ir con el carro y está afuera papá, parado donde siempre. Tú como que estás medio ciego —y rió con su lado angelical.

Todos lo hicieron con ella, mostraron sus dientes de dentista caro, sus ojos brillaron y 20 segundos después siguieron bebiendo la sopa.

—En una hora viene un fotógrafo, ponte algo bonito que nos van a tomar una foto en familia —sugirió Federico al rato.

Luego llegó Kai, ansioso y apurado, hasta que su nieta se lo comió a besos y Alejandro le prometió que no más drogas, que todo estaría bien. Luego apareció la tía Esther.

Federico entró al salón con el pelo engominado hacia atrás y vestido con un mono de ejercicio azul con rayas amarillas verticales que tenía una tela que parecía hecha de papel.

Isabella, antes de reunirse con su familia, había subido a su cuarto y había tomado decididamente todos los paquetes de chicles que quedaban en la cómoda para jurar que jamás volvería a comer goma de mascar mientras los botaba por la poceta.

Llegó el fotógrafo y la familia se acurrucó en el sofá como si fuera la boda de algún primo y, sonriendo, saludaron al flash.

Si todo estaba bien, había cómo olvidar.

Trampolín a la fama

Yo solamente conmigo, sin nadie ni nada más. En un minuto estás aquí, al otro allá. Las cosas a veces parecen no pasar, y en otras pasan y pasan y no sólo no las disfrutas, sino que van tan rápido que ni puedes reaccionar.

Estoy donde empecé, en las calles de Los Palos Grandes, a dos cuadras de mi casa. Todo está igual y no sé cómo, sin nada más, sin nada menos.

Ahora estoy mareado, escoñetado, vuelto mierda, confundido. De ahora en adelante no sé, no sé nada.

Las nubes negras que vuelan sobre este maldito lugar.

No tengo tiempo de mirar a mi alrededor, ni reflexionar sobre nada. La maldita catira me dejó, me dejó y me siento mal, aunque todo fue tan loco que también me da risa. Me cago de la risa. Sí, risa es lo que me da. ¿Qué más? El marico greñudo se llevó el dinero y me da risa, me da risa que las cosas pasen así.

Trato de apretar más duro el piso cuando camino, de sentirme firme y seguro, aunque si pasa una brisita me va a llevar, salgo volando como un papel y terminó aplastado contra una pared como un mosquito.

Pero siempre soy el duro, nada me importa un coño de madre, que se joda Ana Patricia, que se joda Laudvan, que se joda todo el mundo.

No creo que pueda resistir más, llegar a mi casa me parece una tarea imposible, tengo miedo, estoy triste.

De repente, me detengo y me doy cuenta de que estoy vivo, pero lo peor no es eso, lo peor es que volteo y lo que hay a mi alrededor es un poco de patrullas y de tombos vestidos de negro, con capucha y ametralladoras.

No puedo evitar sacar otra caracajada, que trato de tragarme para no escupírsela a los pacos esos en la cara. ¿Me andarán buscando a mí? Ja, si es así, los maricos esos están bien perdidos, porque paso al lado de ellos y pongo expresión de punk deprimido, y nada, me miran, y sigo sin peo hacia mi casa.

Me cago de la risa.

Ya estoy aquí, montado en el ascensor metálico de los años cincuenta que un día funciona y al otro no. Hoy sí, tengo suerte y el bicho sube mis ocho pisos tranquilo, calmado, lentamente. Prarhrhr, hace un ruido horrible al abrir las puertas y sigo hacia mi casa. Todas las cerraduras están pasadas, como si mi vieja quisiese que más nunca regresara.

Una hora quitando cada maldito seguro y candado y estoy una fucking vez más dentro de mi casa. Todo está oscuro y sigo para mi cuarto, paso al lado de la habitación de mi vieja y ella está despierta. Hola.

«Hola», dice ella toda triste y amargada, toda desganada y derrumbada. Debe saber que yo soy el secuestrador o algo peor, que tiene una piltrafa de hijo, una porquería que salió de su vientre, y no dice más. Se ve que ha llorado por días y sin parar.

Es demasiado fuerte, no la puedo mirar más, voy para mi cuarto y sin prender la luz, ni un coño, sin quitarme ni siquiera las botas, me tiro en la cama, mi única y verdadera salvación.

Cierro los ojos y no los quiero volver a abrir más.

Buenas noticias

En su moto de plata, surcando la galaxia, iba Frank. La velocidad no era suficiente para celebrar el triunfo, aunque acelerara y acelerara el aceitado motor.

Desde dos cuadras más arriba lo reconoció, vio los churlitos, elevándose hacia el cielo y con cada paso volviendo a bajar como resorte, en cámara lenta, swing, swang. Frenó cuando estuvo al lado de él y le dijo:

—Luz, hermano, luz —y le mostró el maletín.

—¡Ese Frank! —sonrió Laudvan, verdaderamente contento de ver a su amigo de nuevo, pilas y recompuesto.

—¡Mira! —y le acercó el maletín a la cara.

—¿Qué?

—Es el maletín.

—¿Qué maletín? —preguntó Laudvan sospechando que todavía los residuos del ácido navegaban por las neuronas de su cabeza.

—El que tiene el rescate de Ana Patricia Mendoza, ¿200 millones? ¿Fue eso lo que dijiste? ¿200 millones de bolívares?

—¿Qué? —le dio vueltas a su cabeza una y otra vez— Eres una rata, Frank, o sea que fuiste y te tumbaste el dinero después de lo que te dije.

—No, no soy tan tonto, Laudvan, esperé a que alguno de ustedes lo cobrara, para que no fuera a mí a quien agarrara la policía, si es que estaba, y luego se lo arrebaté a tus amigos de las manos con este bicho que cargo aquí —y con la mano derecha se subió la chaqueta para dejar ver su pistola.

Sea como fuere el caso, que Frank tuviera el dinero y no Ana, le agradaba un tanto y más aún cuando éste se había parado frente a él y le había enseñado el maletín en lo que aparentaba ser un gesto de generosidad.

—Ven, móntate.

Y Laudvan subió sin pensarlo dos veces. Por la autopista fueron casi a 200 kilómetros por hora, el vendedor de ropa temblando y el maestro espiritual tratando de batir algún tipo de marca de velocidad sobre el gastado concreto de la Autopista del Este.

Quiso preguntarle a Frank, oír cómo es que él había terminado con el dinero, pero el ruido de la máquina y el zumbido del ardiente viento casi ni le permitían escuchar sus propios pensamientos.

Dejaron la moto en el jardín de la casa donde Frank tenía alquilado un espacio en el segundo piso, y subieron las escaleras acompañados por el soundtrack de suspenso que aportaban los grillos. La noche allí parecía más oscura y cualquier posibilidad estaba velada por la permanencia de la cotidianidad. Como siempre todo era verdad hasta que se transformaba en mentira.

Prendió una lámpara de tela blanca, tiró el maletín en el sofá y fue a la cocina por un vaso de agua. Laudvan, extrañado del mundo y de sí mismo, no tenía ya certeza alguna de lo que pudiera pasar. Ahora evitaba soñar, no quería pensar. Se sentó y espero alguna clase de instrucción, alguna guía que le indicara qué era lo que podía venir a continuación.

Se distrajo mientras tanto con los cuadros de los seres coloridos, los mutantes pintados que estaban en las paredes de la habitación y sobre las repisas de madera mal tallada. Hombres que se transformaban en elefantes, niños en mariposas, mujeres en peces, y en ese silencio quiso bloquear el tiempo, lo que existía afuera, cualquier recuerdo.

—Te debo una, Laudvan —comentó de repente Frank— y si es verdad todo lo que dijiste te mereces la mitad de lo que esté en ese maletín.

—No sabía que tenías un hierro, Frank, no pareces una persona de esas, de las que usan armas, es decir…

—Uy, Laudvan, me han asaltado más de 10 veces, me han robado dos motos, se metieron tres veces en mi casa, me dispararon una vez en la pierna y me mataron a un perro hace dos años. ¿Quién no tiene una pistola en esta ciudad?

—Entonces, seguiste a Caimán y a Luis, les quitaste el maletín —especuló Laudvan mientras tomaba el tesoro en sus manos y lo analizaba.

—Estaba Ana Patricia con ellos, estaban como peleando o algo así por el dinero —comentó tranquilamente mientras ponía a calentar un poco de té—. Entonces llegué, saqué la pistola y, nada, le quité el maletín al tipo de la silla de ruedas.

—A Caimán…

—Sí, sí… He estado pensando en hacer un largo viaje por Europa, descansar, nutrirme, ver otras cosas; estoy un poco agotado aquí y necesito reinventarme. Creo que llegó ese momento. ¿Tú qué vas a hacer?

—No sé, lo mismo que tú, imagino, irme de aquí, no sólo por los peos personales, sino que, bueno, no todo es así de fácil, si nos sacamos la lotería con ese maletín, habrá que por lo menos huir, ¿no crees?

—No lo sé. Ábrelo de una vez, y salgamos de dudas.

Con dificultad trató de activar el mecanismo que abría las cerraduras del maletín, pero permanecieron férreas. A cada lado una ruleta con tres números que giraban del 0 al 9, era como jugar dados, póker, bingo, o los tres a la vez. Dar con la combinación ganadora, lo sabían, era una tarea casi imposible.

Los empaques del maletín eran tan compactos, calzaban de una forma tan hermética, el material era tan resistente, que de verdad parecía imposible abrirlo de una forma diferente a acertar con el trío de números que desactivaba el cerrojo.

—Um —expresó Frank, mientras Laudvan ya intentaba alguna combinaciones al azar—. Federico, por primera vez en su vida, está actuando de una forma inteligente. De seguro espera que los secuestradores lo llamen para pedirle el número del cerrojo, ¿no crees? Para ganar tiempo.

—Sí, ¿tú crees? —contestó Laudvan entrando en el siempre estúpido mundo de las suposiciones— También los secuestradores podrían molestarse y pegarle un tiro a su hija sin más…

—Tienes razón. En dado caso esto está muy raro. ¿Será que se movió en el transcurso? ¿Que tu amigo rodó el cilindro antes de entregarme el maletín?

—Cualquier cosa pudo pasar, Frank —argumentó con frustración y por experiencia.

La noche refrescó, un aire algo frío entró por la ventana y los dos caraqueños se quedaron sin palabras mirando aquel bello y futurista maletín que podía contener mil vidas nuevas y un porvenir.

—Somos más inteligentes, Laudvan, somos 100 veces más inteligentes que ellos, y eso para algo nos tiene que servir.

—Lo dudo, pero habla de todas maneras.

Frank se llevó el índice a la sien y soltó:

—Psicología, Laudvan, tenemos que aplicarle psicología a ese maletín, ¿entiendes? Si nos ponemos a inventar combinaciones al azar, podríamos pasar años aquí. En cambio, si intentamos descifrar la psicología de quien activó la clave, o la lógica fortuita que hizo la nueva combinación, de seguro será más fácil.

—Psss, Frank, estás loco, es como decir que la clave la marcó un tipo burda de heavy metal y tal y, en homenaje a Iron Maiden, le puso a la vaina 666.

—Razonas bien, Laudvan, esas son el tipo de claves que podemos seguir… Inténtalo.

—¿Qué? ¿Six, six, six? —y lo miró con incredulidad.

—Sí.

666.

Click.

—Qué va.

—¿Qué tal una fecha de nacimiento, números cabalísticos, números más frecuentes que otros, números que sumados o restados signifiquen algo como las letras del alfabeto?

—Yo siempre les pongo a las claves de mi tarjeta del banco los primeros tres números de mi cédula, porque ya me costó una bola aprenderme esos números del coño y no voy a ir por ahí aprendiéndome otro 5.000 más.

—El número de la cédula de Federico, o alguien de su edad, debe empezar por 2, dos millones y algo, dos millones 500 y algo, dos millones 530. Pon ahí: 253.

253.

Click.

—Nada

—937, esta es la combinación más cabalística que puede haber.

937.

Click.

—Nada.

—Los 1, los 0 y los 6, son de buena suerte. Pon 106.

106

Click.

—Nada.

—Hay que traducir este día, Laudvan, este momento a números. Cuando piensas en el cielo que viste, en el color de la tierra, ¿qué números ves? ¡Vamos, concéntrate!

—Este, este… ¿Qué veo? Mmm —y le pareció una pregunta interesante, hasta bonita, pero extremadamente difícil de responder—. A ver: 3054.

—Pon entonces 354.

354.

Click.

—Nada.

—054

054.

Click.

—Nada.

Y pasaron dos, tres horas más, entre números de teléfonos de amigos, los que habían salido en el Loto del mediodía, fechas importantes en la historia, cumpleaños de novias.

—Son 1.000 posibilidades, Laudvan, las que van del 000, al 999, podemos hacerlas todas, así nos tome hasta la mañana.

El pintor, sin embargo, recordaba, recordaba a Luis, a Ana, las vueltas, el pasado, el presente, un continuo, y allí lo vio, sobre la ciudad, en el cielo, en la autopista y lo dijo:

—Ron 111.

—Empieza con el 000, es mejor que seamos esquemáticos.

Y pensando en el azul blanquecino lo marcó.

111.

Clack.

—¿La otra cerradura?

111.

Clack.

No lo podían creer, ambas cerraduras abrían con el 111.

Sus ojos casi saltan, como los del conejo de la suerte cuando ven al cazador. Pin. ¿200 millones de bolívares? Fue en ese momento cuando la templanza de aquellos dos se midió. Ser algo, ser nada, todo dependía de los billetes estampados con la cara de Bolívar. Ser o no ser, comprar o vender. Y al ver lo que había dentro fueron nada, o menos que eso.

Sobre el fino tapiz de vinyl del maletín había papel sí, pero del más vulgar. Y, claro, también estaba estampado pero no con figuras de próceres y héroes patrios de colores, no, con letras simples y pequeñas de fotocopiado.

En otras circunstancias hubiera provocado reír o hacer sarcasmos, pero eso no era exactamente lo que trasmitía el papel, negro, blanco y triste que se suponía era un botín.

Comunicación interna, burocracia, copias para estudiantes de universidad pública, eso era lo que parecía y era tan incoherente y común que ni curiosidad sintieron en leerlo.

Revisaron, arriba, abajo, a los lados del misterioso maletín y nada. Más valía el mismo por lo que era que por su contenido. Algún error, algún malentendido, aquello no podía ser obra de ningún padre-preocupado-por su-hija-secuestrada serio. Al revés, un error, un malentendido, una equivocación.

Se buscaron con los ojos y casi ni se pudieron ver.

—Pero, bueno, Laudvan, ¿qué lavativa es esta? ¿No es que aquí había 200 millones de bolívares?

—Ahhh, qué sé yo, Frank, qué sé yo… Lee lo que dice allí, a ver…

Tomó la cuartilla entre sus manos y leyó malhumorado:

Hola, afortunado.

Mi nombre es Carpio Belfort y soy el presidente de una corporación de alimentos muy poderosa del año 30223.

Has sido elegido para profesar el mensaje de fe y esperanza que les transmitimos desde aquí a través del maletín que hemos teletransportado en el tiempo para modificar en cuanto se pueda su actual destino.

Las cosas, aunque no lo crean, mejoran sustancialmente para su país y el planeta en general, salvo una que otra excepción.

Así que conociendo esto, que el futuro no es del todo gris para nuestra raza, esperemos que ustedes tomen medidas prontas para que en lo posible mejoren su presente y por ende el nuestro.

Saca una copia de esta carta y repártela a cinco de tus amigos para que la buena suerte y la prosperidad no sólo te acompañen a ti sino a la raza humana a través de los tiempos.

De lo contrario, si la cadena se rompe y la cinco cartas que pedimos que copies no son difundidas, la desgracia y la desdicha caerán sobre ti, los tuyos y los hijos de éstos por los tiempos de los tiempos.

Att: Pt Carpio Belfort.

Un chiste, eso no podía ser más que un mal chiste, alguien con un sentido pésimo del humor que no tenía otra cosa que hacer en la vida salvo molestar a la gente; eso, pensaron, era todo. Frank miró seriamente a Laudvan y le dijo:

—Yo me quedo con el maletín, tú con la carta.

Perra muerte

Berta, con valor y fuerza, sacó a Manuela de la maleta del carro y, no sin asco, la cargó hasta el árbol donde la familia Mendoza dejaba la basura para que el aseo la recogiera temprano en la mañana. La tiró allí y rápido regresó a la casa, esperando deshacerse en el camino de la peste que la perra pudo pegarle.

Entró recia a la cocina, como si hubiera cortado flores del jardín, y cuando Ana le preguntó horas más tarde qué había hecho con la mascota, le contestó que había puesto sus restos en un lugar bueno y en el que estaría mejor. La niña regresó a la cama con una sonrisa en la cara y se hundió de nuevo en sus dulces sueños.

Si hay cielo para los perros también lo debe haber para los humanos.

Manuela estuvo allí largo rato antes que los del Aseo Urbano pasaran a buscarla. A eso de las ocho de la mañana, cuando Federico sintonizaba la radio de su cuarto en una melancólica sonata del siglo XVI, los muchachos del mono naranja la tiraron al contenedor como cualquier bolsa de plástico más, sin siquiera detectar un olor peculiar. Allí se mezcló con una tormenta de tomates y lechugas, zanahorias, sardinas, trozos de carne, plástico, aluminio y papel . Sinfonía, mermelada.

Había quedado algo más aplastada y seca al atravesar el triturador del camión y luego sus ojos y sus vísceras rodaron lentamente fuera de la bolsa hasta colocarse al lado de unas naranjas de color violeta.

Atravesó la ciudad lentamente.

Los buitres y los zamuros volaban en círculos concéntricos sobre el cielo, y luego, en ataques de ansiedad, arremetían contra el primer desperdicio orgánico que telegrafiara un sabor hasta sus insaciables papilas. Volaban de nuevo si escuchaban un ruido fuerte o si se acercaban varias personas, al menos una docena. Así lo hicieron cuando el camión donde viajaba Manuela estuvo a pocos centímetros de sus picos.

La cabina se inclinó y vació su contenido sobre una de las miles de montañas que se apilaban en el basurero. Varias manos abrieron de nuevo su bolsa y con desprecio la volvieron a cerrar. Ya no había caricias, ni palabras. En una de esa, quedó en la en intemperie y muy lejos del camión, en la falda de una de las montañas.

Arriba, los zamuros y buitres detectaron inmediatamente su olor. A los lados, kilómetros de desperdicios, humo, más allá el cielo gris, a la izquierda la ciudad, y sobre todo el universo.

Tiesa y fría como un palo, sin carne y sin alma, hinchada y repugnante, con su lengua afuera, la pobre Manuela.

11

El último día del milenio

Tengo los ojos cerrados.

Faltan ocho horas para el año 2000, ocho piches horas y me sabe a mierda. Que caigan todos los meteoritos que tengan que caer o que vengan los milenios de paz que dicen que van a venir. Me da igual.

No sé nada, no sé cómo se llama el presidente, no sé a cuánto está el dólar, no sé a cuánto está la tasa de interés.

Faltan ocho piches horas para el año 2000 y me sabe a bola, por mí que caigan todos los meteoritos que tengan que caer y que explote esta mierda de planeta de una buena vez.

Y eso que pienso esto bajo un sol potente y caliente que me dora, con el murmullo del Caribe a mis pies, con arena como cama y con un culo a mi lado, que no amo ni nada, pero que es mi culo y está bien.

Abro los ojos.

Pasan unos turistas alemanes rojos como un tomate, un heladero trinitario que con esfuerzo arrastra su carrito, el cielo está azul clarito, no hay ni una nube, y uno que otro surfer intenta correr una ola en las transparentes aguas de Playa Parguito.

«Luis, mi amor, tráeme una agua de coco, por favor».

Mi amor, tráeme una agua de coco, pssss, mi amor tráeme una agua de coco. Pedir y pedir, eso es lo que hacen las jevas, nada más. Y ésta más que cualquier otra, me tiene explotado, agotado.

Me paro, me sacudo la arena del shor Quick Silver azul plateado que compré el otro día y le digo a Xaviera, así es como se llama la jeva, que con mucho gusto, que allá voy.

La arena está caliente y troto hasta el kiosquito de Agustín, pensando en cómo es que llegué a empatarme con ella, es negrita, negrita, medio chiquita, culo normal, tetas igual. No sé, quizás lo que me gustó fue que es burda de culta y tal. Es adoptada, ¿no? Sus padres son unos antropólogos burda de locos, franceses, que la criaron desde niña aquí en la isla. Sabe cómo es todo. Xaviera habla francés, inglés, español, no sé.

Le pido a Agustín el agua de coco de Xaviera y una empanada de cazón para mí. Mientras espero, miro el horizonte, la arena interminable, el mar, los edificios, rosados, azules, dorados y gigantes que están en la costa.

Al principio nada, la buscaba para tirar con ella y nada más, ¿sabes? Porque era fácil, le huía unos días, hasta que la volvía a buscar. Jamás se quejó, jamás ladilló. Y poco a poco me fui quedando con ella. ¿Sabes? Cuando amanecía no me ponía los pantalones y me iba, me quedaba, cool, con ella así, hablando tonterías. En vez de irme para el coño, nos íbamos a almorzar, a dar vueltas por ahí, a hablar. Me fui quedando con ella y ahora hasta me dice mi amor, mi amor, ve a buscarme una agua de coco, mi amor ponme el bronceador.

‘Once you pop, you can´t stop”

Le doy el coco y se lo toma como si llevara dos días sin beber nada. Se limpia la boca y se vuelve a acostar en la toalla y de nuevo a tostarse con el sol. No sé qué más negra se puede poner.

Lo único depinga de los 31 de diciembre es que son como un domingo y no hay que trabajar, y yo en esta isla del coño no hago más que eso, trabajar.

Llevo en Margarita ya un tiempo. Me vine dos o tres semanas después de lo del secuestro y con mi vieja.

Mi vieja y yo somos burda de panas ahora, nos compramos un apartamentico por la Jorge Coll, hablamos que jode y siempre cuando regreso a la casa, tengo una merlucita frita esperándome.

Y es que yo también he cambiado demasiado, ya no rumbeo casi, ni me meto perico, sólo marihuanita una vez al día: desde que me levanto hasta que me acuesto. Me cago de la risa.

Soy un hombre trabajador. Mi vieja vendió el apartamento en Barquisimeto y nos vinimos para acá, a Margarita, a buscar una vida más tranquila y positiva.

En un principio andábamos medio perdidos, nos compramos el apartaco ese y nos pusimos a vivir y que de las rentas, del poco dinero que le quedaba a mi mamá de la herencia de mi papá y tal.

Pero yo no quería trabajar vendiendo ropa, ni como recepcionista en un hotel, pana. La gente viene a esta fucking isla a hacer billete, a meterse en el negocio, a ver si la pega del techo, ¿entiendes?

Así que me conecté con los panas de Caracas, con el Mauricio y el Fermín, para que me instruyeran en la movida.

Lo primero que me dijeron es que en Margarita hay una guerra, y es verdad. Entre los locales y los que se mudaron para acá, los caraqueños, los italianos, los colombianos, es decir los gringos. Los dos bandos se hablan poco, y cuando pueden, joden al otro.

Y lo peor no es eso, sino que en nuestro bando y tal, el de lo caraqueños, la cosa no está mejor, no ves que todos están aquí pendientes del billete, del negocio y cualquier pana, cualquier otro es tu competidor así que es igual, tú o yo, y en cuanto pueda te jodo.

Pero, cool, soy de Caracas ¿no? Qué más me puede pasar en esta isla del coño.

El Mauricio y el Fermín, siempre panas, me presentaron a la gente, me metieron en los ambientes y yo siempre pilas con un negocio, con bisnes y tal.

Hasta que conocí a Emiliano, un merideño burda de buena nota, que tenía un pool cerca de Juan Griego. El tipo me habló de lo bien que le iba y tal, pero de que necesitaba un socio, ¿no? Que lo ayudara a atender el negocio.

Fui a ver la vaina, ¿sabes? Y me pareció bien. Es decir, queda medio lejos de Juan Griego, en una carretera de esas pegadas al mar, y por ahora hay poco cerca, aunque están construyendo un superhotel al frente, y cuando eso pase, pana, el pool va a explotar.

Pero tiene su clientela, pana, cómo no, los pescadores que viven por allí, van todos los días y se caen a birras. Los panas, la mafia de Caracas, también pasa por ahí.

Así que hablé con mi vieja, le expliqué el bisnes y me dio los seis millones que nos quedaban de la herencia y tal, y los invertí, eso es lo que había que hacer, ¿no? Invertir la vaina.

Ahora soy el dueño de un pool que tiene barra, televisores con MTV, cinco mesas y un equipo de música que suena depinga. Pool Pop, ese es mi pool, ese es mi negocio y no me quejo.

Tengo un ingreso mensual de 200.000, y pronto va a ser más, mucho más.

He estado dándole vueltas al coco para incrementar las ganancias. El otro día le dije a Emiliano que nos trajéramos a un dj de Caracas para hacer unas fiestas. Pero el tipo me dijo que ni los dj ni las modelos están de moda, que ya eso pasó. Y puede que tenga razón, porque el joe es burda de experimentado en esto de los bares y las discos. Él dice que la onda que viene para el próximo milenio son los pools, y debe tener razón.

ROTACIONES

Salgo corriendo, como un loco, hasta el agua y de pronto me siento feliz, burda de feliz. Meto la cabeza debajo de las olas. Brum. Qué día más bonito, que cielo tan azul. Allá está Xaviera, tostándose con el sol, y de repente siento algo por ella, algo que está bien.

No surfeo, no tengo ni tabla, pocas son las veces que vengo a la playa. Lo que hago es trabajar, estar en el pool atendiendo a los clientes o buscando cosas por Porlamar.

Tengo un carro, un Corolla escoñetado del 86. No uso pantalones, todo el día shores.

A Xaviera no le viene la regla y ella cree que está embarazada, y sí es así, no quiere abortar porque ya lo ha hecho cuatro veces con otros novios y tal. No me extraña, la jeva no toma anticonceptivas ni nada y siempre pide que adentro, que le acabe adentro, porque ahora acabo con dos lamidas bajo la oreja. Son unas locas. Si es así, ¿seré papá? No lo sé.

Ella es una demonia en la cama, todas las mañanas me hace una mamada y se traga mi leche con cariño. Es burda de íntimo y familiar lo que siento por esa jeva, de repente y todo, sí papá, y me caso con ella y todos felices, mi vieja, sus viejos, que son una tripa. Soy un hombre, un hombre serio, un industrial.

Me busca con la mirada, me encuentra y me saluda.

Hay una brisa fresca que me acaricia la cara, un signo, un recordatorio de que estoy vivo y de que no todo está mal.

Esta noche hay una fiesta en casa de Sandocán, una fiesta para celebrar el fin del milenio y tal.

Caribe

Salgo del mar, me seco con la toalla, ella se para, recoge las cosas, me da un beso salado en la boca y nos vamos, porque ya es hora de estar con la familia.

Entramos en el carro que está a punto de derretirse hasta convertirse en melcocha y arranco, lleno de arena y quemándome las nalgas con el asiento.

Ponemos en el repro un cassette de Human League, porque a mí lo que me gusta ahora es el new wave y la mierda ochentosa, y arrancamos oyendo: Don't you want me, baby?

El calor pasa y ahora vamos burda de chola por la autopista vegetal que conduce a Porlamar. Árboles, árboles, verde, verde.

Oigo la música de los ochenta y tal, pero lo que recuerdo son puras cosas de los noventa. Extraño a Caracas que jode, a mis panas, la Cota Mil. Andar por la Cota Mil fumándose un tabaco y escuchando un acid house bien volado, gritándole al mundo, al universo: Uauauauauauau. El Ávila atrás, la ciudad perdida y luminosa, así viajando sobre ella a 1.000 por hora con el trance.

Pero están ese poco de bichas todas hablando por celular, los ranchos, la pobreza, la cola, el peo y, te lo digo, prefiero estar acá, relax, relax.

Sandocán es lo máximo, un mito viviente aquí en Margarita. Es un narco pero de la high, ¿no? Así, burda de fino e intelectual. Es como un rey, hay que hacer cola para verlo y tiene hasta corte y todo, un poco de mamagüevos que lo que hacen es jalarle bolas todo el día.

Viste invariablemente de blanco, tiene una chiva negra, los ojos claros, el pelo largo y siempre engominado para atrás. Me lo presentó Fermín, un día que fuimos para su casa, una mansión enorme hecha de palmeras, madera, con cataratas, cuatro pisos, piscinas y miles de árboles y matas.

Tiene una esposa que es bellísima y un poco de carajitos y cuando los ves dices, verga, qué felicidad, no puede ser, parece el jardín del Edén.

Le caí bien, no sé por qué, y ahora siempre me invita para sus fiestas. Lo que hago es sentarme en la mesa a tomar vino y, como todos, oír lo que dice, porque es un sabio.

«El Estado es la mafia organizada más grande que existe, lo que hace es robarnos nuestro dinero, extorsionarnos y maltratarnos con su injusta ley. Revertir su orden y que el poder sea de nosotros, de la sociedad civil. Organizarnos nosotros mismos, para que ellos no tengan ninguna excusa para existir».

Pero esta noche no va a haber nada de eso, no va haber habladera de paja y tal. Esta noche es la gran fiesta para celebrar el fin del milenio, o la bienvenida a uno nuevo, como sea, y toda la isla está invitada, hasta el gobernador. Orquestas, comida, danza, rumba. Suena bien, yo voy con mi negrita. Hasta la una o algo así con mi vieja y cuando se acueste a dormir, voy por Xaviera y a rumbear hasta el amanecer.

«Mi amor, ¿te puedes parar en la farmacia para comprar unas pastillas?». Claro, claro, mi vida.

Esta noche me visto de blanco, como Sandocán, lo quiero imitar.

Xaviera regresa con una bolsa en las manos, pasamos las casas de pueblo y pim, pam, pum, estamos en su casa, otra así como de pueblo. Sus viejos son una tripa, andan todo el día arrebatados y lo que hacen es irse a Macanao a buscar conchas de mar. No sé cómo hacen para vivir los viejos esos, pero lo hacen y lo hacen bien. Y me quieren, eso también.

«Bueno, nos vemos a las dos ¿okey?», y me da otro beso en la boca. No sé qué hago con esta jeva, pero me atrapó, la negrita me atrapó. Es mi negrita, y no la de otro mamahuevo.

La muerte del Tufo

Caracas está tan lejos. No he vuelto, ni lo quiero hacer. Me da miedo. Jamás hubo peos con lo del secuestro, todo se olvidó y tal cuando Ana Patricia apareció. Unos días más en el periódico y eso fue todo. Pero no es eso, es que perdí tanto el control, me dolió tanto todo, fueron tan confusos aquellos días que siempre que recuerdo a Caracas lo hago pensando en una ciudad negra, triste, en la que llueve y llueve.

Yo estoy bien ahora, nada de eso me importa para nada. Hasta he hablado con Laudvan y todo por teléfono, está encargado de una tienda de Plaza Las Américas y organiza raves, anda en una nota del futuro toda hippy, del espacio y tal, y reparte unas cartas que él dice vinieron del siglo XXII o algo así. Está loco, fundido, como siempre.

Sé que la puta de Ana Patricia se casó el otro día, lo vi en el periódico, con un tal Guillermo. Senda boda con todos los sifrinos de Caracas, ojalá le haya pegado el hongo a la puta esa y a su esposo para que le salgan hijos con un solo ojo. Más nunca hablamos, ni nos vimos.

Un día, te lo digo, cuando venga para la isla con su maridito y nos crucemos en la 4 de Mayo o en Rattan, yo me le voy a parar al lado, le voy a decir «mami» y me voy a cagar de la risa.

Todo el mundo se casó, todos se pusieron viejos. El otro día me tropecé con Juan Pipa en la Santiago Mariño. Tenía una barriga de cervecero y se estaba quedando calvo. Estaba con una jeva demasiado antipática que se llama Amaranta y que es su esposa. Se conocieron en la fiesta del Country Club y un año después estaban casados y viviendo en la mansión de los viejos de Juan. Yo no quiero ponerme así, pana, que va.

Lo peor de todo fue al día siguiente que llegué a mi casa, es decir, la mañana cuando me enteré de que habían matado al Tufo y tal en una redada contra los jíbaros de Los Palos Grandes, la redada que vi la noche del domingo cuando caminaba hacia mi edificio.

Fue la culminación de una época, como otro fin del mundo ¿Cuántos puedo vivir?

El Tufo, el único pana que me quedaba por ahí, y los hijos de puta de los tombos lo matan así sin más y que por unos gramitos de coca. Me he tomado unas cuantas tequilas a su salud. ¡Por ti Tufo!.

Margarita también tiene sus peos, cómo no. Ahora estoy atrapado en una cola gigante y el sol me mata de ardor. Sudo, sudo que jode, y todo el mundo anda en una de consumo por lo del año nuevo y tal. La gente se odia aquí también, como en cualquier lugar, y llega un punto en el que igual quieres

irte y escapar.

Porque, sí, es como un pueblo con el calor y tal, todo el mundo se conoce y habla paja, ¿sabes? No hay mucho que hacer y la playita y la naturaleza te empiezan a aburrir.

Pero Caracas, qué va, nunca más.

Relax

Aquí tengo mi pool, full aire acondicionado, birritas gratis todo el día y me tiro allí sobre la barra a ver a mis clientes jugar pool. Prendo el VHS con los cassettes grabados de MTV y, nada, relax, a cobrar 400 bolos la hora.

El otro día, qué bolas, ¿sabes a quién vi allí? A Johnny Mega, ji, al Johnny mamahuevo Mega, con un poco de tatuajes, vestido de negro y con los ojos maquillados anunciando un video de Bauhaus y tal.

¿Bauhaus? Mis pescadores, con sus shores de nailon roído, sus cholas de plástico y sus franelas de cerveza Polar, voltearon, lo miraron y se cagaron de la risa del tipo, igual que yo, y siguieron jugando su pool.

Relax.

Tengo mi negrita, algunos panas y mi mamá.

Desde cero

Mi mamá ya está vestida y toda engalanada para la ocasión. Un vestido con rayas doradas, maquillada, con el pelo recogido atrás. Está viendo la televisión y se para y me abraza con emoción.

Me da un pelo de tristeza, porque la ocasión es cenar conmigo y tal y después, como todos los días, acostarse a dormir. Pero le va a gustar la cena, le voy a hablar, le voy a hacer reír para que reciba ese nuevo milenio bien fino.

Me dice que en la mañana fue a Rattan y compró pernil, ensalada y vino.

Recuerdo a Caimán, que estuvo aquí hace dos semanas comiendo las merlucitas fritas que hace mi mamá. Fuimos a la playa y todo, lo cargué hasta el mar y allí nadó vuelto loco, feliz como un niño.

Anda en la misma, con la computadora y el periquito. Dice que se va a ir a Nicaragua a verse con la novia, bueno la jeva esa con quien habla en Internet, porque ya le confesó que es paralítico y no papeado y tal y de repente y todo se queda. Quién quita que la nicaragüense esa no sea una catira que está buenísima de verdad, esta vida es loca, mi pana, y todo puede pasar.

Me echo un baño, me quito la arena de las bolas y el culo. Me afeito, me pongo desodorante y la ropita blanca, así bien vaporosa, que compré ayer.

Chao pescao, chao siglo XX del coño, más nunca te volveré a ver.

Y uf, mira al galán en el espejo, estás viendo qué tipo más depinga y cool, así de blanco, con los botones de la camisa abiertos. Todo perfecto.

La mesa está puesta burda de bonita, mi mamá ya se ha bajado media botella de vino, faltan dos horas para que se acabe el año y de pronto se pone a llorar.

Mamá, mamá, tranquila, y le sobo el pelo. Voy corriendo al minicomponente y le busco una canción. Y es la Billo’s Caracas Boys. Chiqui, chiqui, cha, y sonríe con el merenguito cincuentón que habla de la navidad.

La saco a bailar y damos unas vuelticas por el apartamento, así todos contentos.

Nos sentamos, comemos, hablamos, pero son más los momentos de silencio. Crazy, crazy vida, es lo que yo pienso y será también lo que pasa por la cabeza de mi vieja. Un rato estás aquí, el otro allá, y lo que te sorprende es que siga siendo tu cabeza, tu cuerpo, ¿no? Todo cambia y todo permanece.

La radio sigue y el locutor habla con acento margariteño. Dsí, dsí, dsí.

¡Feliz año, feliz año! Y tal, besos abrazos sobre la baldosa marrón. El nuevo milenio empieza aquí. Borrón. Desde cero a enfocarlo todo de nuevo.

Ay, pero es paja, ¿o no? A la final, ¿qué coño va a pasar? ¿Qué diferencia va a haber de aquí para allá? Que caigan los meteoritos, que explote el planeta. Eso sí sería diferente.

Nos tomamos otra botella de vino, ya más tranquilos y relajados. Todas las neuronas me dicen que se quieren fumar el primer tabaco del año, pero tengo que esperar que a mi vieja le dé sueño para poder arrancar.

A veces pienso en el tipo que se fue con el maletín, en qué hará con todo ese dinero, en si será feliz, si se habrán resuelto todos sus peos. Ojalá que sí.

También imagino lo que hubiera pasado si Ana Patricia y yo de verdad nos hubiéramos empatado, en si eso fue amor, o qué coño. No me gusta pensar en ella, creo que pudo ser, que pudo ser todo, pero ahora es nada y así me quedo.

A mi mamá ya se le cierran los ojos, mientras que se bambolea con una canción de Pecos Kanvas y la recita suavemente.

Bueno, digo yo. Tengo que pasar a buscar a Xaviera. Y mi mamá se para, me da un beso y me dice que tenga cuidado en la carretera porque hay mucho loco. «Ya me dio sueño, feliz año nuevo».

El primer día del milenio

El aire huele diferente y la atmósfera no es igual, o será tripa mía, o que estos tabacos del siglo XXI son más fuertes que los de antes. No sé, es como otro ambiente, otra gravedad. Pero me da igual, sigo con mi Corolla por las carreteras oscuras de esta isla directo hacia el nuevo milenio.

Las puertas de la casa de Xaviera están abiertas y los tipos tienen puesta una música como árabe o rusa, quizás.

El poco de viejos locos la bailan con sombreros y pañuelos en la cabeza, pegan brinquitos, abren la boca. Qué quemados están.

Xaviera me ve y me da un fuerte abrazo. «Feliz año, mi amor». Sí, sí, sí, feliz año, ¿nos podemos ir ya?

Sus padres me ven raro y no me saludan, ¿qué pasará? Xaviera está de vuelta con su cartera y afuera, antes de entrar al carro, me suelta: «Les conté lo del embarazo, pero no les pares, ya se les pasará».

Uy, no, no, yo no quiero pensar en eso. Así que me monto en el carro y arranco reflexionando sobre si más bien habrá coca en la fiesta, porque mis neuronas también quieren su primer pase del siglo. Pero claro, claro que debe haber, jamás me he metido un pase en casa de Sandocán, pero él es narco y hoy es milenio nuevo.

Insisto en que la atmósfera está diferente, y se lo comento a Xaviera, que dice que sí, que cree que sí.

Un guardia nos detiene en la puerta de la urbanización de Sandocán y me pregunta el nombre, sí, sí estamos en la lista, y pasamos sin peo al estilo de vida de los ricos y famosos donde vive el joe.

No hay tanta gente como creía, unas 60 personas, quizás. La mitad ni siquiera vive en la isla, o nunca las había visto por ahí. Un viejo alto y pelón, que anda con bastón y un flux negro con rayitas blancas, un carajo burda de catire y surfista pero como de 50 años, dos viejas flacas y blancas, y un tipo burda de raro que parece italiano, así elegante, vestido también de blanco, esos son los que acompañan a Sandocán en la mesa, y yo, como los demás, me le acerco, le pido la bendición y le presento a mi negrita.

Los de la mesa traen noticias de Caracas, y ninguno tiene muy buena cara, que si el dólar, la inflación, el gobierno, los rumores, la policía, lo mismo de siempre.

Y allí están Mauricio, Fermín y Emiliano, haciéndome señas para que vaya hasta allá y cagados de la risa. Feliz año, feliz año. Nos abrazamos y es depinga estar allí los cuatro y con las jevas, en un ambiente tan majestuoso, ¿no? Esa casa, los muebles, y el mar negro y profundo enfrente, y la luna gigante y amarilla sobre nuestras cabezas.

Creía que Fermín había terminado con la jeva, pero no, allí están, felices, al parecer sólo fue una peleíta más.

No hay orquestas, no, el superequipo de Sandocán, con una cornetica del tamaño de una naranja en cada esquina, basta para que la casa se llene de una música galáctica y tranquila.

«Hoy todo es free, la comida, los tragos, y mira los que nos pasó Sando pana». Y muestran una bolsa como de 100.000 bolos, gorda y pesada. Uf, qué bien. «Además, dijo que hoy podíamos recorrer su casa sin peo, que todo estaba abierto, que nos metiéramos donde quisiéramos».

Le quito dos copas de champán a un mesonero e iniciamos el recorrido. Mauricio hace una enorme línea en la tapa de un piano negro y gigante que está en el primer cuarto al que entramos. Aspiro, qué tripa, qué elegancia. Xaviera no quiere perico, hace un gesto de asco con la cara, y se toca la barriga; el bebé, el bebé, ya lo sé.

Los demás invitados la pasan bien como nosotros, todos están engorilados, pero cool, ¿no? Las parejas se agarran de las manos y miran al mar, otros se relajan y se tiran en los sofás a escuchar música y el psipsssssi de la olas.

Caminamos, subimos, bajamos la enorme mansión tropical del Sandocán, pinturas, trofeos, estatuas.

Lo que más me llama la atención es que cada cuarto tiene incrustado en alguna pared, o en el piso, un escudo, un escudo con el nombre de algún país. Había uno gordo y grande, como de bronce y tal que decía «Embajada de Bulgaria», y tenía un poco de caballos y dragones así labrados burda de bien. Es que los millonarios están locos, fritos, fundidos, brother, no saben qué hacer con el dinero.

Pasamos horas en ese peo, y yo me jalo cada vez más. Los otros mandibulean y todo, y beben, beben champán sin parar. En eso, el Emiliano, el más jalao, al que se le salen los ojos ya y no pude ni hablar, me dice que lo acompañe al jardín que quiere conversar. Le digo a mi morena que me espere y voy sin protestar.

Tratando de sacar saliva de donde no la tiene, el pana Emiliano extiende su reseca lengua y comienza con una cotorra toda rara y tal, sobre el «complicado mundo de las finanzas», yo lo escucho con atención, porque sabe burda de eso y al rato escupe:

—Vendí el pool.

¿Qué? ¿Que vendiste el pool? Tú estás loco, cómo es eso.

—Iba mal, bastante mal y comenzábamos a perder dinero, Luis.

¿Qué? ¿Y por qué no me lo dijiste?

—El consorcio hotelero que está enfrente me ofreció una cantidad ayer y yo la acepté inmediatamente.

¿Y cuánto fue?

—Suficiente, suficiente para amortiguar las pérdidas, pagar deudas y recuperar algo de la inversión.

¿Y me vas a devolver mi dinero?

—Tres millones solamente, lo demás se lo comió la deuda que teníamos en licor, y con la compañía de aire acondicionado.

¿Que qué? Yo quiero mis seis millones completos, Emiliano, quiero mis seis millones o vamos a tener un peo.

—No te pongas así, yo perdí más que tú, invertí más y lo acepto, el mundo de los negocios es así.

Pero tú me dijiste que no había pérdida, que si nos iba mal, lo vendíamos y ya, recuperábamos lo que habíamos invertido.

—Luis, escucha, escucha, tú compraste parte del local y parte de la idea, ¿entiendes? Compraste la mitad de las mesas, la mitad de la curda, la mitad de las deudas, pero también compraste la mitad de la idea, del producto y la responsabilidad. El dinero que dio el consorcio fue solo por las mesas, el local, nuestras deudas, nuestras ideas les saben a culo. Sólo recuperamos la mitad.

Eres un rata, mamahuevo. Pero eso que me cuentas se lo vas a tener que explicar a mi abogado.

Y salgo corriendo a donde está Xaviera, allí sola mirando al mar, y le digo que nos vayamos, que estoy cansado.

Infierno tropical

Nos montamos en el carro..;

Ni quiero hablar, ni quiero que diga nada. Que se calle y ya. Abogado, abogado, eso es lo que me pasa por la cabeza, qué va a decir mi vieja, de qué voy a vivir, qué va a pasar.

Y lo peor de todo es que el maldito de Emiliano no me ha dado el dinero, y mañana perfectamente se puede ir para el coño y dejarme sin nada. Y lo peor de todo es que no tengo dinero para pagar a un abogado, de que en este maldito mundo no hay justicia y me voy a quedar sin un coño.

—No quise comentarte nada en la noche, no sé, para no fastidiar la celebración. Pero lo del embarazo es serio, Luis, y yo lo voy a tener, ¿qué vamos a hacer?

Un coño, no vamos a hacer un coño, mañana mismo abortas a ese chamo y no te quiero volver a ver.

No dice ni una palabra más durante el camino, creo que llora y todo y cuando llegamos a su casa se baja en silencio tranca la puerta y dice

—Yo no perdono, Luis, lo que me dijiste es irreversible y mañana cuando vengas aquí a decirme que me quieres y que te perdone, olvídalo, porque no va a ser así.

Adiós y sí, me voy para el coño, acelerando esta plasta de carro hasta que se funda y explote como un meteorito y que acabe conmigo, con Margarita, el planeta y el universo. Querían una profecía, un cataclismo: aquí está yo soy el apocalipsis.

El carro no se funde, ni explota ni nada, y el universo sigue igual, podrido, sucio sobre mi camino, allí, más o menos iluminado por un piche amanecer.

Doy vueltas, doy vueltas, por Porlamar, todo está cerrado y no hay ni un alma en la calle. No paro de pensar, algo tengo que hacer, ¿qué va a pasar?

De nuevo perdido, de nuevo desesperado. ¿Cómo pudo ser tan rata el Emiliano ese? ¿Cómo pudo engañarme así? ¿Cómo pude ser tan estúpido? Soy un idiota, un cabeza de huevo, el ser más imbécil que ha existido sobre la Tierra.

Ya, me paro en una arepera que es lo único que está abierto por aquí, me bajo y pido un jugo de parchita. Lo bebo y paso horas pensando, pensando.

Veo a unos mamagüevos caraqueños todos borrachos y pavos, con sus barrigas, comiendo arepas, con sus camisas de rayas, eructando, llenándose la cara de salsa rosada, y me dan ganas de tener otra vez una pistola y matarlos y que queden allí tiesos con sus reinas pepeadas.

Reflexión VI

Me-te-oro, me-te-oro. Félix-el-gato, el-único-único-gato. Si-me-buscas-tú-a-mí-mepodraaaás-encontrar-mi-nombre-es-Candy-Candy.

Demuestra-el-tigre-que-eres-demuestra-el-tigre-que-hay-en-ti.

No puedo pensar más, la cabeza me va a explotar. Estoy jalado y deprimido, la combinación más terrible que hay.

Nunca mires para atrás

Me cansé, me quiero ir, no todo está perdido, algo haré. ¿Qué más?

Lo pavos se dan cuenta de que los estoy mirando y se dicen algo, yo igual, que se queden con su mala tripa, me voy.

Me paro y salgo, como si nada, caminando con las manos en los bolsillos del Levi’s blanco.

Ya hay sol y medio ladilla, porque está fuerte y no traje mis lentes oscuros. Miro para atrás antes de montarme en el carro y están ahí, los malditos caraqueños que me siguen, y caminan rápido, verga, ¿qué pasa? Nada, yo no he hecho nada.

De repente el más papeado de los cinco mamagüevos esos dice: «¿Qué miras?». Nada, pana, nada, gracias, e intento abrir la puerta del Corolla, pero que va, no puedo, esto es lo que faltaba, me empujan, gritan vainas que no entiendo, y lo sé, lo sé, me van a matar.

Me quedo allí parado, tranquilo, sin miedo, aguantando los empujones y los insultos, no digo nada a ver si se van.

El más chiquito del grupo, un enanito como de 17 años, se cuadra frente a mí, me mira con odio, salta, da una vuelta en el aire, extiende la pierna, viene hacia a mí y… Pin, en la cara.

Uy, uy, no entiendo, ¿qué pasa aquí? Me agarro la nariz porque empiezo a sangrar, y espero a que los tipos se vayan, ¿no? Ya hicieron lo que querían.

El mismo enanito, que debe hacer kárate en la mejor escuela de Caracas pagada por su papá mamahuevo, que debe ser un adeco corrupto que vive en Prados del Este y le dio ron al mariquito este a los cinco años para que no creciera más, se para otra vez frente a mí, agacha su cuerpo, echa una mano para atrás, la otra para adelante, las mueve y… Plaff, en la barriga, durísimo, pana, uy, no puedo respirar, uy. Me agacho, necesito aire, pana, ya déjenme en paz.

No sé por qué, me enderezo, suspiro y al ver la sangre le digo al imbécil ese «coño de tu madre». Verga, ahora se lanzan todos contra mí, verga, verga. Me dan patadas, me pegan en la cara, no veo nada, me van a matar. Ya no siento mi cuerpo, ya no siento los golpes, cierro los ojos y lo último que veo es una arepa de inmundo pollo que viene hacia mí. Me la empujan, me la restriegan en la cara, me dan más golpes, me dejo llevar, voy a morir, y ya.

Despierto mareado con el sol que me achicharra la cabeza, todo da vueltas. Intento pararme pero no puedo, los muy mamagüevos me ataron los pies y las manos y me dejaron aquí tirado.

Verga, pana. Qué manera de empezar el año. Ni hablar del milenio.

Grito: auxilio, socorro, alguien que venga a ayudarme, pero no hay nadie, no hay nadie. Trato de zafarme las cuerdas, qué bolas, son las de mis zapatos, pero nada, no puedo, no tengo fuerzas y vuelvo a dormir.

Siento un ruido extraño y abro de nuevo los ojos. Es un turista de algún lado que no habla español, dice vainas que no entiendo y se va como asustado. Coño de la madre, coño de la madre, regresa mamahuevo. Vuelvo a dormir.

Más ruido y ahora hay una multitud que me mira confundida y dice cosas que no puedo oír, qué les pasa cuerda de malparidos, ayúdenme, no se queden allí, sáquenme estas cuerdas para que me pueda ir.

Pero no, los muy coñodesusmadres se me quedan viendo y no hacen nada. Al rato llega uno de esos policía turísticos todo pavo con sus lentes oscuros y, finalmente, me desata.

Me preguntan, me dicen, me reclaman, lo que falta es que también me metan preso.

No, no, no, quítense que me voy. Que no, ya, déjenme tranquilo. Me monto en el carro y arranco.

Me duele el cuello, las costillas y la cara. Me cuesta respirar porque una roncha dura y pesada se formó en mi nariz. Me veo en el espejo, y estoy con los dos ojos morados, la boca explotada, lleno de pollo y salsa rosada.. Mi ropa blanca es ahora gris, marrón y roja. Qué desastre.

Lo que siento ahora no es intelectual, tengo una tristeza y una depresión que ebullen en mi alma y lo cubren todo de negro, algo profundo, ancestral, que no se puede ni pensar. No hay futuro, no hay esperanza, que caigan los meteoritos, los espero con ansias.

Uy, no puedo, no puedo más. Es como un ciclo maligno, una especie de rueda que te da y te quita, te acaricia, te pega y te vuelve a pegar. Voy y vengo, no hay espacio ni tiempo, todo es dolor, todo es oscuridad.

Las malditas calles empiezan a llenarse de nuevo, familias felices, con sus niñitos asomándose por la ventana y gritando: «Feliz milenio nuevo». Para mí son como fantasmas, espectros.

Estoy sintiendo algo que me asusta, algo que no es bueno, algo que viene de más allá y dice que lo acompañe, algo que llama a la muerte.

Manejo por la carretera hacia Playa El Agua, en automático, en no hay nada más. Lento, lento, pienso en Xaviera, me gustaría ir con ella y tirarme en su pecho, que me consuele, que me entienda, que me acaricie y diga que todo está y estará bien.

Pero no puedo, soy una mierda y la cagué, la cagué de verdad. Me va a decir que no y hasta es probable que saque un bate y me vuelva a pegar. Soy una piltrafa, un barranco ambulante, un bichín que, además, está quebrado y no tiene ni un fucking bolívar en esta puta vida. ¿Papá?, menos.

Paso a los turistas, a la rumba con millones de personas que está formada en Playa El Agua, hay música, changa, ron y sol, y no quiero nada de eso, paso, paso, paso.

Llego al final, hay un desvío que conduce a un precipicio y por allí voy, un camino de piedras desde donde el mar se ve infinito y hermoso, azul, un azul de verdad.

Paro y bajo del carro, la brisa me mueve el pelo y la ropa hacia atrás, me detengo en el precipicio y lo entiendo todo, ser algo es ser nada, y ser nada es ser algo. Ser brisa, ser tiempo, ser mar, eso es, esa es la verdad.

Después de todo, si hay algo después de la vida, es ese estado magnifico de ser nada. De sumarte a la gran unidad donde nada es todo, todo es uno. El lugar que te libera de la conciencia, esta terrible conciencia y de la humanidad, la maldita humanidad.

Este cuerpo que es cárcel, que es sueño y dolor. Y miro hacia abajo, el precipicio me llama, las rocas, el mar, me voy a lanzar para ser como ellos y no sentir y no pasar.

Recuerdo, risas, palabras, imágenes que no me sirven para nada, y pienso y pienso sin encontrar solución, sin encontrar el final, nada tiene sentido, sólo esta tristeza, esta melancolía que transmite el mar.

Me llama.

Todo da vueltas, me voy a lanzar. «Hazlo, hazlon. No hay miedo, no hay dolor».

De repente escucho un ruido que viene del cielo, un temblor, la luz me encandila y encuentro entre el cielo azul un avión ultraliviano que porta una pancarta publicitaria gigantesca que se queda un buen rato sobre mí y dice: «Toma un bronceado tururú con tu Ron 111».

¿Toma un bronceado tururú con tu Ron 111? ¿Qué clase de mensaje es ese? ¿Es eso lo que me manda a decir Dios justo antes de lanzarme al vacío?

Pssssss.

Que no sea marico nadie.